

EDURNE CADELO

*Ojalá
nuestro sol
prenda
el mundo*



@lacadelo

*Ojalá
nuestro sol
prenda
en mi cielo*

Edurne Cadelo

Ojalá nuestro sol prenda el mundo

Diciembre de 2023

© de la obra Edurne Cadelo

www.lacadelo.com

edurnecadelo@gmail.com

Instagram: [@lacadelo](https://www.instagram.com/lacadelo)

Facebook: [Edurne Lacadelo](https://www.facebook.com/Edurne.Lacadelo)

Corrección: Paulo G. Conde | www.paulogconde.com

Ilustraciones y diseño de cubierta, diseño interior y maquetación:

Nerea Pérez Expósito | www.imagina-designs.com

ISBN: 979-8-8700-5043-0

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación o por otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

*Para todas y todos los que, siendo iguales,
un día se sintieron diferentes.*

*«El amor no tiene cura, pero es
la única cura para todos los males».
Leonard Cohen*

Nota de autora

Si alguien me hubiera dicho en 2018, cuando publiqué mi primera historia, que cinco años después estaría a punto de publicar una novela con el hijo pequeño de Lía como protagonista, lo habría tildado de loco.

Sé que ellos solo fueron mi primera familia de ficción, con sus fallos y sus aciertos, sin embargo, han estado tan presentes en mi interior durante tantos años que para mí son casi reales. Como esos amigos de los que siempre hablas a los demás, porque los tienes en gran estima, y de los que nadie te va a alejar.

Por esa razón, con Teo no solo pongo punto final a la serie «Ojalá», sino que también cierro un círculo precioso, que me ha llenado el pecho de felicidad y de alegría. Y que, además, me ha permitido llegar hoy hasta aquí, traspasando fronteras que jamás imaginé.

Esta historia, que es mi primera LGTBI y la número 13 (afortunadamente no soy supersticiosa), se puede leer de manera independiente, aunque, si me permitís un consejo, os animo a que disfrutéis de la serie al completo según su orden de publicación.

1. *Ojalá mi luna dibuje tus mareas*
2. *Ojalá tu estrella susurre en mi cielo*
3. *Ojalá nuestro sol prenda el mundo*

Y ahora, para no aburriros más, os dejo disfrutar de Teo y de su capacidad para prender el mundo.

Muchas gracias por leerme bonito, y por acompañarme una vez más.

Espero que os haga sentir.

1

Mi familia

TEO

Los miro y sonrío. Es inevitable.

Para que luego digan que solo existe un modelo de familia. Pues yo te puedo asegurar que la mía, formada por muchos miembros con los que no comparto sangre, no encaja en ningún molde. Quizá por eso, para mí, es la más especial del mundo, y no la cambiaría por una más convencional.

La risa aguda de mi hermana Sofía mientras corre con sus primos por el jardín es escandalosa. Los adultos (sí, en este grupo me incluyo, aunque me faltan dos meses para cumplir los dieciocho) estamos sentados alrededor de la mesa.

—Entonces, ¿cuándo te mudas a París? —me pregunta Alba, la hermana de Axel, mi padrastro.

No es que me entusiasme esa palabra para referirme a él, pero sigo teniendo un padre biológico. Aunque, si nos guiamos por los deberes y las obligaciones que tendría que cumplir para ostentar dicho cargo, Axel, sin duda, es el dueño de ese título.

—Dentro de quince días. Quiero estar allí antes de que empiecen las clases.

—Qué pena, con la tabarra que te hemos dado para que vayas a estudiar a París, y nosotros, este año, solo estaremos en noviembre —me dice Alma, la madre de Axel.

Los padres de Axel y Alba, a los que considero mis abuelos, básicamente porque tengo más relación con ellos que con los míos propios, viven en París. Aunque este año, por lo que me cuentan, apenas coincidiremos.

—Tendremos que recomendarte los mejores lugares de la ciudad, eso sí —afirma Joan, su marido.

—Todavía no me lo creo. —Gael, que está sentado a mi derecha, me pasa el brazo por los hombros—. El enano en París. ¿Tienes claro que quieres irte? Seguro que mamá te deja cogerte un año sabático, como he hecho yo. —En Australia, para ser más concreto.

Me hace gracia que mi hermano mencione mi mudanza a París como si fuera algo nuevo. Como si no me hubiera escuchado hablar de mi sueño cientos de veces (creo que lo tengo claro desde los doce, más o menos). Vamos, igualito que él, que todavía está dándole vueltas a continuar estudiando Económicas después de su parón o cambiar a Magisterio. Aunque quizá ya lo haya hecho y se lo haya callado para no enfrentarse a mi madre. Esa desmotivación con los estudios fue una de las razones por las que, en una semana, y sin que nadie se lo esperara, tomó la decisión más trascendental de su vida. Hizo la maleta, y se fue con su novia Jana, a la que conocía desde hacía solo dos meses, a la otra punta del mundo.

—Teo no necesita cogerse nada —afirma mi madre—. Él ya está centrado, ¿verdad? —Guiña un ojo a mi hermano, solo para vacilarlo, y él se hace el ofendido, llevándose una mano al pecho.

Me encanta ser testigo de lo bien que se llevan ahora, porque te puedo asegurar que no siempre fue así. Cuando nuestros padres se separaron, la relación entre ellos atravesó momentos complicados. Gael, que siempre ha tenido mucho carácter, culpó a mi madre de todo lo que ocurrió en nuestra familia. Además, en cuanto ella nos presentó a Axel, la situación empeoró. Gael y yo nos fuimos a vivir con mi padre un tiempo, y mi madre lo pasó fatal. No fue la única, porque yo recuerdo aquellos meses con demasiada tristeza. Siempre he sido un niño hipersensible y muy empático; saber que mi madre se había quedado sola me partía por dentro, aunque no me atrevía a expresarlo abiertamente. La echaba de menos y, la mayoría de los días, conviviendo con Gael y con mi padre me sentía fuera de lugar. Como si fuera un extraño en sus vidas. Así que, en cuanto pude, regresé a vivir con ella, y mi hermano se quedó con mi padre. Luego, por suerte, mi madre recuperó la custodia de los dos. La relación de nuestra madre con Axel avanzó después de algún altibajo, y, cuando nadie lo esperaba, llegó Sofía para volvernos locos a todos. Locos de amor, uno gigante e incondicional. Es como si hubiera sido la pieza que le faltaba al puzle para que todos encajáramos y formáramos esta peculiar familia. A partir de ese día, la relación entre todos mejoró. Tanto que, en este momento, Gael parece más hijo de Axel que de mi padre, y eso sí que nadie se lo esperaba.

—A ver, universidad y París, juntos en la misma frase. Suenan bastante sabático, ¿no os parece? —apunta Axel y se gana la mirada asesina de mi madre.

A continuación, ella me mira a mí y se le dibuja una sonrisa triste en los labios. Nos hemos hecho mayores, y sé que le cuesta asimilarlo. Menos mal que tiene a Sofía, a la que todavía le faltan un montón de años para llegar a la universidad. Y que Gael ya está de nuevo aquí. No me gusta ver a mi madre de bajón. Además, no tiene sentido que se ponga así, porque ella siempre me ha animado a estudiar lo que me apeteciera, sin coaccionarme en absoluto, ni con los estudios ni con la ciudad donde realizarlos. Sabe que, desde hace unos años, mi sueño es estudiar arquitectura en la capital francesa. Y, desde el primer día que se lo planteé, ella y Axel (él es arquitecto y mi ejemplo a seguir) no han dejado de ayudarme en todo lo que ha estado en sus manos para conseguirlo.

—Suenan a sueño cumplido, así que espero que os alegréis por mí —argumento.

—Pues claro que nos alegramos, Teo —asevera Axel—. Los demás no sé, pero tú ya sabes que yo estoy jodidamente orgulloso de ti. —Se levanta y viene a abrazarme. Los aplausos de toda mi familia me hacen reír. Y vale, sí, también se me ha metido algo en el ojo.

Menos mal que está mi hermana para salvar la situación y hacerla menos intensa.

—¡Papi ha dicho un taco! —Sofía se chiva a mi madre, que se aguanta la risa mientras riñe a Axel por usar ese vocabulario. ¿Ella también se ha emocionado o me lo parece a mí?

Me entra un wasap y saco el móvil del bolsillo para mirarlo.

Berta:

¿Ya vienes? Mi madre y mi abuela acaban de salir, tenemos la casa para nosotros solos.

—Buah, solo le ha faltado decir que te espera... —Gael se ha asomado por encima de mi hombro y ha leído el mensaje, sin cortarse.

Ahora divagaré, como hace siempre cuando se trata de Berta y de mí. Menos mal que el resto están hablando y no le han oído.

—Te quieres callar —protesto.

Berta es mi mejor amiga. Solo eso. El verano pasado tuvimos un par de intentos de ser algo más. Nos enrollamos de manera esporádica, pero, por suerte, aquel hecho no estropeó lo nuestro. Lo cierto es que, a la vuelta de las vacaciones, estuvimos unos cuantos días raros. Hablamos de lo que había sucedido y pusimos en una balanza lo que nos satisfacía más. Ganó la amistad. Y volvimos a ser solo mejores amigos. Tampoco es tan extraño que mi mejor amiga sea una chica, ¿no? Y mucho menos tiene que serlo para Gael, cuando la suya es Leah. Lo que me cansa es que no deje de insinuar que lo mío con mi amiga irá más allá. Quizá le despiste la actitud de Berta, que, en ocasiones, sí que parece que quiere algo más que mi simple amistad, aunque de verdad pensé que los dos lo teníamos superclaro.

—Te puedo acercar con la moto. ¿Está en casa de su abuela? —Asiento—. Pues te llevo. Voy al Salitre a ver a Jana y me pilla de paso. Y tengo condones en la cartera, por si los necesitas.

—Tato... —me cabreo, pero me pone su cara de buena persona (aparentemente) y termino sucumbiendo, solo a medias—. Paso de explicártelo otra vez. Venga, llévame.

Nos despedimos de todos con besos y abrazos y prometemos a Sofía que mañana, si hace sol, la llevaremos a la playa, los dos.

Antes de ponerme la sudadera para subirme a la moto, recibo otro wasap.

—¿Se pone nerviosita? Dile que ya vas, que lo bueno se hace esperar.

Y dale.

—¿Eso le has dicho tú a Jana? —contraataco.

—Jana ya lo sabe.

Me río porque él es así de capullo, pero lo queremos. Mientras arranca y se ajusta el casco, miro el mensaje. No es de Berta, es de Asier, el amigo de mi hermano.

Tu rubio:

Hemos quedado esta noche en casa de Bosco, se viene *party*. Si te acercas, cuidaré de ti.

No voy a mentir. Me gusta mucho cómo suena ese plan. Bosco es primo de Berta, y sus fiestas suelen ser... interesantes, lo dejaré ahí.

Fue el propio Asier el que metió su contacto en mi móvil con esa definición tan gráfica. Y fue una buena idea, porque así nadie sabe quién es. Como ya te he dicho, mi hermano no ha estado en casa este curso pasado, así que no tiene ni idea de la amistad, o lo que sea, que ha surgido entre el rubio y yo. El único que nos ha visto pasar algo de tiempo juntos ha sido Bruno, el otro mejor amigo de Gael, pero sé que no le ha contado nada. No es que quiera ocultárselo, pero, como lo conozco, prefiero ahorrarme esa presión.

—Vaya, ¿esa sonrisilla? No me digas que Berta te ha mandado un *nude*.

—Eres un cansino, Gael. ¿Quieres dejar de pensar con el rabo un segundo? —Me guardo el móvil en el bolsillo, no vaya a ser que lo vea y me acribille a preguntas que no sabré responder.

Lo único que tengo claro ahora mismo es que sí, definitivamente, quiero irme a París. Y no solo porque quiera estudiar allí, sino también porque me apetece salir de aquí. De mi ciudad, de

mi casa, de mi pequeño círculo. No es que tenga la sensación de que, si me quedo a su lado, nunca podré aclararme. Sé que terminaría haciéndolo, de un modo u otro. El problema es que primero necesito entenderme a mí mismo; explorar, probar, crecer... Conocerme. Y cuando sepa cómo quiero vivir, y, lo más importante, cómo quiero sentir, seré yo mismo el que se siente con ellos y se lo cuente.

2

Mi despedida

TEO

A Berta la fiesta de despedida se le ha ido de las manos. Y no lo digo solo por la gente que abarrota el jardín de la casa de su abuela, un chalet de dos plantas con una finca grande, y piscina incluida, a las afueras de Santander. Ni por el volumen de la música, que está a más decibelios de los que aconseja la Organización Mundial de la Salud. Ni tan siquiera por las botellas de alcohol, muchas ya vacías, tiradas sobre el césped. Sino por el pedo que lleva mi amiga, hacía muchísimo tiempo que no la veía así.

—Dime que eso es agua —le suplico cuando me acerco a ella. Se está riendo colgada del cuello de Héctor, nuestro colega.

—Es agua... Agua... ¡Aguardiente! —grita eufórica.

—Sí, de orujo de Liébana —matiza Héctor y niega con la cabeza, tranquilizándose.

A ver, que ya sé que esto es una fiesta, aunque tenga un sabor agridulce, porque es un adiós. Yo prefiero decir que solo es un *hasta luego largo*. Nuestros caminos se separarán mañana y, después de haber compartido prácticamente toda nuestra vida, será bastante raro e insoportable, al menos al principio. Sin embargo, una cosa es beber y coger el punto, y otra muy distinta rozar la inconsciencia.

Berta suelta a nuestro amigo y se lanza sobre mi cuerpo, abro los brazos para recibirla y se engancha a mi espalda con toda la fuerza que posee en este instante. Héctor aprovecha para dejarnos solos y llevarse el vaso lejos.

—Te voy a echar mucho de menos, Teo. No quiero separarme de tiii... —me confiesa, pegando su boca a mi oído mientras empieza a sorberse los mocos.

Genial. Ahora pasa de la risa al llanto, y viceversa. Yo también la abrazo, muy fuerte, sin embargo, mi gesto no la consuela como pretendía. Las copas de ron con naranja que me he bebido antes (dos o tres) no se me han subido tanto como a ella.

Estoy tan emocionado por empezar esta nueva etapa, encima en otro país, que ya me he ido preparando para este día durante las últimas semanas. Y hace tiempo que empecé a cerrar esta puerta, aunque todavía no lo haya hecho del todo.

—Y yo a ti. Aunque nuestros caminos se separen, no vamos a dejar de ser amigos. No quiero verte así. —Le limpio la última lágrima que le cae por la mejilla.

—Tú a París. Yo a Madrid. La universidad. Todo me acojona, Teo. Y tú siempre has estado a mi lado. Va a ser muy duro. Te quiero —musita, como si fuera la primera vez que me lo dice.

—Yo también te quiero, tonta. Pero no quiero que te pongas así. Quedamos en que no íbamos a despedirnos como si no nos fuéramos a volver a ver en la vida.

—Un *hasta luego largo*, lo sé. Pero... —Se mira el reloj e intenta hacer el cálculo—. En catorce horas nos separaremos y... —Me sujeta la mano para que no la despegue de su cara. Me mira de frente, con esos ojos azules, casi transparentes, ahora enturbiados por las lágrimas que ya

ha derramado, e intenta sonreír. No estoy llorando, pero casi. Berta se pone de puntillas y acerca su frente a la mía—. Prométeme que hablaremos todos los días.

—Y haremos videollamadas y nos mandaremos wasaps.

—¿Lo dices de verdad?

—Pues claro. ¿Cuándo te he mentado yo?

Nos separamos unos centímetros. Suena *Mon Soleil*, de Dadju y Anitta, y Asier se cuela en mi campo de visión. Está al lado de mi hermano y de Jana, bailando como solo él puede hacerlo, brillando, igual que su bañador verde fosforito. Y yo me fijo en su pelo rubio largo, en ese cuerpo fibroso y bronceado, y en cómo canta las partes en francés sin dejar de mirarme la boca. Y parpadeo para volver a concentrarme en Berta, que ha ladeado la cabeza hace un segundo, buscando el foco de mi distracción. Entonces, su sonrisa se vuelve más amplia, como si, de repente, le hubiera dado pie para confesarme algo que se ha callado durante mucho tiempo.

—Nunca me has mentado, Teo. Aunque ocultarme la verdad también está feo.

—Berta, yo...

—Estoy borracha —reconoce—. Y me jode mucho no haber sido más valiente y haber sacado el tema antes, pero es que las últimas semanas, tú... —Hace una pausa larga—. Soy tu amiga desde que tengo uso de razón, Teo. ¿Por qué no me lo has contado? Pensé que no había secretos entre nosotros.

—Ey. —Llevo mis manos a sus mejillas y enmarco su cara—. Lo siento. Sé que podía haberte dicho algo. Haberme abierto contigo. Pero es que, no sé, ha sido y es raro. Sobre todo, empezar a darme cuenta de que me motivan cosas diferentes. Y, aunque no te lo creas, es todo bastante nuevo para mí. No es algo que me pase desde hace mucho tiempo, Berta. Por eso no tengo mucho que contar. Todavía.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. Te lo digo en serio. Y no quiero que te enfades conmigo por no haberte contado mis movidas, porque siguen ahí. Solo necesito procesarlas y gestionarlas yo primero, antes de darles voz —me sincero.

—Está bien. Pero soy tu amiga y estoy aquí. Todavía. —Parece que la intensidad de la conversación le ha bajado el pedo de golpe.

Sé que en parte tiene razón, podría haberle contado cómo me sentía hace meses. Sin embargo, este curso ha sido muy duro. Los dos hemos estado centrados en dar nuestra mejor versión en clase y sacar una buena nota en la EBAU, así que hemos tenido poco tiempo para tocar otros temas. Y, durante el verano, con el regreso de mi hermano y los preparativos para irnos a la universidad, hemos compartido menos tiempo a solas.

—¿Os vais a comer la boca ya? —grita Gael, inoportuno como siempre, y Asier le riñe.

Berta le hace una peineta muy merecida.

—Será mejor que vayamos con todos —la animo—. Es nuestra última noche juntos hasta vete a saber cuándo, no quiero pensar en nada trascendental ahora.

—De acuerdo. Pero me tienes que prometer que cuando lo tengas más claro me lo contarás. El verano pasado, tú y yo... hicimos... cosas —balbucea—. Y después, te cebaste con lo de ser solo amigos y me rayé muchísimo con este tema. —Baja la mirada.

—Berta, mírame. —Le cojo la barbilla y se la levanto—. No me he arrepentido nunca de lo que hicimos, así que no quiero que se te pase por la cabeza que no quise hacerlo. Ya te he dicho

que estoy gestionando lo que siento desde hace poco tiempo. No pienses que no me moló.

—No te moló mucho, Teo... —Sonríe, contenida.

—A ver... —Me llevo las manos a la cara. Busco las palabras adecuadas para no sonar como un cretino.

—Omítese la verdad, otra vez. Y me da rabia, porque eres mi mejor amigo. Tenemos la confianza suficiente para hablar de todo, sin escondernos.

—Me gustó. Pero no como pensé que lo haría. ¿Contenta?

—Más o menos.

—No sé, también pudo ser porque tú y yo somos amigos, y nunca había pensado en ti de esa manera. A ver, estábamos a gusto, nos calentamos con aquella tontería de la primera vez y surgió. Ya está. No hay que darle más vueltas. Después me comí la cabeza, sí, porque no quería perder lo que ya teníamos. Y es cierto que me quedé con la sensación de que el sexo tiene que ser algo más. Que me tendría que correr algo más por las venas cuando lo hiciera la próxima vez. Luego me lie con Michelle, la de 2º B, en Halloween, y fue peor, no me gustó ni un mínimo. Y ahí empecé a pensar que quizá era yo. Y entonces...

—Te liaste con Asier y fue infinitamente mejor —afirma ella, y ahora sí que curva los labios y me guiña un ojo, cómplice. Como si por fin lo hubiera encajado todo.

—¿Alguien ha dicho mi nombre? —El susodicho se acerca a nosotros con Bosco, el primo de Berta, que la estaba buscando.

—No... —balbuceo—. Espera... Berta, yo no...

Quiero explicárselo, es más, si hubiera sido más valiente, le habría contado ese intento fallido que hubo entre Asier y yo en aquel piso enfrente de la bahía. Pero me molestó tanto que Gael, a pesar de estar en la otra punta del mundo, fuera el causante de que el tonto con su amigo se quedara sin final, que preferí olvidarlo.

Mi amiga me da un beso en la mejilla y me palmea el pecho desnudo antes de girarse y subirse a caballito encima de su primo.

—¡Encima de las hortensias no! —grita a un colega de Héctor que está doblado, a punto de... ¿vomitar en ellas?

—¿Y esa cara? ¿Estás bien?

—Sí. No. No lo sé. Necesito una copa. —Le quito a Asier la suya de la mano y doy un trago. Sabe a rayos, creo que está bebiendo Red Bull con *whisky*.

—Suave...

Le devuelvo el vaso, pero en vez de dárselo en la mano, se lo acerco al abdomen y le rozo la piel con mis nudillos, por encima del ombligo. Se muerde el labio. Se muerde el puto labio y a mí se me pone contenta. Y me meto en un lío yo solito, porque estamos rodeados de gente y Gael acaba de salir de la piscina. Si Asier no ha querido liarse conmigo con él en las antípodas, imagínate con él a un metro.

—¿Hoy tampoco vas a despedirte de mí? —lo pico, haciendo alusión a su huida de aquella fiesta. Y a todas las veces que nos hemos mensajeado desde entonces, en las que él ha cortado la comunicación cuando el tema estaba a punto de descontrolarse.

—Hoy sería un crimen no hacerlo. —Me guiña un ojo y luego desvía la mirada a mi entrepierna. No sé cómo lo hace, pero en un movimiento de *ninja* me arrastra detrás de la cabaña de madera donde guardan las herramientas. Sin darme tiempo a analizar la situación, acerca su

boca a la mía y me da un beso rápido, que me sabe a muy poco, aunque el calor de su contacto me va a perseguir, lo sé. Cuando entreabro los labios para profundizar y sentir su lengua rodeando la mía, se retira—. Y un auténtico suicidio a la vez, Abad júnior.

—Ya te vale, Asier... —bufo.

—Qué puta suerte van a tener los francesitos contigo —sentencia, y se aleja por el jardín.

3

Mi bienvenida

TEO

Arrastro la última maleta por el pasillo de la segunda planta hasta la que será mi nueva habitación a partir de hoy. Este ha sido el último viaje al coche, porque ya he subido todo.

Me fijo en las puertas del resto de habitaciones y me doy cuenta de que la mayoría están abiertas. Hoy debe de ser el día oficial de las llegadas, así que no para de entrar y salir gente. Me agobio un poco, para qué negarlo. Axel y mi madre se han quedado abajo, ultimando unos detalles con Greg, el responsable de la residencia.

No estamos dentro del campus de la universidad, porque no existía esa posibilidad. Sin embargo, la École Nationale Supérieure d'Architecture de París-Belleville, más conocida como ENSA-PB, está justo doblando la primera esquina nada más salir del portal, a unos trescientos metros. Tampoco es que esta sea una residencia al uso, ya que solo ocupa las tres primeras plantas de un edificio residencial en la *rue* Burnouf. Además, las habitaciones son como microapartamentos. Nada más entrar nos encontramos con una pequeña zona de estar, con un sofá de dos plazas gris y una mesa baja blanca. Este espacio está abierto a una cocina minúscula con lo básico. Después, hay dos puertas. Una es el dormitorio; con dos camas, una ventana grande entre ambas, dos armarios de suelo a techo, pegados a cada pared, y dos escritorios con sus correspondientes sillas. Y, por último, la otra puerta es la del baño; con una ducha de un tamaño bastante decente si lo comparamos con el resto. En la tercera planta se encuentran las zonas comunes, que nos han enseñado antes. Un salón grande con varios sofás, televisión y mesa de *ping pong*. Y un comedor con dos mesas largas y bancos corridos. La mayoría de los alumnos están en régimen de pensión completa, como yo. Eso incluye todas las comidas, excepto las del domingo, que, obligatoriamente, te tienes que buscar la vida, porque aquí no curra nadie.

Lo que más me gusta, aparte de que está todo relativamente nuevo, es la ubicación. Perfecta para no tener que madrugar y, encima, olvidarme del transporte público para llegar a clase. Lo malo es que, si llego tarde, no tendré excusas.

Cuando estoy delante de mi habitación, me detengo y cojo aire. La puerta está entreabierta. Es raro, porque creo que la dejé cerrada al salir. Antes de empujarla con el trasero, porque esta maleta pesa como si trajera un cadáver dentro y necesito tirar del asa con las dos manos, exhalo con fuerza. Allá voy.

—*Merde!*

Vale, acabo de darle a alguien.

—Yo... Lo... Lo siento. —Me giro para comprobar si está bien y, de paso, me percató de que tengo que empezar a cambiar el idioma—. Pensé que no había nadie.

Suelto la maleta en el umbral y él abre la puerta del todo, apoyándose unos segundos en la madera. Tengo que elevar la mirada, porque mi nuevo compañero de habitación, o eso deduzco cuando veo tres bolsas enormes tiradas en el sofá que no son mías, es más alto que yo. Pelo

castaño claro y rizado. Ojos grises. Cejas espesas. Nariz recta, acorde a los ángulos de su cara. Una barba de un par de días, tirando a rubia, con bigotillo. Y la pieza estrella, que se lleva la mayor parte de mi atención, un pendiente en la oreja izquierda.

—*Bienvenue.*

—*Bonjour, je suis Teo.*

—Bonita entrada, Teo. Aunque mi culo no opinará lo mismo cuando me siente. Soy Eric. Tu compañero de habitación.

Por fin se quita de la puerta, termina el repaso que, claramente, me estaba haciendo, y me ayuda a meter la maleta hasta dejarla al lado de su equipaje.

—¿Eres español? —pregunto, porque en su pronunciación apenas se aprecia acento francés.

—Sí. Mi madre es... —Hace una pausa corta—. Era. Mi madre era catalana —corrige el tiempo verbal al pasado, por lo que deduzco que su muerte es reciente—. Yo nací en Barcelona. Cuando cumplí seis años, nos mudamos a Toulouse, la ciudad natal de mi padre. Y tú, ¿de dónde eres? Greg no me ha querido dar ningún dato sobre ti, y mira que le he insistido. Será porque mi mala fama me precede.

Sonrío, aunque no sé si por los nervios o por el susto. De la manera que ha entonado *mala fama*, podría tener mil matices. Además, ¿significa que ya ha estado aquí? Pensé que intentaban emparejar en las habitaciones a los alumnos de los mismos cursos.

—Soy de Santander. No sé si lo conoces.

—No. Pero me suena por el nombre del banco. —Suele pasar—. En el norte solo he llegado a San Sebastián.

—Hola... —Mi madre y Axel se asoman a la puerta, eso significa que ha llegado la hora de despedirse.

¿En serio? ¿Ya? ¿Tan pronto?

Después de presentarles a Eric, me repiten las instrucciones que Greg les ha recalado sobre el cumplimiento obligatorio de las normas para una buena convivencia en la residencia. Respetar a los compañeros y los espacios comunes. Cumplir los horarios de todas las comidas. Y, lo más importante, los límites para las entradas y salidas nocturnas; entre semana a las once de la noche, y los fines de semana hasta la una de la madrugada; casi como Cenicienta. Eric escucha sin dejar de sonreír mientras niega con la cabeza. Creo que está esperando a que se vaya mi familia para compartir las verdaderas reglas conmigo.

—Un placer, Eric —se despiden de él.

—Igualmente.

—Ahora vuelvo y recojo todo eso —le digo, y decido acompañarlos hasta la calle, para decirles adiós sin más testigos.

—Tranquilo, todavía no me conoces, pero me gusta el caos.

¿Lo dice en serio? Porque yo lo odio.

En la puerta, me cruzo con otro chico; este es como un armario empotrado, grande y muy musculoso, con la cabeza rapada. Me da la mano y me dice que se llama Hans, que es de Berlín y que su habitación es la que pega con nuestra pared. Eric lo saluda y, antes de que ninguno de los tres nos movamos, entra una chica menuda y se lanza a los brazos de mi compañero, con tanto ímpetu que terminan los dos cayéndose en el sofá.

Enfilo el pasillo para coger el ascensor, algo perdido. Son demasiadas cosas nuevas. La residencia, mi compañero, la ciudad... Hasta dentro de una semana no empiezan las clases, así que tengo tiempo para ir aclimatándome.

Cuando salgo por el portal veo a Axel abrazar a mi madre, y su imagen es... Uf, es que no quiero volver a llorar.

—Mamá...

—No estoy llorando, es que se me ha metido algo en el ojo.

—Quedamos en que con lo de ayer en casa ya era suficiente.

Las lágrimas de Sofía y la cara de culo de Gael, que estaba triste, aunque se empeñaba en disimularlo, no podré olvidarlas tan fácilmente. Lo de la enana me rompió del todo. No me he separado de ella desde que nació y va a ser rarísimo no verla cada día.

—Te vamos a echar de menos, Teo. Todos —afirma Axel y me abrazan los dos.

—Yo también a vosotros. No sé si voy a poder... —Las lágrimas brotan solas y es mi madre las que me las limpia a mí, y Axel a ella. Menudo cuadro.

—Vas a poder ser todo lo que te propongas, cariño. Porque este es tu sueño y por eso estás aquí.

—Exacto. Así que se acabó el drama —nos riñe Axel.

Les doy los últimos besos y se meten en el coche. Mi madre baja la ventanilla antes de que Axel arranque el motor.

—Os voy a llamar todos los días.

—La primera semana —sisea él y se gana un pequeño guantazo de mi madre—. ¿Qué? No hace falta que te recuerde que yo he vivido aquí.

—Llama cuando quieras.

—Y le he prometido a Sofía una videollamada para leerle un cuento dos noches a la semana.

—El primer mes... —Axel sigue tocándole la moral a mi madre—. Venga ya, Lía. ¿Tú has visto el trajín que había en esa residencia? Y las normas de Greg, esas no las cumple ni él, te lo digo yo. Un mundo lleno de posibilidades. —Me guiña un ojo y se descojona cuando mi madre resopla—. Y todavía no ha puesto un pie en la universidad, espérate a eso.

—Tened cuidado en la carretera. Y llamadme cuando lleguéis.

—No te preocupes —dice mi madre.

—Y tú ten cuidado, así, en general —añade Axel mientras maniobra para salir—. Y, en particular, ten mucho cuidado con el... —Deletrea la palabra *sexo* moviendo los labios para que no lo escuche mi madre. Sí, le encanta repetirnos lo importante que es la protección.

—Adiós, os quiero. *Bye. Au revoir.*

Mientras subo a la habitación, me voy deshaciendo de la pena que me da separarme de ellos. Tienen razón, estoy aquí porque este era mi sueño desde crío, y ahora solo tengo que mirar hacia delante.

La puerta está abierta de par en par. Lo que necesito es espacio para poder entrar, porque, ahora mismo, hay más de ocho personas hablando y riéndose.

—Vamos, Teo. No te quedes ahí. —Eric hace gestos al aire con la mano para que avance—. Que la fiesta ya está montada.

—¿La fiesta? ¿Qué fiesta?

—Pues la de tu bienvenida.

Mi bienvenida.

4

Mi primer día

TEO

El sonido de un portazo me hace dar un bote en la cama. Me aferro a la almohada y me cubro la cabeza para aligerar la presión. La sien me martillea, como si alguien estuviera metiendo un clavo en mi cerebro. No, no estoy enfermo, ni son migrañas, aunque eso ya lo supondrías. Lo que tengo es una resaca del quince. La tercera de esta semana.

La primera fue al día siguiente a mi llegada; después de esa fiesta improvisada de bienvenida que Eric organizó para mí y para el resto de recién aterrizados. Esa noche no salimos de la residencia. Como era el día de las llegadas, Greg, el responsable, hizo la vista gorda y nos dejó estar en el salón común bebiendo y con la música a todo trapo hasta casi las dos de la madrugada. La ventaja es que no tuve problemas para llegar a mi cama. A Eric le costó algo más, porque no apareció hasta el mediodía del día siguiente, creo que su amiga Colette le dio cobijo.

La segunda fue el sábado. El viernes, Eric me invitó a una sala de conciertos donde tocaban unos amigos suyos; después de la actuación, nos quedamos en aquel antro hasta que nos echaron, cuando estaba a punto de amanecer. Regresar desde el distrito VII hasta aquí mientras amanecía fue toda una odisea. Intenté escaquearme de ese plan, lo prometo, porque me apetecía aprovechar el sábado para hacer algo de turismo por la ciudad, incluso ya tenía una pequeña ruta marcada de cosas que quería ver y otras que me habían recomendado los padres de Axel, pero, por miedo a que pensara que soy un rancio, terminé aceptando su invitación.

Durante estos primeros días, he comprobado que es un organizador de planes nato, y que es el típico embaucador que siempre te vende la moto. Tiene carisma y, además, lo sabe. Le encanta llevar la batuta. Así que es muy difícil decirle que no. De hecho, no he sido el único novato que le ha seguido. Como bien supuse, hay cientos de excusas que te permiten saltarte las normas de los horarios de entrada, y él se las conoce todas.

También acerté con lo de que Eric ya había estado aquí. Por eso controla todos los entresijos y se mueve como nadie entre los residentes, tanto entre los compañeros veteranos, a los que abandonó el año pasado, como entre la savia nueva, que somos nosotros. Es como si él fuera el flautista de Hamelín y nosotros las ratas.

Y la última resaca es la de hoy. Porque sí, ayer domingo, y de nuevo en contra de mi voluntad, al menos de mi primera voluntad, Eric me llevó a casa de su amigo Clement, que fue su compañero de habitación cuando empezó la carrera, y que ahora vive en un piso a dos manzanas de aquí. Sobre las cuatro de la mañana, cuando el alcohol y el humo me nublaron el juicio, regresé solo a mi habitación, porque Eric se había marchado de la mano de un chico, sin decirme ni adiós.

Como puedes ver, me estoy tomando el periodo de adaptación a mi nueva vida universitaria (y eso que aún no han empezado las clases) muy en serio. Aunque, quizá, el tema se está descontrolando. Lo importante es que soy consciente de que este ritmo con el que he empezado

es demasiado alto, y que, en cuanto empiece el curso, tendré que aprender a declinar sus ofertas, algunas más tentadoras que otras.

Quiero empezar a recorrer París, porque apenas he salido de este barrio desde que llegué. Y aunque ya estuve aquí de visita, no es lo mismo ser un turista que un residente; quiero hacerme mi propio mapa de rincones favoritos. Para eso, lo primero que debo hacer es familiarizarme con las líneas de metro y ganar libertad de movimiento. La verdad es que la ciudad todavía está recomponiéndose, después de la celebración de los Juegos Olímpicos que ha tenido lugar este verano, así que iré poco a poco.

Tanteo la mesilla en busca de mi móvil. Cuando doy con él y miro la pantalla, me cago en todo.

¡No! ¡Tiene que ser una broma! Me incorporo y pego la espalda al cabecero mientras lo enciendo. No me puedo creer que anoche (bueno, quien dice anoche, dice hace unas horas), lo pusiera a cargar apagado. Así cómo narices va a sonar la alarma. Por favor, que no sean más de las nueve.

Me destapo y me pongo de pie mientras mi iPhone termina de arrancar. Hoy es lunes, sí. Mi primer día de clase. ¿Puedo ser más imbécil?

Abro las contraventanas y compruebo que es de día. ¿Qué esperabas, Teo?

La cama de Eric está impoluta, lo que significa que no ha regresado. Debería mandarle un mensaje, al menos para que me confirme que está bien.

Mierda. Las 08.53. Tengo siete minutos para llegar a clase. Y no, vestirme sin darme una ducha antes no es una posibilidad.

No doy tiempo a que se caliente el agua y me meto debajo del chorro, sin miedo. Así me espabilo. Cuando salgo de la ducha dos minutos después, ni me peino. Me rocío con Armani Code para dejar un buen rastro a mi paso (siempre se me va la mano cuando estoy nervioso) y me seco con la toalla. Abro el armario para pillar lo primero que encuentre. Vaquero gris claro, bastante ajustado, y una camiseta de manga corta negra de Comme des Garçons, con el corazón rojo en el pecho, que le mangué a mi hermano antes de venir. Luego le mandaré una foto para escuchar cómo me pone verde por no habérsela pedido.

No sé qué temperatura hará en la calle, aunque, desde que llegué, no ha habido dos días seguidos iguales. Me arriesgaré, a pesar de que el denominador común de todos ha sido la ausencia de sol; no me quiero imaginar cómo hará cuando entre el otoño esta semana.

Cojo las llaves y vuelvo a mirar mi móvil antes de metérmelo en el bolsillo. 09.03. Mierda. Pillo mi mochila, esa sí que la tenía preparada encima de mi escritorio, y salgo pitando.

Al lado del ascensor hay una máquina de café. No lo he probado todavía, aunque hay altas probabilidades de que sepa a rayos. Aun así, debería tomarme uno, o solo un par de tragos antes de entrar en clase, para no dormirme.

No hay dolor, Teo. Me envalentono y saco uno.

Cuando salgo del portal, acelero el paso. Confío en que el profesor o la profesora de Artes Plásticas, que es la primera clase que tengo hoy, no sea demasiado puntual. Además, esta es la semana de la integración; solo habrá presentaciones, exposición del temario, bibliografía de cada asignatura, explicaciones del sistema de evaluación, y una guía algo más pormenorizada de la escuela, tanto a nivel académico como a nivel logístico. Uno de los pilares fundamentales de la ENSA-PB es la enseñanza internacional y abierta, en la que parte de su alumnado procede de

diversos países, así que todos los del primer ciclo necesitaremos unos días para ubicarnos. Será una primera toma de contacto entre los diferentes estamentos y espacios, para que, el viernes, en un acto oficial, se inaugure el nuevo curso académico. Las clases de verdad comenzarán el próximo lunes.

Afortunadamente, los pocos metros que me separan de la puerta de la facultad no me retrasan más. Le doy un trago al café, que, como suponía, sabe a una mezcla de lejía y limón, y le envío un mensaje a Eric con la esperanza de que ya esté dentro y me guíe hasta el aula.

Yo:

¿Estás dentro? Bueno. Lo primero, ¿estás vivo?

Eric:

Vivo y dentro. Vamos, nene, que llegas tarde.

Me imaginaba que ya estaría en clase. Esta es una de las asignaturas que Eric no aprobó cuando empezó a estudiar, hace dos años. Así que, este curso, compaginaré varias de primero y de segundo.

Yo:

¿Aula? Dime cómo llego, por favor, que no quiero entrar el último.

Eric:

Anfiteatro central. Planta baja, al final del pasillo de la derecha. No tiene pérdida.

Tecleo un OK con el pulgar mientras memorizo la dirección que me ha dado. Con la otra mano sigo sujetando el vaso hasta que encuentre una papelera. Con la cabeza agachada, sin dejar de mirar la pantalla, intento atravesar la puerta. Y digo intento porque me choco contra un... ¿Cuerpo? ¿O el marco metálico de la verja de acceso? Lo que sea con lo que he impactado está tan duro que reboto, retrocediendo un paso. Con ese torpe movimiento el resto del líquido imbebible que quedaba en el vasito sale disparado hacia la derecha. Correcto, ahí es donde está... Levanto la cabeza para averiguarlo. Él. Un tío. De carne y hueso. Moreno, fuerte y más alto que yo. Pelo tirando a largo y ondulado; ha tratado de peinárselo y no lo ha conseguido, porque tiene algunos mechones rebeldes alborotados. ¿Estará resacoso también? Ojos marrones, no muy oscuros. Cejas espesas. Nariz ancha. Muy ancha, sobre todo cuando bufa, como ahora. Labios gruesos, mullidos, y muy definidos, aunque ahora forman una línea recta. Abre la boca para decir algo, pero se lo debe de pensar mejor y solo expulsa el aire. Afeitado, aunque no apurado. Es inevitable no fijarme en él, porque seguimos estando muy cerca y, para colmo, huele de vicio. A ver, es el típico tío que se gana miradas. Vamos, que aunque no nos hubiéramos chocado aquí, si me hubiera cruzado con él luego en un pasillo, me habría fijado igualmente. Aclaro, le hubiera fichado por su cuerpo y por su cara. Jamás por la ropa que lleva puesta. Pantalón chino claro, camisa blanca y americana azul marino. Colgando de su hombro una cartera de cuero envejecido marrón, de las que se cierran con dos hebillas. Eso tiene que ser como mínimo de su padre. Cuando desciendo la mirada al suelo, para que el examen sea

completo, flipo con su calzado. ¿Quién coño usa mocasines de ante para venir a la universidad en pleno 2024? Este tiene que ser alumno del último ciclo, de esos que ya se creen arquitectos. O es de los que va a cursar el máster. No puede existir ninguna otra razón para venir así.

—Magnífico —dice con un tono entre comedido y amargado. Realmente dice *magnifique*, en francés, que ya sabes que todo suena como más melódico en ese idioma, aunque la mirada reprobatoria que me dedica no es precisamente dulce.

—Lo siento. Iba mirando el móvil y no te he visto. Yo... —Me disculpo, aunque toda esa parrafada se la he soltado en español, por lo que no me habrá entendido.

Tengo que cambiar el chip del idioma, ya. Como con Eric me entiendo sin usar el francés, la mayor parte del tiempo mezclamos los dos idiomas. Tiro por el camino fácil, el de los gestos, que dicen que es un idioma universal, ¿no? Me encojo de hombros, curvo los labios y lo miro achinando los ojos. Todos dicen que cuando pongo esta cara de niño bueno soy adorable. Seguro que ahora sí que me ha entendido.

Quizá tenga problemas de visión, porque no cambia su rictus. Desvía su mirada hacia su cadera y, ahí está, la mancha de café sobre el bolsillo de plastón de su americana. A ver, que solo se ha mojado, porque, realmente, sobre el azul marino no se ve el pegote. Tampoco es para tanto. Noto cómo coge aire de nuevo y lo expulsa con lentitud, en un evidente ejercicio de contención. Después, en un gesto estudiado, gira la muñeca y mira su reloj mientras niega con la cabeza.

Sí, llegamos tarde.

—*Pardon*. —Repito mi disculpa, esta vez en su idioma, pero él ni me responde.

Sin riesgo a equivocarme, te digo que este tío es francés. Vamos, que se ve a la legua. Se pasa la mano por la mancha, como si así fuera a desaparecer, y, con la misma, comienza a caminar para llegar a la puerta principal. Lo sigo, porque no puedo perder más tiempo yo tampoco.

—Francés, capullo y sordo —murmuro bajito a su espalda en mi idioma de nuevo. Total, no se va a enterar.

En cuanto atravesamos la puerta principal, desaparece entre la gente que abarrota el *hall*. Y yo, sin fijarme ni en el color de las paredes, enfilo el pasillo de la derecha para llegar hasta el anfiteatro central todo lo rápido que puedo.

Por suerte, la puerta está abierta todavía, eso significa que no soy el último en llegar. Echo un vistazo rápido en busca de Eric y lo veo en la penúltima fila. Está sentado al lado de Hans, nuestro vecino de habitación. Levanta la mano y me hace un gesto para que suba; me ha guardado un sitio, a su izquierda.

—¿Qué tal tu noche? —le pregunto nada más sentarme a su lado.

—No estuvo mal. ¿Y la tuya? Porque no traes muy buena cara.

—La mía sin más. No encendí el móvil y no me ha sonado la alarma. Odio llegar tarde.

—Tranquilo, aquí no pasan lista; excepto en los talleres, claro, que ya te enterarás de cómo funcionan. Además, no has sido el último, aún no ha llegado el profesor.

—¿No iba a ser una profesora? —se interesa Hans, que ha sacado un cuaderno y un bolígrafo para tomar notas.

—La profesora titular está de baja y nos dará la asignatura un sustituto.

—¿Y tú cómo lo sabes? —le pregunto. Me alucina que también esté al tanto de todo lo que ocurre en la escuela, y más después de haber estado un año fuera. No sé cómo lo hace.

—Tengo mis fuentes.

—¿Y cómo es? ¿Mayor? ¿Exigente? ¿Enrollado?

—Es...

Eric no continúa, porque, en ese instante, entran dos personas y todo el mundo guarda silencio. Uno, el más bajo y canoso, de mediana edad, lleva un traje negro. Al otro apenas lo distingo desde aquí. Se ha parapetado detrás del trajeado, y solo veo que lleva puesta una camisa blanca, sin chaqueta. Cierran la puerta y se dirigen a la tarima. El mayor se presenta, es Leopold Bonnet, el director de la escuela.

—Bienvenidos a la escuela. Como ya sabéis, esta semana es solo de integración, por lo que os animo a que conozcáis bien las instalaciones, a vuestros nuevos compañeros y el funcionamiento de cada asignatura. A partir del próximo lunes, empieza lo bueno. —Se escuchan algunas risas tímidas y algún que otro cuchicheo, pero vuelve el silencio en cuanto continúa—: La profesora titular de Artes Plásticas está de baja, así que este semestre, la asignatura la impartirá el señor Delaporte. Espero que disfrutéis de sus clases y sus conocimientos. Hoy será un día intenso, así que, si me disculpáis, os dejo con él sin más preámbulos. Adelante —le da paso—, son todos suyos—. Se baja de la tarima y desaparece por la puerta.

Aprovecho ese instante, antes de que empiece a hablar el profesor, para sacar el estuche y la agenda de mi mochila.

—Buenos días y bienvenidos. Soy el señor Delaporte, y como les ha explicado el director...

—¿Pero qué cojones, nene? —suelta Eric en voz alta. Muy alta. Tanto que varias cabezas se giran hacia nosotros para ver qué ocurre. Y claro, el de la camisa blanca se calla.

Mi agenda de princesas Disney rosa y con purpurina ha dejado a Eric en *shock*.

—¿Qué pasa? —susurro para no llamar más la atención—. Es un regalo de mi hermana.

—¿De tu hermana? ¿Y qué tiene, cuatro años? —Eric se descojona.

—Correcto. Esos mismos —confirmo en un murmullo que apenas puede oír él.

Hans me da un codazo para que dejemos de hablar, porque sí, hemos interrumpido la clase.

—¿Hay algo que quieran compartir con nosotros?

Me coloco recto en el asiento, cojo la pluma que me regaló Berta y levanto la cabeza para pedirle disculpas al profesor por la interrupción.

—*Pardon*.

Mierda. ¿En serio? No me jodas. No puede ser verdad. Si no parece tan mayor.

Pues sí, Teo. Menuda entrada triunfal la tuya.

Es la segunda vez en menos de media hora que le pido perdón al mismo tío. *Magnifique*, como diría él.

5

Mi primera clase

OLIVIER

El alboroto viene de las últimas filas. Podría hacer como que no he oído nada, ser un profesor enrollado, y seguir con mi discurso, básicamente porque es mi primera clase y bastante nervioso estoy ya. Sin embargo, si los ignoro ahora, no estaría siendo justo con el resto de los alumnos que han sido testigos, igual que yo, de la interrupción de ese par. Además, como soy un inexperto en el mundo de la enseñanza (hasta hace nada yo estaba ahí sentado, como ellos), le he pedido consejo a algunos de mis nuevos compañeros (mis antiguos profesores) y todos me han insistido en que es fundamental marcar la línea entre ellos y nosotros el primer día. Así que, con la inseguridad recorriendo mi sistema nervioso, trato de encontrar el tono adecuado para que no me etiqueten como un estúpido el primer día, pero tampoco como un amigo más al que poder vacilar.

—¿Hay algo que quieran compartir con nosotros? —pregunto en un tono educado y a la vez desenfadado. Una de cal y otra de arena.

Avanzo dos pasos y me coloco en el borde de la tarima mientras levanto la cabeza para enfocarlos.

El anfiteatro central tiene un buen tamaño. Mentiría si dijera que no impone hablar subido aquí, siempre y cuando haya gente escuchándote, como es ahora el caso. Me conozco este lugar como la palma de mi mano, y, aun así, cuando he entrado con el director hace unos minutos, he preferido quedarme en un segundo plano, evitando fijarme en las caras de los que serán mis alumnos durante el próximo semestre, para no parecer desubicado. Tenía miedo de enfrentarme directamente a ellos, y que mis gestos o mi mirada delataran mis nervios. Así que me he concentrado en un punto indeterminado de la sala, intentando no tensionarme más, hasta que Eric, el primo de mi amiga Arlette, y su compañero de asiento, han roto mis esquemas.

—*Pardon.* —Ese timbre de voz y esa entonación me suenan. Sobre todo, el acento español tan característico con el que lo ha pronunciado.

Enfoco mi vista hasta el autor de la disculpa, y ahí está, el mismo chico con el que me he chocado en la entrada hace un rato. El mismo que me ha tirado los restos de su café sobre la americana, que he tenido que dejar en la silla de mi nuevo despacho. Menuda suerte la mía. Como si mi primer día no se hubiera torcido ya desde bien temprano.

El despertador ha sonado a la hora programada. Creo que es lo único que se ha salvado. Después, me he metido en la ducha con el agua templada para terminar blasfemando mientras me aclaraba con ella helada; es la tercera vez que el sistema centralizado falla este mes, y es la tercera vez que se lo digo al conserje del edificio. Mientras me he vestido, con la ropa que tardé tres días en escoger, y que preparé anoche, dejándola encima de la butaca de mi habitación, mi móvil ha empezado a sonar, sin tregua. He pensado que serían Arlette o Enmanuel, mis amigos, deseándome suerte en mi primer día de clase, o incluso mi hermana Inés. Pero, qué va, era la

persona que menos me esperaba. Él. Ver las dos iniciales de su nombre en la pantalla otra vez me ha cogido por sorpresa. Pensé que, cuando lo intentó hace tres semanas, sin que le respondiese, le había quedado claro. Sin embargo, una vez más, me equivoqué con él, como parece ser mi sino. Me he negado a entrar en el chat y leer una sola de sus palabras. Y menos hoy, cuando lo único que quiero es concentrarme en esta oportunidad. No obstante, es complicado desconectar determinadas partes de mi cuerpo cuando él se cuele, sin mi permiso, porque te puedo asegurar que el maldito comecome ya se me ha quedado dentro.

Cuando he salido de mi buhardilla, he ido directamente a desayunar al Malabar, como hago todos los días. Sin embargo, hoy, por alguna razón que desconozco, estaba cerrado. Así que me he ido hacia el garaje, con la idea de llegar pronto a la escuela y poder tomarme un café aquí antes de empezar la clase. El problema es que mi mala suerte suele tener dimensiones desmedidas, y cuando mi día se tuerce, lo suele hacer a lo grande. Muy a lo grande, lo tengo comprobado. Por eso mi Twingo no ha arrancado. Ni a la primera. Ni a la segunda. Ni a la cuarta. Con mucho menos margen de tiempo y más cabreado, he tenido que ir a la estación de metro Montparnasse-Bienvenüe, que es la que más cerca está de mi casa, y coger el metro para llegar aquí, con transbordo incluido. Evidentemente, he llegado tarde, y, como colofón final, para rematar mi primer día como profesor sustituto, he tenido ese encontronazo con el chico de los ojos verdes. Sí, ha sido imposible no fijarme en ellos. Él iba despistado con el móvil y yo acelerado. Y sé que lo de mi chaqueta ha sido un accidente, pero mi nivel de tolerancia con cualquiera que se cruzara en mi camino a esa hora ya era nulo. Por eso, su estudiada cara de bueno para disculparse, achinando los ojos y sonriendo a la vez, como si jamás hubiera roto un plato, me ha hecho hasta gracia, aunque no he perdido un segundo más de tiempo; he mantenido mi gesto y he entrado en la escuela, sin tan siquiera responderle.

A primera vista, me ha parecido joven. Y sí, podría haber pensado que sería alumno de primero. Vestido muy casual y con una mochila al hombro. Todo eran pistas. Lo que pasa es que venía muy concentrado en otras cosas. Además, todavía me estoy haciendo a la idea de que, este año, no solo terminaré mi doctorado, sino que, excepcionalmente, y gracias a la confianza de todo el claustro, seré profesor aquí. Por ese motivo, no me he parado a pensar en que lo más probable es que fuera a ser uno de mis pupilos.

—Como estaba intentando decirles antes de que... ¿Su nombre, por favor?

—Eric. Eric Dubois —se adelanta el primo de Arlette, aunque yo no lo estoy mirando a él.

—Gracias, señor Dubois, pero el suyo ya lo sabía.

Hay un murmullo general y todos sonrían, porque el susodicho se levanta y hace una reverencia.

—Claro. Porque soy mundialmente conocido.

—Su ego y usted pueden sentarse, gracias —insisto—. ¿Su nombre, por favor?

—Teo. Teo Abad. —Se cuadra, echando los hombros hacia atrás, y se lleva la mano al pelo para peinárselo.

—Perfecto. Pues como les quería explicar, antes de que el señor Dubois y el señor Abad —pronuncio con calma— se rieran de ese chiste, que no han querido compartir con los demás... —no oigo cómo bufa, pero veo el gesto de Eric de pasar de todo desde aquí. No me emociona especialmente darle clase este semestre; su prima es mi mejor amiga, y sé lo mal que lo ha pasado con la muerte de su madre, aun así, tengo que ser objetivo con él y no voy a consentir que

me falte el respeto—..., seré el profesor de Artes Plásticas. Las clases de esta asignatura se impartirán en el taller que está en la segunda planta. Los lunes, de nueve a once. Y los martes, de doce a dos. Como ya saben, de miércoles a viernes tendrán las clases más teóricas. Yo, extraoficialmente, estaré en el taller un par de horas los miércoles también, por si tienen dudas y necesitan pasar por allí para resolverlas. Las tutorías serán en mi despacho, a última hora de la mañana, y solo los viernes. Tendrán que pedir cita a través de la web, y así les podré atender mejor y de manera individualizada. —Me doy la vuelta y bajo la pizarra para escribir los títulos de los libros que servirán de apoyo en la asignatura.

En cuanto me he girado, han empezado a murmurar, aunque esta vez no me inmuto.

—¿Es obligatorio comprar los libros? —me pregunta un alumno de la primera fila.

—No, la bibliografía que les recomiendo es esta, pero cada uno es libre de consultar o apoyarse en otros textos. Además, la biblioteca tiene muchos otros títulos que les pueden servir.

—Gracias.

—A ver —me dirijo de nuevo a ellos—, el propósito de esta asignatura es que sean capaces de comunicar visualmente ideas arquitectónicas. Y demostrar el dominio de las técnicas y los principios del dibujo. Después de hablar con el director, he conseguido que, este semestre, la asignatura sea algo más flexible. Por lo que compaginaremos salidas al exterior para visualizar *in situ* los lugares más emblemáticos de París, que para eso están ustedes aquí, con la parte más práctica que se desarrollará en el taller y en sus casas. Como saben, esta asignatura no tiene examen, y su evaluación dependerá del portafolio que me entreguen en enero con todos sus trabajos manuales... —En cuanto escucho sus risas, sé que he escogido mal las palabras.

El primero en desarrollar el tema es Eric. Como era de esperar.

—Yo soy nivel experto en trabajos manuales, profesor. Así que no tengo de qué preocuparme.

—El resto de alumnos se empiezan a reír, incluso alguien le llama fantasma, y eso, lejos de disuadirlo, lo motiva más—. Y mi amigo es ambidiestro, no tendrá problemas tampoco. —Su compañero le sisea algo que no entiendo desde aquí—. Lo mismo te tira un café con la derecha, que te hace un trabajo manual con la izquierda. ¿Verdad, Teo? —Eric le coge las manos y las levanta en el aire, agitándolas.

Aquí soy consciente, por primera vez, de la importancia del lenguaje con ellos. He cometido un error de principiante. Teo se suelta de su amigo y le mete un pequeño codazo para que deje de hacer el tonto. Luego, alza la barbilla y solo me mira a mí, poniéndome la misma cara de niño bueno que en nuestro primer encuentro, la difícil de ignorar. Ahora bien, cuando, después de unos segundos en los que parece que hemos mantenido una conversación silenciosa, cara a cara, pero rodeados de gente, él hace una mueca conteniendo su risa, la inocencia o la disculpa que trataba de transmitir se esfuma.

¿Tan poco respeto les impongo? Lo de Eric no me sorprende, ambos hemos compartido tiempo fuera de aquí y quizá crea que no es necesario diferenciar mi vida privada y mi vida dentro de estas cuatro paredes, algo que tendré que aclararle cuanto antes. Lo raro es que el señor Abad, que acaba de poner un pie en esta escuela por primera vez, ya le siga tanto la corriente, y lo haya informado tan rápido de nuestro encontronazo en la puerta. Igual ya se conocían antes de sentarse juntos, ¿no?

Solo espero que el veterano no lo arrastre a tratarme como si fuera un colega más, aunque en la entrada me haya confundido con un alumno. Ahora sabe que voy a ser su profesor, y no voy a

tolerar un comportamiento tan infantil aquí.

—Muchas gracias por compartirlo con sus compañeros. Y, para que quede constancia de sus habilidades con el *dibujo a mano alzada* —hago énfasis para que no recurran al doble sentido otra vez—, el lunes, los dos me traerán la planta del Palacio de Versalles y una lámina con la perspectiva de su última aula en el instituto, donde, según parece, creen que siguen estando.

Se hace el silencio y me vuelvo a girar para anotar mi correo electrónico en la pizarra. Sin tiempo para nada más, me despido de todos hasta el próximo lunes.

Salgo del anfiteatro con paso decidido, y eso que estos mocasines me quedan algo justos. Estaban en el fondo de mi armario desde hacía más de un año, cuando fui a aquella exposición con mi amiga y... Mierda, no me apetece nada recordarlo.

Mi móvil vibra dentro de la cartera, porque se me ha olvidado silenciarlo del todo antes de entrar. No quiero mirarlo. Sé que en algún momento tendré que cogerlo, pero confío en que mi falta de respuesta le haya dado una pista de las pocas ganas que tengo de retomar el contacto.

De camino a la cafetería, solo puedo pensar en dos cosas. La primera, que necesito cafeína en vena o moriré. Y la segunda, que después de dar mi primera clase, sigo sin tener ni idea de si lo que ha sucedido ahí dentro ha sido empezar con mal pie o con lo contrario.

6

Mi segundo «Tierra, trágame»

TEO

Me anudo la toalla a la cintura y me revuelvo el pelo, que luego se me queda apelmazado, y Eric me dice que parece que acabo de hacer la primera comunión. Es un poco exagerado, pero es cierto que cuando lo llevo tan repeinado aparento menos edad de la que tengo. También influye que no tengo apenas vello facial y eso acrecienta mi cara de bueno; joven, responsable y adorable, que en parte es lo que soy. Además, nací a finales de octubre, así que siempre he estado entre los más pequeños de mi clase y también del equipo de fútbol. Nunca me ha molestado ser el enano para todos. Ni para mi familia, aunque ese título desapareció con la llegada de Sofía. El próximo mes cumpliré dieciocho, y estoy deseando hacerlo solo para estampar el DNI en toda la frente al primer portero de discoteca que me lo pida.

La puerta del cuarto está a medio cerrar, así que entro para vestirme. Dentro de media hora, empezará el acto de inauguración oficial del curso en la escuela, que consistirá en un breve discurso del director y un pequeño convite.

—¡Oh! Lo siento... No sabía que...

Eric está tumbado en su cama y Colette está subida a horcajadas encima de sus caderas. Solo están vestidos de cintura para abajo, y no, ella no lleva sujetador.

—Tranquilo, solo nos estábamos metiendo mano mientras te duchabas —le resta importancia él. La rubia le pellizca un pezón antes de levantarse y ponerse la camiseta.

—Yo me largo. Si la tontería de la inauguración no dura mucho, pásate por mi habitación luego. Hoy no voy a salir.

—Vale.

—Adiós —nos despedimos de ella.

Cuando se marcha, me quedo mirando a Eric con una ceja arqueada, esperando a que me explique qué debería hacer en estos casos.

—¿Qué?

—¿Cómo que qué? ¿Tú y yo no habíamos acordado respetar unas reglas?

A ver, que no son muchas, que esto no es un internado, más bien solo hay una importante. Que no es otra que, si alguno de los dos está enrollándose con alguien en la habitación, tiene que cerrar la puerta y colgar una camiseta del pomo, a modo de advertencia para el otro. La idea fue consensuada, aunque la propuse yo, después de encontrarme a Eric con el culo al aire dos veces esta última semana. Lo peor es que, por hacerme el compi guay, le dije que cuando eso ocurriera, el otro dormiría en el sofá, sin ser consciente de que es un verdadero suplicio conciliar el sueño ahí, y de que, además, las paredes son de papel. Así que intimidad hay muy poca. Y, por estadística, tengo muchísimas más posibilidades de pasar mis noches en la sala de estar que él.

—Ha venido sin avisar. ¿Qué quieres? —inquire con media sonrisa. Una que no me llega a ablandar.

Desde mi llegada, Eric y yo hemos hecho un curso intensivo de convivencia, y aunque su aparente despreocupación y su peculiar humor son dos bombas de humo para no mostrar su verdadero yo, poco a poco voy conociéndolo mejor. Extravertido, bocachancla, vacilón y provocador. Sin medir las consecuencias. Como hizo en nuestra primera clase con el profesor Delaporte. En cuanto mencionó en voz alta lo que le acababa de comentar sobre mi choque en la entrada con él, me di cuenta de que disfruta poniendo en un aprieto a los demás, y que le encanta ser el centro de atención. Y no digo que eso sea negativo, porque no creo que lo haga con mala intención, solo que a mí me dejó un poquito en evidencia.

—No lo sé, es que ni tan siquiera es de noche, Eric. Quizá estaría bien no tener que preocuparme cuando vengo del baño desnudo a vestirme a mi cuarto.

—A ver, calma. —Baja el tono, y eso implica vacile. Cuando modula la voz para parecer empático, tengo comprobado que viene la coña—. No tienes de qué preocuparte, nene. Mírate en el espejo. Parece mentira que con lo canijo que eres tengas ese abdomen y esos pectorales.

—Mido uno setenta y dos, capullo. —Le hago una peineta—. Y hace más de tres meses que no entreno, así que no me hagas la pelota.

He encontrado una piscina bastante cerca. En octubre empezaré a ir a nadar temprano, antes de asistir a clase. De momento, me parece lo mejor para no perder mi forma física.

Me giro para sacar un bóxer negro del cajón. Me lo pongo dándole la espalda, sin quitarme la toalla de la cintura.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? ¿Ahora te entran los remilgos? Nos hemos desnudado el uno delante del otro desde el primer día. Y la segunda regla, por si no te acuerdas, es que jamás me enrollo con mis compañeros de habitación.

Sí, esa se me había olvidado mencionarla. Como imaginarás, esa la puso él, porque a mí no se me hubiera pasado por la cabeza. Eric no es mi tipo. Por mucho que él crea que es irresistible para cualquiera que tenga ojos.

—Cierto, pero como esto parece el salón comunitario, donde la gente viene a divertirse, y no mi habitación, prefiero no sacar a pasear mi polla, por si acaso tienes visita de nuevo.

—¿Vais a llevar camisa o camiseta? —Hans hace una entrada triunfal, sin llamar, pero ya me pilló con el calzoncillo puesto.

—¿Ves? Esto es un claro ejemplo. —Señalo a nuestro vecino de habitación, que no se entera de lo que estamos hablando. Lleva puesto un pantalón gris marengo y el torso al aire. El alemán está mucho más fuerte que yo. No sé si habrá camisas de manga larga en las que quepan esos brazos.

Eric se levanta, le quita la prenda que trae en la mano y se la posa sobre el pecho. Lo observa unos segundos y niega con la cabeza.

—Camiseta, mejor —afirma mi compañero, y Hans se larga—. Voy a ducharme. Por cierto, tu móvil no ha dejado de sonar. Berta. Tu rubio. Berta. Tu rubio. Parecía una competición de a ver quién dejaba más llamadas perdidas. Está claro que te echan de menos. ¿Seguro que no quieres contarme los detalles? ¿Sobre todo de ese rubio tuyo?

—Ya te lo he dicho, son mis amigos.

—¿Y te lo has montado con los dos?

—Eric, vete a la ducha, que no quiero llegar tarde.

—Está bien, pero ya sabes que estás con la persona más idónea para asesorarte. —Se señala a sí mismo y se quita el pantalón y el calzoncillo para irse al baño.

Genial. A veces tengo la sensación de que Eric es una versión hispanofrancesa de mi hermano, pero en bisexual. Sí, la duda sobre su sexualidad me la despejó el mismo lunes, después de que lo pillara con Ibra en su cama, justo dos días después de que lo hubiera visto con Colette. Me lo contó de manera natural, no sé si porque vio mi cara de sorpresa (aunque intenté disimularla) o porque prefirió mostrar sus cartas cuanto antes. Yo le dije que no tenía por qué aclarármelo, que con quien se acuesta pertenece a su intimidad y no es de mi incumbencia. Quizás esperaba que yo le hablara de mí, de mis gustos, incluso de mis experiencias, pero me limité a decirle que nunca he salido con nadie.

Me llevo bien con él. Nos reímos juntos, nos compenetramos la mayor parte del tiempo y, además, tengo que agradecerle que apenas me haya soltado desde que nos conocimos, facilitándome la adaptación a la ciudad, a los demás residentes y hasta a la escuela. E impidiendo que me sintiera como un extraño. Sin embargo, todavía hay temas que prefiero seguir tratando solo conmigo mismo. Y la duda sobre si me gustan las chicas y también los chicos, creo que la resolví este pasado verano. Aunque no haya sido capaz de verbalizarla todavía.

Mientras me visto, intento hablar con Berta, que ya está instalada en su nuevo piso en Madrid. No me lo coge, así que le mando un mensaje.

Yo:

Mañana hablamos por el mediodía. Te lo prometo.

Asier también me ha llamado, tres veces, espero que no sea nada urgente.

Me pongo un vaquero negro, ajustado, y un polo gris claro de manga larga, porque calor a estas horas no hace, pero paso de llevar camisa y chaqueta. En los pies, mis Converse de bota.

Me entra un wasap.

Tu rubio:

¿Qué tal con los francesitos? ¿Ya los tienes embobados? Quiero saberlo todo, de ahí las llamadas, pero ahora me piro de fiesta, así que ya hablaremos mañana. Gael bien. Bruno también. Yo algo tristón. Te echo de menos, Abad júnior. Aquí la prueba.

Adjunta un enlace de Spotify. Lo pincho y suena *Paris*, de The Chainsmokers. Inevitablemente, sonrío. Me hago una foto con los botones del polo sin abrochar y se la envío.

Yo:

Me gusta, mi rubio. ¿Y a ti esta?

Tu rubio:

Mira que eres feo, ¿eh? Disfruta del viernes, *bambino*.

Yo:

Eso es italiano.

Tu rubio:

Es que ya me estoy preparando para el Erasmus del próximo año.

—¿Y esa cara de felicidad? —Eric regresa del baño y me pilla con la sonrisa tonta en la cara —. ¿Berta? ¿Tu rubio? ¿No vas a contarme nada?

—No. De momento —sentencio, y él termina de atarse los cordones de sus deportivas mientras se parte de risa.

En el ascensor nos encontramos con Hans y vamos los tres juntos.

Cuando atravesamos la puerta de entrada de la escuela, no puedo evitar acordarme de *monsieur* Delaporte, al que no he vuelto a ver en toda la semana. ¿Estará aquí hoy? Porque igual no está de más que le pida disculpas por el numerito que montó el bocazas de Eric en su presentación. Y por el que me gané ese par de dibujos para el lunes, que ya tengo hechos. O, no sé, quizá sea mejor olvidar el tema y hacer borrón y cuenta nueva.

El edificio de la escuela es antiguo, pero en 2009 lo reformaron por completo. Así que el interior está acondicionado de manera funcional y práctica para que te sientas a gusto nada más entrar. Paredes blancas, madera en lugares estratégicos, con líneas rectas y puras, que amplían la concepción de la utilidad del espacio. Los talleres con techos altos, las aulas de tamaño adecuado, la biblioteca, los tres anfiteatros, y, por último, la cafetería, que tiene salida directa al jardín central, donde estamos convocados hoy.

El director está subido en una tarima de tres por cinco, delante de un atril. Encontramos un hueco desde donde tener visibilidad y lo escuchamos recitar su breve discurso. Detrás de él, parte del personal adjunto a dirección, y todo el claustro de profesores. El que está más a la derecha, pegado a la profesora de Estudio de la Arquitectura, es nuestro profesor de Artes Plásticas. No sé por qué, pero es inevitable no fijarme en él. Hoy viene con un traje azul marino de dos piezas con camisa blanca. Desde aquí, no distingo los zapatos, pero me los puedo llegar a imaginar. La profesora se pone de puntillas, para decirle algo cerca del oído, y él cruza los brazos por delante de su pecho. No sería capaz de reproducir las palabras del director, sin embargo, en este mismo instante, si tuviera un cuaderno y un lápiz en mis manos, podría dibujar cada ángulo de la cara y de la boca del profesor, con la curvatura exacta de sus labios, quince grados, ni uno menos ni uno más.

¿En serio, Teo? Pues sí. Puede que haya pensado un poco en él durante la semana. A ver, es que me ha picado la curiosidad. Podría decir *simple curiosidad*, pero no ha sido tan simple.

El lunes, al salir de clase, le pregunté a Eric por él. Era evidente que se trataban con una familiaridad impropia para ser solo alumno y profesor, y más siendo el primer día. Me contó que lo conoció cuando se mudó la primera vez a París, porque es el mejor amigo de su prima Arlette. El profesor y su prima coincidieron aquí, mientras los dos estudiaban Arquitectura, aunque ella luego se cambió a Bellas Artes. Delaporte, así lo llama mi amigo, está en su último año de doctorado. Y Eric se enteró de que sería nuestro profesor el día antes de asistir a la presentación. La baja de la profesora titular fue un imprevisto de última hora, y tuvieron que buscar una solución rápida. Él tiene un expediente brillante, el apoyo de todo el claustro, pero, sobre todo, el respaldo de Bonnet, que lo tiene en gran estima, así que todos dieron el visto bueno para que fuera él el que impartiera la asignatura este semestre, a pesar de que está trabajando en su propia tesis doctoral, y de que es prácticamente imposible lograr ser profesor universitario con tan solo

veintiséis años, que son los que tiene él. Por algo lo confundí con un alumno cuando chocamos, aunque su ropa formal, y algo clásica, me diera una pista para pensar lo contrario. Tampoco entiendo que siendo tan joven tenga que venir a dar clases así vestido. Quizá no es cuestión de decoro, sino de gusto. El suyo, digo.

El jardín ya está teñido de tonos puramente otoñales, incluso desprende cierto aroma a hojas húmedas, que me recuerda un poco a mi ciudad después de un día de lluvia, pero sin tener como fondo el mar. Lo reconozco, es una de las zonas que más me gustan de la escuela, y aunque, a partir de ahora, las temperaturas bajarán a medida que nos adentremos en la nueva estación, si no llueve, este sitio es perfecto para respirar fuera de esas cuatro paredes que serán mi segundo hogar. Incluso he descubierto un rincón donde siempre se cuelan los rayos de sol, y eso, en París, es digno de mencionarlo y disfrutarlo. Hoy han colocado varias mesas entre los bancos y las han vestido con manteles blancos, para albergar algo de comida en miniatura y las bebidas.

Cuando llegan los aplausos por el fin del discurso, la tarima se queda vacía, y todos se dispersan entre los alumnos, con los que charlan de manera distendida. Ahí es cuando, a ras de suelo, pierdo de vista a Delaporte, y salgo del bucle mental donde había caído desde hace unos minutos.

Eric y Hans me dicen que se van a por algo de beber. O quizá solo vayan detrás de dos compañeras de clase a las que no habíamos visto todavía. No me queda muy claro. Los sigo, a una distancia prudencial, y cuando se pierden entre el tumulto para saludarlas, me dirijo a la primera mesa que encuentro, la menos concurrida. Yo sí que me muero de sed. Hay copas de vino, refrescos, pero solo necesito un botellín de agua. Cuando lo encuentro, cojo uno y me giro para ir con mis amigos, sin embargo, como no hay dos sin tres, o eso dicen (aunque esta sería la segunda, ¿verdad? Vale, estoy divagando)... A lo que iba, que cuando me giro, me doy de bruces contra un cuerpo enfundado en un traje azul marino.

—Joder. No. Otra vez... Yo, lo siento...

—Tranquilo, señor Abad, esta vez es solo agua, incolora. Además, no ha quitado el tapón todavía.

Eso que se acaba de caer es mi mandíbula. Sí, la mía, apuntando al suelo al escucharlo. La mirada, en cambio, apuntando al cielo, para ver sus ojos color avellana posados en los míos, por la diferencia de centímetros. Y porque tiene que dar un paso atrás para dejar que corra el aire entre los dos. Uf, huele muy bien. No a colonia. A jabón. A uno fresco con un punto cítrico.

—¿Perdón? ¿He oído bien? —Casi tartamudeo.

No. Me. Jodas. Habla español. ESPAÑOL. Mi idioma. ¿Por qué? Venga ya. Ahora, ¿qué soy? ¿El rey de los «Tierra, trágame»?

¿Está curvando los labios? ¿Más de los quince grados de antes? No me lo puedo creer.

—Supongo que ha oído bien, sí, como hice yo. Francés, capullo y sordo, ¿no? ¿Era así? Pero disiento en lo último, porque oigo bastante bien. Como dato adicional, me gustaría añadir que mis abuelos maternos eran españoles, aunque es cierto que tengo nacionalidad francesa. Por si lo quiere tener en cuenta para futuras apreciaciones.

—No, yo... —balbuceo.

—Beba agua, si quiere... —Señala mi botella y ¿sonríe? ¿Se está cachondeando de mí?

Parece que está disfrutando de verme tan cortado ahora. Abro la botella y bebo un trago largo, ante su atenta mirada, porque sí, sigue aquí, observándome.

—Lo cierto es que me gustaría pedirle disculpas por lo del lunes. Yo...

—No se preocupe, la mancha de la chaqueta ha salido.

Me muerdo la lengua. No estaba pensando en la chaqueta. Me quedo con ganas de decirle que, si la mancha no hubiera salido, podría aprovechar para retirarla de su armario. Lo que pasa es que alguien se acerca por detrás y lo hace moverse en mi dirección, y, entonces, su nuez queda a la altura de mis ojos y me distrae.

Vuelve, Teo. ¿Qué se supone que estás haciendo? ¿Todavía no te has enterado de que es tu profesor?

—Me refería a lo que pasó en clase después, lo siento, yo no sabía que Eric...

El director llama su atención para que se acerque hasta donde está hablando con algunos profesores.

—Tranquilo, pero recuerde que cada uno es dueño de sus actos. Le veo el lunes en clase, Teo.

—*Magnifique*, Olivier —susurro para el cuello de mi polo.

Mierda. Se me ha escapado su nombre. Y ya sé que sus alumnos no lo llaman nunca así, pero me gusta como suena. Lo admito, esa curiosidad de la que te he hablado antes me ha hecho buscar algo de información sobre él en la web de la escuela, de ahí que sepa su nombre y más cosas que no me ha dado tiempo a compartir.

Me quedo como un imbécil mirando su espalda. Un segundo. Dos. ¿A qué espero? No lo tengo muy claro. Pero, al tercero, él gira levemente el cuello para mirarme mientras cabecea con una ínfima sonrisa en los labios.

Pues sí, me acaba de demostrar que de oído anda bastante bien.

Mis amigos

OLIVIER

En cuanto Arlette me abre la puerta de su casa, le estampo la botella de Pauillac 2019 en el pecho como carta de bienvenida. O a modo de disculpa, por no haberla visto en toda la semana. Ella me mira con el ceño fruncido; es evidente que mi excusa de falta de tiempo no ha sido demasiado creíble. Igual pierde fuerza porque vivimos en el mismo edificio, en el barrio Montparnasse, al norte del distrito XIV. Podía haber bajado las tres plantas que nos separan, aunque solo hubiera sido un rato, como acabo de hacer ahora.

—Vaya, ¿a qué se debe este honor? —me pregunta, poniéndole ojitos a la botella más que a mí.

—Es viernes —afirmo, como si esas dos palabras me ahorraran toda la explicación.

—¿A ver? —Enmanuel aparece por el pasillo y le quita la botella de la mano. Mira la etiqueta y luego me mira a mí, con una sonrisa burlona en los labios—. Deshaciéndote de los regalos de papi, ¿eh? —Con la misma, se da la vuelta y se lleva el tinto.

No le falta razón. Si no he contado mal, me quedaban esta y otras dos. Verlas cada vez que abro el armario solo me trae recuerdos, poco agradables, de la última semana que pasé con mis padres y mis hermanos en su *château*. Estuve allí en julio, luego me fui a Moorea, con Enmanuel y unos compañeros suyos del hospital, y pude dejar sumergidos a mis fantasmas en el Pacífico. No debería dolerme, pero lo hace. Quizá porque sigo conservando la esperanza de que algún día empiecen a aceptarme tal y como soy, y deje de sentirme tan fuera de lugar cuando estoy con ellos.

—¿Voy a ser vuestro blanco toda la noche? Porque puedo dejaros el vino y subirme a mi buhardilla para seguir trabajando con el ordenador. —Hago el amago de irme.

—Pasa, anda, que es viernes. —Arlette me sujeta del codo y me arrastra con ella hasta el salón—. Después de la primera copa, seguro que te volvemos a querer.

Suena *Call On Me*, de Vianney y Ed Sheeran, muy bajito. Enmanuel ya está descorchando el vino. Yo mismo le acerco las copas que están encima del mantel de lino crudo sobre la mesa de cristal.

El piso de Arlette es el sueño de cualquier interiorista, y más desde que su tío le diera total libertad para reformarlo y decorarlo a su gusto el año pasado. Ella puso las ideas y él la pasta. Ahora es una mezcla de vivienda, bonita y funcional, de una chica que todavía no ha cumplido los treinta, y un pequeño estudio-galería. Donde mi amiga, pintora y escultora, además de una incipiente coleccionista de arte, da alas a toda su ecléctica creatividad.

Arlette y yo nos conocimos en la ENSA-PB, en mi primer año en París. Su carácter abierto contrarrestaba mucho con el mío, más introvertido. Así que fui como un reto para ella. El calladito y tímido, recién llegado, al que solo le interesaba estudiar y sacar las mejores notas. Se dio cuenta de que el único camino para llegar a mí era por ahí, por eso empezó a sentarse a mi

lado cada día. Se presentaba voluntaria para trabajos extras en los que me incluía. Me seguía hasta la biblioteca y me hablaba de lo que más me gustaba, sin parar. Su manera de interpretar las formas y el espacio me cautivó; su vena creativa y sus ideas vanguardistas, que no dejaba de exponer y argumentar delante de cualquiera que le diera pie, me atraparon. Creo que fue la primera vez que me sentí cómodo compartiendo horas y horas con una chica. Por eso, cuando terminó el curso y me dijo que se iba a estudiar Bellas Artes, porque necesitaba no limitarse a cuestiones tan teóricas, me vine un poco abajo. Lo bueno es que, por aquel entonces, yo compartía piso con Enmanuel, y con otro tío que justo dejaba libre la habitación. Así que convencimos a Arlette para que se fuera a vivir con nosotros. Fueron unos años increíbles, y nuestra amistad, aunque cada uno ya viva en su casa, sigue siendo lo mejor que me ha pasado en París.

Enmanuel nos da las copas y deja la suya en alto.

—¿No brindamos?

—Que brinde el que tenga algo que celebrar —murmullo cabizbajo.

—Por favor, Olivier —se queja mi amiga y resopla, lo hace tan fuerte que las puntas de su flequillo se mueven—. Estás preparando tu tesis para acabar el doctorado, eres el profesor más joven de la universidad, tienes un físico de portada de Vogue Hommes, un coco envidiable y, por lo que comentan, algún que otro atributo más.

—Qué graciosa.

—Y, lo más importante de todo, tienes dos amigos que te adoran.

—¿Esos somos nosotros? —interviene Enmanuel divertido, con la copa aún alzada.

—Sí, aunque yo lo quiero más —apunta Arlette.

—Lo dudo. Yo lo quiero más, porque lo vi primero.

—Solo setenta y dos horas antes —refunfuña ella, como si fuera una competición.

Mi amigo tiene razón. Nos encontramos un viernes, mientras él colocaba en el tablón de anuncios de la oficina del estudiante un papel con su número de móvil, en busca de compañero de piso. Creo que no le dejé ni llegar a poner la chincheta. Lo nuestro fue conexión a primera vista. Aunque, si le preguntas a Enmanuel, te dirá que solo me fijé en él porque era el mulato más guapo que había visto jamás.

Feo no es, tiene razón, pero lo que me transmitió confianza fue su sonrisa cuando le arrebaté el papel de entre los dedos. Se notaba que estaba desesperado. No quería vivir en la residencia que mis padres habían elegido y necesitaba encontrar otro lugar antes de que empezaran las clases.

—El caso es que ya no sé cómo decirte que no puedes centrarte solo en lo negativo —me riñe mi amiga—. Tu vida está llena de cosas buenas y bonitas, pero tú te empeñas en ver solo el negro, ni tan siquiera los grises. A ver si este curso empiezas a darte valor y a dejar de ser tan melodramático.

—Eso. Y a ver si con un poco de suerte se quita las chanclas. ¿Tú lo has visto? —Enmanuel señala mis pies; chanclas blancas y verdes de Adidas, con mis calcetines de los mismos colores, a juego. Además, llevo puesta una camiseta de algodón blanca de manga larga, y mi vaquero ancho y desgastado, que suelo usar para estar por casa. Arlette niega con la cabeza y se ríe.

—¿Qué problema hay? No voy a salir por ahí luego, y solo he bajado tres plantas para cenar con mis dos mejores amigos en casa. Además, llevo toda la semana poniéndome zapatos y americana, no quiero seguir encorsetado el fin de semana.

—¿Se lo explicas tú? ¿O yo? —suelta mi amiga como si no estuviera delante.

—Déjalo, nos rebatiría con sus absurdas teorías sobre lo importante que es marcar la línea entre profesor y alumno, y eso incluye la forma de vestir también.

—No os preocupéis tanto por mí. Ya seré el profesor enrollado que viste informal y deja de tratarlos de usted a partir de los treinta. Cuando tenga mi plaza.

—¿Los tratas de usted? —Enmanuel alucina.

—Por supuesto. Y por el apellido —miento un poco. Ahora mismo, se me están viniendo a la cabeza los nombres de dos alumnos que ya he pronunciado.

—Pensarán que eres un gilipollas.

—Seguramente. De todas maneras, se lo puedes preguntar a tu primo. Y, por cierto, vas a tener que decirle que se corte un poco. Dentro de la escuela, soy solo su profesor.

Les cuento lo que pasó el día de la presentación: el choque con su nuevo amigo en la puerta, el incidente del café, y el numerito posterior de su primo en clase, involucrándolo a él también. Arlette me dice que cree que es su nuevo compañero de habitación. Les explico cómo Eric se dirigió a mí delante de todos los alumnos, queriendo convertirse en el centro de atención. Y que lejos de ser un hecho aislado, el martes, en nuestra primera salida por la ciudad, siguió tratándome con exceso de confianza, como si tuviera un salvoconducto que le permite dirigirse a mí así. Teo, en cambio, estuvo totalmente concentrado. Supongo que después de mantener aquella breve conversación con él en el jardín, le han quedado claras dos cosas. La primera, que entiendo todas las palabras que dice en su idioma. Y la segunda, que dejarse arrastrar por la actitud pasota de su amigo en clase no es la mejor opción. Omito el hecho de que Eric ni tan siquiera me entregó los deberes que les puse para el lunes. Teo sí lo hizo. Nada más llegar al taller. Y, por cierto, sé distinguir a un chico inteligente y talentoso enseguida. Y el señor Abad es ambas cosas. Además de curioso. No creo que la asignatura le suponga ningún problema, siempre y cuando trabaje como hasta ahora. Tampoco les menciono que he vuelto a hablar español, solo por hacerlo con él y ver cómo me mira con esos ojos verdes terriblemente expresivos; cuando no está Eric escoltándolo, por supuesto.

—Tranquilo, el domingo comeré con él y con mi tío, que viene de visita. Así que ya le diré que se controle. Creo que está reubicándose todavía.

—Lo sé. Pero no estoy seguro de si solo lo hace conmigo, porque me conoce, o lo hace también con el resto de profesores. Tampoco he querido preguntar a mis compañeros, para no ponerlos en antecedentes. Estoy dándole un pequeño margen.

—No tienes que darle un trato especial por ser mi familia, Olivier. Lo sabes, ¿no?

—Claro que lo sé. Y si tengo que ponerme más serio, lo haré, tranquila.

—¿Cambiamos de tema ya? Porque si esta cena es para eso, puedo dormiros con las tres guardias que me he comido esta semana sin venir a cuento y el turno de mierda de hoy, en el que Francesca ha decidido pasar de mis órdenes, porque, según ella, no le ha quedado claro por qué no podemos seguir enrollándonos fuera del hospital.

—El vino se calienta —comenta Arlette con un tono bastante apático.

Igual es que no quiere escuchar hablar a su ex de su nuevo rollito hospitalario. Igual es que su ex sigue gustándole un poco, aunque jamás se atreva a decirlo en alto. Igual es que no soy el único que tiene pánico a volver a caer.

—Tienes razón —afirma Enmanuel, aunque no sé si se ha dado cuenta del verdadero motivo del giro.

—Venga, entonces, dejad de meteros conmigo, al menos hasta después de cenar. O hasta que os cuente que él ha vuelto a llamarme.

—¿Cómo? —Enmanuel abre mucho los ojos—. ¿Nos lo estás diciendo en serio? ¿Otra vez?

—Lo que has oído.

—¿Y? —insiste Enmanuel para que les dé más detalles.

—Y nada, no se lo he cogido. No he hablado con él desde la última vez que lo vi en abril, hace cinco meses.

—¡Qué fuerte! Pero, qué coño, si ahora tendrá...

—Déjalo.

—¿Y qué pretende? ¿Volver? ¿Pedirte consejo? ¿Pasear todos juntos?

—Por favor, Enmanuel. Yo qué sé. Te acabo de decir que no se lo he cogido.

Mi amigo bufa, mientras se echa más vino, aunque todavía no hemos dado ni un trago a la primera copa.

—Vale, vamos a calmarnos. —Arlette está meditando la información que acabo de darles. Ella sigue tratando con él por motivos comerciales, aunque, desde que lo dejamos, no han vuelto a tener contacto. Por eso se ha sorprendido igual que yo con su reaparición—. Este tema no se puede analizar con el estómago vacío. Vamos a brindar, y después, saco las berenjenas del horno.

—¡Por fin! Es lo más sensato que he escuchado en toda la noche —afirma nuestro amigo.

—Por Olivier.

—Pero ¿qué mierda de brindis es ese? —protesta él—. ¿Así? ¿En general?

—Sí. Por que este curso sea capaz de ponerse las gafas de una maldita vez. Y mirarse con sus propios ojos hasta que su luz interior lo deslumbre.

—Por favor, Arlette —se mofa nuestro amigo—. Cuando te pones tan intensa...

—Te asusto, ¿eh?

—Un poco.

Ay, Enmanuel, habrás estudiado medicina y serás un tío listo y guapo, pero, a veces, eres muy inocente.

Mis amigos se liaron por primera vez hace unos tres años, cuando todavía compartíamos piso. Salieron juntos un tiempo, aunque ellos lo nieguen y se empeñen en decir que lo suyo solo era sexo. Cortaron cuando los tres dejamos de vivir juntos, en enero del año pasado. Arlette se vino a vivir a este piso, yo alquilé la buhardilla en este mismo edificio, casi a la vez, y Enmanuel se mudó a un apartamento cerca del hospital para no tener que perder tanto tiempo en los desplazamientos. Dudé de que fueran a ser capaces de salvaguardar su amistad, en realidad, la de los tres, porque yo no me acosté con ninguno de ellos, pero éramos un todo. Y, para mi sorpresa, sucedió sin más. Como si fuera el paso más natural volver a ser amigos, después de haber compartido todo.

—Por mí. —Alzo mi copa con ímpetu.

—Por ti, profesor.

Chocamos las copas y, después, las vaciamos.

8

Mi asignatura favorita

TEO

Eric mira su reloj y pone una mueca de hastío.

Todavía no me explico por qué ha retomado sus estudios, dada su falta de interés. He estado a punto de preguntarle si es por una promesa que le hizo a su madre o solo por pura cabezonería, pero no me he atrevido. También he llegado a pensar que solo ha vuelto para complacer a su padre, del que me habla más bien poco. Sé que su madre era su guía, y, después de que ella se muriera, tras un cáncer fulminante que apenas le dio tiempo a tratar, la única salida que vio posible fue huir de París, dejando todo en pausa durante meses. Ahora ha regresado con la intención de encontrar de nuevo su camino, aunque creo que no le está resultando fácil. En mi opinión, forzar su estancia aquí y sus estudios no tiene mucho sentido. Concentra toda su energía en divertirse, cuantas más horas mejor. Será su mecanismo de defensa, y no, no es que lo esté criticando, porque todos tenemos derecho a equivocarnos. A tomar decisiones que en principio nos parecieron adecuadas, y después resultaron nefastas. Tenemos derecho a cambiar de opinión. No pasa nada. No tenemos por qué acertar a la primera, ni a la segunda, ni tampoco condenarnos para siempre. De eso se supone que va la vida, ¿no? Tanteo, disparo, acierto o fallo. Mira, mi hermano Gael escogió Económicas, y este curso ha empezado el grado de Educación Primaria, porque quiere llegar a ser profesor de Educación Física. Y por lo que me cuenta, le motiva mucho más. Reconozco que nosotros tenemos la suerte de contar con unos padres que nos apoyan. En mi caso, estoy hablando de mi madre y de Axel. Ellos jamás nos presionarán para alcanzar metas que no sean solo nuestras, como sé que les ocurre a muchos chicos.

—Profesor Delaporte, son casi las dos —le recuerda Eric, por si se le había olvidado que nuestra clase está a punto de terminar.

Desde que le riñó su prima, ha empezado a tratarlo con más respeto, manteniendo cierta distancia en las conversaciones. Aunque, como imaginarás, a veces le cuesta morderse la lengua. Le molestó que el profesor fuera con el cuento y no se lo dijera directamente a él. Su manera de sublevarse es entregarle a destiempo todos los trabajos que nos manda, sin excepción, y eso que le he echado un cable con los últimos para que no los acumule sin hacer. Es como si quisiera forzar la situación, a ver hasta dónde llega la paciencia de Olivier.

Olivier. Olivier. Olivier.

Suena bien, ¿verdad? No sé qué me pasa, me encanta pronunciar su nombre, aunque lo haga en silencio. Tengo miedo de que en sueños se me escape en voz alta mientras duermo y me escuche mi compañero, porque le estaría brindando más material para vacilarme. Sobre todo, después de la pillada que me hizo el día de la inauguración del curso en el jardín de la escuela, donde Eric se dio cuenta de que no pude dejar de observarlo durante las dos horas que estuvimos allí.

No puedo negarlo, me quedé un poco perplejo cuando descubrí que hablaba español. Y aunque al principio palideciera, luego me resultó entre atrevida y divertida la forma que tuvo de

destaparse. A partir de ese instante, se ganó toda mi atención, sobre todo la visual. A ver, es que físicamente es más que agradable para la vista; vamos, que me parece que está buenísimo, aun vistiendo como lo hace. Pero es que, además, me gusta mucho escucharlo en clase; sus explicaciones, su manera de resolver nuestras dudas, su forma de transmitir... Se nota que la arquitectura es una pasión intrínseca en él. Y en mí, aunque todavía no lo sabe.

Por eso mismo, y a diferencia de Eric, yo sí que soy el primero en entregarle los deberes. Mi portafolio empieza a tomar forma y eso me emociona. Me encanta dibujar, y, no es por presumir, pero no se me da nada mal. Sus tareas son siempre la prioridad en mi lista de pendientes. También soy el primero en llegar al taller para sentarme en la parte delantera, enfrente del primer caballete, el que está más cerca del taburete alto, donde se sienta él a darnos las explicaciones que no requieren el uso de la pizarra. Y, cómo no, también soy el primero que se presenta voluntario para salir a exponer los trabajos. Lo que significa acaparar su mirada unos minutos. Cuando estoy ahí, mascullo algunas palabras en español, que solo él entiende, a no ser que Eric esté sentado cerca, hecho improbable porque adora la última fila. Cuando estamos a esa escasa distancia, también me impregno de su olor, a jabón de ducha reciente, a limpio. Incluso lo observo con disimulo, tratando de descifrar sus reacciones a mi exposición, para saber si lo que he dicho ha sonado coherente o simplemente ha sido un sinsentido. Olivier mantiene un rictus serio la mayor parte del tiempo, aunque de vez en cuando sus gestos se suavizan, lo mínimo.

Espero que no necesites que te confirme que es mi asignatura favorita, ¿verdad? En segundo lugar, estaría Estudio de la Arquitectura, que la imparte Cécile. Ella no nos trata de usted y nos ha pedido encarecidamente el mismo trato coloquial, incluso nos ha prohibido que la llamemos *señora*. Tolerar *profesora* o su nombre de pila, ni tan siquiera su apellido. Pelirroja, mediana edad, delgada y muy francesa. Tiene un carácter fuerte, pero muy apasionado. Lo mejor es que no engaña, es de esas personas que siempre van de frente. Estoy deseando que llegue la fecha en la que nos iremos de viaje de estudios a Milán con ella. Seguro que pasaremos unos días entretenidos y diferentes.

—Tiene razón, me he pasado de la hora —responde Olivier a Eric—. Pero cuando usted llega cinco minutos tarde los lunes, ignoro su retraso. Así que puede hacer usted lo mismo y concederme un par de minutos más los martes, ¿no cree?

Eric refunfuña y se ajusta las asas de la mochila, sin contestarle.

Esta es nuestra segunda salida al exterior desde que empezaron las clases. La primera, fuimos a ver la Ópera Garnier, uno de los edificios más característicos del distrito IX. Todavía estoy aprendiendo a ubicar los grandes monumentos en sus distritos. Necesitaré algo más de tiempo libre para ir visitándolos por mi cuenta, pero, ahora mismo, con las clases y los trabajos de cada asignatura, apenas me quedan horas para ponerme a turistar. Como decía, la semana pasada, el tiempo no nos permitió salir de la escuela. Y no te puedo contar cuál era el lugar escogido para ese martes, porque uno de los alicientes de esta asignatura (tiene muchos, aunque ya te he confesado uno de los principales: metro ochenta o algo más, brazos fuertes, ojos oscuros, labios gominola...) es que *monsieur* Delaporte nos comunica el destino cuando nos acercamos a la estación de metro, no antes.

Y aquí estamos en este instante, contemplando el Arco del Triunfo, en el distrito VIII, desde la avenida de los Campos Elíseos, rodeados de cientos de turistas, después de haberlo visitado.

—Entonces, ¿quién lo mandó construir? —pregunta una chica alta y rubia, acercándose a Olivier y, por consiguiente, a mí.

Sé que es americana y que ha llegado una semana tarde, pero todavía no me sé su nombre. Es imposible quedarme con todos, porque somos más de sesenta.

—Napoleón, guapa —responde Hans, y lo miro flipado; creo que el adjetivo sobraba.

—Es imponente, da igual el ángulo desde donde lo mires y las veces que lo hagas —siseo mientras hago un pequeño boceto y anoto las cotas para que no se me olviden. 49 metros de altura y 45 de anchura. La bóveda grande mide 29, 19 de alto y 14, 62 metros de ancho. Me he quedado con todos los datos antes durante la visita.

—Lo mandó construir Napoleón Bonaparte, para conmemorar la victoria en la batalla de Austerlitz, aunque, al final, fue un poco para perpetuar la victoria de los ejércitos franceses, en general —vuelve a repetir nuestro profesor—. Y fue diseñado por...

—Jean Chalgrin y Jean-Arnaud Raymond, que se inspiraron en el arco de Tito de Roma. —Soy el más rápido en responder, y oigo a Hans hacerme burla por sabelotodo.

—Exacto. Me alegra saber que alguien me escucha. —Yo sí, siempre. Y te miro, eso también—. Se me ha olvidado decirles antes que, en un principio, esta no iba a ser su ubicación. Napoleón quería construirlo en la plaza de la Bastilla. Sin embargo, terminó haciéndose aquí, en la plaza Charles De Gaulle, antiguamente conocida como plaza de la Estrella. Como han podido observar, la enorme rotonda conecta doce avenidas que le dan esa forma tan particular.

—Entonces, ¿el dibujo tiene que ser desde esta misma perspectiva? —pregunta Hans mientras guarda su cuaderno en la mochila.

Yo también recojo el mío, porque no me falta anotar nada más.

—Sí, señor Berg. Eso también lo he dicho hace quince minutos. Lo quiero desde aquí. Por eso espero que hayan tomado notas y, lo más importante, que hayan abierto bien los ojos. A veces solo se necesita eso. Prestar atención.

—¿Y por qué desde esta perspectiva y no desde otra? —le pregunto.

Olivier me mira, ya empieza a ser consciente de mi incesante curiosidad. Me parece intuir un atisbo de sonrisa en sus labios, algo más de sus quince grados habituales, como si supiera que iba a abrir la boca para preguntarle. Ese pequeño amago será una tontería, pero a mí me parece un poquito adorable. Lo sé, me vuelvo un poco lerdo cuando me presta atención, y ya sé que es su trabajo, pero, como te he dicho antes, cuando suaviza su gesto, es como si toda esa pose de profesor serio y poco dado a las confianzas fuera algo impostada, dejando entrever que debajo de las capas hay otro, uno más afable.

Y, para que conste, no tengo ni idea de por qué me ha dado tan fuerte con este tío. Es que jamás me había fijado en nadie con tanto interés; uno bastante absurdo y unilateral, lo sé. No, no se me olvida que soy su alumno y que solo lo conozco en el ámbito académico. Pero es que, desde que me choqué con él en la entrada el primer día, no me lo quito de la cabeza. Es como si, de repente, tuviera un maldito *crush* con el que fantasear, y eso es la primera vez que me pasa.

Olivier también sabe que me gusta rebatir y argumentar la parte más teórica de la asignatura, aunque lo que ignora es que juego con algo de ventaja, porque, aunque este sea mi primer año cursando la carrera, he tenido el mejor profesor particular del mundo en mi propia casa.

—Vale ya, Teo. ¿No te cansas nunca? —se mosquea Eric—. La clase ha terminado. Se acabó. Nos piramos, que luego no nos da tiempo ni a comer. Las dudas se las consultas el viernes en

tutoría.

El resto de los alumnos secundan el fin de la clase también, y me quedo sin respuesta.

—Está bien. Recuerden que tienen que entregar los dibujos el lunes a primera hora. Completo y a carboncillo. Nada de tirar líneas con reglas ni cartabones. A mano alzada, sin elementos de ayuda. ¿Les queda claro?

—Sííí —coreamos.

La mayoría de los alumnos empieza a caminar para llegar a la estación de metro. Es nuestra hora libre para comer. Así que muchos se marchan por su cuenta; algunos a sus casas, otros por ahí, aunque casi todos regresamos a la escuela. Y de ahí a la residencia, como es nuestro caso; el mío, el de Hans y el de Eric. Por eso, en cuanto bajamos las escaleras para coger el metro, cada uno va un poco a su bola.

La pantalla indica que faltan tres minutos para el siguiente. El andén está abarrotado, pero soy hábil y me muevo como una lagartija para colocarme a su lado.

¿Por qué a esta hora y rodeado de gente sigue oliendo tan putamente bien?

—Lo siento, yo no... —me disculpo, porque alguien, con demasiada prisa, me ha empujado y he rozado su brazo izquierdo con mi hombro. Veo un pequeño gesto de incomodidad y cómo se lleva la mano a esa zona. Sí, quizá me había pegado demasiado—. ¿Está bien?

—Sí, tranquilo, solo es una lesión que aún estoy curando.

—¿Practicando algún deporte? —Mi curiosidad no tiene límites.

—Sí, tuve un pequeño percance buceando estas vacaciones, nada grave. De todas maneras, estoy empezando a pensar que son las chaquetas; quizá la electricidad estática de la tela o algo similar. Es evidente que siempre termina usted igual, estampándose contra mí. Menos mal que enseguida me pondré abrigo. —Elevo la barbilla sin disimulo para mirarlo a los ojos. Sí, ahora su sonrisa es un poco más visible. Espera, ¿acaba de intentar hacerse el gracioso? ¿Conmigo? ¿Aquí?

Di algo, Teo. Algo. Lo que sea. O pregunta.

¿Y por qué mi puñetero cerebro se lo acaba de imaginar con abrigo? Vale, la pregunta no tendría que ser para mí, pero es que... sí, con su altura y esos hombros anchos, con un abrigo de paño estaría muy guapo, sobre todo si le cambio la ropa que lleva debajo. Esta americana es la misma que le manché, lo que pasa es que hoy se ha puesto, para completar el *outfit* y echarse tres o cuatro años encima, literal, una bufanda gris de *cashmere*. La lleva alrededor del cuello, floja, con los extremos sobre las solapas. Tampoco es que la temperatura haya bajado tanto, creo yo. No sé, quizá su móvil le indique el tiempo de Moscú. Porque yo llevo una camiseta de manga corta negra debajo de la cazadora vaquera, que ni tan siquiera me he abrochado.

—Ya está aquí —suelto, volviendo al mundo de los vivos, y entro en el vagón antes que él.

Eric y Hans han accedido por la otra puerta y consiguen sentarse porque, milagrosamente, esa parte estaba menos concurrida. Me quedo de pie y me sujeto a la barra del techo, con Olivier escoltándome. Cuando entran los demás viajeros, nos movemos dos pasos más y terminamos de apretujarnos.

—Esto también es París —sisea en español—. ¿Ya había estado aquí antes? —me pregunta, y ahora estamos tan cerca que mis pestañas casi se mueven con su aliento.

—¿Aquí? ¿A punto de morir asfixiado en un vagón?

—No. Aquí, en París. En la Ciudad de la Luz —me aclara; sigue usando el español con ese acento tan característico, y eso me pone más tonto, como si no estuviera ya lo suficiente.

Mi rodilla acaba de rozar su pierna. Su dedo meñique, casi del tamaño de mi índice, se pega al mío mientras nuestras manos siguen ancladas en la barra. A pesar del agobio, algo se remueve en mi interior.

—Sí. Ya había estado en París. Vine de viaje con mi familia hace unos años. Visitamos muchos lugares, no solo los típicos turísticos, porque teníamos un buen guía. Recuerdo que apenas cogimos el metro. Soy de una ciudad pequeña, de las que se pueden recorrer caminando. Quizá por eso me agobia un poco estar bajo tierra.

—Terminará acostumbrándose.

—Lo dudo. Y, por cierto, lo de Ciudad de la Luz me parece un título incompleto, en todo caso, tendrían que haber añadido la etiqueta *artificial*. Por aquello de que fue la primera en utilizar lámparas de gas en el alumbrado público; porque, lo que se dice luz natural tiene más bien poca. Echo en falta el sol, y eso que soy del norte.

Olivier sonríe con mi argumento y sus labios se llevan toda mi atención, inevitablemente.

—A mí también me gusta la luz natural, mucho más, pero es cierto que aquí escasea. Y respecto al transporte, soy de Burdeos, allí tenemos tranvía, me gusta más. Aunque si tengo que elegir una ciudad... —Noto un tono melancólico en su voz que no había escuchado antes—. Supongo que me quedaría con París.

El metro se detiene en la siguiente estación y apenas se baja nadie, así que seguimos ocupando el mismo medio metro cuadrado.

—Yo supongo que mi ciudad todavía gana; tiene mar y la bahía más bonita del mundo. Tengo una duda, respecto a la pregunta que te he hecho antes. —Me olvido de tratarlo de usted, porque me parece forzado, y más a esta distancia tan escasa—. ¿Por qué quieres que el dibujo sea desde esa perspectiva?

En medio del amasijo de cuerpos, el metro se detiene, esperando el cruce con otro.

Cuando me va a contestar, suena su móvil. Es la melodía de una canción que no reconozco; lo tiene dentro del bolsillo de su americana, con la vibración activada, por lo que siento las pequeñas ondas sobre mis costillas. Se aparta lo que le permite el espacio y lo saca para mirar quién es.

JP. Es lo único que veo en la pantalla. Noto cómo aprieta el móvil con tanta fuerza que los nudillos se le empiezan a poner blancos. Rechaza la llamada y se lo vuelve a guardar en la chaqueta, pero esta vez en el bolsillo interior. Al cabo de cinco segundos, suena de nuevo. Lo saca con desgana y su mirada perdida sobre la pantalla, al comprobar que sigue siendo la misma persona, se intensifica. Su respiración se acelera, como si se estuviera cabreando mucho, cosa que me parece increíble, porque siempre da la sensación de que es imperturbable, todo calma. Cambia el peso de un pie a otro y tensa todos los músculos, incluidos los faciales, antes de girarse para darme la espalda y responder.

—¿No piensas dejarlo?! —espeta en español en un tono bastante seco—. *Merde...* —Cambia el idioma, consciente de que el interlocutor no le entiende, y entonces empieza a soltar muchas palabras que se pierden entre la gente, porque en ese instante las puertas del vagón se abren, y él sale, sin decirme ni adiós.

Vaya, pues parece que tiene más sangre en las venas de lo que imaginé.

¿Y mi respuesta? ¿Qué pasa con mi respuesta?

Quizá Eric tenga razón y deba hacerle una visita el viernes en su horario de tutoría, ¿no?

Mi motivación

OLIVIER

Tengo el nivel de energía al mínimo. Es viernes, y, a estas alturas de semana, mis capacidades están bastante menguadas. Miedo me da tener que enfrentarme luego a Leclerc, cuando revise una de las partes que he modificado de mi tesis. Soy tonto, porque tendría que haber quedado con él el lunes y no hoy, así podría irme a casa antes, a descansar. Lo que pasa es que, si algo no cuadra y me lo corrige, podré reescribirlo durante el fin de semana y seguir avanzando, aunque Arlette y Enmanuel me maten por perderme una cena más.

Antes de pasar por el escrutinio de mi director de tesis, tengo por delante una hora de tutoría. Minimizo la ventana de Spotify que está abierta, mientras suena a un volumen muy bajo *Kollage*, de Carly Rae Jepsen; un tema relajado que me descubrió mi amiga, perfecto para aplacar mi ansiedad. Echo un vistazo a la pantalla para comprobar a qué alumnos voy a recibir hoy y me doy cuenta de que en el cuadrante aparece un nombre nuevo. Una incorporación de última hora.

Oigo un solo toque en la puerta, que está sin cerrar, y, a continuación, veo a Teo asomándose.

—¿Puedo pasar?

—Claro, adelante.

—¿Eso que suena es Carly Rae? —Menudo oído más fino—. ¿Es una de las de su último álbum? He escuchado alguna, pero mi hermano siempre me vacila diciendo que cómo me pueden gustar esas canciones tan pop, que suenan demasiado... —No termina la frase, pero me hago una ligera idea de cómo acababa. Enmanuel es muy dado a meterse con mis gustos musicales, porque solo coincidimos con los genuinos e inigualables L'Impératrice, mi grupo favorito—. ¿Aquí tenéis hilo musical? Menudo lujo. —Pasa y cierra la puerta.

—Sí, es Carly. Y perdón... —me disculpo, y pauso la reproducción—. Yo estaba... —No tienes que darle explicaciones, Olivier. Recuerda, aunque todavía te cueste, porque solo llevas un mes, que eres el profesor—. Todavía faltan cinco minutos para...

—La una, lo sé. Pero como he visto la puerta abierta, he pensado que ya estarías libre.

—Está bien. Puede sentarse.

—¿Te importa si hablamos en español y me tuteas? Por lo menos cuando estemos a solas. Es que todavía me cuesta cambiar el chip y desenvolverme bien con algunos temas. Me atasco más de lo que me gustaría.

Su pregunta no me pilla por sorpresa. El martes mismo, cuando regresábamos de la salida, ya estuvimos hablando en su idioma en el metro. Y, por alguna extraña razón, me gusta poner en práctica mis conocimientos con él. Aunque, en ocasiones, me cueste encontrar las palabras adecuadas, porque hacía bastante que no lo utilizaba. Recuerdo que mi abuela nos hablaba siempre en español a mis hermanos y a mí. Se enfadó mucho cuando se enteró de que mi madre dejó de hacerlo por las absurdas presiones de mi padre, que nunca tuvo el mínimo interés en aprender el idioma materno de su mujer. A él le molestaba oír cómo lo hablábamos entre

nosotros y por eso lo aniquiló. Táctica que suele emplear para todo aquello que no es de su agrado, incluidas las personas. Cuando mi abuela se murió hace más de diez años, nadie volvió a utilizarlo, al menos en casa.

—Tienes un francés muy aceptable y fluido, Teo. No tienes de qué preocuparte. Además, con la práctica te irá costando menos seguir las conversaciones. Sin embargo, si te sientes más cómodo hablando español cuando no estemos en clase, no tengo problema.

Achina sus ojos verdes y sonríe. Esa cara de niño bueno no es la primera vez que la veo. Teo es demasiado expresivo, por lo que es incapaz de disimular cuando algo lo divierte o le gusta. Su entusiasmo con la asignatura es más que evidente. Además, aparte de ser como un libro abierto y tener una curiosidad incesante, Teo es muy observador, sobre todo en mi clase. No solo está atento escuchándome, sino que estudia mis movimientos y mis reacciones, como si, en el fondo, le interesara todo lo que digo y lo que hago. A veces, tengo la sensación de que me mira como si creyera que debajo de todo esto guardo mucho más. A ver, que también pueden ser paranoias mías, por todo el cansancio acumulado y porque, evidentemente, todavía estoy habituándome a mi nuevo rol de docente, y me cuesta distinguir la delgada línea entre estar sentado detrás de mi mesa, como ahora, o justo al otro lado. El caso es que Teo me recuerda mucho a mí, a aquel chico que llegó rebotado de Burdeos a París, con unas ganas acuciantes de encajar y, por supuesto, de convertirse en un alumno destacado.

—Muchas gracias.

—De nada. No sabía que habías pedido tutoría, acabo de verlo ahora. ¿Alguna duda? ¿Alguna complicación con el dibujo del Arco del Triunfo?

—En realidad...

Alguien llama a la puerta y nos interrumpe. El siguiente alumno tiene que venir en quince minutos, así que doy paso a quien esté al otro lado.

—Adelante...

La puerta se abre y entra la secretaria de admisiones.

—Siento la interrupción, pero es que sabía que Teo iba a estar aquí y tengo que darle esto. Toma. —Le tiende un papel—. Es la copia compulsada del certificado de francés. Tenías razón, lo mandó tu padre, el señor Rivas, hace unos días. Lo que pasa es que lo envió desde su correo electrónico, y por eso se nos despistó. —¿Ha dicho Rivas? Pero él se apellida Abad, ¿no?

—Sí, eso es lo que me dijo Axel, que os lo había mandado él desde su correo.

¿Axel? ¿Axel Rivas? Ese es el nombre del arquitecto. ¿Será él? No puede ser.

Los engranajes de mi cabeza deben de sonar en voz alta, porque Teo deja de mirarla a ella para mirarme a mí. Sin duda, mi reacción le divierte.

—Pues con esto ya está todo. No os molesto más. —Ella se despide y vuelve a dejarnos a solas.

No es de mi incumbencia, pero no puedo evitarlo.

—Perdona, estaba hablando de Axel Rivas, ¿el arquitecto? —Asiente y su sonrisa se ensancha—. ¿Es tu padre?

—No, en realidad es mi padrastro, pero no me gusta nada esa palabra. He vivido con él desde los doce hasta ahora. Y lo cierto es que me llevo mucho mejor con él que con mi padre biológico, así que nunca lo llamo así.

Sé cómo se siente, aunque, en mi caso, no he tenido otra figura paterna en la que poder refugiarme. Y tampoco he tenido la típica madre fuerte y cariñosa que vale por los dos.

—Axel Rivas —repito como un idiota—. Vale, ahora entiendo algunas cosas.

—¿Sí? ¿Cuáles? —Se levanta y empieza a moverse por mi despacho, como si buscara algo. Tengo muy pocas cosas personales, la mayoría son académicas, como un premio que recibí en mi primer año en la universidad en Burdeos, y un par de artículos que me publicaron hace unos meses y mi hermana me los envió enmarcados.

—Tu capacidad para entender los conceptos a la primera, incluso tu precisión para aplicar determinadas técnicas, como si ya hubieras practicado muchas de ellas con antelación. Sé distinguir el talento, pero también el conocimiento y la constancia.

—Tengo al mejor profesor —afirma.

—Dirás que has tenido al mejor, en casa. He seguido toda su trayectoria y me alucina todo lo que hace. —Me levanto y me acerco a él, acaba de coger el marco que reposaba en la estantería con la única fotografía que tengo aquí. Estoy con mi hermana Inés y su gato, sentados en las escaleras del *château*; es del año pasado, y ella tiene la cabeza sobre mi hombro, mientras yo le paso un brazo por la espalda.

—Ahora también lo tengo. —Posa el marco de nuevo y se gira para mirarme. —No te quites mérito, Olivier. El mejor de tu promoción. Calificación de excelencia en los estudios de posgrado. Ganador de la prestigiosa beca de movilidad Villard de Honnecourt. Tres meses de pasantía en Venecia. La maqueta de la propuesta para los pabellones efímeros de los pasados Juegos Olímpicos fue espectacular, aunque luego le cedieras el primer lugar a la de Constantine Belmonte. —Abro mucho los ojos porque también conozca esa información—. ¿Qué? Los rumores por aquí vuelan. Tienes unos cuantos artículos publicados. Además, eres el docente más joven de la escuela, y, encima, estás a punto de conseguir el doctorado con tan solo veintiséis años.

—Veintisiete cuando lo logre —le aclaro.

—Tu trayectoria es impresionante, Olivier. Y, definitivamente, con tu expediente, yo también entiendo algunas cosas.

Escucharle recitar todo mi currículum y, sobre todo, el tono de admiración con el que lo ha hecho, me ha abrumado. Sé que la mayor parte está en la web de la escuela, lo que me extraña es que se haya tomado la molestia de leerse. Retrocedo unos pasos y me apoyo en el borde de la mesa.

Mi motivación para dejarme la piel estudiando durante estos últimos años, a base de mucho sacrificio y dedicación, es poder llegar a demostrarle a mi padre que estoy plenamente capacitado para, un día, transmitir lo que la arquitectura significa para mí a los demás. Arte estático, lleno de luz, de originalidad y de vida. Y parece que con Teo ya he empezado a conseguirlo en apenas un mes, aunque también es cierto que él, en buena medida, lo trae de serie.

El sonido de unos golpes en la puerta nos vuelve a interrumpir. Me acerco para abrir y le pido a Silvie, que es la siguiente, un minuto.

—Lo siento, tengo un viernes complicado y no puedo retrasarme. ¿Tenías alguna duda? Porque al final no me has comentado nada.

—Bueno, solo quería que me dijeras por qué querías que el dibujo fuera desde esa perspectiva y no desde otra. Me picó la curiosidad el martes. Y te lo pregunté en el metro, pero te fuiste de

manera precipitada y no te dio tiempo a contestarme.

Magnifique. Había olvidado la estampida del metro y a su causante. ¿Qué pensaría Teo en aquel momento? Porque rara vez pierdo el control de esa manera tan abrupta, y menos delante de mis alumnos.

—Sinceramente, porque es mi favorita, y también la más complicada de todas las posibles. Por la distancia y el ángulo desde esa zona. A mano alzada y sin apoyos se necesita mayor precisión y mejor visión lógica. Además, ese ejercicio me servirá para evaluar la materia dada hasta ahora, y para detectar si, aparte de hacer los trabajos de Eric, también haces los de Hans.

—Mierda. Yo...

—Espero que no se vuelva a repetir. —Solo era una intuición, pero después de comparar los últimos trabajos de ambos, y de ver su cara hace un segundo, se ha convertido en certeza. —. No le haces ningún favor, Teo. Tu amigo tiene que ponerse las pilas o no va a aprobar. —Abro la puerta para que salga.

—Ya lo sé, ahora solo hace falta que lo sepa él —se lamenta.

—Lo veo el lunes en clase, señor Abad. —Me despido recuperando un tono más solemne mientras Teo se gira recuperando una sonrisa, solo que esta vez me parece algo diferente.

10

Sus ojos

TEO

La pantalla se pone negra y dejo de ver la cara de Sofía. Creo que se ha quedado dormida.

—Enana... —susurro al micrófono—. Enana, ¿sigues ahí?

—Estará KO, porque ese cuento tan aburrido casi me duerme hasta a mí —comenta Eric, que va sentado a mi lado en el Uber.

—Pero qué dices, si es su favorito —me defiende de su ataque.

Lo que pasa es que está agotada. Esta tarde ha estado en el cumpleaños de su amiga Cora y lo ha dado todo, por eso ahora no puede abrir ni los párpados. Suelo leerle un cuento una o dos veces por semana, aunque sea a través de la pantalla. Me gusta compartir ese ratito con ella, porque también la echo de menos. Axel o mi madre son los que me pasan las fotografías de las páginas antes de empezar, aunque a la enana también le entusiasma que le cuente historias que me invento.

—¿Teo?

—Mamá...

—Se ha dormido, hoy estaba muy cansada. —La imagen de mi madre con el pelo recogido y la cara lavada, luciendo sonrisa y lunar, me pellizca un poco el corazóncito. Lo cierto es que los echo de menos, a todos, sí—. ¿Adónde me has dicho que vas tan guapo?

—Va guapísimo, Lía. —Eric se inclina para colarse delante de la cámara y saludar a mi madre—. Ya se lo he dicho yo. Debe de ser la cazadora.

—Idiota. —Cabeceo.

El capullo de Eric ha decidido ponerse la misma cazadora, de Pull & Bear, negra vaquera con pelo blanco por dentro, que llevo yo. Menos mal que él es más alto y tiene esos rizos alborotados, porque, si no, pareceríamos mellizos. Debajo lleva puesto un jersey verde oscuro de lana fino; yo, en cambio, me he puesto una camiseta gris de manga corta con un dibujo geométrico negro en la espalda. Así que estoy deseando llegar a esa fiesta para quitarnos la cazadora y dejar de parecer siameses.

—A la fiesta de cumpleaños de la prima de Eric, mamá.

—Vale, pues pasadlo bien, pero tened cuidado.

—No te preocupes, yo cuido de él. Lo prometo. —Eric levanta la mano, como si estuviera jurándolo.

—Sííí... Como suele ser habitual —mascullo.

—Y cuando llegues a la residencia, me mandas un mensaje, da igual la hora que sea. ¿Me has oído?

—Que sí, mamá.

—Te quiero.

—Y yo a vosotros.

Eric hace como que se limpia una lágrima cuando me guardo el teléfono. Y le meto un codazo. Ahora me vacila, pero la semana pasada me confesó que los primeros días, cuando me veía hablando con mi familia, le daba un poco de envidia, de la sana.

Sé que estamos en el barrio de Montparnasse, que es la única información que me ha facilitado mi colega. El vehículo se detiene en una calle estrecha de un solo sentido, delante de un portal azulón. La fachada del bar que está justo a la izquierda es del mismo tono, y en el rótulo leo que se llama Blue Sky, poco original. Eric es el primero en bajarse del coche. Me hace gracia que ahora tenga tanta prisa, porque, desde que lo conozco, jamás lo he visto llegar puntual a ningún sitio. Yo, por el contrario, me lo tomo con calma y me despido amablemente del conductor.

No me apetecía nada salir hoy. Es más, quería pasar mi noche del sábado tirado en el sofá, sin hacer nada. Mi plan consistía en cenar una *pizza* recalentada en el microondas, y mañana madrugar para volver a repasar el ejercicio del Arco del Triunfo antes de entregarlo el lunes. Además, tengo que terminar los deberes de geometría que he dejado pendientes. Se nota que ya estamos a mediados de octubre, porque todos los profesores están empezando a apretar el acelerador. Me empiezan a faltar horas para llevar al día todas las asignaturas, sobre todo las más teóricas.

—Vamos, que no quiero llegar el último —se impacienta mi amigo.

—¿Solo tú? ¿Y qué pasa conmigo?

—¿Qué pasa?

—Eric, por favor. Dime que le has dicho a tu prima que venía contigo. No quiero que piense que soy un gorrón o un acoplado.

—¿Te quieres relajar? —Me agarra de los hombros y me da un pequeño masaje con las yemas, para liberar la tensión—. Es una fiesta informal, no hacía falta invitación, tranquilo. Bueno, nosotros al menos no la necesitamos, que no somos uno de sus clientes. Ella sabe que siempre vengo a los saraos acompañado, no te preocupes.

—Todavía me flipa que su casa también sea una galería —le digo.

Eric me ha explicado que parte de sus obras estarán expuestas en el salón y en el pasillo. Así aprovecha la celebración de su cumpleaños para mostrar su trabajo a posibles compradores. Está abriéndose camino como artista y todavía no ha encontrado un local donde poder exponer.

—El piso te va a flipar por sí solo, te lo aseguro. Con la reforma ha quedado increíble. La vivienda es de un tío suyo, por parte de su madre, así que a mí no me roza ni el palo. Una lástima. Y en cuanto a la obra de mi prima es... peculiar, supongo que su arte es para gustos.

—¿Alguna otra cosa más que deba saber antes de subir?

—No, que quizá haya gente algo mayor, pero son todos muy *cool*, ya lo verás. Tú piensa que beberemos alcohol bueno y gratis. Nada de garrafón. Y eso se traduce en que mañana estaremos mejor. Además, cuando te apetezca, nos piramos y listo.

—Está bien. Si eso es todo.

—A ver, todo todo... —Esa cara no augura nada bueno, pero confiaré en él—. Tú fluye, relájate y desconecta. Que no sabes lo que te va a deparar la noche.

—¿Qué piso es? —pregunto cuando se acerca al timbre.

—El segundo, y creo que no funciona el ascensor. Así que sube tú delante y meneas ese trasero respingón que ya quisiera Hans. El alemán presume de cuerpazo, pero, por detrás, tablita de planchar.

Niego con la cabeza y sonrío. Cuando se pone en plan capullo es mejor ignorarlo.

No he necesitado decirlo con palabras, pero él, de nuestras conversaciones nocturnas, ha sacado sus propias conclusiones. Sabe que me enrollé con Berta el año pasado y también que tonteeé con Asier este verano, aunque no sé por qué ha dado por hecho que solo fueron unos cuantos besos. Aunque me fastidie, tiene razón. Según él, está clarísimo que me gustan los tíos. Porque a las chicas no las miro de la misma manera, como él, que no hace distinciones. Dice que se nota que estoy algo perdido y que por eso no capto las señales cuando algún tío se me acerca, porque, según sus palabras, ya lo han hecho. Su consejo, aunque no se lo haya pedido, es que, si quiero pillar, tengo que dejar de lado mi parte más sensible y experimentar. Su argumento es que, si me pongo exquisito, nunca daré el salto. En mi humilde opinión, lo que me pasa es que nadie me ha motivado lo suficiente como para dejarme llevar a la primera. Parece que lo de psicoanalizarnos se nos da de puta madre a los dos. Y sí, intento que no se me note, pero él está conmigo en clase y sabe de sobra que el profesor Delaporte me pone muy tonto, en todos los sentidos. La suerte que tengo es que hace días que no me habla de él. Supongo que se está cortando para que su prima no le eche la bronca de nuevo. Así que yo tampoco le he contado que ayer estuve con él a solas durante la tutoría, y que, a ratos, me pareció mucho más abierto y cercano. Obviando cómo remarcó su tono serio en la puerta cuando me despedía, claro. Además, me pareció adorable ser testigo de la admiración que siente por Axel. Y qué decir de la grata sorpresa que me llevé al descubrir que sus gustos musicales son más actuales que su ropa.

Por cierto, no he querido preguntar, pero si su prima y él son tan amigos, ¿Olivier estará aquí?

La puerta del piso ya promete; ancha, de doble hoja, y con una mirilla de latón antigua. Al lado del felpudo hay un zapatero metálico y unos cuantos pares de zapatos. Se oye algo de ruido al otro lado, por lo que deduzco que ya han llegado los invitados, y que, además, están descalzos. Una chica castaña, con un vestido corto y plateado, nos abre la puerta. Mira a Eric, le guiña un ojo, y después me mira a mí.

—Feliz cumpleaños, prima. Estás increíble para ser una vieja. Este es mi amigo Teo.

—Hola. Feliz cumpleaños —la saludo.

—¿Teo? ¿Tu compañero de clase?

—Sí. El mismo —responde Eric, y yo asiento.

—Hmm... Interesante. Encantada, Teo. Los zapatos, ahí. Los abrigos, en el perchero de la entrada. Salón, cocina, pasillo y baño. El resto de la casa está vetado. Cuidado con el alcohol y con la alfombra de debajo del sofá, que las manchas no salen. Pasad y divertíos.

Eric me deja pasar delante después de dejar las zapatillas. Mis calcetines negros con plátanos le hacen partirse el culo.

—Preciosos. Te falta escribírtelo en la frente... —masculla en español, y no tengo ni idea de si su prima sabrá mi idioma, porque se da la vuelta y nos deja solos.

Dejamos las cazadoras en el perchero y solo me llevo el móvil en el bolsillo del vaquero. Camino lento, observando todo; mi amigo tenía razón, el piso es alucinante. El pasillo es largo y ancho, con moldura de madera forrando las paredes hasta media altura. A ambos lados están las puertas, que supongo que son de las habitaciones. También están colgados varios cuadros de estilos muy diferentes y, debajo de cada uno, han colocado unas tarjetas con los nombres de las obras.

—Esto es...

—Te lo dije, pero avanza, que lo bueno está en el salón.

Efectivamente. No sé; así, a ojo, habrá unas quince personas, incluido un chico con unas rastas larguísimas pinchando en una mesa de mezclas, al lado de la ventana. Suena *T'as Peur*, de Aya Nakamura y Myke Towers, y se me ensancha la sonrisa; no lo puedo evitar, es un temazo.

—¿Qué quieres beber? —Eric chasquea los dedos delante de mí y se balancea al ritmo de la canción; sí, puede que estuviera haciendo un barrido buscando... ¿algo?

Más bien, a alguien. Venga, lo confieso.

—Lo que bebas tú.

—¿Vino? —Arquea una ceja y coge una de las botellas que están encima de la mesa grande del salón.

—¿Solo? ¿No hay Coca-Cola?

—Como te vean estos *snoobs* mezclar su Burdeos, te sacarán los ojos con sus propias manos. —Eric coge dos copas vacías y me indica con la cabeza que vayamos a la cocina.

—Pues habrá que hacerlo sin que se den cuenta. —Me encojo de hombros y entramos en la cocina, que está separada del salón por un impresionante tabique abatible.

—Hola, ricitos. No sabía que estabas invitado.

Un chico, moreno de piel, abraza efusivamente a Eric.

—Hola, ex primo —le devuelve el saludo mi amigo, sonriendo.

—Vaya, sigues teniendo el mismo humor de siempre.

—Así es. Este es Teo. Un amigo.

—Hola, Teo. Soy Enmanuel, un placer. —Me da la mano mientras Eric abre la nevera.

—Hola.

—Si vais a cometer el sacrilegio de mezclar ese vino, procurad que no os vea el dueño de la botella —nos advierte—. Es mejor tener la fiesta en paz.

—¿Y el dueño es...? —pregunto levantando la botella.

—Ese tío fuerte de allí. —Señala con el dedo hacia el sofá.

Y *glup*. Trago saliva y se me seca la boca en el mismo segundo. Está de pie y de espaldas. Aunque no te lo creas, por la ropa que lleva hoy puesta jamás lo hubiera conocido. Vaquero azul claro, ancho. Camisa Oxford de manga larga, verde caqui oscuro, arremangada hasta medio antebrazo. Lo que pasa es que esos hombros, ese cuello ancho y su pelo ondulado me lo dejan muy claro. Olivier.

—No me jodas —espeta Eric—. Pues yo paso. Que bastante tengo que aguantarlo en clase. Voy a por una copa de champán. ¿Vienes?

—Eh... —Vamos, Teo, no seas imbécil—. Adelántate, ahora voy yo.

Ante la sonrisa burlona de Enmanuel, que se ha debido de percatar de que yo también soy su alumno, saco una Coca-Cola del frigorífico, me bebo dos tragos largos, directamente de la lata, y cojo la botella para añadir un poco de vino.

—Vaya, eso ya lo habías hecho más veces, ¿no? —Me pregunta al ver mi destreza rellenando la lata.

—Quizás alguna.

Se ríe y choca su copa contra mi calimocho encubierto.

—Salud.

—Salud.

Respiro antes de salir de nuevo al salón. No pasa nada. Estos son sus amigos, no estamos en la universidad. Esto es un ambiente diferente, no tiene por qué ser incómodo para ninguno. Solo tengo que comportarme como un invitado más. Aquí no soy su alumno. Actuaré normal. Con naturalidad.

—Teo —me llama Eric, y consigue que me gire. Mi mirada estaba clavada en el sitio donde antes estaba Olivier, y digo antes porque ahora no hay ni rastro de él—. Mira, este es Pablo, el ayudante de Arlette.

El chico, rubio con el pelo largo, que me recuerda bastante a Asier, me da dos besos que me pillan de sorpresa, aunque se los devuelvo sin problema. Empieza a hablar conmigo en español. Me pregunta qué estudio y de dónde soy. Resulta que él es de Cadaqués, el precioso pueblo en el que estuve unos días de vacaciones con Berta y su madre, así que la conversación fluye de manera natural, tanto que se me pasa el tiempo volando.

Durante el resto de la velada, Eric va y viene. Habla con todo el mundo, baila y me sigue presentando a gente. Tenía razón, la mayoría son algo mayores, pero también hay algunos que rondan los veinte, como él. A mi profesor no lo he vuelto a ver. Mejor así. ¿Seguro? Bueno, supongo que sí.

La música sigue sonando, y yo, en un par de ocasiones más, me acerco a la cocina a coger otra lata y repetir la «Operación Vino». Lo hago con todo el sigilo del mundo para que nadie me pille. No quiero que se piensen que soy un niñato que no sabe beber.

Cuando regreso, me fijo en las dos esculturas que hay en el salón, que también son obra de Arlette, y, como la mayoría de los invitados, aprovecho cuando la cumpleañera está cerca para alabar su trabajo. La anfitriona no para quieta un segundo. Va y viene, bebe champán rosado, ríe y habla con todo el mundo, custodiada en todo momento por Enmanuel. Un poco más tarde de las doce, sopla las velas, confirmándome que ahora es oficialmente su cumpleaños, y no antes.

—Ah, estás aquí, es que no te veía. Me tengo que ir ya, que luego no hay metro y Arlette no me paga lo suficiente como para poder pillar un Uber cada vez que salgo. —Pablo me aborda en cuanto regreso al salón con la cuarta lata de la noche—. Me ha gustado mucho conocerte. Qué te parece si me das tu número. Quizá podríamos quedar algún fin de semana, tú y yo, solos.

—Bueno... —dudo, porque es bastante directo, pero eso está bien, ¿no? Es mono y no me he sentido incómodo. Podría quedar con él algún día—. Sí, claro. —Nos intercambiamos los números.

—Chao. Ya hablamos... —Se acerca y me da un solo beso en la mejilla como despedida.

Antes de guardar mi móvil en el bolsillo del vaquero, recibo un mensaje suyo con el emoji de guiño de ojo. Menuda rapidez.

Necesito ir al baño, así que dejo la lata encima de un posavasos libre en la mesa baja y busco a Eric, que está desaparecido desde hace un buen rato.

—¿Buscas algo? —me dice una chica con la que he hablado antes sobre Santander, porque estuvo allí de Erasmus hace unos años.

—El baño.

A Eric lo puedo buscar más tarde.

—La tercera puerta a la derecha.

—Muchas gracias.

En el pasillo me cruzo con Arlette, que está charlando con un señor de unos cincuenta años o más mientras comentan una de sus obras, entusiasmados.

Cuento las puertas y me detengo delante de la tercera. Sujeto la manilla y abro con ganas, porque me urge, ya no me aguanto más.

—No. *Merde*. No —dice, frustrado, desde el otro lado.

Dios. No. ¿Por qué? ¿Por qué me tiene que pasar a mí? ¿Esto es real?

No pestañeo. No me muevo. No puedo dejar de mirarlo.

Me he debido de pasar con el calimocho. O me han echado alguna sustancia ilegal en la lata. O... estoy sufriendo alucinaciones. Tiene que ser eso.

Deja de divagar, Teo.

Es que... No.

No puedo estar viendo el ombligo de Olivier.

No.

No puedo estar viendo parte de su vello púbico.

No.

Ni el principio de su ingle.

Tampoco.

Ni esa uve significativamente atractiva en los costados, que marca el camino al premio.

No.

No puedo estar viendo sus ojos avellana prendidos, en llamas.

Ni sus dientes apretados.

Tampoco.

No puedo estar viendo como él y ese otro tío están ahí... Así.

Basta, Teo. ¿Quieres salir del bucle?

Lo intento, pero no es tan fácil.

No debería seguir aquí plantado mientras hay un tío, de rodillas, con un jersey de lana naranja de ochos, horrendo, arrodillado a los pies de la cama, comiéndole la polla a Olivier. A *monsieur* Delaporte. A mi profesor favorito. Al tío que no me saco de la cabeza.

Él maldice entre dientes, en un francés muy cerrado que no logro entender, y trata de apartarlo con la mano, mientras yo solo soy capaz de concentrarme en sus ojos. Que alguien me arranque los míos, por favor. Porque esto no puede estar pasando.

Teo, haz algo. Muévete. Deja de mirarlo. Cierra la puerta. Sal corriendo. Lo que sea. Algo.

¿Excitarme viéndolo ahí de pie cuenta como *algo*? O quizá perderme en sus ojos e imaginarnos. ¿Y desear que fuera mi boca la que estuviera ahí? Eso también es algo, ¿no crees? Porque, pese a lo surrealista de la escena, mi cerebro no deja de emitir señales contradictorias a mi cuerpo. Hormigueo. Cosquillas. Salivación.

—Yo... Yo... —baluceo antes de cerrar de golpe, que es el único movimiento que he sido capaz de hacer. El portazo retumba en todo el piso, y Arlette, que sigue en el pasillo, se gira hacia mí con cara de pocos amigos.

—¡Las habitaciones están vetadas! ¿No lo recuerdas? —bufa.

—Buscaba el baño.

—Es la puerta de enfrente.

Mierda. ¿Por qué? Esto de usar las dos manos sin distinción me suele dar problemas, como si en vez de ser ambidiestro fuera disléxico. Sí, confundo la derecha y la izquierda más a menudo de lo que me gustaría.

—Lo siento mucho —me disculpo.

Entro en el baño. Ahora sí. Cierro e incluso echo el pestillo. Lo primero que hago es mojarme la cara, para intentar despejarme, y a ver si de paso, con un poco de suerte, consigo borrar de mi mente su imagen.

11

Su mirada

OLIVIER

Me doy cuenta de que la puerta se abre. Es evidente que tener a Jean Paul arrodillado delante de mí, con sus labios alrededor de mi polla, no me ha nublado el poco juicio que me queda a estas horas de la noche. Trato de apartarlo, aunque él no cede.

—No. *Merde*. No.

El hecho de que haya entrado alguien sin llamar a la habitación de mi amiga no es tan relevante como que ese *alguien* sea precisamente él.

No. Esto no puede estar pasando. Yo no le he visto antes. ¿Estaba en la fiesta? ¿Qué se supone que hace aquí? A escasos metros de mí.

Sujeta el pomo de la puerta mientras observa la escena desde el umbral con la mandíbula desencajada. No pestañea. No se mueve. Y, el detalle más importante de todos, no deja de mirarme.

Uf. Su mirada. Su mirada es una mezcla de sorpresa, incredulidad y ¿deseo?

No. Imposible.

No debería seguir ahí plantado mientras Jean Paul sigue de rodillas. Aunque tampoco soy capaz de gritarle y pedirle que cierre la puerta y se vaya. Así que solo blasfemo entre dientes y llevo mi mano a la cabeza de mi ex para detenerlo, sin dejar de mirar a Teo, confiando en que capte la señal y salga de aquí cuanto antes.

—Yo... —masculla de manera inaudible—. Yo... —Por fin reacciona y cierra la puerta.

—¡Basta! —chillo, y empujo levemente a Jean Paul—. ¡Para!

—Olivier...

—Te he dicho que pares.

Consigo separarme de él, y me doy la vuelta para recolocarme la polla dentro del bóxer y abrocharme el pantalón.

Cuando ha aparecido, antes, suplicándome para que le concediera unos minutos, los que le he negado en las innumerables llamadas que me ha hecho desde el mes pasado, he pensado que lo mejor era hablar con él a solas para dejarle claro cuál es mi punto de vista con respecto a lo que ya no somos. Sin embargo, una vez más, con él nada sale como pretendo. Porque venir a la habitación de Arlette para tener algo de intimidad y estar casi una hora discutiendo no era el plan que tenía pensado para esta noche de sábado. Y que él terminara implorando perdón y pidiéndome una segunda oportunidad, arrodillándose antes de comérmela, tampoco lo vi venir.

—¿Qué pasa, Olivier? No me digas que no te estaba gustando. Me conozco cada centímetro de tu anatomía a la perfección, y también tus reacciones. Tu cuerpo me habla, siempre.

—No te equivoques, Jean Paul. No me conoces. Y no necesito que analices mis reacciones ni que me estudies, no soy uno de tus pacientes. Solo quiero que te largues y me dejes en paz. Y, por favor, no vuelvas a llamarme. Vete a tu casa, con tu familia.

—Oh, venga. Ya me has castigado durante suficientes meses, ¿no crees? —Se coloca a mi espalda y me abraza por detrás. Me zafo rápido. Él mide casi lo mismo que yo, aunque está menos fuerte—. Podemos volver a estar como antes. Vernos dos días a la semana. Incluso algún sábado al mes. —Vuelven sus migajas, y lo peor de todo es que me mira como si su proposición fuera justa—. Ya te he dicho que te he echado mucho de menos, y que estoy dispuesto a cambiar algunas cosas. ¿No lo has visto? Me he puesto de rodillas solo para complacerte.

—No te he pedido nada, Jean Paul. Y mucho menos que me hicieras una mamada. Supuestamente has venido aquí a hablar, aunque, en realidad, nada de lo que me digas me va a hacer cambiar de opinión.

Estoy empezando a pensar que está perdiendo totalmente los papeles. ¿De verdad piensa que comerme la polla borrará el hecho de que me engañara?

—Podemos intentarlo. —Me sujeta del cuello de la camisa e intenta darme un beso en los labios.

—No, no podemos. Te lo dije hace seis meses. Te lo he dicho hace una hora. Y te lo vuelvo a repetir. NO. Tú y yo no vamos a estar juntos otra vez. Asímlalo. Y ahora, me voy, que tengo problemas mucho más importantes que atender, y por hoy ya la he jodido bastante.

Salgo, dejándolo ahí, y me dirijo al salón, con la mirada de Teo grabada en mis retinas. ¿Qué coño hago ahora? ¿Hablo con él? Podría darle una explicación, pedirle discreción... No sé. Lo cierto es que no tengo ni idea de qué hacer en este instante. Y, joder, mi amiga tendría que haberme dicho que iba a venir, ¿no?

—¿Y esa cara? —me pregunta la cumpleañera cuando me ve. La mía después de que mi alumno me pillara en plena felación. No quiero que saque a todos de su casa para darme protagonismo, así que me lo guardo para otro día—. ¿Ya se ha ido?

—No lo sé. Lo he dejado en tu habitación, supongo que vendrá a despedirse. —Echo un vistazo para ver quién queda en la fiesta, pero no veo a Teo ni tampoco a Eric, así que deduzco que se habrán ido.

—Pensé que no vendría. Por eso no te avisé.

—¿Quién? —pregunto, porque estoy algo lento.

—Pues Jean Paul, quién va a ser.

Teo, estaba pensando en Teo. Aunque mi amiga no lo capta, como es lógico.

Cuando mis amigos me preguntan por mis clases, suelo hablarles de él y de su talento. De su entusiasmo a la hora de aprender y de lo bien que me sienta saber que alguien me presta atención. Aun así, nunca les he hablado de esos ojos verdes agua marina, intensos y brillantes, que hace unos minutos eran incapaces de apartarse de los míos, y que ahora son como dos puñales de cristal clavados en mi cerebro. Y tampoco les he mencionado que ayer, durante la tutoría, su sonrisa, tímida pero valiente, desprendía un matiz nuevo para mí.

Basta, Olivier. ¿No tienes suficientes movidas mentales con las que lidiar?

—Ah... Ya. Tranquila. —Vuelvo a centrarme en Arlette—. Presentía que en cualquier momento iba a reaparecer. Y, siendo sincero, es mejor que haya sido aquí y no en la escuela. Lamento no haber estado cuando has soplado las velas, soy un amigo pésimo. Esta semana te lo compensaré, te lo prometo. —Me inclino para darle un beso en la mejilla.

—¿Ya te vas?

—Sí. Necesito estar solo. Y pensar.

—¿Vas a contármelo?

—Otro día —afirmo lacónico.

Enmanuel está hablando en el sofá con Monique, una marchante de arte, amiga de Arlette, por lo que le digo adiós con la mano y me retiro.

La puerta de la habitación de mi amiga está abierta y no hay nadie dentro, eso significa que se habrá ido, sin despedirse. Claro, encima estará mosqueado, yo alucino.

En el rellano, me pongo las chanclas, que estaban al lado del felpudo, y subo hasta mi buhardilla por las escaleras. Estoy cabreado, muchísimo, sobre todo conmigo mismo. Por no detener a mi ex antes de que se colara en mis pantalones y por ser tan imbécil de creer que, si hablábamos, podríamos dejar el pasado atrás, y seguir adelante sin hacernos más daño. Pero lo que más me jode de todo esto es haberme expuesto así, sin necesidad, delante de Teo.

Cuando entro en mi casa y cierro la puerta, voy directo al aparador del salón. Busco desesperadamente el paquete de tabaco que mi hermana Inés se olvidó en su última visita. Deje de fumar hace más de tres años, no obstante, ahora... ahora necesito controlar esta ansiedad con lo que sea.

—*Voilà* —canturreo en voz alta, como si hubiera encontrado un tesoro.

En tres pasos estoy en la cocina, que está abierta al minúsculo salón, y cojo un mechero del cajón.

La buhardilla es una cuarta parte aproximadamente del piso de mi amiga, está reformada y tiene lo necesario para vivir solo, así que no puedo quejarme. Quiero a mis amigos, sin embargo, prefiero no tener que compartir piso otra vez.

Aprovecho para servirme una copa de vino y salgo con todo a la terraza, que es más bien un antepecho de algo más de dos metros cuadrados, donde solo cabe una silla negra de forja plegable y una mesita a juego. Bueno, y mis dos plantas.

La primera calada me sabe a rayos, incluso toso un par de veces mientras me habitúo. Rescato un cenicero que está entre las dos macetas para tirar la ceniza. Bebo un trago de vino, e intento apartar de mi cerebro la ráfaga de imágenes de la noche, que son numerosas. Desde que Jean Paul apareció en la fiesta de Arlette, con sus claras intenciones, hasta la mirada ígnea de Teo desde el marco de la puerta. Cuando exhalo el humo de la tercera calada, miro al cielo negro de París, y trato de controlar mis nervios.

Oigo algunas voces procedentes de la calle. Un murmullo de risas y despedidas. Serán los invitados de Arlette, que ya se van. Apago el cigarro y me apoyo en la barandilla. Un grupo camina en dirección a los cines, que están a unos doscientos metros del portal. Pero quien se lleva toda mi atención es el chico que está sentado en el bordillo de la acera, entre dos coches, justo enfrente de nuestro edificio. Sí, es Teo y no sé qué hace ahí. Veo cómo se da golpes con el móvil en la frente y luego masculla mirando la pantalla. Está solo y, por lo que parece, bastante enfadado. Se pone de pie y empieza a moverse de un lado a otro, sin alejarse. Da una vuelta sobre sí mismo y, a continuación, se vuelve a sentar, como si estuviera pensando.

Perfecto. Y ahora, ¿qué hago? ¿Bajo a preguntarle qué le ocurre? ¿O me meto en casa y me olvido de todos? Incluido él. Porque si ha llegado hasta aquí, sabrá regresar solo, ¿no? Aunque son más de las dos de la mañana y ya no hay metro. Quizá se ha pasado con el alcohol y está desorientado.

No es tu problema, Olivier. O sí.

Es mi alumno y está bastante lejos de su residencia como para ir andando solo a estas horas. Tampoco se me olvida que él es de una ciudad pequeña y esto es París.

Está bien. No, no puedo ignorarlo. No puedo dejarlo ahí tirado sin saber cómo está. Además, creo que es mejor afrontar lo que ha sucedido hace un rato en casa de mi amiga, aquí, en caliente. Y así dejar el tema zanjado antes de reencontrarnos el lunes en clase.

Armado de valor, cojo las llaves y bajo.

—Teo...

—Ho... Hola. —Se levanta en cuanto me ve. Se empieza a pasar la mano por los mechones del pelo que le caen por la frente, nervioso.

—¿Estás bien? ¿Qué haces ahí?

—Sí. Es que... Eric...

—¿Te ha dejado tirado? —Parece asustado; aun así, me sorprende que, lejos de sentirse cohibido, no desvía su mirada de la mía, sin cortarse, como si quisiera seguir estudiando mis ojos.

—Eso parece. Se ha ido sin decirme nada, y lo peor es que se ha llevado mi cazadora con mi cartera dentro.

—¿Tu cazadora? —Señalo la que lleva puesta, porque igual sí que se ha pasado con la bebida.

—Sí. Esta es la suya, es igual que la mía. Se habrá equivocado al cogerla del perchero. Además, no tengo batería en el móvil para llamarlo. Ni tan siquiera se enciende ya. —Me muestra la pantalla—. Así que no tengo dinero, ni puedo llamar a un Uber, porque él aquí no tiene nada, ni puedo moverme de esta calle, porque no sé por dónde tirar. —Se toquetea los bolsillos y sigue vomitando frases—. Iba a subir a casa de Arlette de nuevo, a ver si ella lo localizaba. Creo que a esta hora ya no hay metro. Y es muy tarde para llegar a la residencia. Joder. —Suelta el aire para seguir hablando—. Le dije que no quería salir, que quería quedarme tranquilo en la habitación, pero él no acepta un no por respuesta, y ahora, aquí estoy, tirado en mitad de la calle.

—Teo... —lo interrumpo, necesito que se calme, sin embargo, él ha cogido carrerilla y no me escucha.

—A Eric le encanta hacer bomba de humo y desaparecer sin avisar a sus amigos. Lo hace a menudo. Y yo soy imbécil, porque aquí estoy, sin saber cómo coño regresar. Y a ver, no soy un miedica, sin embargo, en este instante —coge aire, porque con esa verborrea incontrolable respira de manera irregular—, París me acojona bastante, la verdad. —Expulsa el aire con fuerza.

—Teo, respira. —Llevo mi mano a su hombro para tranquilizarlo—. Respira...

—Y también está lo de antes...

Arqueo una ceja, porque no pensé que iba a ser él el que sacara el tema.

—Respecto a eso...

—Lo siento. Me equivoqué de puerta. Me dijeron a la derecha, pero claramente esa era la izquierda. Pensé que era el baño y... —se acelera otra vez.

—Teo, para un segundo. Por favor.

—Yo no pretendía...

—Teo...

—No pretendía molestar. Lo que pasa es que abrí la puerta y te vi ahí. Y hostias. Estabas ahí. Ahí con... —Las palabras se le aturullan y tengo que volver a cortarlo, esta vez con más

decisión.

—¡Teo, para! —Elevo la voz—. Y escúchame. —No sé si lo que le voy a decir ahora es una temeridad u otro de mis magníficos errores, sin embargo, no puedo dejarlo aquí tirado, ni tampoco ponerme a debatir sobre su interrupción en mitad de la calle—. No puedo llevarte a la residencia, porque he bebido y no puedo conducir así. No he bajado el móvil ni la cartera para pedirte un taxi, pero vivo aquí mismo.

—¿Con Arlette? Ese piso es una pasada, me ha flipado...

Sonrío, porque, pese a todas las mierdas que me han ocurrido esta noche, él tiene la capacidad, gracias a su naturalidad y a su espontaneidad, de sacarme una sonrisa.

—No, en la buhardilla —le aclaro—. Lo que te quiero decir es que tienes que calmarte un poco o te va a dar un ataque de ansiedad. Así que, si no te importa, puedes subir conmigo a casa, y así hablamos tranquilos mientras cargas tu móvil un rato. Es un iPhone, ¿no? —Asiente—. Pues perfecto. En cuanto tenga algo de batería, contactas con Eric. Si no lo localizas, te puedo pedir un Uber para que vuelvas a la residencia. ¿Te parece bien?

—*Magnifique* —responde imitándome, y él mismo camina hacia el portal.

Subimos en el ascensor, que milagrosamente ha vuelto a funcionar, en silencio, con el sonido de su respiración todavía agitada de fondo. Espero que poco a poco se le vaya normalizando.

Cuando entramos en mi casa, dejo las chanclas en la entrada, como hago siempre.

—Perdón, ¿me descalzo?

—No hace falta, tranquilo.

Camina detrás de mí, observando todo con atención, como hizo ayer en mi despacho. Ya he dicho que la buhardilla es pequeña, así que no le lleva demasiado tiempo.

—Vaya, es enana y bonita. Así, a simple vista, diría que equivale al salón y a la cocina de Arlette. Es chula. Íntima y acogedora. —Me giro para verle la cara; sí, está sonriendo—. Menos impersonal de lo que esperaba. ¿Me puedes dar un vaso de agua?

—Claro. ¿Analizas todos los espacios en los que entras por primera vez?

—Sí, tengo esa tara. Pero me apuesto lo que quieras a que tú haces lo mismo. —Sin poder remediarlo, se me escapa una carcajada, porque, evidentemente, ha acertado—. ¿Me equivoco?

—No. Parece que es una tara algo común en el gremio.

—Yo no soy arquitecto todavía.

—Aun así, tienes muchos más conocimientos que el resto de tus compañeros novatos.

Hablarle de arquitectura ha sido mi maniobra disuasoria para que se relaje, y, a tenor de su gesto, creo que lo he conseguido. Se acerca a la mesa de dibujo, que está en el único hueco en que cabía, y cotillea la lámina que empecé anoche. Menos mal que el resto de mis dibujos están guardados, porque son solo para mí. Después, avanza hasta sentarse en el sofá. Le acerco una botella de Evian que saco de la nevera.

—¿Quieres un vaso?

—No, así está bien.

—Vale, voy a por el cargador.

No pasan ni dos segundos cuando me pregunta si puede coger otra botella. Le digo que sin problemas, y busco el cargador en mi habitación.

Cuando regreso al salón, lo encuentro con la puerta de la nevera abierta, observando el interior.

—¿No la ves?

—Sí, es que... ¿Seguro que vives aquí? —me pregunta, y saca el agua—. Tienes la nevera...

—Vacía. Sí, vivo aquí. Aunque no cocino nunca. Desayuno fuera...

—¿Siempre? —se sorprende.

—Sí, la mayoría de los días. Entre semana como en la escuela. Y los fines de semana me suelo apañar con Uber Eats o con mis amigos. No suelo tener tiempo para ir a la compra ni para nada más. Así que me hago algún sándwich para cenar cuando me acuerdo. Espero que no tengas hambre, porque, ahora mismo, no hay ni tan siquiera para eso.

—No, tranquilo. Hambre no tengo. A mí me encanta cocinar. Me resulta divertido y suelo tomármelo como un ritual. Me encanta buscar la receta, ir a la compra, prepararla sin prisa, y luego sentarme a la mesa a disfrutar; si es acompañado, mucho mejor. Me molan las sensaciones que se generan alrededor de una buena comida.

Él mismo es consciente de cómo ha sonado la última frase. No sé si lo habrá hecho intencionadamente o no, lo único que sé es que se muerde la mejilla por dentro, aguantándose la risa y, a la vez, se pone rojo como un tomate. Genial, eso solo puede significar que su cerebro está reproduciendo la imagen de la cabeza de Jean Paul en mi entrepierna. Mientras a mí me atraviesa el recuerdo de la intensidad de sus ojos verdes clavados en los míos. Mierda.

Le acerco el cargador, que todavía estaba en mi mano, y le indico dónde puede enchufarlo.

—Teo, respecto a lo de antes...

—Perdona. Te he dicho en serio lo de la comida. De comer. Alimentos —puntualiza—. No tenía doble intención, de verdad. Te lo prometo.

—Está bien. —Ha llegado la hora de finiquitar el tema—. Pero, respecto a eso, quería comentarte que lo que ha pasado antes pertenece a mi vida privada. Y necesito que siga siendo así. No me gustaría que esa situación, que jamás tenías que haber presenciado, es más, ni tan siquiera yo tendría que haberla protagonizado —me lamento o me justifico, como prefieras—, influya en nuestra relación académica. Es mejor separar los dos ámbitos. Y es importante que tampoco salga de aquí. ¿Lo entiendes?

—Claro, no tienes de qué preocuparte, Olivier. No soy un niño, no pensaba ir contándolo.

Respiro con alivio, aunque intento que él no note que estaba un poco acojonado por cómo íbamos a afrontarlo.

—¿Está cargando? —Cambio de tema con toda la intención.

—Sí, voy a dejarlo unos minutos más para ver si puedo hablar con Eric. Mola la terraza —me dice cuando me ve cerrar la puerta, que seguía abierta.

—Cuando sale el sol es un pequeño paraíso.

—Seguro. Es una lástima que el sol y esta ciudad no sean muy amigos.

—Por eso mismo hay que aprovechar cada rayo.

—Ese es Enmanuel, ¿no? —me pregunta, cogiendo una foto que está encima de un baúl de madera que me sirve de mesa auxiliar y de almacenaje—. Lo he conocido antes.

—Sí, es de este verano en Moorea.

—¿Ahí es donde te lesionaste buceando?

—Exacto. —Vuelve a posar el marco y ahora coge la que está al lado. Es una fotografía antigua. Tendré seis o siete años, y estoy con mis hermanos y mi abuela Alicia en los viñedos.

—Aquí sí te gustaba comer, ¿eh? —me vacila; sí, él a mí. Y lo hace con esa misma cara de bueno que tiene tan estudiada.

—Sí, en aquella época era el que mejor se alimentaba de la familia. —Lo que no sé es por qué me ha reconocido a la primera, porque ahora no me parezco en nada a aquel crío—. Y, por cierto, me sigue gustando comer. —Los dos nos miramos, y cabeceo antes de que volvamos a caer en los dobles sentidos—. Y también me gusta sentarme alrededor de una mesa, sobre todo si es con mis amigos. La compañía es muy importante. —Mis palabras le hacen sonreír de nuevo, esta vez hasta me enseña los dientes, blancos y perfectamente colocados—. Sin embargo, disfruto mucho más si me lo dan todo hecho.

—Tomo nota. —Curva los labios y hago lo mismo con los míos—. Vaya, más de quince grados, interesante...

—¿Cómo dices?

—Nada, otra tarita mía —sisea, y trastea con el móvil—. Flipante.

—¿Qué pasa? ¿Es Eric?

—Sí. Me ha mandado un triste wasap antes. Me dice que ya está en la residencia, que se ha dado cuenta de lo de la cazadora al llegar, pero que, como está acompañado, nos vemos mañana. Genial, encima me toca sofá.

—¿Sofá? ¿No tienes una cama?

—Sí, al lado de la suya, lo que pasa es que hoy ya he visto suficiente. —Clavo la mirada en un punto indefinido de la pared, porque intuyo que sus ojos vuelven a encenderse y no tengo valor para enfrentarlos otra vez—. Usamos el sofá, que está en la sala, cuando alguno de los dos tiene compañía. Bueno, cuando Eric la tiene, lo utilizo yo, porque, en realidad, yo no he llevado a nadie... todavía —me informa.

—Exceso de información —lo corto, y él se ríe. Menuda noche que llevamos—. ¿Tienes suficiente batería o te pido yo el Uber?

—Diez por ciento. Creo que con esto será suficiente.

—Espera, mejor te pido yo el coche, y así tú no te quedas sin batería antes de llegar.

—Está bien. Si tienes Bizum, o como se llame lo que uséis aquí, lo descargo, y si me das tu número, luego te lo pago.

—No hace falta que me pagues nada, Teo. Anota mi móvil y me mandas un mensaje cuando llegues a la residencia, ¿vale?

Guarda mi número en su móvil y bajo con él al portal, a esperar a que llegue su conductor.

—Gracias, Olivier. Me has salvado. Te debo una comida —entona con sorna antes de meterse en el coche.

Debería darme la vuelta y subir, sin embargo, antes de que el conductor arranque, mis ojos buscan los suyos y... Joder con su mirada.

12

Su número de móvil

TEO

Releo los mensajes una vez más, y ya van ¿mil?

Yo:

Acabo de llegar a la residencia. Muchas gracias por TODO.

O:

De nada. Y la próxima vez que salgas, procura no quedarte sin dinero, sin móvil y solo en una calle de París.

Yo:

Lo tendré en cuenta.

O:

Descansa. Te veo el lunes.

A ver, que ya sé que no me ha declarado su amor incondicional ni nada por el estilo, sin embargo, bajó de su casa a interesarse por mí, y encima lo hizo después de que lo hubiera pillado en mitad del tema. Eso significará algo, ¿no? Quiero decir, podría haber pasado de mí, haberme ignorado y haberse ido a la cama. No obstante, se tomó la molestia de dejarme subir a su casa para tranquilizarme y solucionarlo. Vale, que ya sé que él estaba preocupado por lo que había visto, y seguramente lo hizo porque quería pedirme, a solas, que quedara entre nosotros, y de paso, recordarme que eso pertenece a su vida privada. Aun así, me dio la sensación de que me ayudó porque estaba preocupado, y no quiso dejarme allí tirado. De ahí que me diera su número para que le confirmara que había llegado. Como un auténtico caballero.

No te flipes, Teo.

Bueno, casi viste como uno. Aunque ayer no. Ayer estaba diferente.

Evidentemente, el bombazo de la noche no fue solo la pillada, sino enterarme de que es gay, o bisexual al menos. Además, para rematar la velada, entré en su buhardilla, pequeña e íntima, que me dejó ver algo más de él. No me vas a decir que eso no fue increíble e inesperado. Y sí, había bebido durante la fiesta, aunque, a esas horas, y después de verme solo en mitad de la calle, el medio pedo ya se me había bajado del todo. Así que, si cojo ahora mismo mi cuaderno, podría dibujarla entera, con todo lujo de detalles. A excepción del baño, que no lo pisé. La parte de su habitación que vi, gracias a que tenía la puerta abierta cuando llegamos, también la tengo grabada en la memoria, por si te lo estabas preguntando. Colchón esquinado, debajo de la parte más abuhardillada del techo, colocado sobre una tarima de láminas de madera oscura, de no más de seis centímetros de altura. Edredón azul grisáceo, liso. Un mapa del mundo con chinchetas.

Una lámpara de pie negra. Y un cuadro en blanco y negro de un cielo con nubes. Y en el resto de la casa, colores neutros. Toques grises. Poco mobiliario. Fotos de viajes. Pocas familiares. Nevera vacía. Un espejo estratégicamente colocado. La mesa de dibujo y una lámina recién empezada. Botellas de vino de ediciones limitadas. Luz indirecta. Olor a bergamota y un pequeño matiz a tabaco, como si hubiera fumado por primera vez en esa casa hacía un rato. Me gustó mucho lo que vi; reconozco que, después de calmarme, me hubiera encantado quedarme mucho más tiempo allí, disfrutando de ese Olivier más desconocido.

A él también se le notaba cansado, y aunque solo lo dejó caer en medio de otras frases, intuía que se arrepentía de haber llegado tan lejos con el tío que tenía arrodillado delante de su paquete. No le vi la cara, afortunadamente. Aunque lo más probable es que no sea capaz de sacarme esa imagen de los dos de mi cabeza durante un tiempo. En realidad, prefiero ignorar al otro y recrearme solo en la visión de la piel expuesta de Olivier y en sus ojos mirándome.

Suena mi WhatsApp para devolverme al presente.

Tu rubio:

Buenos días. ¿Ya estás despierto? ¿Hacemos videollamada?

Yo:

Estoy despierto, pero en el sofá. Eric está con su rollo en la habitación. Tengo algo que contarte, aunque no quiero que me escuchen, así que, ¿la dejamos para luego?

Tu rubio:

Claro. Cuando quieras. ¿No puedes adelantarme algo? Mira que ahora me dejas con las ganas. ¿Te has enrollado con alguien?

Yo:

Todavía no. Ayer pillé a mi profesor favorito en plena mamada. Fue la hostia, rubio.

Tu rubio:

Cómo.

Me río porque, mentalmente, veo la cara de Asier en este instante.

Lo cierto es que no hace falta que me la imagine, porque, antes de seguir escribiendo, recibo una foto de él. Está metido en la cama, con la melena revuelta y bizqueando. Aun así, está guapo, el muy tonto, como siempre. En la esquina de la foto se intuye un hombro desnudo pegado al suyo. Vale, no me puedo creer que tenga a alguien en su cama y esté chateando conmigo.

Yo:

¿En serio? ¿Quieres hacerme una videollamada con un tío dentro de tu cama? ¿Tan malo ha sido? ¿O es otro de tus fetiches? Porque, si mal no recuerdo, yo quise entrar ahí y tú no tuviste los huevos suficientes para dejarme hacerlo; así que, ahora, no me quieras incluir.

Tu rubio:

Ay, Abad júnior, no seas bobo. Sabes de sobra que me hubiera gustado que ese hombro fuera el tuyo. Aunque también sabes que, si te hubiera dejado entrar en mi cama, me habría quedado sin huevecillos. Sin los dos. Parece mentira que no conozcas a Gael. Me apetecía verte recién levantado un domingo, porque seguro que estás horrible. Además, lo que tengo al lado es un cuerpo inerte. Y no pienso darte ningún tipo de información más hasta que me cuentes en qué momento dejas de ser un alumno para convertirte en testigo de una felación.

Yo:

Pues ya ves, por una mezcla de casualidad y mi dislexia no diagnosticada.

Tu rubio:

Dime al menos que aquello no era una orgía. Ya te he dicho que no es muy recomendable empezar muy fuerte, Teo.

Cabeceo y sonrío.

Yo:

No, tranquilo. Solo me equivoqué de puerta y zas, sorpresa.

Tu rubio:

Cuéntame más.

Sabía que este tema solo podría tratarlo con Asier. Y no es el hecho en sí lo que me apetece contarle, no es solo por el morbo, sino que lo que me apetece es explicarle cómo me sentí al verlo. Y todo lo que se removi6 dentro de mí. Aunque tendrá que esperar, porque la puerta de la habitación se abre y sale Eric en calzoncillos, desperezándose.

—¿Qué haces ahí? —me pregunta con voz de ultratumba.

Tecleo rápido para responder a Asier.

Yo:

Luego te pongo al día, mi rubio.

—¿Cómo que qué hago aquí? Dormir en el sofá. Una noche más. —Retiro la manta y me siento.

—Pero si estoy solo.

—¿Estás solo? —espeto mosqueado—. Tengo un mensaje tuyo diciéndome que estabas ya aquí y acompañado. —Camino hasta la puerta y quito la camiseta que sigue colgada de la manilla—. ¿Y esto?

—Mierda. Se me olvidó quitarla —se lamenta—. Me llamó Colette, que estaba cerca de casa de mi prima, y me vine con ella. Por eso te mandé el mensaje. Pero fue una cosa rápida. Un aquí te pillo, aquí te follo, lo que le mola a ella. Luego, se piró a su habitación. Puse la camiseta al entrar, por si llegabas en ese momento.

—De puta madre, Eric —me mosqueo—. ¿Y no me has oído llegar más tarde? Flipo contigo. Me arrastras a la fiesta, te piras sin despedirte, te llevas mi cazadora, y yo me quedo como un perro abandonado en la calle. Soy imbécil por ir contigo.

—Vamos, Teo. No te pongas así, ya sabes cómo soy. Lo siento. —Trata de acercarse a mí y lo esquivo para entrar en la habitación. Me meto en mi cama, por fin, y me cubro con el edredón para no verle la cara en un rato—. ¿Estás enfadado?

Entiendo que Eric esté de vuelta de todo y que vaya a su bola, porque es muy independiente, pero, si me anima a ir con él, lo menos que puede hacer antes de largarse del piso de su prima es avisarme y despedirse.

—¿A ti qué te parece?

—A ver, que ya sabes que salgo, me lío o me lían, y se me va la pinza. Sin embargo, no lo hago con mala intención. Lo de la cazadora fue una putada, sí. Venga, no te enfades, nene. —Se inclina y me da un abrazo, para rematar la disculpa.

Me ablando y le devuelvo el abrazo. Tendría que ser más firme cuando la caga, no obstante, tiene razón, y en el fondo sé que no lo hace intencionadamente.

—Y, por cierto, ¿cómo viniste?

—Conseguí encender el móvil y pedí un Uber. —No entro en detalles—. Anda, vete a ducharte, que apestas.

—Huelo a sexo. Deberías probar este aroma alguna vez. Quizá con Pablo, por ejemplo... Os vi bastante a gusto, ¿no?

Vaya. Había olvidado que Pablo y yo nos intercambiamos los números. Vale, es más que obvio que cuando Olivier entra en mi espacio, todo lo demás desaparece. Y eso es un problema, aunque, ahora mismo, es irremediable.

—No estuvo mal.

—¿Ves? Hice bien en arrastrarte conmigo.

—¿Y en dejarme tirado después?

—No, eso no estuvo bien. Aunque tampoco hace falta que te cebes.

—Vale, ya paro. Sin embargo, por haber tenido que dormir toda la noche en ese maldito sofá cuando podría haberlo hecho en mi colchón, tienes una penalización. Y esta semana, me da igual si pillas o no, porque yo no pienso abandonar mi cama. ¿Te ha quedado claro?

—Meridiano. Y, además, te voy a invitar a comer hoy. Porque soy el mejor compañero del mundo. —Se da la vuelta para irse al baño y se quita el bóxer antes de salir por la puerta, enseñándome el culo, como hace siempre.

No me da tiempo a contradecirlo, porque me entra otro wasap.

Pablo:

Buenos días. ¿Qué tal terminaste anoche?

¿La verdad?

Mirando el último mensaje de Olivier con cara de imbécil, para, a continuación, cerrar los ojos, recordar su cuerpo, su olor, su boca, y meter la mano dentro de mi bóxer para masturbarme pensando en él. Así terminé la noche.

Aunque eso mejor no se lo digo.

13

Su sonrisa

OLIVIER

Apago el motor y *Agitations Tropicales*, de L'Impératrice, deja de sonar por los altavoces de mi coche. Necesitaba un buen chute de energía para afrontar el primer día de esta semana, y este tema me sube el ánimo.

He vuelto a nadar en la piscina. Después del fin de semana de locos que he tenido, necesitaba destensarme, y hacer ejercicio es la mejor manera de conseguirlo. Otra forma es el sexo, lo sé, pero eso últimamente solo lo tengo conmigo mismo (lo del sábado no cuenta), y el resultado con tu propia mano no es igual de gratificante.

Como ha sido mi primer día después de mi parón por la lesión, me lo he tomado con calma, sin forzar. La sensación de sumergirme en el agua es incomparable, aunque hacerlo en el mar es mucho mejor, aun así, tendré que conformarme. Lo bueno de ir a nadar tan temprano es que hay muy poca gente y se respira más tranquilidad que por las tardes. Aunque voy a confesar que, hoy, el nadador que estaba a cuatro calles de distancia me ha perturbado un poco. Buena técnica. Buenos brazos. Y una espalda bien definida para ser un tío no demasiado alto. Lástima que no haya coincidido con él en el vestuario para haberlo visto también por delante.

Dejo de pensar con la entrepierna, porque no tengo tiempo que perder, y entro en la sala de profesores. Saludo a Cécile y al director Bonnet, que se están tomando un café.

Intuyo que será un lunes intenso.

—Buenos días.

—En la bandeja de entrada tenía un *mail* de la agencia, confirmando el cambio del billete, así que, finalmente, acompañarás tú a Cécile a Milán en el viaje de estudios con los chicos —me confirma el director.

—Fantástico, porque yo sola con todos terminaría loca.

—Está bien, voy a agendarlo —confirmo.

Contaba con esa posibilidad, aunque todavía no era seguro, porque la profesora que iba a ir con ellos estaba de baja y no sabíamos si se reincorporaría a tiempo. Sinceramente, hubiera preferido que fuera otro. Con el tiempo que me lleva preparar las clases, las horas lectivas, las reuniones con el profesor Leclerc, y todo el trabajo que tengo que seguir haciendo en casa hasta que termine la tesis y pueda presentarla, apenas me quedan horas libres; solo para dormir, y tampoco demasiadas. Por esa razón, irme con setenta alumnos a hacer turismo didáctico por Milán no me emociona. No obstante, si han pensado en mí, después de toda la confianza que me están demostrando este curso, no puedo negarme. Aunque no me quede más remedio que llevar mi portátil y arañar todos los minutos que pueda para seguir avanzando.

—¿Tienes clase con ellos hoy? —me pregunta Cécile.

—Sí, ahora mismo. —Miro mi reloj para comprobar que no voy tarde.

—Pues infórmales tú del cambio. No vaya a ser que a mí se me olvide luego. Y recuérdales que el domingo tienen que estar aquí a las diez de la mañana para coger el autobús que nos llevará al aeropuerto.

—Está bien. Me voy a clase. Luego os veo.

La sala de profesores empieza a llenarse y saludo a todos al salir. Antes de ir al taller, me paso primero por mi despacho para dejar mi gabardina y un par de carpetas que me había llevado a casa el fin de semana.

Ayer domingo, incomprensiblemente, pude avanzar con la tesis. Después de todo lo que pasó el sábado por la noche, fue una sorpresa, porque no creí que fuera a ser capaz de concentrarme en algo. Lo que sí hice fue apagar mi móvil, por si acaso Jean Paul volvía a llamarme y desviaba mi atención. No lo ha hecho, y confío en que, de una vez por todas, le haya quedado clara mi posición.

Cuando Arlette subió sobre las cinco, para tirarse en mi sofá y sonsacarme los detalles de mi noche, no pude guardármelo y se lo conté, casi todo. La encerrona de Jean Paul, lo insistente que estuvo rogándome que le diera otra oportunidad, y cómo, de repente, creyó que todo se solucionaría con un poco de sexo casual que no podría rechazar. Después, llegó el incidente de la pillada de Teo, que detuvo el error que estaba a punto de cometer. La muy capulla le hizo una videollamada a Enmanuel, que estaba currando en el hospital, para que no se perdiera sus carcajadas. Pasado el momento de bochorno total, mi amiga se puso seria, y me sermoné sobre las consecuencias devastadoras que supondría volver a caer en la red de Jean Paul. Ya le dije que no tiene de qué preocuparse, porque ese camino que he recorrido desde que lo dejé, no lo pienso desandar. Y, respecto al tema de Teo, me pidió perdón, porque cuando Eric le dijo que iba a ir con un amigo, no pensó que sería otro de mis alumnos, y sabe que no me siento cómodo mezclando lo personal y lo profesional. Le resté importancia y le aseguré que, dentro del mal, tuve suerte de que me pillara Teo y no su primo. Cuando iba a preguntarme por cómo pensaba resolver ese tema con mi alumno, recibió una llamada de un cliente que venía a por uno de sus cuadros, y se largó a todo correr. Así que no me dio tiempo a contarle que ya estaba resuelto, que Teo había subido a mi casa y que, allí mismo, habíamos dejado el tema aclarado para que no fuera a más. O, al menos, eso es lo que quiero creer.

Bajar a la calle a ver qué le pasaba fue una decisión acertada. Se notaba que estaba poniéndose cada vez más nervioso y que iba a colapsar de un momento a otro. Por lo menos, lo ayudé a volver a la residencia. Cuando recibí sus mensajes, diciéndome que ya había llegado, yo también me quedé más tranquilo.

—Buenos días. —Entro en el taller con la vista puesta en la mesa, sin mirar cuántos alumnos han llegado ya.

—Buenos días —responden algunos mientras poso mis cosas.

Me apoyo en el taburete alto y espero a que lleguen los que faltan.

No necesito mirar en esa dirección para saber que Teo ya está aquí. Primera fila. Primer caballete. Tengo buena visión periférica. Por eso también sé que acaba de curvar los labios. Siempre viene antes para coger ese sitio. Como ya he dicho, es uno de mis mejores alumnos. Vale, podría decir que es el mejor. Aunque no quiero que él lo sepa, para que no baje la guardia. Se ha criado entre planos y eso se nota; igual que yo, aunque, seguramente, sin la presión a la que yo fui sometido. Él tiene pasión y talento, y esa combinación de factores no es tan sencilla;

resultará raro de creer, pero escasea bastante entre el alumnado. Por ese motivo, necesitaba aclarar el incidente del sábado cuanto antes, porque no quiero que nada lo descentre.

—Antes de empezar, recuerden que tienen que entregarme el dibujo de la salida del martes pasado. Así que los pueden ir dejando encima de mi mesa, por favor.

No quiero dedicarle mi primera mirada hoy. Porque, por mucho que dejáramos el tema finiquitado, sé que, en cuanto nos miremos por primera vez, inevitablemente vamos a recordarlo. Me guste o no, sé que no se borrará de nuestras memorias tan rápido. Lo que sí espero es que ninguno de los dos volvamos a mencionarlo.

Me sentí idiota y ridículo, porque, a pesar de que le dije a Jean Paul mil veces que no era eso lo que quería, no fui capaz de liberarme de su boca y de sus manos. Y propicié esa pillada antológica que podía haber evitado. Es obvio que me faltó decisión.

—¿Se puede entregar mañana? —me pregunta Eric mientras arrastra su mochila por el pasillo en busca de un sitio en la última fila.

—No. Ya les avisé de que era para hoy. Lo lamento.

—Es que es lunes... —protesta Silvie desde su sitio en la tercera fila—. Y los lunes son muy lunes...

—Un argumento demasiado pobre —rebato—. Vamos, que el reloj corre. Además, tengo que contarles algo. Déjenlos ahí y vuelvan a sus sitios. Rápido.

Los alumnos abren sus carpetas y sacan sus trabajos para acercarse a la mesa a dejarlos. Teo no se mueve. Lo conozco, y sé que lo tiene hecho, entonces, ¿a qué espera?

Cuando ya me lo han entregado todos, me acerco a la mesa para ordenar el montón de dibujos, solo me falta el suyo. Levanto la barbilla para mirarlo, en busca de una respuesta. Sus ojos verdes se posan durante varios segundos sobre los míos, repitiendo el mismo patrón que el sábado, solo que ahora estamos rodeados de gente. Nos quedamos mirándonos, como si los dos compartiéramos un secreto; que, en cierto modo, así es, ¿no? Lo que no entiendo es por qué me quedo atrapado en su iris tantos segundos. ¿Qué estoy haciendo? Intento mantener un gesto neutro mientras su sonrisa comienza a hacerse más grande, como si estuviera esperando a que lo imitara.

Venga, Olivier. Aquí eres su profesor y estás esperando a que te entregue el ejercicio, no puedes haberlo olvidado.

—*Monsieur Abad*...

Su actitud pasiva me descoloca un poco, es como si me estuviera retando. ¿Qué quiere? ¿Que le riña en mitad de clase? ¿Que lo cite en mi despacho para otra tutoría? Solo espero que ahora que maneja información privada sobre mí, no pretenda ser un clon de Eric.

Teo por fin se levanta y camina hacia mí con los labios más curvados todavía. Se acerca despacio y me entrega su trabajo en la mano. Antes de volver a ocupar su lugar, me... ¿roza? Ha sido un toque leve, con la yema de sus dedos. ¿Voluntario? No, no creo. Quizás es que me he quedado un poco aturdido por el olor a cloro que desprende, mezclado con su colonia. ¿He dicho cloro? Sí. ¿También está yendo a nadar? Espera, no será él... No, eso sería mucha coincidencia. Aunque me doy cuenta de que tiene el pelo mojado aún, y esa espalda definida, que se le marca debajo de la camiseta de algodón negra que lleva puesta... Además, no es muy alto, y si... Vamos, Olivier, hay miles de piscinas en París. La única certeza que tengo en este instante es que ese olor tan característico se ha colado por mi nariz y no me libraré de él en un buen rato.

—Vaya prisas —sisea Hans.

—Ya, ¿qué ocurre? ¿No ha tenido un buen fin de semana, profesor Delaporte? —apuntilla Eric.

¿Está insinuando algo? ¿O es que simplemente lo sabe? ¿Y si Teo no ha perdido ni un minuto en contárselo...? Si es así, me molestaría mucho. Aunque me cuesta creerlo de él. Sin poder evitarlo, me giro levemente para mirarlo; él niega con la cabeza, y mantenemos una conversación silenciosa en la que me confirma que no le ha dicho nada.

—Podría haber estado mejor —comento para ver si cesan las preguntas y empiezo con la clase.

—Quizá lo sea el próximo —masculla Teo y disimula otra sonrisa que me cuesta interpretar—. O quizá lo sea cuando te haga esa co... —Se detiene justo antes de terminar la palabra, llevándose la mano a la boca, y poniendo esa cara de niño bueno que ya empiezo a conocer de memoria.

Lo miro alucinado, menos mal que lo ha dicho en español y en un tono muy bajo. Aun así, tengo que morderme la mejilla por dentro para no reírme. ¿Qué narices me pasa? Una cosa es que hoy viniera con pies de plomo para comprobar que todo estaba claro entre nosotros, y otra cosa muy distinta es que parezca que solo tengo un alumno y no setenta. Soy su profesor, solo su profesor.

Venga, Olivier, no le des tanta importancia. Tampoco es que te viera desnudo, Jean Paul cubría lo esencial y lo demás solo se intuía. El problema es... Sí, la manera en que me miró, como si no le desagradara la escena. Se acabó, no puedo seguir divagando sobre esto. La situación se irá normalizando con el paso de los días. Espero.

Tardo unos segundos en recomponerme y en seguir a lo mío. Y es que una de dos: o todavía estoy activándome o mi cerebro está sufriendo un desajuste épico, porque ahora mezcla las imágenes del nadador de esta mañana con los ojos de Teo y su olor. Pero ¿por qué? Te juro que no lo entiendo. Encima, tengo la sensación de que, en estos diez escasos minutos, su actitud con respecto a mí ha cambiado levemente. Cualquier otro día, hubiera entregado el trabajo el primero, hubiera sacado todo su material, y esperaría con impaciencia a que empezara la clase sentado en su sitio. Y hoy, en cambio, parece estar más relajado que nunca, estudiándome de arriba abajo y guardando un silencio poco común.

Me coloco en el taburete de nuevo y continúo con la clase, que es para lo que estoy aquí, prometiéndome no volver a prestarle total atención, como he hecho hasta ahora.

—Antes de empezar, les informo de que mañana no habrá salida, por lo que tendremos clase normal aquí, en el taller. —Se oyen algunas protestas mezcladas con aplausos—. Sin embargo, eso no significa que no les mande un nuevo trabajo para continuar con su portafolio.

—Vaya... —se quejan los mismos de siempre.

—Aunque la fecha de entrega será dentro de dos semanas. Porque aprovecho también para comunicarles que, al final, seré el otro profesor que vaya con ustedes a Milán en el viaje de estudios. —Me llegan murmullos y risas del fondo, seguro que Eric ya ha hecho alguna coña que habrá compartido con sus compañeros—. Recuerden que el domingo tienen que estar en la puerta principal a las diez en punto para que nos lleven al aeropuerto; y, como ya saben, regresaremos a París el viernes al mediodía.

—*Magnifique* —suelta Teo con un exageradísimo acento francés.

Y como hoy el aire debe de estar espeso y yo algo atontado, me giro solo un poco para mirarlo de nuevo, rompiendo mi promesa unos segundos después de haberla hecho, y entonces, vuelvo a ser testigo de la curva de sus labios, dibujando una sonrisa bonita y canalla. Difícil de olvidar.

Ya te vale, Olivier. ¿Ahora ya no son solo los ojos? ¿También la sonrisa? Y para más coña, la defines. Sí, tengo que parar.

Empiezo a hablar de la acuarela, que es lo que nos toca hoy, porque lo demás no tiene ningún sentido.

14

Su paciencia

TEO

Es el segundo día que estamos en Milán, sin contar el de llegada, que fue el domingo. Como aterrizamos por la tarde, solo nos dio tiempo a ir al hotel, subir las maletas a las habitaciones (yo la comparto con Eric y Hans), y salir a dar un paseo corto antes de la cena.

Ayer, en cambio, ya disfrutamos todos juntos de la ciudad a jornada completa, hasta bien entrada la tarde. La experiencia resultó ser algo caótica. Organizar a tantas personas, y que encima todas encuentren un buen lugar para prestar atención y admirar la arquitectura y el arte, sin que la jornada se convierta en un tostón, es complicado. Y más si tenemos en cuenta que esta ciudad es muy turística, por lo que no somos los únicos que estamos visitándola. Por ese motivo, los profesores han decidido hacer dos grupos hoy, y empezar a recorrer dos itinerarios diferentes hasta que nos encontremos en la Pinacoteca de Brera, que será lo que visitemos por la tarde.

Me imagino que sabes qué grupo he elegido, ¿verdad?

Acabo de detenerme justo detrás de él, mientras observo cómo Cécile le comenta algo sobre el horario.

—¿Crees que se estarán enrollando? —Hans me da un codazo y me hace un gesto con la cabeza, señalándolos.

—Pero ¿qué dices?

—¿Qué pasa? Tampoco sería tan raro. Están durmiendo juntos en la misma habitación.

—Porque los de la agencia no cambiaron la reserva de la otra profesora y no hay habitaciones libres en el hotel —argumento.

Oí cómo lo intentaron en la recepción cuando llegamos.

—No es tan descabellado. ¿Tú no sabes que en el trabajo es donde más se lía la gente?

—Arquea una ceja, esperando a que le dé la razón, pero yo solo puedo alucinar con sus pesquisas

—. ¿Cuántos años tendrá ella? ¿Cincuenta? No son tantos. Y él, calculo que treinta o alguno más. —Error. Paso de corregirlo—. Está bien, es guapa para su edad.

—Por favor, Hans, procura que ninguna tía te oiga decir esa mierda de frase nunca. Y, otra cosa, no sé si no te has enterado bien, pero Cécile fue su profesora en la escuela no hace tanto.

Cuando lo verbalizo, me doy cuenta de que podría aplicarme la misma premisa. Olivier es mi profesor, y sí, ya sé que solo me estoy haciendo castillos en el aire, sin embargo, por alguna extraña razón, a mí no me importa en absoluto que él me dé clase.

Puedes reírte de mí lo que quieras, pero es que, después de saber que le gustan los tíos, soy el rey de las pajas mentales. Y, a este paso, de las otras también. Seré un iluso, aun así, no tengo nada que perder.

Olivier me gusta mucho, quizá como no me ha gustado nadie hasta ahora, y cada cosa que descubro de él no hace más que aumentar mis expectativas. Su pasión por su trabajo, la confianza de todo el claustro en él siendo tan joven, su inminente doctorado, la atención que

presta a sus alumnos, incluso a los más pesados, hasta su inexperiencia como docente, que mitiga dando más de lo que se considera necesario... Y sobre todo, su inteligencia y su paciencia, que conjuga a la perfección. Por gustarme, me gusta hasta su tono educado, el que emplea para marcar las distancias sin sonar arrogante, aunque me encanta que conmigo fuera de la escuela haya dejado de utilizarlo.

Mi profesor es un enigma que me encantaría descubrir. Además, su vida privada, que es una incógnita del tamaño de un melón, me genera mucha curiosidad. Él trata de preservarla, aunque, sin querer, me ha dejado entrever algunas partes. No sé, es como si él, inconscientemente, me hubiera dejado una pequeña rendija abierta para entrar. Y, sin duda, ser su alumno no es un impedimento para intentar acercarme, más bien es un aliciente extra, porque ¿a quién no le motiva un poco lo secreto y lo prohibido?

—Da igual que fuera su profesora, ahora solo son compañeros. Mírala, tiene un buen cuerpo y siempre va bien vestida. Seguro que con ese carácter fuerte le gusta dominar. Y a Delaporte le pega el papel de ser castigado. No me digas que no.

No, mejor no te digo nada. Porque como te lo diga...

Por lo que vi, a Olivier no le va estar de rodillas. ¿O quizá primero lo había estado él? A ver, que tampoco me pareció que estuviera muy cómodo ni muy excitado con lo que estaba ocurriendo en ese instante, al menos, cuando yo lo interrumpí. A diferencia de mí, que, lejos de horrorizarme, me gustó. Y desde entonces, no me quito de la cabeza la maldita imagen de él recibiendo placer. ¿Se habría corrido ya? Puede. Puede que por eso ya no tuviera cara de estar disfrutando. Basta. No creo que esta línea de pensamiento sea la más adecuada a las diez de la mañana. Y menos cuando me queda todo el día por delante estando con él.

—Así que todo se resume en que la profesora Cécile te pone, ¿no? —lo pico. Tal y como la ha descrito, da a entender que se ha fijado demasiado en ella.

—Qué va. A mí me ponía muy cerdo mi profesora de inglés en el instituto, con catorce no medía. —Como si ahora sí—. Lo que pasa es que me gusta fijarme en las mujeres que me rodean. Podría ser su hijo, Teo, no me fastidies. Aunque, también te digo, no me disgusta que sean mayores; más experiencia. Sin embargo, hay barreras que no cruzaría. ¿Sabes quién me vuelve loco?

—Ilumíname.

—Isabella, la adjunta al director. Tiene una boquita...

—Ella sí que tendrá unos treinta.

—Veintinueve recién cumplidos —responde seguro—. No me mires con esa cara. Se lo pregunté hace una semana.

—¿Así? ¿Sin más?

—Sí, para qué iba a andarme con rodeos. También le dije que si me decía cómo le gustaba el café, le subiría uno de la cafetería todas las mañanas.

—¿Y qué te dijo?

—Que toma té y en su casa. Fue algo borde. Aun así, volveré a intentarlo. Igual no entendió muy bien mi francés.

—Será eso. —Me aguantó la risa—. Lo que me acaba de quedar claro es que a los alemanes os faltan unas clasicas de seducción.

—Claro, las que os sobran a los españoles y a los italianos —espeta, y empieza a mascullar palabras en alemán que es imposible entender.

Me empiezo a descojonar, ahora sin cortarme, y veo a Eric venir hacia nosotros.

—¿De qué te ríes?

—De Hans, de sus ineptitudes para ligar y de su amor idílico por Isabella.

—¿La adjunta al director?

—La misma —afirmo.

—Tienes buen gusto, capullo —le dice Eric al berlinés—. Cuando yo entré en la escuela no estaba. Es un gran fichaje. Lo cierto es que está para darle como cajón que no cierra —añade en español, que solo entiendo yo, y empezamos a reírnos los dos, armando demasiada bulla.

—Sois muy tontos —se queja Hans, aunque no sepa de qué nos reímos—. Además, las dotes de Eric quedan sobradamente demostradas a diario, pero ¿las tuyas? —Me señala a mí—. No tengo constancia de ellas. Porque no veo que hayas pillado todavía.

—Yo tampoco te he visto a ti. —Salgo por la tangente.

—Ya, solo me has escuchado —se enorgullece él.

Con lo grande que es y las ganas que debe de ponerle, casi nos tira la pared el viernes pasado. Eric y yo, después de flipar un rato con sus gritos, terminamos poniéndonos los auriculares para poder dormirnos.

—Porque a Teo no le vale cualquiera, él apunta más alto —sisea Eric, y me entran ganas de matarlo. No le he contado nada de cómo me siento con respecto a Olivier, pero mi amigo es demasiado listo como para no notar que, cuando él está cerca, los demás desaparecen.

—Para vuestra información, el viernes voy a quedar con Pablo. —Me lo acabo de inventar; lo cierto es que nos hemos estado mandando mensajes desde la fiesta de cumpleaños de Arlette, y él está esperando a que acepte su invitación para volver a vernos.

—¿Solos? —se interesa Eric.

—Bueno, había pensado que...

—Relájate. Puedo ir con vosotros. Por lo menos al principio.

—Así que Pablo, ¿eh? Interesante... —comenta Hans. Y me gusta que no me pregunte más ni quiera etiquetarme.

—¡Venga! Los de mi grupo que se coloquen por aquí, que nos vamos ya —anuncia la profesora.

—Y los que vengan conmigo, por aquí, que vamos a cruzar por ese paso de cebra.

—¿Estás seguro de que no quieres venir con nosotros? —le pregunto a mi amigo, porque se va con el grupo de Cécile.

—Segurísimo. Prefiero ir a mi bola y así, durante unas horas, pasar de sufrir al estirado de Delaporte —argumenta resentido. Y es que Olivier lo convocó a una de sus tutorías para decirle que o se empieza a poner las pilas o va a tener muy complicado aprobar la asignatura, más o menos lo que ya me adelantó a mí. Es lo que tiene que la evaluación sea continua y que la nota dependa del portafolio y no de un examen.

—¿Me ha llamado? —Olivier, que justo se ha dado la vuelta en ese instante, acaba de escuchar a Eric pronunciar su apellido.

—No. Habrá sido Teo. Querrá preguntarle alguna duda de esas que adora debatir con usted o pedirle que le dé la mano para cruzar, que hasta mañana no cumple los dieciocho —espeta sin

pausa, y ahora sí que lo estrangularía con mis propias manos—. Os veo luego. —Se despide de nosotros y se va.

Olivier cabecea levemente.

—Yo no...

—Tranquilo. —Sin duda, Eric es el claro ejemplo de alumno que pone a prueba su paciencia.

A continuación, Olivier se sube la solapa del abrigo de paño negro que lleva puesto, como ya me anticipó que usaría aquel día en el metro, y echa un último vistazo al grupo para comprobar que todos lo seguimos. Su vestuario ha dado un pequeño giro al estar fuera de la escuela, afortunadamente. Lo digo, sobre todo, por el bien de sus pies. Ha dejado los zapatos en París y ahora lleva puestas unas New Balance negras, combinadas con un pantalón cargo gris oscuro. Y aunque lleve encima ese abrigo de corte tan clásico, que le queda de vicio, no voy a mentir, ahora sí que aparenta los años que tiene.

Hans se queda rezagado, hablando con otro compañero, y yo aprovecho para caminar a su lado, presidiendo la comitiva.

—Así que mañana es tu cumpleaños...

Sonrío y lo miro para comprobar que no se ha equivocado. Su media sonrisa me confirma que sabe por qué lo estoy mirando así. Y esta conexión que parece que se va gestando entre nosotros desde hace días, aunque puede que solo esté en mi cabeza, es la que me anima a seguir acercándome a él, todo lo que me permita.

—Sí, por fin seré «adulto». —Remarco las comillas con los dedos.

—Algunos nunca llegan a serlo, Teo, aunque vayan cumpliendo años.

¿Por quién lo dirá? ¿Por Eric? Porque la mayoría del tiempo se comporta como un adolescente hormonado, eso es verdad. ¿O lo estará diciendo por el tío del jersey naranja horrendo? De lo que estoy seguro es que por él no lo dice. Y por mí espero que tampoco, porque, que yo sepa, no le he dado motivos nunca para que piense que soy un crío.

—Vaya, ya veo que al final Cécile te ha hecho entrar en razón, ¿eh?

Ayer, cuando estuvimos todos juntos recorriendo la ciudad, la profesora se quedó horrorizada al saber que Olivier nos trataba de usted, ya no solo durante las clases, sino que también fuera de la escuela. Lo estuvo corrigiendo durante gran parte del día, y parece que, al final, ha conseguido que deje de hacerlo.

—Creo que ya la conoces un poco, es difícil llevarle la contraria. Me resulta complicado cambiarlo ahora, de repente, pero lo intento. Supongo que también depende de con quién hable. Y tú me pediste que dejara de hacerlo...

No, Teo, no sonrías de esa manera ahora, y menos babeando delante de él.

—Yo hace días que te tuteo también... —dejo caer. A ver si la conversación sigue por esta línea, porque empieza a gustarme—. Y no solo cuando estamos a solas. Espero que no te lo tomes como una falta de respeto, porque no lo es.

—¿Ya habías estado en Milán? —Bonito cambio de tema.

—Sí, vine de viaje con mi familia hace unos años. Recuerdo que fue muy divertido y me encantó la ciudad. Además, estuve en San Siro, y eso no lo olvidaré tan fácilmente. ¿Te gusta el fútbol?

—Me gusta más el *rugby*. Aunque solo lo practiqué hasta los catorce. —Baja un tono cuando pronuncia la última frase, como si el recuerdo de haberlo dejado le doliera.

—A mi hermano Gael y a mí nos encanta el fútbol. Yo he jugado hasta este año. Aunque, en general, me gustan casi todos los deportes, y no es por tirarme flores, pero no se me dan nada mal —confieso ante su atenta mirada. ¿He sonado muy prepotente? Bueno, si con ello me gano su atención, aunque sea un minuto más, me vale. Me mola tener la sensación de que, a pesar de que somos más de treinta, mientras caminamos el uno al lado del otro, estamos solos—. Tenis, surf, no le hago ascos a ninguno... Aunque ahora solo voy a nadar a la piscina.

Se queda callado unos segundos, observándome, como si estuviera procesando toda la información que acabo de proporcionarle, hasta que se gira para avisar al grupo:

—Es por aquí. Vamos, no os despistéis.

—Tú ya habías estado en Milán, supongo.

—Sí, varias veces. Con mis padres y mis hermanos, aunque no me resultó tan divertido como cuando vine de viaje de estudios con la escuela en segundo.

—¿Viniste aquí? Pensé que cada año cambiaban el destino.

—Sí, procuran cambiarlo, no obstante, hay ciudades que se suelen repetir cada dos o tres años, porque son más interesantes a nivel arquitectónico, como esta. Cécile, en aquella ocasión, no vino con nosotros. —Sonríe de manera burlona—. Si hubiera venido con ella entonces, hacerlo ahora, como profesor, habría sido todavía más extraño.

—Me imagino. Y encima, compartiendo habitación, ¿no? —Ahora me mira sorprendido—. No es que quiera insinuar nada, solo estoy comentando un dato.

—En realidad eso ha sido un fallo. El cambio ha sido a última hora y no han podido solucionarlo. Además, somos los dos adultos, y aunque no estemos en la escuela, esto sigue siendo trabajo —afirma serio.

—¿No querías venir?

—Preferiría haberme quedado. Estoy en un momento complicado...

Vamos, Teo, te lo está poniendo en bandeja. ¿No te mueres de curiosidad? Pues es el momento adecuado para seguir preguntando.

—¿Personal? ¿Es por él? Porque el otro día parecía...

—Eso solo fue un error del pasado. De todas maneras, Teo, preferiría...

—¿Dónde vamos a ir hoy, profesor Delaporte? —pregunta Hans, colocándose a mi izquierda. El corte que me iba a dar Olivier por meterme donde nadie me llama se queda en el aire.

¿No te has planteado que también hace acopio de su paciencia contigo, Teo?

Vale, quizás un poco sí.

—He pensado que vamos a empezar por la plaza Mercanti, que era el centro de la vida en la ciudad en la Edad Media. Para que veáis las diferencias de esa época con respecto a las posteriores.

—Ahí nunca he estado —respondo rápido para seguir hablando con él, aunque sea cambiando de tema. No quiero perder el terreno que ya he ganado, porque algo he ganado, ¿verdad?

Olivier se aleja dos pasos y reagrupa a todos los alumnos que estaban desperdigados, separándose de mí. Podría pensar que solo quiere evitarme, pero no, simplemente es que ya hemos llegado.

15

Su felicitación de cumpleaños

TEO

La batería de mi móvil está a punto de agotarse y, si eso sucede, será la segunda vez en el día. Es lo que tiene cumplir la tan ansiada mayoría de edad, que todo el mundo saca un rato para felicitarte. Y para recitarte la lista de todas las cosas que puedes hacer al alcanzar la edad legal (en algunos países). Mensajes, llamadas y muchas etiquetas en los *stories* de Instagram, de Héctor y de mis otros antiguos compañeros de equipo, con fotos de lo más cómicas, que me han sacado más de una sonrisa.

Estar lejos de casa y no poder abrazar a mi familia en un día tan especial ha sido raro, y algo triste también, para qué negarlo. Sofía me ha mandado un vídeo cantándome una canción con todos sus muñecos y se me han caído las lágrimas. Gael me ha mandado todos los memes posibles y también un texto que parece que no ha escrito él. Axel y mi madre me han llamado a la hora de comer y he tenido que colgarles antes de ponerme a llorar de nuevo. Berta también me ha llamado, pero solo hemos hablado tres minutos, porque su vida universitaria en Madrid es frenética. Y Asier, hostias con Asier. Ya no sé si lo que pretende es que no deje de recordar los cuatro besos que conseguí robarle el curso pasado o si simplemente es que le va este rollo de tirar la piedra y esconder la mano, sobre todo, cuando nos separan más de mil kilómetros. Aun así, me ha hecho reír. Y con todo ese cóctel de emociones he pateado de nuevo la ciudad hasta bien entrada la tarde, tratando de prestar atención a todo lo que visitábamos.

Olivier ha estado más distante que ayer. Se ha mezclado más con todo el grupo, evitando caminar solo a mi lado. Ha marcado la distancia con todos los alumnos, y en especial conmigo. Lo he notado taciturno, pensativo, incluso, a ratos, ausente. Quizá cansado de tener que lidiar con todos o, simplemente, con la mente en otro ¿lugar?, ¿o en otra persona?

Eric y Hans querían salir de fiesta hoy conmigo, lo que ocurre es que ya había quedado con Alba, la hermana de Axel, que llegó ayer desde Nueva York, para cenar con ella y celebrar mi cumpleaños en nombre de toda mi familia. Así que les he dicho que el viernes, cuando regresemos a París, lo celebraré a tope con ellos y sin tener que madrugar al día siguiente.

Alba me ha llevado a cenar a un restaurante increíble de un amigo suyo. El local, recién inaugurado, es una obra de arte en sí: moderno y vanguardista. La cena ha estado a la altura del sitio. Como regalo sorpresa, me han dejado colarme dentro de la cocina. Y el chef, muy amablemente, ha compartido conmigo su receta de ravioli al tartufo, que es lo que he cenado yo. Un broche perfecto para terminar la velada, junto con el tiramisú que me he comido de postre, que es mi favorito.

—¿Cuándo volvéis a París? —me pregunta mientras me lleva de regreso al hotel en su coche.

—El viernes al mediodía.

Me entra un wasap. Mira, este estaba en la lista de pendientes.

Papá:

¿Tu cumpleaños es mañana? Porque casi son las doce, así que seré el primero.

Yo:

Ha sido hoy. Así que realmente eres el último.

Papá:

Los últimos serán los primeros, ¿no se dice así? Felicidades, hijo. Espero que hayas pasado un día cojonudo en París.

Yo:

Milán. Hace tres semanas te dije que vendría aquí de viaje de estudios. Y, sí, he pasado un buen día. Acabo de cenar con Alba en un restaurante increíble.

Papá:

¿Alba? ¿Nueva novia?

Cabeceo y bufo. Lo de mi padre ya no me sorprende, aunque sí que me exaspera su insistencia en buscarme novia. Él es así, casi se le olvida mi cumpleaños, y no, no es la primera vez. En fin...

Yo:

No, qué va. Alba, mi tía.

Lo he hecho aposta, porque, aunque Alba y yo no compartimos sangre, para mí es como si lo hiciéramos, y sé que él no soporta que mi concepto de familia sea tan amplio.

Papá:

Que yo sepa solo tengo un hermano, por lo tanto, tú solo tienes un tío. Tu madre es hija única.

Yo:

Claro, papá. Pero ya sabes que mi libro de familia tiene más hojas que el tuyo. Gracias por la felicitación. Y hago dieciocho, por si tampoco lo recordabas. Ya hablamos.

Salgo del chat y doy la vuelta a la pantalla del móvil.

—¿Necesitas canción? —me pregunta Alba, adivinando que los mensajes no me han dejado buen sabor de boca.

—Era mi padre. El biológico —le aclaro, porque sabe que a Axel le llamo papá a veces—. Sube esta.

Suena *Nochentera*, de Vicco, y Alba y yo la cantamos a pleno pulmón.

Cuando termina, las risas y la alegría han vuelto al coche.

—¿Mejor?

—Infinitamente.

—No sé si os quedará tiempo libre para acercaros o si ya tenéis el día planificado, pero mañana estaré en la Fundación de Arte de Prada. Se lo puedes proponer a tus profesores, y me mandas un mensaje para recibirlos allí. Me imagino que os gustará visitar la sede, fue diseñada por el prestigioso estudio de arquitectura OMA, que, al menos aquí, es un gran referente para los estudiantes.

He oído a Axel hablar de ese edificio desde que era un crío. Una vez acompañó a Alba a la presentación de un perfume de Prada, firma para la que ella trabaja, y quedó impresionado con el complejo. La vez que vine con ellos de viaje no pudimos verlo, así que estaría genial poder ir.

—Se lo comentaré, porque es un planazo. Puedes parar por aquí, es ahí mismo —le indico cuando estamos a cincuenta metros de la puerta del hotel.

Alba se detiene justo enfrente. No apaga el motor, pero se baja para despedirse de mí. En cuanto abro la puerta del coche para apearme, lo veo en la acera, con un cigarro entre los dedos. Ese cuerpo recubierto por ese abrigo negro es inconfundible, aun siendo de noche.

—Me ha encantado verte. —Alba me abraza, y puedo ver la cara de desconcierto de Olivier desde aquí, porque está a menos de cinco pasos de nosotros.

—Y a mí. La próxima vez será en Navidad, en casa.

—Espera, que casi se me olvida.

Se separa de mí para ir a abrir el maletero, y saca una bolsa grande, con el logo de Prada. Aprovecho para saludar a Olivier con un gesto de cabeza, porque, en ese instante, suena su móvil y responde.

—Muchas gracias. No tenías por qué regalarme nada.

—Es de Axel y mío, pero lo he escogido yo. Si no te gusta, me lo dices.

—Seguro que me encanta. No te preocupes. —Nos damos un último abrazo largo.

—¿No te lo he dejado lo suficientemente claro?! —vocea Olivier en francés justo detrás de nosotros. Nos ha asustado—. Pues yo creo que sí.

Alba y yo nos damos la vuelta para mirarlo, porque no hay nadie más a esta hora en la calle y ha elevado mucho el tono. Él cuelga.

—Lo siento. No pretendía asustaros —se disculpa en español, me imagino que nos ha oído hablar antes.

—Hola —lo saludo—. Alba, este es O... el señor Delaporte —me corrijo en el último segundo—. Mi profesor de Artes Plásticas. Ella es mi tía.

—Encantado.

—Igualmente. Yo ya me voy. Mañana llámame si vais a verme. Y ya me dirás qué tal el regalo de cumple. *Arrivederci*.

—*Arrivederci* —respondo.

—Oh, es verdad. Ayer comentasteis lo de tu cumpleaños y hoy se me ha olvidado completamente. Estoy algo espeso.

—No pasa nada. —Le quito importancia, aunque tal y como me mira en este instante, es como si de verdad le doliera no haberme felicitado. —Todos tenemos días malos. Malas historias...

—¿Tú has tenido malas historias? Increíble. —Sonríe socarrón y cabecea—. ¿En plural? —reflexiona con condescendencia.

—No, yo no. Nunca he tenido una relación, ni buena ni mala —respondo algo cortante—. Pero conozco a gente cercana que ha tenido de las últimas; mismamente, la de mis padres. Por eso sé diferenciarlas.

—Perdón, no quería que sonara así, es que... —El cigarro se le consume entre los dedos sin dar ni una calada más.

—Estás de mal humor, lo entiendo. Pero no me trates como si fuera un crío que no ha vivido lo suficiente, Olivier.

—Lo siento, ignórame, no he estado acertado. Empiezo de nuevo, ¿vale? Feliz cumpleaños, Teo. Espero que hayas disfrutado del día.

¿Y esa sonrisa ladeada mordiéndose parte del labio inferior? Por favor, ¿dónde la tenía escondida?

Cálmate, Teo. Racionaliza. A esta distancia y solos se me complica.

—Sí, al final ha estado genial. Aunque por la mañana he estado un poco triste. Adoro las celebraciones con mi familia y los he echado de menos.

—Pues tienes mucha suerte. —Emplea un tono bastante apagado. Quizá se esté acordando de la suya.

—Lo sé. Además, ha dado la casualidad de que Alba estaba aquí hoy. Me ha invitado a cenar en un restaurante muy chulo, y encima he conseguido entrar en la cocina. Ha sido alucinante. He aprendido a hacer unos raviolis de la mano del mismísimo chef. Vas a fliparlo.

—¿Yo? —Arquea una ceja, pero sigue mirándome, expectante.

—Claro, es la receta perfecta para cuando te haga la comida que te debo.

Dios, cómo ha sonado eso.

—Teo...

Si iba a cortarme o a llamarme la atención por las confianzas que me tomo con él, no le doy tiempo, porque sigo hablando:

—Alba trabaja para Prada y, por cierto, me ha dicho que, si mañana tenemos algo de tiempo libre, podríamos visitar la Fundación; está al sur de la ciudad y es un complejo impresionante que rezuma arte.

—Lo sé. No he estado allí, pero conocí el proyecto del estudio de arquitectura en su momento. Me parece una buena idea, se lo propondré a Cécile, a ver si lo ve factible. —Apaga el cigarro contra la suela de su zapatilla y busca una papelera para tirarlo.

—Hay una ahí —le indico. No tiene pinta de ser un fumador compulsivo, nunca huele a tabaco—. No sabía que fumabas.

—Hacía tres años que no tocaba un cigarro. Pero está siendo un mes duro.

—¿Un mes duro? ¿O...? —Vuelvo a la carga, a ver si se abre un poco más que antes.

—Un mes duro. Y sí, una historia mala, como has dicho antes. Pero se acabó. Es pasado. Y, más que mala, fue pésima —musita, y el frío de la noche cae sobre nuestras cabezas. Él se ajusta el abrigo y yo me subo el último tramo de la cremallera de mi cazadora, porque debajo solo llevo una camiseta de algodón.

—Ya te he dicho que tuve la mala suerte de sufrir la de mis padres cuando todo se torció. Con ellos me saqué un máster en rupturas.

—Es triste, pero suele salpicar a los de alrededor más de lo que debería. —Asiento, dándole la razón—. Y solo he vuelto a fumar un par de cigarros, porque tengo la absurda creencia de que

esto me relaja. Aunque sea mentira.

—A mí me parece que existen maneras mucho mejores para relajarse...

No he querido insinuar nada, aunque haya sonado justo a eso. Vale, es una tontería negarlo. Lo he dicho con ese doble sentido que se le presupone a la frase. Podríamos pasear, podríamos seguir hablando, podría contarme por qué ha perdido un poco el control con esa llamada antes, o incluso hablarme de qué es lo que le escuece. Sé escuchar. Y a empatía no me gana nadie. También podría ajustarle el lado derecho del abrigo, que se le ha bajado, y rozar con las yemas de mis dedos su ancho cuello. Podría acercarme más y olerlo mejor, o simplemente mirarlo, que es lo que hago.

Quiero comprobar su reacción e intentar descifrar al Olivier que tengo delante. Al esquivo y distante de esta mañana. O al amable y sonriente de ayer. Es una mezcla. Como si una parte de él estuviera cansada, probablemente de tener que lidiar con el del jersey horrendo naranja a todas horas, menudo cansino. Y la otra, ya despojado de su papel de profesor en medio de un viaje de estudios, necesita ser solo un tío de veintiséis años, con sus propias movidas, que charla un rato con un ¿amigo? Porque no soy su alumno las veinticuatro horas del día. ¿O sí?

—Es tarde, y mañana tenemos que madrugar de nuevo. Deberíamos subir ya.

—No tengo sueño. Y es mi cumpleaños. Podríamos dar un paseo, observar la ciudad de noche...

Me entra un nuevo wasap y saco el móvil del bolsillo de la cazadora. Haciendo tiempo para que piense en mi propuesta. No es tan descabellado dar un paseo juntos, ¿verdad? Podríamos habernos encontrado por la calle, presos del insomnio, de casualidad, y volver juntos al hotel. ¿Suenan creíbles? En cuanto leo *Tu rubio*, vuelvo a guardarlo. ¿Es cosa mía u Olivier ha echado un vistazo disimuladamente a mi pantalla?

—Mañana a las nueve en recepción —sentencia, y se gira para entrar en el hotel.

—Espera, que subo yo también. Si no queda otro remedio, tendré que ir a dormirme. O a intentarlo.

Cuando llegamos al ascensor, nos encontramos a una pareja esperando con las maletas para subir. A Olivier le han entrado las prisas por perderme de vista, porque, en vez de dejar que suban ellos solos, y luego hacerlo nosotros, entra antes de que se cierren las puertas, así que lo sigo.

El habitáculo no es demasiado grande. Mi brazo se pega al de él, sin poder evitarlo. En cambio, con toda la intención, muevo mi mano para rozar con mis dedos los suyos. Es una ligera caricia, de la que no sé si es consciente, porque no se aparta, y durante unos segundos el calor de su piel se propaga por la mía, en sentido ascendente y descendente. Estamos dándoles la espalda y, como si nos hubieran programado, los dos elevamos la cabeza para mirar nuestros reflejos en las puertas metálicas que hacen efecto espejo. Olivier debe de percatarse de que sigo rozándolo, porque, de repente, retira la mano y se la mete en el bolsillo del abrigo, privándome de su tacto.

Nuestra planta es la quinta. Y ya hemos llegado. Decimos adiós y salimos al pasillo. Su habitación está al fondo, girando a la izquierda, la mía antes de llegar a la esquina. Caminamos a la par y cuando llego a mi puerta, él también se detiene.

Nos miramos. ¿Con más intensidad que antes? No estoy seguro, a ver si va a ser otra paja mental de las mías, o la escasa luz del pasillo. Sus ojos avellana no se apartan de los míos, y debajo de todas las capas intuyo cómo nuestros pechos cogen aire.

—Olivier, yo...

—Descansa, Teo —me corta para que no siga por ahí. Su voz ha sonado más grave que nunca, como si el sonido le hubiera salido de un lugar profundo—. Feliz cumpleaños, otra vez. —Quiero abrazarlo, para mitigar la amargura que arrastra. Quiero abrazarlo, para sentirlo mío, aunque sean solo unos segundos—. Espero que tus deseos se cumplan.

Vale, ahora quiero probar sus labios. Le miro la boca con determinación antes de responder:

—Y yo... —Sonríe abiertamente. Olivier se ha arrepentido nada más pronunciar la frase, porque ha sonado demasiado sugerente. Acorto la distancia un palmo y las puntas de nuestros pies se rozan. Me muerdo el labio, pensando en todos esos deseos, y sí, ahora él desvía la mirada a mi boca, al punto exacto donde me estoy pellizcando. Te lo prometo, no lo estoy soñando. Expulsa suavemente el aire y se da la vuelta para alejarse—. No sabes cuánto deseo que se cumplan —susurro, aunque él ya no puede oírme.

Su temperatura corporal

OLIVIER

Lo de «una y para casa» es la frase más falsa que se puede pronunciar un viernes por la noche. Y lo peor de todo es que ha salido de mi boca. Parezco nuevo.

Y ahora, aquí estoy, con Arlette colgada de mi brazo arrastrándome a Le Club para tomar otra copa. No voy a prometer que esta será la última, porque, después de la botella que nos hemos bebido cenando de Uby 002, un espumoso repugnante de una de las bodegas más de moda en este instante, que mi amiga adora, y el vodka con limón de postre, puede suceder cualquier cosa.

He llegado de Milán esta tarde, cansado, con la cabeza como un bombo después del vuelo, y agobiado, no solo por la falta de tiempo para seguir con la tesis y las clases, sino también por el caos que se está apoderando de mi vida en las últimas semanas. La reaparición de Jean Paul, después de nuestra ruptura, y su insistencia en darnos otra oportunidad, de mentiras, me consume energía. Y encima, para volver mi mundo del revés un poquito más, estos dos últimos días no dejo de pensar en un moreno muy guapo de ojos verdes, que no para de revolotear a mi alrededor y de emitir señales, porque no soy tonto, y él, últimamente, no se corta. Pero es mi ALUMNO. En rojo y en mayúsculas. Y no tendría que dedicarle ni un minuto de mis pensamientos fuera de la escuela.

—¿Te ha llamado hoy? —me pregunta Arlette. No hace falta que pronuncie su nombre.

—No. Desde el día de Milán no ha vuelto a llamarme. Pero me ha mandado un mensaje esta mañana.

Saco el móvil y se lo enseño.

JP:

Un día a la semana, Olivier. Solo uno. Te necesito.

—Vaya, suena desesperado. Y muy tóxico.

—Suenas patético y egoísta. Él sigue en sus trece. Lo primero es su carrera; lo segundo, su familia, y lo tercero, guardar las apariencias dentro de su círculo. Jamás tendré hueco en esa ecuación. Y por fin lo tengo claro. Él es pasado, aunque no se haya enterado.

Mi amiga aplaude mi discurso sin soltarme el brazo, mientras llegamos a la calle donde está el club.

—Pues vamos a brindar por eso ahora mismo.

—¿Estás segura? Esto está a reventar. Vamos a tardar en entrar una eternidad. Y estoy KO.

La cola da la vuelta a la esquina. Mi amiga me suelta y se pone de puntillas, echando un vistazo hacia la puerta.

—Estamos de suerte. Está Moha. Vamos, pasa de la fila, que nos cuela fijo.

El portero pone una sonrisa enorme en cuanto ve a mi amiga, que a su lado parece una pulga. Le da un abrazo y retira la cuerda roja para que pasemos. Yo lo saludo con la cabeza y le doy las

gracias.

—A la primera os invito yo.

—Eres un solete, Moha. Esta semana te llamo y desayunamos juntos.

—¿Lo de desayunar era un eufemismo? —la vacilo cuando atravesamos la entrada.

—¿Tú has visto su tamaño y el mío? Sería físicamente imposible.

—Bueno, si tú te pones encima, a una distancia de... —Me río cuando me atiza un guantazo.

Cuando llegamos a la barra, haciendo un gran esfuerzo porque está hasta los topes, conseguimos colocarnos en un hueco donde podemos respirar. La música suena más alta de lo que lo hace habitualmente; supongo que es la hora punta, y el DJ quiere que todo el mundo se mueva.

—¿Vodka?

—Sí, ya no voy a cambiar.

—¿Y unos chupitos? —Arquea las cejas, esperando mi aprobación.

—Ni se te ocurra. Solo el vodka con limón —la advierto, porque cuando se desata no hay quien la pare.

Arlette se encarama a la barra para pedir nuestras bebidas al camarero, que la reconoce de otras veces y le sonrío casi tanto como Moha. Ella se ha pedido *whisky* con agua, porque está convencida de que con esa combinación elude la resaca. Yo no lo tengo tan claro. Nos quitamos las cazadoras y las dejamos en la esquina a nuestro lado.

Chocamos los vasos y bebemos un trago tras un brindis sobre menos pensar y más beber, como dice el cartel de neón negro y rojo que está colgado en la pared.

—¿Ese de ahí no es mi primo? —me pregunta al oído.

Automáticamente, doy un giro algo brusco para mirar hacia la pista. No es que tenga especial interés en ver a Eric, lo que pasa es que tengo el presentimiento de que no estará solo. Hay un chico alto a su lado, que desde aquí me parece que es el señor Berg, y una chica, con un moño loco en la cabeza que no deja de mover. Ella se contonea delante de los dos. Bailan, se ríen y cuando se mueven un par de pasos hacia la izquierda, la visibilidad aumenta, y entonces su supuesta presencia deja de ser solo una corazonada para convertirse en una realidad.

—Sí, es él —respondo con desgana. No esperaba encontrármelos de fiesta hoy.

—Vaya, ¿y ese otro no es...?

—Teo —mascullo. Aunque no me queda claro por qué lo he dicho con ese tono, entre nervioso y desencantado.

Teo Abad, el dueño de la combinación ojos-sonrisa más bonita que he visto en los últimos tiempos. Con el pelo revuelto después de pasarse la mano desde la frente hasta la nuca, despeinándose. Lleva un vaquero negro, ajustado. Y achina los ojos enfocando al chico que tiene delante, muy pegado, bastante más alto que él. Tanto que apenas me deja verlo desde aquí.

—Yo hablaba de Pablo, mi ayudante. ¿También está Teo? No lo veo desde aquí.

Pues está, sí. Ahora se balancea enfrente de ¿Pablo? Arlette me había hablado de su nuevo becario, pero todavía no lo había visto en persona. Teo bebe lo que queda en su copa, que supongo que lleva alcohol, y apoya las manos sobre los hombros de su acompañante.

¿Y de qué se conocen Teo y él? ¿Y por qué el rubio acaba de inclinarse para pegar la boca a su cuello? ¿Y por qué sonrío así, nervioso? ¿Y por qué narices me importa?

Doy otro trago largo a mi vodka y me llevo la mano a la nuca, agarrándome de los mechones más largos de mi pelo. El hormigueo que siento debajo de la cintura es absurdo, e incontrolable, eso también.

Venga ya, Olivier. Solo es un crío tonteando con otro un viernes por la noche. Está con sus amigos, celebrando su cumpleaños, probablemente, y es tu maldito ALUMNO. ¿Por qué te pones así?

Quizá porque mi subconsciente estas últimas cuarenta y ocho horas ha fantaseado con él más de la cuenta. Con su grata compañía durante las visitas importantes en Milán. Con su olor a Armani Code en el desayuno. Con sus insinuaciones poco sutiles. Con el tacto de sus dedos sobre los míos el día de su cumpleaños en el ascensor.

Quizá porque Teo, en este instante, mira hacia aquí, como si lo hubiera invocado con mis pensamientos, y se da cuenta de que no puedo dejar de mirarlo mientras baila con Pablo.

O quizá porque el aire se empieza a volver más denso cuando me parece que juntan sus labios y un latigazo interno hace que se me encoja el estómago.

—Es al que le está comiendo la boca —mascullo con ¿desagrado?

Ya me vale. En fin.

—¿En serio? Anda, no tenía ni idea de que había hecho tan buenas migas con Pablo en mi fiesta. Ni de que era gay.

Vaya, misterio resuelto. Se conocieron en la fiesta de cumpleaños de Arlette, mientras yo estaba en su habitación, a punto de caer como un imbécil.

—Yo sí —susurro solo para mí. No es que Teo llevara una etiqueta en la frente con su orientación sexual, pero desde que me vio con Jean Paul en casa de mi amiga, no ha dejado de darme pistas—. Voy al baño. Ahora vuelvo.

Me cuesta un triunfo llegar al piso de arriba, donde están los aseos; es como si a todo el mundo le hubiera entrado ganas de mear de repente, sin distinción de sexos. Menos mal que la cola del de los tíos siempre va más rápido.

Me lavo las manos antes de volver a bajar y salgo del baño convencido de decirle a mi amiga que me termino la copa y me voy para casa. No sería la primera vez que ella se queda sola de fiesta, además, están Eric y su maravilloso ayudante, puede quedarse con ellos si todavía no se quiere retirar.

Antes de bajar el primer escalón tengo que apartarme para dejar pasar a los que suben. Uno, dos y, mierda, al tercero lo conozco.

—Holaaa... —Teo alarga la sílaba en el saludo en exceso. Me regala una sonrisa que yo no puedo devolverle. En la mano lleva otra copa por la mitad. Sube el último escalón y se queda enfrente de mí.

—Hola —lo saludo seco—. Te he visto antes.

—Y yo a ti. Siempre te veo, *monsieur* Delaporte. Hasta cuando tengo los ojos cerrados. —Los achina como si estuviera enfocándome y da otro trago a su bebida. Contengo las ganas de darle la mano y sacarlo de aquí. Porque tanto el tono que ha empleado como su mirada ahora fija en mis labios me están poniendo malo. Pero... no puedo hacer eso, ni de coña, y menos con el resto de mis alumnos aquí.

¿He perdido el maldito juicio?

—Deberías tener cuidado con el alcohol. —*Magnifique*. He sonado muy paternalista. Hasta Teo con su punto lo ha notado. Lo sé porque eleva las cejas, sorprendido—. Y te recomendaría no perder de vista la copa aquí.

—Pues voy a mear y me la tengo que sujetar con una mano, a no ser que...

Por Dios, Teo. ¿Esa actitud desafiante? Su mirada se desliza desde mis ojos hasta mi entrepierna, posándose unos segundos de más en mi boca, que se me ha quedado abierta. Yo no quiero mirarlo, pero es inevitable. Se muerde el labio, como si estuviera meditando el siguiente paso para tensarme más. No puedo entrar a su juego. No debo entrar a su juego. No debería ni tan siquiera estar aquí hablando en este tono con él.

—Pasa. Yo te la sujeto. —Le quito la copa y él se va hacia el baño de tíos, descojonándose.

Tarda más de cinco minutos en volver. Y, cómo no, lo hace todavía con el último botón del vaquero sin abrochar, provocando que mis ojos se desvíen a ese punto. Porque la piel de su cuello y el principio del mismo ya los he visto antes. Cuando consigue abotonárselo, uno de los picos de la camisa, de rayas negras y grises, de tela muy fluida, se le queda por dentro, y a punto estoy de estirar mi mano para sacárselo de ahí.

—Gracias por sujetarme... —hace una pausa larga con toda la sorna del mundo—... la copa. —Se acerca a mí y lleva su boca a mi oído. Te juro que el escalofrío al sentir su aliento cálido junto a mi piel es propio de mi época adolescente. ¿Qué cojones me pasa?—. ¿Algún consejo más para lo que queda de noche, Olivier? A no ser que quieras darme la mano y sacarme tú mismo de aquí.

¿Perdona? ¿Ahora también me lee el pensamiento?

Tengo que recuperar el control de la situación y centrarme.

—No te quedes sin batería, Teo. Ni sin dinero. No siempre se encuentra a alguien que te rescate en una calle de París.

¿Eso es recuperar el control? Porque parece justo lo contrario. Ha conseguido llevarme a su terreno, y aunque solo haya sido verbalmente, he entrado al trapo. Soy muy tonto, lo sé.

Si iba a contestarme, no le doy tiempo, porque empiezo a bajar las escaleras antes que él. Cuando llego hasta la barra, veo a Arlette mirar el teléfono.

—Es Enmanuel, está en la entrada.

—Perfecto, porque en cuanto me acabe la copa, me voy. Así te quedas con él.

—¿Estás bien? Tienes mala cara.

—Solo estoy cansado. —Verdad a medias.

Cojo mi copa y la apuro hasta el final. No quiero mirar, pero, como ya te he dicho antes, parece que he retrocedido a los dieciséis, y lo hago. No tenía que haberlo hecho. Teo baila *Popular*, de The Weeknd, Playboi Carti y Madonna, restregando su culo contra el paquete de su acompañante con los ojos puestos en mi dirección. Se mueve lento, recreándose. Pablo lo sujeta primero por las caderas, y después le posa una mano sobre el estómago. Teo sonríe y vuelve a darle acceso a su cuello. Un beso. Dos. El otro le busca la boca y él se gira, escondiéndosela. No sé si está disfrutando o no, porque no deja de mirarme. Yo solo quiero quedarme ciego. No puede ser. Ahí está otra vez, con la camisa abierta casi hasta el puto ombligo. ¿Qué problema tiene este *enfant* con su termómetro corporal? ¿Se le estropeó al aterrizar? Vamos, no me jodas, que esto es París.

—Por fin, no os veía —nos saluda Enmanuel, y consigo despegar la vista de Teo para mirar a mi amigo—. ¿Y esa cara?

—La mía —respondo borde, y él me mira flipando.

—Coño, qué carácter.

—Ha venido del baño así, no sé qué le habrá pasado —le comenta Arlette.

—Me piro. Mañana hablamos.

Cojo mi cazadora y me voy hacia la salida sin mirar atrás. Solo necesito sentir el frío de la noche en la cara y quitarme este calentón ridículo antes de meterme en la cama.

17

Su buhardilla

TEO

Todavía no tengo muy claro lo que voy a hacer, pero ya es tarde para arrepentirme. Acabo de llegar a su calle y estoy enfrente de su portal. Así que es una idiotez darme la vuelta ahora, ¿no crees? A ver, que lo más sensato sería desandar mis pasos, coger el metro y volver a la residencia, sin embargo, todavía estoy algo resacoso y he pensado que el alcohol que no ha eliminado mi organismo a estas horas de la tarde es la mejor defensa para lo que voy a hacer.

La celebración con mis amigos ayer se me fue un poco de las manos. Primero los invité a cenar en una hamburguesería nueva que han abierto cerca de la escuela, y después quedamos con Pablo en la puerta de Le Club; un lugar increíble, con buena música, al que nos llevó Eric, que, sin duda, conoce los mejores lugares de París para divertirse. Y allí, tras muchas risas y un par de chupitos, me vine arriba del todo. Bailé, me reí y tonteé con el rubio que se parece a Asier, que me había dejado muy claras sus intenciones nada más verme, con un beso en la boca que me pilló completamente desprevenido. Los invité a la primera ronda de copas, hablamos con un par de chicas en la barra, y volvimos a la pista para seguir bailando, con Pablo más pegado a mí que nunca; todo según lo previsto. No me disgustaba su compañía y, para qué negarlo, el alcohol también ayudaba a que me sintiera más desinhibido. Supongo que habría sido una noche épica, si no hubiera aparecido Olivier en el club. No sé quién fue el primero en darse cuenta de la presencia del otro, pero a partir de que nuestras miradas se cruzaran todo cambió. Hasta el aire se volvió más denso. Va a sonar fatal, pero es que, aunque mi cuerpo estuviera pegado al de Pablo, mi mente solo se imaginaba estar entre los brazos de Olivier; sí, así de capullo soy.

Cuando lo vi subir las escaleras, conté hasta diez y decidí que era el momento de forzar un encuentro, porque al menos ahí estaríamos lejos de las miradas ajenas; o eso creía yo, porque a Eric no se le escapa una, y, en cuanto volví a la pista, me lo mencionó.

La conversación condescendiente y algo paternalista que mantuve con Olivier me extrañó. Sobre todo, combinada con sus ojos posados en zonas muy concretas de mi cuerpo. Mi abdomen. Mi boca. Mis manos. Me costó mucho contenerme, porque mientras estábamos ahí, al borde de la escalera, guardando las distancias, solo me apetecía ponerme de puntillas y susurrarle un montón de ideas guarras en los labios. Sí, yo, que el único tonto subido de tono que tengo es con Asier, y porque en el fondo sé que siempre se queda ahí, en el aire. Lo más surrealista de todo fue su huida, apresurada, dejando a sus amigos solos. Como si el local estuviera en llamas o como si lo persiguiera el mismísimo diablo. ¿Y cómo me tomé eso? Pues como una señal. Porque, una de dos: o soy un novato gilipollas, y me las invento porque no las hay, o mi instinto no me falla y percibí cierto malestar al verme con otro, como si verdaderamente le importara.

Me coloco la bolsa de tela cargada sobre el hombro y me dispongo a llamar a su timbre. El primer obstáculo lo supero sin esfuerzo, porque justo en este instante alguien sale del portal, y entonces aprovecho para entrar. Ahora solo me falta que me abra la puerta de arriba.

Mientras subo en el ascensor, repaso mentalmente todos los ingredientes que llevo en la bolsa; los repito uno a uno en voz baja, espero que no se me haya olvidado ninguno. Y antes de llegar a su planta, también mascullo la primera frase con la que voy a atacarlo, en cuanto me abra la puerta. Porque estará en casa, ¿verdad? ¿Y estará solo? Mierda, mi plan tiene lagunas, muchas lagunas. No obstante, ya es demasiado tarde para abortarlo, porque, preso del ansia, acabo de pulsar el timbre.

Me doy toques con las yemas sobre el muslo y aguzo el oído, a ver si escucho pasos. Un segundo. Dos. Nada. Vuelvo a llamar, esta vez con un poco más de insistencia. Y entonces, oigo su voz al otro lado.

—Inés, mañana hablamos, que ha subido Arle... —La puerta se abre y Olivier pestañea unas cuantas veces seguidas al verme, mientras se le cae la mandíbula al suelo.

Pelo revuelto. Móvil pegado a la oreja. Camiseta blanca de manga larga con la silueta de un elefante en el pecho. Pantalón gris de algodón. Y calcetines también grises, por encima del bajo.

—Hola, vengo a hacerte la cena. —Me descuelgo la bolsa del hombro y la balanceo delante de su cara de estupefacción. Olivier arquea una ceja y sigue sin moverse de la entrada, por lo que me cuelo entre su cuerpo y la pared, y me quito las zapatillas con los pies. Mi estrategia es entrar como un huracán, para que cuando quiera reaccionar ya me tenga soplando con viento fuerte en su cocina—. Te dije que te debía una comida —digo ya por el pasillo mientras oigo como cierra la puerta y me sigue—. Y es que he pensado que después del viaje de estudios, estarías cansado y necesitarías...

—Teo, ¿qué...? ¿Qué haces?

Saco los ingredientes de la bolsa y me quito la cazadora de cuero que me regaló Axel, sin mirarlo a los ojos todavía, no vaya a ser que me haga achantarme.

—Voy a cocinar para ti, ya te lo he dicho. Ravioli al tartufo, con la receta que aprendí en Milán. ¿Puedes colgar esto por ahí? —Se la tiendo, y los segundos que tarda en cogerla se me hacen eternos—. Muchas gracias. Quizá he venido algo pronto, pero es que los franceses cenáis a unas horitas... y no quería llegar y que ya te hubieras comido un bocadillo de nada con nada, que es lo que sueles tener en la nevera.

—Teo, no puedes...

Echo un vistazo por encima de su hombro y veo que tiene el portátil abierto y un montón de papeles encima de la mesa delante del sofá.

—Tú tranquilo. Si estabas con la tesis, sigue a lo tuyo. Esto me va a llevar un rato y...

—Teo, de verdad. No es buena...

¿Idea? ¿Eso iba a decir? A mí me parece cojonuda.

—Sí lo es —afirmo anticipándome—. No te preocupes por mí. —Abro un armario y encuentro los vasos y los platos, así que lo cierro, y abro el siguiente. Bingo. He encontrado las cacerolas.

—Teo, para...

—Tu cocina es ridículamente pequeña, Olivier, podré apañarme.

Vale, necesito coger aire y beber algo, porque empiezo a tener la boca seca después de este soliloquio.

—Teo, por favor. Escúchame. —Sueno cansado, y no me queda más remedio que alzar la cabeza y mirarlo—. No puedes presentarte en mi casa y...

—Solo voy a hacerte la cena, Olivier. Lo prometo. —Sus iris irradian una luz ambarina diferente, no sé si por el cansancio o porque no pueden disimular que entre los dos algo empieza a cocerse, y no es la pasta, porque todavía no la he puesto a hervir. No soy tan tonto, y los dos sabemos que nos miramos de manera diferente, como cuando salimos del ascensor el día de mi cumpleaños—. Quería habértelo dicho ayer, pero huiste del club y ni tan siquiera te despediste. Porque eso es lo que hiciste, ¿no? Huir. ¿De mí?

—¿Por qué iba a huir de ti? Además, tú estabas muy bien acompañado, ¿no? Pablo no se separaba de ti, respirabais el mismo aire. No sé por qué notaste mi ausencia. —Se arrepiente en cuanto lo dice, coge aire y lo retiene, intentando controlarse.

Me gusta verlo así, sin ocultarse. ¿Oyes esas palmas? Son las que estoy dando con la mente.

—Olivier... —Salgo de detrás de la barra y me coloco frente a él.

—Lo siento, yo no... —Se frota la cara—. Olvida lo que te he dicho. Solo me fui porque estaba cansado del viaje.

—Ya... me imagino. —Miente igual que yo, solo necesito observar cómo juega con el cordón de la cinturilla de su pantalón, nervioso. Y no es que yo esté mucho más sereno, como estarás imaginando, pero de aquí no pienso moverme—. Por eso he venido hasta aquí. Porque te oí quejarte en el avión de vuelta del retraso que llevabas con tu tesis, y supuse que te vendría bien que alguien te alimentara este fin de semana y te obligara a tener un descanso mientras sigues trabajando en ella.

—Teo...

—Solo es una cena. Vamos, Olivier. Ayer tuve la sensación de que en el club, con tus «consejos» —hago el gesto de las comillas para enfatizarlo—, intentabas cuidarme. Igual que hiciste el día que me quedé tirado en la calle. Pues bien, quiero agradecértelo cuidándote yo a ti. Hoy.

—Ayer yo no debería de... —Resopla y se me escapa una sonrisa, está brutalmente guapo descolocado y perdido en su propia casa.

Lo he pillado fuera de juego, es evidente. Trata de ponerse serio y marcar las distancias, pero, sobre todo, intenta racionalizar cómo acabo de colarme en su buhardilla, literalmente, un sábado por la tarde. El problema, que yo no lo considero tal, es que hay cosas que no pueden pasar por el filtro de la razón, y sin duda esta intromisión es una de ellas.

Llevo mis manos a su pecho y siento cómo se tensa con el contacto. Pero también atisbo cómo se le acelera el pulso una milésima de segundo después.

—Sigue trabajando. —Lo empujo suave—. Y después de cenar, te prometo que me voy.

Me tomo esa sonrisa de más de quince grados como su aprobación. Él se da la vuelta y se sienta en el sofá, parapetado detrás de su portátil. Cuando oigo el sonido de las teclas, mis nervios por si me rechazaba o me echaba de su casa se evaporan.

—Puedes poner música. Al lado de la cafetera hay un altavoz al que puedes conectar el móvil.

—¿No te molesta para trabajar?

—No, la tenía puesta, pero se ha cortado cuando me ha llamado mi hermana.

—¿Es la chica de la foto?

—Sí, Inés. Es la pequeña. Y creo que es la única que se acuerda de mí... —deja caer con tono pensativo. Cuando voy a seguir preguntándole, se esconde detrás del ordenador.

—La mía se llama Sofía, solo tiene cuatro años, porque es hija de mi madre y de Axel. Dormíamos juntos, así que me echa muchísimo en falta, como yo a ella.

Guarda silencio, así que saco el móvil del bolsillo de mi pantalón y lo conecto al altavoz. Busco mi lista para cocinar, que tiene temas tranquilos, y le doy al *play*. Suena *Yellow*, de Coldplay, y me pongo a lo mío con cara de idiota, por supuesto.

Tardo un rato en hacerme con la cocina, y menos mal que he traído unos raviolis frescos que solo necesitan unos minutos de cocción, porque lo que más tiempo me lleva es preparar la salsa. De la nevera saco una Coca-Cola para bebérmela mientras cocino, directamente de la lata; hoy no me apetece nada probar el alcohol.

—No tengo cerveza, pero puedes abrir una botella de vino.

Mira, parece que alguien no está concentrado en el trabajo todo lo que debería.

—Gracias. Con lo de anoche tuve suficiente para un tiempo. Pero luego abre tú la que te apetezca.

Me callo que lo que quiero es estar muy lúcido y disfrutar de este momento a solas con él, no vaya a ser que sea irrepetible. Sigo con los pasos de la receta, reduciendo la salsa y controlando el tiempo de cocción. Aunque, inevitablemente, cada dos por tres, desvío la mirada hacia el sofá y sonrío al pillar a Olivier más de una vez mirando por encima del ordenador en mi dirección.

Podría dejar todo empantanado unos segundos y acercarme a él, por ejemplo para... ¿probar el sabor de sus labios? Vale, igual me estoy flipando un poco, lo sé. Así que, de momento, lo único que hago es hacerme el despistado y seguir con mi ritual, que, entre otras muchas cosas, es para lo que he venido, ¿verdad?

18

Su cena

OLIVIER

Intento reescribir el último párrafo antes de cerrar el documento y apagar mi ordenador, pero Teo sigue revolviendo en mi cocina y me lo está poniendo francamente difícil.

Estaba hablando con mi hermana Inés por teléfono, que quería saber cómo me había ido el viaje con los alumnos, cuando ha sonado el timbre. Me he levantado del sofá y he ido a abrir, sin mirar, porque estaba convencido de que sería Arlette. Sin embargo, para mi total y absoluta sorpresa, el que estaba en el rellano era Teo, con esa cara que ya empiezo a saberme de memoria y una sonrisa en los labios que ha dejado de ser inocente.

No me ha dado tiempo a reaccionar, ni tan siquiera me ha dejado articular más de tres palabras seguidas. Él ha entrado como un tornado, arrasando con todo, yo incluido. Solo pretendía recordarle que soy su profesor, y que presentarse en mi casa, un sábado por la tarde, es una pésima idea. Dice que solo ha venido a hacerme la cena, pero no soy tonto; después del numerito en el club, y de mi desvarío injustificado por su comportamiento con mi huida posterior, sé que algo se cierne sobre nosotros. Aunque no me atrevo ni tan siquiera a ponerle un nombre.

Echo un vistazo por encima de la pantalla y observo su cara de concentración mientras pica cebolla y un tomate en la tabla de madera sobre la barra. Inevitablemente sonrío y bufo, todo a la vez.

—¿De qué te ríes? ¿De este desorden? —Ladea la cabeza y uno de los mechones largos de su pelo le cae por la mejilla. Cierro el puño, porque me acabo de imaginar colocándoselo yo mismo detrás de la oreja. Mal. Esto está mal. Y lo peor de todo es que no sé cómo frenar mis pensamientos—. Tranquilo, prometo que luego recojo todo y lo dejo limpio; aunque ahora no lo parezca, odio el caos.

—No me reía de eso.

—Ah, ¿no? ¿Entonces?

—Cosas mías.

Me reía de mí, de que por alguna absurda razón me gusta ver a Teo en mi cocina. Probablemente en el rato que lleva aquí, ya le ha dado más uso que yo en toda la semana. Es más, creo que desde que desayuné en el Malabar esta mañana, no he vuelto a comer nada. He estado tan ocupado, recuperando el tiempo que no le he dedicado a la tesis, que tendría que hacer memoria para saber si he vuelto a ingerir algún alimento desde las diez.

—Que no piensas compartir...

—De momento, no.

—Me gusta verte sonreír. Sobre todo, cuando estamos a solas.

—Teo, respecto a eso...

—Sé lo que me vas a decir.

—Y si lo sabes, ¿qué estás haciendo aquí? —Mejor ir de frente.

—La cena, ya te lo he dicho. No veo la incompatibilidad de ser tu alumno de lunes a viernes y estar hoy aquí. Es sábado.

—Pero sigo siendo tu profesor los fines de semana. Y esto...

—Pues hoy no me estás enseñando nada —me corta, burlándose—. Quizá se inviertan los papeles y me toque enseñarte algo a ti. —Pone la cebolla a pochar con el tomate y lo remueve con una espátula—. Necesito un rallador para la trufa. —Abre un par de cajones y el armario que está al lado del microondas, pero no lo encuentra—. ¿Tienes uno?

—Espera. —Apilo los folios y los guardo en la carpeta antes de levantarme para ir a dárselo—. Si tengo uno, tendría que estar por aquí.

Como está vigilando el fuego me da la espalda, así que me coloco detrás de él y me estiro para mirar en la última balda del mueble que está sobre su cabeza. Creo que tengo uno de acero inoxidable. Teo da un paso hacia atrás, para separarse del fogón, y siento dos cosas; bueno, en realidad siento más, aunque te confesaré las dos principales. La primera, su olor corporal mezclado con su colonia, que empieza a excitarme. Y la segunda, su culo redondo y duro sobre mi paquete. A duras penas consigo que mi mano alcance el maldito rallador. Cuando lo dejo sobre la encimera, me alejo un paso.

—Gracias... —susurra, y sé que no es por el utensilio para rallar. Deja de cocinar un segundo y se gira para mirarme a la cara.

—A ti, por venir a alimentarme. Huele de vicio. —Error, frase incorrecta.

—Tú también. —Teo avanza otro paso y yo lo retrocedo, por lo que termino apoyándome sobre la barra. Inclina la cabeza unos centímetros y lleva su nariz a mi cuello. Apenas me lo roza unos segundos, los suficientes para que se me ponga la piel de gallina. En esta postura, su abdomen casi se pega a mi pelvis. Y, como no podía ser de otra manera, mi polla da un latigazo dentro del pantalón. Solo espero que no lo haya notado.

—La cena y te vas.

—La cena y me voy —confirma con una voz más aguda, como si la saliva se le estuviera atascando. A continuación, se despega de mí y sigue con la receta.

—Necesito una copa de vino. ¿De verdad que no quieres?

—El tinto solo lo bebo con Coca-Cola. Y antes de que digas nada, ya sé que eso es un sacrilegio. Pero supongo que no he llegado al punto de disfrutar de los buenos caldos como hacen algunos jóvenes con espíritu viejuno.

—¿Eso no lo dirás por mí?

—Qué va —me vacila—. Tú solo vistes como uno de lunes a viernes.

—*Auch*. —Me llevo una mano al pecho—. Eso ha dolido.

—Te sientan bien las americanas, pero me gustas más sin ellas.

—¿Y si abro uno blanco? —Ignoro su apreciación, por el bien de los dos—. Con la pasta puede maridar bien. Este del valle del Loira. —Cojo uno que tengo sin abrir en la nevera—. Es muy afrutado, con un pequeño toque cítrico. Creo que podría gustarte...

—¿Tiene especial interés en que beba alcohol, *monsieur* Delaporte?

En cuanto hace la pregunta, sabe que la ha cagado. Me tenso de la cabeza a los pies. Y lo nota. Me sujeto a la puerta del frigorífico con tanta fuerza que se me hincha la vena del cuello. Teo me mira mientras emite un *lo siento* solo con los labios. Deja lo que está haciendo y se acerca a mí.

—Teo... Esto... Esto no está bien. Deberías...

—Perdón. Lo siento. Lo siento, Olivier. —Posa su mano sobre la mía y cerramos la nevera juntos. Me deshago de su contacto y me giro para mirarlo de frente—. Solo era una broma. Pero ya me he dado cuenta de que sonaba mejor en mi cabeza. No quería insinuar que...

—¿Eres consciente de que esto...? —lo interrumpo, y nos señalo. Sin definimos—. No es normal. Y podría convertirse en un gran problema.

—Discrepo.

—Teo, por favor. Los dos somos lo suficientemente inteligentes para saber que...

—Que la condición de profesor y alumno está escrita sobre un papel y no puede delimitarnos como personas. Tú y yo, por circunstancias aleatorias, hemos coincidido fuera de la escuela, donde solo somos Olivier y Teo. Además, da la casualidad de que tenemos intereses comunes; a los dos nos encanta la arquitectura, podemos pasarnos horas hablando del tema, yo tengo curiosidad infinita y tú la suficiente paciencia como para saciármela. Todo lo demás me da igual, porque, definitivamente, nos hemos caído bien.

Arqueo una ceja y niego con la cabeza.

—Es una manera un tanto peculiar de describirlo, ¿no crees?

—Es la única que se me ha ocurrido, de momento. Y es bonita —añade, y lleva sus manos a mi pecho. Me tenso, pero menos que antes.

¿En serio, Olivier? Tiene dieciocho años y por lo visto un poder de convicción descomunal, porque ya no te parece ni tan mal que esté aquí. ¿Me equivoco? No, no te equivocas. Pero soy plenamente consciente de la distancia que nos separa.

—Es sábado. Deberías estar de fiesta con tus amigos. O con tu novio Pablo por ahí. Y no aquí, preparándome la cena.

—¿Novio? ¿Es eso lo que quieres saber? Porque puedes preguntarme lo que quieras.

—Olvida lo que he dicho...

—Últimamente repites mucho eso. —Su mirada brilla con un punto más de intensidad—. No es necesario, te respondo sin problemas. Pablo no es mi novio. Ni quiero que lo sea. Y creo que ya te dije que nunca he tenido uno.

—Lo siento, no es de mi incumbencia, pero es que no sé qué me pasa contigo. Soy imbécil.

—¿Sí? —pregunta divertido—. Pues eres un imbécil muy guapo. —Teo me da un beso en la mejilla, muy cerca de la comisura de la boca, que me deja en *shock*. Y con la misma, se gira para poner el agua a hervir—. No he salido con nadie y no tengo ningún problema en decirlo. Prefiero ir de frente. No me van los rodeos —deja caer con tonito—. Será mejor que saques esa botella de vino y me sirvas una copa. También puedes poner la mesa donde quieras, que para eso estamos en tu casa, porque esto está a punto.

Sonrío y obedezco; con esa naturalidad arrebatadora, cualquiera le lleva la contraria.

Coloco los platos y los cubiertos sobre la barra, encima de unos salvamanteles que me regaló mi hermana. A continuación, sirvo dos copas de vino. Me siento en uno de los taburetes altos mientras espero a que termine de hacer la cena.

No he mentado antes, huele de maravilla. Así que las tripas me empiezan a rugir. Presiento que no es solo de hambre, porque la visión de Teo con el rallador y la trufa, esmerándose en la presentación final del plato mientras se muerde el labio, también me provoca un sonido, uno más interno, que nace en un lugar muy concreto entre mis costillas.

Por Dios, Olivier.

—*Voilà. Bon appétit.*

—*Bon appétit.* Tiene una pinta increíble.

Mueve el otro taburete y se sienta enfrente de mí. Me inclino para olerlo mejor mientras hago un ruidito tonto con el paladar, saboreándolo antes de llevármelo a la boca.

—Espero que lo disfrutes tanto como yo he disfrutado preparándotelo. ¿Brindamos?

—Claro. ¿Por qué quieres brindar?

—Por ti y por mí. Y por todas las comidas que están por venir.

Casi escupo el primer trago de vino que me estaba llevando a la boca. Ha elegido las palabras a conciencia para dejarme con cara de póquer. Teo y su descaro medido, que siempre consigue descolocarme.

—Por esta cena —matizo, porque alguien tiene que marcar los límites y soy el mayor de los dos. Aunque cierta parte de mi cuerpo responda dando otro brinco, como si no hubiera superado los quince.

Y mientras tanto, Teo se lleva la copa a la boca, sin dejar de mirarme, y el verde intenso de sus ojos dificulta la línea de mi pensamiento racional.

—Tenías razón, se puede beber. No me disgusta.

—Mmm... Esto está muy bueno, Teo. No recuerdo haber probado unos raviolis tan ricos ni en Italia.

—No será para tanto.

—Te lo digo en serio. Están increíbles. Supongo que lo has hecho para crearme adicción y que te pida que vuelvas a hacerme la cena otro día, ¿no?

—Supones bien. Pero antes de volver... —Hace una pausa y lo noto nervioso, raro en él—. Me gustaría saber si tú y él... —titubea—. Es que, como buen cocinero, no me apetece ser el segundo plato de nadie.

Sonríó comedido. Me alucina ver cómo saca a relucir su determinación cuando se cree la parte más vulnerable.

—Él es pasado —le aclaro para que deje de darle vueltas—. Y ahora mismo no estoy ni con él ni con nadie. Pero eso no significa que...

—Come y calla, Olivier —me interrumpe, con una sonrisa triunfal en los labios—. Que se te queda frío.

Disfrutamos de la cena y, afortunadamente, rebajamos la intensidad de la conversación tocando temas más banales. Como la última película que vimos en el cine; yo hace más de tres años, cosa que le sorprende mucho, y él con su hermana antes de venirse. O el último concierto al que asistimos; él fue a ver este verano a Dani Fernández, un cantante español que no conozco, y yo fui a ver a Coldplay en el Stade de France en el 2022. Teo me habla de su hermano Gael, con el que se lleva mejor ahora que cuando eran pequeños; de su hermana Sofía otra vez, a la que adora; de su padre biológico, al que ve muy poco; y de su madre y Axel, que siempre han sido sus mayores apoyos.

—¿Y tu familia? Hablas poco de ella.

—No tengo mucho que decir. Todos somos de Burdeos. Menos mis abuelos maternos, que ya te dije que eran españoles; mi abuelo de un pueblo de Extremadura y mi abuela de Calafell. Vinieron muy jóvenes a trabajar en la vendimia y se quedaron a vivir en Francia. Mi madre ya nació aquí. Tengo un hermano mayor, Pierre, y una hermana más pequeña, Inés. Soy el mediano,

como tú. Todos siguen viviendo allí. Yo empecé a estudiar arquitectura en la universidad de Burdeos, pero, en cuanto terminé primero, me trasladé a París para continuar la carrera aquí.

—¿Y ellos a qué se dedican?

—Ellos... —Medito la respuesta unos segundos, porque es un tema que no suelo tocar—. Tienen un estudio de arquitectura. —La mirada de Teo se llena de preguntas, pero ahora no me apetece responderlas.

—Vaya, y entonces, tú...

—Yo seré docente. —Zanjo la conversación—. Creo que no voy a poder ofrecerte postre. —Me levanto para ir a mirar en la nevera.

—He traído tiramisú y *mousse* de limón. Porque no tenía ni idea de qué podía gustarte.

—No soy muy goloso, me quedo con el *mousse*.

—¿Ves? Estamos muy compenetrados, porque el tiramisú me lo quedo yo, que es mi favorito.

—Entonces, no todos los intereses son comunes... —lo vacilo yo ahora.

Degustamos el postre despacio, uno enfrente del otro.

—No está mal —comenta cuando se lleva una cucharada a la boca, y empieza a jugar con ella porque lo estoy mirando.

—El próximo día yo me ocupo del postre.

—Espera... —Se levanta del taburete y lleva su mano a mi frente. Sentir su tacto sobre mi piel me produce un pequeño escalofrío, que también nota—. ¿Estás bien? ¿No te habrán sentado mal los raviolis?

—Come y calla —lo parafraseo—. No vaya a ser que se te caliente.

Las carcajadas que brotan de su garganta hacen que se le mueva la nuez y, por consiguiente, mi mirada se dirige a ese trozo de piel. Pestañeo cuando soy consciente de la situación, y aprovecho para levantarme y ponerme a recoger.

—Deja esto, Olivier. Sigue con lo que estabas haciendo, si quieres. Yo me encargo de recoger. Se pone de pie y lleva su copa hasta el fregadero.

—No, tú ya has hecho suficiente, lo justo es que yo limpie esto. Mientras tanto, puedes ponerte en el sofá y encender la televisión, si es que sigue funcionando, porque hace semanas que no la veo.

—Vale, pero también puedo pasar de la tele y ayudarte —se ofrece, y se pega a mi espalda; estamos como antes, pero al revés. Pasa sus brazos por mis costados y se apoya en la encimera, rodeándome.

—La cocina es muy pequeña para los dos.

Cuento sus respiraciones, cada vez más profundas. Y cuando voy a intentar girarme para mirarlo a la cara, sus labios están pegados a mi oreja.

—Ya lo he notado antes... —me susurra.

Oigo su risa gamberra mientras se va hacia el sofá y yo expulso todo el aire que había contenido, mientras abro el grifo. Ahora bien, no sé si seré capaz de aclarar los cubiertos para meterlos al lavavajillas o si tendré que meterme yo debajo del chorro de agua para espabilarme antes.

Nuestro primer beso

TEO

Me despierto desorientado. Y empapado. Me suda la nuca y tengo las mejillas ardiendo. ¿Dónde estoy? Abro los párpados lentamente y estiro las piernas y los brazos. Vale, este techo abuhardillado no es el de mi habitación.

Oh, no.

Echo un vistazo rápido a mi alrededor y vislumbro la claridad que se cuela por las rendijas de las contraventanas. ¿Qué hora es? ¿Cuánto tiempo llevo dormido en el sofá de Olivier?

Retiro la manta que cubre parte de mi estómago y observo que sigo vestido; vaqueros, camiseta y calcetines. También noto mi erección matutina, así que me cubro la zona, no vaya a ser que Olivier aparezca en este instante. Será mejor que ignore la vitalidad de mi pene a estas horas.

—Buenos días. —Su voz ronca me alerta.

Me froto los ojos y enfoco la vista, buscándolo mientras me incorporo.

—Buenos días.

Joder. Es. Un. Puto. Sueño. Húmedo.

Húmedo, sí.

Olivier acaba de salir del baño. Pelo mojado. Recién afeitado. Torso desnudo, sin apenas vello, salpicado por algunas gotas de agua que me encantaría probar, con mi lengua, obviamente. Teo, así vas a seguir empalmado hasta mañana. Es que la única parte que lleva cubierta es esa que todavía no he conseguido ver, pero sí sentir; anoche, cuando acerqué mi trasero a su entrepierna. La toalla de tamaño más bien justo que lleva anudada a la cintura es la que me lo impide. Mi mirada continúa descendiendo por sus piernas, fuertes y musculosas, hasta sus pies, que no me disgustan tampoco.

Está demasiado guapo a estas horas. Y, además, no deja de mirarme. Así que cojo un cojín y lo añado a la manta.

—¿Te he despertado yo o el calor?

¿Eh? El calor es insoportable, pero con él desnudo delante se convierte en asfixiante.

—El calor —digo dubitativo, porque decirle que él ha incrementado mi temperatura unos grados quizá no es muy apropiado.

—Lo siento. La calefacción central funciona a ratos, como el agua caliente. O te mueres de calor o te congelas. Hoy está que arde...

Asiento y se me escapa una sonrisa muy tonta. Olivier es testigo de ella.

—Que arde... —repito y me muerdo el labio. Él agita la cabeza, volviendo a salpicarse.

¿Quieres parar ya? Vas a matarme.

—He cerrado los radiadores, pero supongo que sube el calor de todo el edificio. No he querido abrir la ventana para no hacer ruido y despertarte.

—Tranquilo. Debe de ser muy tarde, y yo no tendría que...

—Estás sudando mucho, Teo, quizás deberías destaparte. —Me hace una seña con los ojos, y yo miro mi regazo. Me quito el sudor de la frente, pero sigo atrincherado en el sofá con todo esto encima. El vaquero que llevo puesto es muy justo y empieza a molestarme toda la presión que acumulo debajo.

—Eh... Sí. Ahora... —¿Tengo que darte más pistas, Olivier?—. ¿Qué hora es?

—Casi las diez.

—¿En serio? Yo... Lo siento. Yo... —Me froto la cara de nuevo, e intento descifrar su gesto. No sé si está enfadado o si solo se está divirtiendo con esta nueva situación algo surrealista—. Estaba agotado.

—Lo sé. No pasa nada.

—Tendrías que haberme despertado.

—Lo intenté un par de veces, pero estabas KO. Así que me fui a mi habitación a seguir trabajando y te dejé descansar, pensando que te despertarías más tarde.

—Vaya, ahora ya sabes que cuando me duermo, rozo la inconsciencia.

—Eso me ha parecido.

Necesito ir al baño con urgencia, y no a lo que estás pensando. Así que me armo de valor y me levanto, haciendo bastante el ridículo, porque Olivier sigue ahí plantado observándome. Tiro de mi camiseta, de la tela del vaquero y creo que hasta de mi piel para que no se me note. Me acerco a él, para ir al aseo, y su maravilloso olor se cuele por mis fosas nasales. Le doy un suave beso en la mejilla, que le provoca un escalofrío, porque veo cómo se le eriza la piel.

—Muchas gracias por dejar que me quedara a dormir, aunque haya sido en el *sofá*...

—Teo...

—¿Puedo ducharme? —Cambio de tema, no quiero seguir presionándolo.

—Claro, pero no tardes, que me muero de hambre y te quiero invitar a desayunar los mejores cruasanes de todo París.

Entro en el baño con una sonrisa de oreja a oreja. No hace falta que me mire en el espejo. Después de hacer pis, me ducho. Y sí, me toco dentro de la ducha, porque él acaba de salir de aquí y la atmósfera solo huele a Olivier. No me gusta tener que ponerme la misma ropa con la que he dormido, así que paso del bóxer, lo escondo dentro de la camiseta y hago un ovillo, después, me pongo el vaquero directamente.

Cuando salgo, Olivier está en su habitación con la puerta abierta, terminando de vestirse.

—¿Te importa dejarme una camiseta?

Se gira y, vaya, qué sorpresa, me da un buen repaso. Y sí, le gusta lo que ve. Casi vuelvo a empalmarme cuando sus ojos avellana se detienen unos cuantos segundos debajo de mi ombligo. Ups, es que solo me he abrochado tres botones del vaquero. ¿Intencionadamente? La duda ofende.

—Sí, espera. —Traga saliva y se da la vuelta para sacar una camiseta del cajón de una cómoda.

Me fijo en que ya ha hecho la cama y en que está todo recogido. En la pared de la izquierda veo que ha colocado la mesa de dibujo, la que estaba fuera el primer día que vine. Me acerco y echo un vistazo a los planos que tiene encima. Parece que son de una cabaña con una cubierta a un agua.

—¿Y esto? ¿Es para la tesis?

—No —responde cortante y se apresura a darle la vuelta a los planos.

—Mira, otra bonita coincidencia, ambos dibujamos para dar rienda suelta a nuestros pensamientos.

—Toma. —Me acerca la camiseta a la mano e ignora mi apreciación. Antes de que la suelte, sujeto sus dedos junto con la prenda, acariciándolo, como en el ascensor en Milán. Inclina la cabeza y nos miramos a los ojos. Y a la boca. Y a los ojos otra vez. Y es adictivo, podría vivir en este bucle—. Vístete, por favor. —Se deshace de mi contacto, pero no se mueve.

—Olivier... —Llevo mi mano a su mejilla y dejo caer mi pulgar a su labio inferior, porque no sé cuánto tiempo podré aguantar sin lanzarme a probar su boca, aunque sea un suicidio. La punta de su lengua me lo humedece y la punta de mi polla amenaza con asomarse, porque no, todavía no me he terminado de abotonar el vaquero—. Quiero más... —susurro, y puedo ver como su iris cambia de color a uno más incandescente.

Cojo la mano que tiene libre y la llevo a mi estómago. El sonido de nuestras respiraciones descontroladas inunda la habitación. Guío sus dedos en dirección sur y su tacto me vuelve loco. No quiero que se detenga, quizá por eso le suplico con la mirada.

—Por favor, vístete. —Se despega de mí y se da la vuelta.

Dios, estoy sudando otra vez, como si no me hubiera duchado.

Me molesta que no sea capaz de dejarse llevar, pero obedezco. Me pongo la camiseta y salgo al salón a terminar de vestirme y esperarlo. Guardo mi ropa en la bolsa de tela que traje ayer y busco mi móvil, a estas horas seguro que tengo mensajes sin leer.

Acerté. Eric. Asier. Mi madre. Hasta una llamada perdida de Berta. Miro los chats y respondo a Eric, que es el que más me había bombardeado. Su último mensaje era una amenaza.

Eric:

Luego dices que paso de ti, pero no has venido a dormir y estoy preocupado. Si no das señales de vida a las 12, llamaré a la poli.

Yo:

Estoy sano y salvo. Gracias por preocuparte. Luego voy.

Se lo envío y no tarda nada en responderme.

Eric:

¿Y ya? ¿No piensas decirme más?

—¿Ya tienes todo? —Olivier, totalmente recompuesto, sale de su habitación.

—Sí, estaba diciéndole a Eric que estoy bien.

—Teo, no...

—No le he dicho que estoy aquí, tranquilo —lo interrumpo, porque he visto el miedo en sus ojos.

—Perdona, es que... —Parece perturbado, y no quiero que ahora se arrepienta de nada, y menos de haberme dejado dormir aquí.

—No tienes que pedirme perdón. Y no tienes de qué preocuparte. Confía en mí. No soy un puto crío, aunque a veces te lo parezca. Así que deja de darle vueltas, ¿vale? Estamos bien. Y ahora, invítame a desayunar.

Tardamos menos de cinco minutos en llegar al Malabar. Se encuentra en una esquina, en la manzana siguiente a la suya. Doble puerta de madera, azul grisáceo, con cristalera, y una sola mesita en el exterior. En cuanto ponemos un pie dentro, el olor a mantequilla y a café recién hecho nos embriaga. Entiendo por qué Olivier desayuna aquí la mayoría de los días. Es la típica cafetería parisina donde se puede respirar la cultura francesa, en todo su esplendor. El interior es pequeño, alberga solo seis o siete mesas, y conserva el encanto original del edificio con la piedra y la madera. Lo único que parece renovado es la zona trasera de la barra.

El camarero saluda a Olivier con confianza y le dice que ahora le lleva el desayuno a su mesa.

—¿Tomas café? ¿Café de verdad? —me pregunta, y sonrío antes de asentir porque está haciendo alusión al de la máquina que le tiré—. Entonces, ¿puedo pedir por ti?

—Claro. Confío en ti. —Espero a que vaya a sentarse en una de las mesas que quedan libres, pero, para mi sorpresa, sale y se sienta en la de afuera—. ¿Aquí?

—Sí. Esta es mi mesa. ¿No te gusta?

—Sí, lo que pasa es que pensé que te sentarías en una de las de dentro, escondido del mundo.

—Pues no. Me gusta desayunar fuera, con el sonido de la ciudad de fondo.

—¿También en invierno?

—Sí, suelen colocar una estufa de gas, justo aquí, es raro que no esté ya puesta. —Me señala el hueco al lado de la mesa—. El trasiego de gente en la confluencia de estas dos calles es lo que más me gusta. El movimiento. El discurrir de sus frenéticas vidas mientras yo observo el tiempo y el espacio desde aquí. La arquitectura no siempre es estática, Teo. Y la belleza, al igual que la inspiración, a veces se parapeta en lo efímero. —Arqueo una ceja, alucinado. No solo por la intensidad de sus palabras, sino por su forma de expresarlas—. ¿Qué pasa? ¿Tenías otro concepto de mí?

—Tenía uno algo más acotado. Y ese ya me ponía muy tonto, así que imagínate ahora. Para, porque me gustaría desayunar sin volver a estar empalmado.

—*Putain*, Teo.

Nos estamos riendo mucho cuando llega el camarero con la bandeja a rebosar. Posa nuestros cafés humeantes, dos cuencos pequeños con kiwi y plátano cortados en rodajas, y cuatro cruasanes que huelen de maravilla. Además, a Olivier le deja un ejemplar de *Le Parisien*.

Yo también tengo hambre, así que devoro la fruta mientras espero a que el café se enfríe. Olivier se dedica a leer el periódico, a estudiar mi reacción cada vez que me llevo algo a la boca y a sonreír cuando me ve fijarme en todos los transeúntes que pasan por delante.

—Ya veo que eres de esos —le digo mientras saboreo el primer trozo de cruasán que he cortado con los dedos; nada de usar los cubiertos.

—¿De cuáles?

—De los que desayunan en silencio, observando.

—Si tenemos en cuenta que siempre desayuno solo y que ya te he confesado que me siento aquí justo para disfrutar de mi momento, pues sí. Soy de *esos*.

—Lo capto. —Me llevo el dedo a la boca y hago la señal de cerrar la cremallera. Olivier se descojona. Vale, quizá aquí sí que he parecido un crío.

Canturreo mientras como, porque sí, tiene razón, no había probado unos cruasanes tan buenos en mi vida. La textura, el sabor y cómo se deshacen en mi paladar. El café también está muy bueno.

—¿Te pido otro? —me pregunta al ver que paso el dedo por el plato para recoger los restos. Él todavía está terminando el segundo—. ¿Sigues teniendo hambre?

—Eh... ¿Quieres que te responda?

—Toma. —Me mete el último trocito que le quedaba en su plato en mi boca y se ríe—. Come y calla un poquito. Voy a pagar.

Cuando se levanta y entra, solo pienso en excusas para alargar este domingo, porque nada me apetece más que seguir disfrutando de él a solas.

Está nublado, pero no hace mala temperatura, así que, cuando sale, le propongo dar un paseo para bajar el desayuno. Me mira escéptico, tendrá miedo de que nos crucemos con alguien conocido. Pero esto es París, resulta bastante improbable. Después de pensarlo unos segundos, acepta.

—Vamos por aquí.

Caminamos durante un buen rato y, si te soy sincero, no me fijo por dónde vamos ni qué calles atravesamos, porque estoy concentrado en Olivier. En su forma de andar, en cómo me protege cuando me despisto en los cruces, en su sonrisa espontánea y en el tono de sabelotodo que emplea cuando le rebato algún comentario sobre los edificios emblemáticos por los que pasamos. Sin apenas darme cuenta, llegamos a la orilla del Sena.

—¿Habías paseado por aquí antes?

—No. Si lo hubiera hecho, me acordaría de ese puente.

—Es el Pont des Arts, uno de mis favoritos. Une una parte del Louvre con el Instituto Francés. Cuando me agobio con la tesis, salgo a correr por aquí, o a dar un paseo, me relaja hacerlo al lado del río.

—Puente en arco y de hierro fundido —le describo, y avanzamos para atravesarlo, aunque más que una pasarela es un lugar para visitar.

—Exacto. Fue el primero de ese material en la ciudad. —Nos detenemos en el centro y admiramos las vistas desde aquí—. Pero hoy es domingo, Teo. No doy clase hasta mañana.

—Vaya, ahora me vacilas, ¿no? —Me giro para mirarlo de frente.

—Solo un poco. —Sigue apoyado en la barandilla, esquivando mi mirada.

—Pues sí que te ha sentado bien el desayuno, Olivier. —Cambio de estrategia y me agacho para colarme entre el hueco que han dejado sus brazos. Se muerde el labio al ver mi maniobra. Estamos cerca, pero no todo lo que me gustaría.

—Teo...

—O quizá fue la cena de anoche... —No desisto.

—Tienes que dejar de mirarme así. —Sonríe nervioso, luego mira a ambos lados. Los transeúntes van y vienen a su bola, no tiene de qué preocuparse.

—¿Así cómo?

—Así, con esos ojos verdes que me desequilibran. Como si...

—¿Como si me muriera de ganas de besarte?

—Por favor, Teo. Esto es de locos, y yo siempre soy el cuerdo. Pónmelo fácil.

Mis manos viajan hasta su nuca y las suyas se sueltan de la barandilla para posarse en el final de mi espalda; llevo la cazadora puesta, pero puedo sentir su contacto como si estuviera tocando mi piel. Alzo la barbilla sin dejar de jugar con los mechones de su pelo, y él agacha la frente para que nuestras bocas casi se saboreen a la vez que sus manos descienden un par de centímetros. Que alguien nos haga una foto, por favor, porque quiero guardarme esta imagen para siempre en mi carrete.

—Olivier...

—No puedes seguir mirándome así... —Se pellizca el labio, y mi sangre empieza a hervir.

—Sí puedo, porque, en este instante, eres el rincón más interesante de todo París. El primero que dibujaré en mi propio mapa.

Y entonces, bum. No soy capaz de discernir quién empieza primero el beso, porque, en cuanto siento su lengua arremolinada junto a la mía, pierdo el poco sentido que aún conservaba. El sabor a café que todavía flotaba en nuestros paladares se mezcla con el sabor del deseo contenido que emanan nuestros labios. Y el cóctel de sensaciones no hace más que multiplicarse, por mil. Su boca me recibe húmeda y cálida, profunda, incluso diría que demandante, al menos durante la primera parte del beso. Tristemente, sí, tiene dos partes. Y durante la segunda, las dudas se apoderan de su juicio y se aparta con brusquedad de mí.

—Merde. No, Teo. Esto no puede ser. ¿En qué coño estaba pensando? Es imposible. —Se aleja hasta la otra barandilla mientras se pasa las manos por el pelo, cabreado—. No puede ser.

—Olivier... —Avanzo para alcanzarlo, pero él solo niega con la cabeza y me pide con la mano que me detenga.

Ha sido nuestro primer beso. Y ha sido la hostia. No quiero que nos niegue, no después de habernos besado, no aquí.

—No, Teo. Olvida lo que ha pasado. No puede ser —repite como un mantra.

—Olivier, no voy a poder olvidarlo.

—Olvidalo, por favor...

—No. No te vayas. No te vayas así.

Pero él ya ha cruzado el puente sin detenerse. Desaparece de mi campo de visión, dejándome solo aquí.

Nuestro segundo encuentro inesperado del día

OLIVIER

Arlette ha conseguido colocar en la galería Air de Paris, una de las más importantes de arte contemporáneo de la capital, tres de sus obras. Como se trata de una exposición itinerante para nuevos talentos, solo estará aquí el fin de semana. Luego, seguirá recorriendo otras ciudades de Francia, como Lyon, Cannes o Toulouse. Así que, aunque es viernes y estoy muy cansado del ritmo de la semana, para novedad de nadie, no me he podido escaquear y he quedado con Emmanuel para visitarla.

Decir que la semana ha sido una tortura sería quedarme muy corto. Pasar parte del fin de semana con Teo en mi casa fue una locura, pero rematarlo con mi salida por patas después de habernos besado en mitad del Pont des Arts fue inclasificable. Con esas premisas, intuía que las cosas entre los dos iban a estar raras, y así ha sido.

A la tensión y las miradas esquivas del lunes en clase, tengo que sumarle el distanciamiento y los escuetos intercambios de palabras del martes en nuestra salida. El miércoles y el jueves, por suerte, solo nos hemos cruzado un par de veces por el pasillo. Pero, sin duda, el momento más extraño de todos se ha producido esta mañana, cuando nos hemos encontrado en el vestuario de la piscina. Sí, queda confirmado que el chico que había llamado mi atención el otro día era él. Se ve que, dentro del amplio abanico de posibilidades para ir a nadar en París, los dos hemos escogido el mismo lugar. Yo estaba terminando de vestirme, solo me faltaban los calcetines y los zapatos, cuando él ha entrado. Le debió de parecer muy graciosa la situación, porque, con una sonrisa en los labios, entre cínica y gamberra, se sentó a mi lado en el banco y empezó a desnudarse. Sin mediar palabra, aparte de un educado *hola* que pronunció al entrar, y que pretendía ser frío y distante, aunque para mí tuviera justo el efecto contrario. Yo me limité a coger mi bolsa apresuradamente, y a decir adiós, como si su presencia allí no me hubiera turbado.

Fui sincero con él cuando corté el beso y le dije que no podía ser, aunque no del todo. Puede que me guardara que me encantó tenerlo revolviendo en mi buhardilla. Que cuando lo vi tirado en mi sofá, se me pasó por la cabeza tumbarme junto a él. Que hice un amago de despertarlo y que se marchara, pero, al verlo tan plácidamente dormido, desistí. Que durante la noche estuve tentado a levantarme un par de veces para volver a observarlo dormir. Y, sobre todo, que me gustó mucho ver cómo se ruborizaba al día siguiente, cuando se dio cuenta de que se había quedado allí. Igual que me divirtió y me frustró, a partes iguales, su forma de provocarme a partir de ese momento. Me costó mucho no sucumbir.

Me alucina ser consciente de que Teo ha vuelto a despertar algo en mí, algo que creí que no recuperaría tan rápido; las ganas de dejar entrar a alguien nuevo. Aunque, tristemente, a él no se lo puedo permitir. Es imposible.

Teo es como ese postre dulce con un pequeño toque ácido, que te explota en el paladar, y que te encanta porque no te empalaga. Mi favorito. De esos que siempre estás dispuesto a repetir.

Cuando llego a la calle de la galería, veo a Enmanuel en la acera, fumando.

—Dame una calada —le pido.

—Quita. —Esquiva mi mano—. Hace años que no fumas, y te tengo dicho que hay vicios en los que es mejor no caer.

Magnifique. ¿Está insinuando algo? Soy tonto, no tenía que haberles contado nada. El domingo por la tarde él y Arlette invadieron mi buhardilla, y en cuanto abrieron el lavavajillas y vieron tanto despliegue de platos y cacerolas, supieron que ahí había ocurrido algo. Intenté ocultárselo, pero creyeron que había estado con Jean Paul de nuevo y empezaron a ponerme la cabeza como un bombo hasta el insulto. Así que acabé confesándoles que cené con Teo y que se quedó dormido en mi sofá. No sé qué les flipó más, si que el invitado sorpresa hubiera sido él, mi alumno, o el simple hecho de que yo hubiera accedido a que alguien entrara de ese modo en mi trinchera, como llaman a mi casa a veces. Aun con todo, los sigo queriendo.

—Hablas desde la experiencia, ¿no? Venga, no seas capullo. —Me ajusto las solapas del abrigo, porque corre un aire algo frío, y cojo el cigarro que me tiende.

—Mátalo —me dice, porque apenas quedan tres caladas—. ¿Qué tal la semana?

—Infernal.

—Tú siempre tan melodramático. ¿Lo dices por Teo?

—Por él principalmente, sí. Estamos raros, no como antes. Y es una mierda, porque, en el fondo, si le quito todas las circunstancias que nos rodean y aísla el hecho de que tiene dieciocho, una parte de mí quiere dejarse llevar y disfrutar sin miedo de lo bien que me siento cuando estoy con él. —Doy la última calada, más profunda que las anteriores, para acabar el cigarro, y a punto estoy de quemarme los dedos—. Para colmo, no solo lo veo en la escuela, sino que hoy me lo he encontrado en la piscina también.

—No me jodas.

—Pues sí.

—Te persigue —afirma, no pregunta. Y me hace una señal extraña con la mirada, apuntando a la otra acera. Apago el cigarro y echo un vistazo hacia allí.

—Empiezo a creer que sí.

Teo cruza por el paso de cebra con una señora agarrada de su brazo. No hay demasiada luz en la calle, pero sus ojos, achinados y enfocándose, y esa cazadora de cuero marrón de Prada a medio abrochar, son inconfundibles. Vienen riéndose.

—¿Entramos? —me pregunta Enmanuel al ver que me he quedado plantado observándolo.

—Sí, pero espera...

Es una tontería que me dé la vuelta ahora y lo ignore, porque los dos nos hemos visto y, además, ya están aquí.

—Buenas noches —nos dice él en cuanto llega a nuestra altura.

—Hola. Uy, Teo, no te había reconocido —miente mi amigo—. ¿Qué tal todo?

—Bien, aunque podría ser infinitamente mejor —afirma con tonito en francés, para, a continuación, mirarme de frente.

—Buenas noches. —Me aclaro la garganta. ¿Estoy nervioso?

—Buenas noches, *monsieur* Delaporte. —Cambia el idioma y me lo dice en español, excepto *señor*. De reojo, veo cómo mi amigo se aguanta la risa—. Mira, Alma —dice dirigiéndose a ella—, estos son Enmanuel, amigo de una de las artistas que exponen hoy, y mi profesor de Artes Plásticas.

—Encantada. —Nos saluda a los dos—. Precisamente, Teo venía hablándome de ti —me comenta en español, y yo trago con dificultad. ¿Qué le habrá contado?—. Me estaba comentando que le encanta tu asignatura. Me ha hecho gracia, porque era una de las favoritas de mi hijo Axel. Se nota que le ha ido metiendo el gusanillo en el cuerpo con el dibujo los últimos años.

Vaya, así que es como si fuera su abuela. En alguna entrevista leí que Axel vivió en París con sus padres, aunque luego terminó sus estudios en Barcelona. Me parece recordar que su padre era diplomático y su madre fotógrafa. Sonrío y asiento.

—Mucho gusto, Alma. Lo cierto es que soy un gran admirador del trabajo de su hijo. Y, no se lo diga a Teo, no quiero que se lo crea, pero es el mejor *alumno* que tengo.

¿En serio, Olivier? ¿Adulándolo ahora? ¿Delante de todos? Vale, sí, pero sin dejar de remarcar el estatus insalvable. Teo me mira y yo a él. Y te juro que no sé qué es lo que intento decirle. Quizá que lo siento, que me encantaría que todo fuera de otra manera, que acabo de incidir en que es mi alumno para que durante el resto del semestre no se me olvide.

—No esperaba menos de él —afirma ella y le regala una sonrisa muy bonita. Una de orgullo que me encantaría haber visto en la cara de mis padres alguna vez.

—¿Pasamos? —Enmanuel toma el control, y se lo agradezco con un guiño.

—Gracias —dice Alma, y entra la primera.

Cuando va a hacerlo Teo, se detiene delante de mí.

—Bonito discurso, Olivier —me susurra cerca del oído—. Estás mucho más comunicativo que en la piscina esta mañana.

—Yo, es que... No esperaba verte allí. Me pillaste desprevenido.

—Tranquilo, no pasa nada. Ha sido una semana algo rara, no te culpo. —Suspiro aliviado, porque lo último que pretendía es que él se sintiera mal con todo esto—. Y parece ser que lo nuestro son las coincidencias, aunque, no te voy a mentir, yo sí que esperaba verte aquí, *profesor*.

Vale, entonces este encuentro no es tan inesperado. Sonríe y acto seguido se muerde el labio para que mi atención se desvíe ahí. Sé que ha usado ese tono para devolvérmela, y también sé que debería intentar disimular lo mucho que me gusta verlo tan relajado y feliz como ahora, pero me cuesta un triunfo.

—Voy entrando... —Enmanuel carraspea, porque ha sido testigo de lo que generamos a esta distancia, sea lo que sea, y me deja a solas con él.

—Teo, en serio. No quiero que estemos así, esquivándonos. Esta semana ha sido un infierno. Soy tu profesor y...

—Lo sé, Olivier —me corta—. No hace falta que estés todo el día recordándomelo. No pasa nada, en serio. Todo está bien.

—¿Seguro? Porque me gustaría que no haya malos entendidos entre nosotros, aunque asumo que con mi comportamiento el domingo te confundiera...

—Para, por favor —me pide—. Esto no es necesario.

—Entiendo que ignorarlo es complicado. —¿Se lo estoy diciendo a él o a mí?—. Podemos hablar luego, si quieres.

Al otro lado de la cristalera veo a Alma saludar a Arlette, que está junto a Enmanuel. Teo también se da cuenta de que están esperando a que entremos nosotros.

—Cuando salga de aquí, me iré a Le Club, he quedado con Eric.

¿Y también habrá quedado con Pablo? Menos mal que no se me escape en voz alta.

—Vale, entonces nada. En fin, todo aclarado.

—Por mi parte sí, Olivier. Yo lo tengo muy claro, extremadamente claro. —Me mira y sonrío sin timidez—. El problema es que me da la sensación de que tú no tanto.

El verde de sus ojos se intensifica, y podría besarlo ahora mismo, delante de todas esas miradas que nos contemplan a través del cristal. Su sinceridad acaba de abrir una brecha enorme en mi interior, por donde se cuelan las dudas. ¿Sigo por el camino racional? ¿O me doy por vencido?

¿Qué hago? Nada. No hago nada. Él empieza a caminar y yo lo imito.

Teo me gusta. Me gusta mucho. Y desde el sábado siento que ha dejado de ser una suposición para convertirse en una certeza.

Si me lanzo a su boca, como me muero de ganas de hacer, para qué negarlo, lo expondría demasiado. Y, definitivamente, no puedo hacerle eso. En mi fuero interno, lucho contra mí mismo, porque me da rabia hacer con Teo lo mismo que he odiado que hicieran conmigo, esconderlo. Teniendo en cuenta que ni yo mismo he dejado de ocultarme del todo, no veo factible ninguna otra opción.

Arlette nota que mi cuerpo está aquí, pero que mi mente divaga por rincones mucho más oscuros, así que se lanza a mi pecho para abrazarme con todas sus fuerzas. Después, me guía entusiasmada por la exposición mientras Enmanuel nos sigue.

Alma y Teo han comenzado el recorrido en dirección contraria, hecho que agradezco, porque, desde que no está en mi campo de visión, he recuperado parte de mi raciocinio y el ritmo regular de mis latidos.

Nuestro primer Uber compartido

TEO

Acabo de salir a la calle a que me dé el aire. La exposición me ha gustado mucho. Hay algunas obras que no he entendido, en cambio, hay otras bastante interesantes que han captado toda mi atención. Lo más ilusionante es ver cómo apuestan por el talento emergente, cediéndoles este espacio. También he cogido alguna que otra idea para una de las maquetas que estoy preparando. Lo que pasa es que, ahí dentro, se me estaba haciendo el aire irrespirable, y por eso necesitaba despejarme. Olivier no ha parado de cruzarse todo el rato conmigo, como si me buscara continuamente, y cuando estaba con sus amigos a una distancia prudente no dejaba de mirarme. ¿Habrá cambiado de opinión? Porque sus señales no dejan de despistarme.

La conversación que hemos mantenido antes de entrar, la primera larga de toda la semana, me ha dejado más o menos igual que estaba, aunque con ciertos matices. Me ha parecido notar que Olivier repetía todo el día lo mismo, autoconvenciéndose de que no tenemos ninguna posibilidad. Y tampoco es que yo, de repente, me haya empezado a hacer ilusiones de nuevo, lo que pasa es que, en medio de todos sus argumentos, me ha parecido observar una mínima capa de vulnerabilidad. Todas las palabras que han salido de su boca, a modo de excusas, han ido perdiendo fuerza cada vez que sus ojos se han posado en los míos.

¿Será que las ganas de seguir probándonos superan los impedimentos? Puede que lo esté sopesando, ¿verdad?

Su huida después del beso el domingo, que he filtrado una y mil veces en mi cabeza, y su distanciamiento los días posteriores, me sentaron mal, muy mal, aunque jamás podría culparlo de ser responsable. Entiendo su posición y sus principios. Y no, no se me olvida lo que somos, aunque me encantaría que él lo ignorara, al menos cuando estamos fuera de la escuela.

Alma también salía conmigo para marcharse, pero se ha encontrado con un amigo que es fotógrafo de prensa y se ha quedado charlando con él. De todas maneras, no ha llegado el coche de la embajada que viene a buscarla.

Me apoyo en la pared, al lado de la galería, y echo un vistazo al móvil, que lleva un rato vibrando en mi pantalón. Cabeceo y me río al ver la primera foto que me ha mandado Asier. Está en medio, abrazando a Bruno y a mi hermano.

Tu rubio:

Mira qué sándwich. ¿A que soy el queso más rico del mundo?

Yo:

Los quesos franceses tienen fama.

Cuando se lo envió soy consciente de que acabo de caer en su trampa para sacarme información. Sí, le conté lo del beso. A Berta también, ella todavía debe de estar dándole vueltas.

Asier y yo hicimos una videollamada ayer, aprovechando que Eric no estaba en la habitación, y le comenté lo rara que estaba siendo la semana. Solo le falta la actualización de hoy.

Suena su llamada.

—Hola...

—Ey, ¿y ese tono? No me digas que sigues de bajón. Ha sido un beso, Teo; vendrán otras lenguas, te lo aseguro.

—No es eso, es que... he venido a una exposición con la madre de Axel y me lo he encontrado.

—Coño, no sabía que París era tan pequeño como mi pueblo.

—Idiota. A ver, sabía que podía estar aquí. Y esta mañana, además, coincidí con él en la piscina.

—¿Nadando o en los vestuarios? Porque no es lo mismo, y por supuestísimo que ahora necesito todos los detalles.

—Fue en los vestuarios, pero él ya estaba vestido y se iba.

—Vale, entonces tienes que madrugar más. ¿Y habéis hablado ahora? ¿O sigue esquivándote?

—Hemos hablado, pero sigue creyendo que traspasó una línea y que no puede ser. Creo que ha estado tan distante porque se siente culpable. Y, a ver, ya sabes que me dolió que se largara así y que estuviera tan extraño en las clases, pero entiendo por qué lo hace, aunque me gustaría que fuera diferente.

—Es que has ido a por el más complicado. Y eso no tiene una solución fácil, porque él va a seguir siendo tu profesor. Entiendo que te mole mucho, pero mi consejo es que no te arrastres, Teo. Ni por él ni por nadie.

—Vale, pero hoy... No sé, me ha parecido que dudaba, quizás pueda dejarse llevar otra vez. De lo que no tengo ni puta idea es de hasta dónde puedo presionarlo.

—¿Sin que sea delito? —me vacila, y se empieza a descojonar.

—No seas capullo.

—No sé, puedes hacerle creer que fue un beso sin importancia para ti, para que deje de preocuparse, pero, a la vez, no dejar que tome distancia. No sé si me he explicado bien.

—Como el culo.

—Vamos, que lo intentes otra vez, tú no pierdes nada. Escoge un momento y un lugar donde no pueda huir, para que, si tiene que cortarte definitivamente, dé la cara.

—¿Con quién hablas tanto? —Es la voz de Gael.

—Con mi primo —responde Asier con un tono más solemne—. Ahora entro.

—¿Qué pasa, rubio? ¿No me pasas a mi hermano? —lo vacilo ahora yo.

—Espera, que me lo pienso... —Hace la pausa, el muy tonto—. Va a ser que no.

La puerta de la galería se abre en ese instante y sale Alma con Olivier.

—Te dejo, rubio, que... —susurro, sin explicación—. Mañana hablamos. —Cuelgo mientras Asier me estaba lanzando una coña sobre que le pasara yo al profesor.

—Ahí está mi coche —me anuncia Alma—. ¿Quieres que te lleve al sitio ese donde has quedado?

—Yo he pedido un Uber. Le Club está camino de mi casa, si quieres podemos compartirlo hasta allí.

La oscuridad me permite disimular la cara de sorpresa ante su ofrecimiento. Alma da por supuesto que acepto ese viaje con Olivier y se despide de nosotros. Me ha encantado compartir este rato con ella, y, cómo no, ser testigo de sus amplios conocimientos; sobre todo, de su sensibilidad artística. Ahora entiendo de dónde le viene a Axel su pasión por la fotografía también.

—Faltan tres minutos para que llegue el coche —me informa mientras comprueba su móvil.

—¿Enmanuel no viene?

—No. Se queda hasta que cierren, y así acompaña a Arlette a casa.

—¿Y tú por qué no te quedas?

—Estoy cansado —responde, y desvía su mirada de mi boca a sus pies. ¿Está nervioso? Vale, cada vez entiendo menos. Él se ha ofrecido a llevarme hasta el club, y no veo dónde está el problema. Que vamos a compartir Uber, no cama—. Ha sido una semana dura y mañana tengo que avanzar con la tesis, que, a este paso, no la termino en plazo. ¿Pablo está en Le Club?

¿En serio me acaba de preguntar eso? Arqueo una ceja, y, antes de que pueda abrir la boca para decirle que me descoloca su repentino interés, llega el coche y Olivier se mueve rápido para entrar. En cuanto los dos estamos sentados en la parte de atrás, le dice al conductor que pare primero para dejarme a mí. Por los altavoces suena muy bajito la música. *Un Secret*, de Carla Bruni, justo lo que necesitábamos para rebajar esta tensión. Sin poder evitarlo, sonreímos.

—Mi teoría es que a veces las canciones nos escogen a nosotros, y no al revés —masculla, y posa su mano izquierda en el asiento, cerca de mi muslo.

Sin pensarlo, llevo la mía al mismo lugar. Rozo su meñique con el mío. Sutil. Como si se hubiera caído una pluma sobre su piel. No se aparta, y eso me envalentona hasta cruzar nuestros dedos sobre la tapicería. Y entonces, las imágenes de los dos juntos en su buhardilla el domingo se apoderan de mi mente.

—Olivier... —Me giro para mirarlo y rompo la magia del momento, porque descruza nuestros dedos.

—Olvida la pregunta de antes, Teo. Lo siento... No tengo derecho a meterme en tu vida. Y menos a preguntarte con quién quedas. Perdóname. Es que...

—Para... —Mi mano, ahora sin titubeos, se posa en su muslo, que no dejaba de moverse.

—No tendría ni que pensarlo, pero no sé qué cojones me pasa contigo. —Suena frustrado, por eso aprieto más su muslo, para que sepa que estoy aquí y que me mata ver que se siente culpable por... ¿sentir?—. He pensado en voz alta.

—Vaya... —Sonrío, porque a mí también me pone algo nervioso que me diga una cosa y en el fondo reconozca que está pensando otra.

—Teo, yo... Yo no puedo, pero eso no significa que no quiera. Además, lo único que me preocupa es hacerte daño. —Se gira y lleva su mano a mi mejilla. Su pulgar se queda a un milímetro de mi boca.

—¿Por qué estás tan seguro de que me lo harás?

—Porque sé lo que es ser el secreto de alguien. Y sé lo que duele.

—Soy más fuerte de lo que te imaginas, Olivier. Sentir no es sinónimo de debilidad.

—Aún no te han roto el corazón, Teo. Es fácil hablar así cuando no has estado con nadie todavía, tú mismo me lo dijiste.

—Ese es un argumento algo pobre. Alguna vez tendrá que ser la primera. Soy mayor de edad y conozco los inconvenientes. No me estás presionando, Olivier, y no me gusta nada que te sientas como si fueras el único culpable.

—Porque sé de lo que hablo.

—Porque te obligaron a ser invisible, ¿no es así? ¿Quién?

—¿Le dejo aquí? —Ya hemos llegado.

Olivier aparta la mano de mi cara, y nuestras miradas se llenan de palabras por decir.

—Quédate —le pido, en un intento desesperado de que siga a mi lado, porque sé que no me va a invitar a ir a su casa.

—Pásatelo bien, Teo.

—*Magnifique*. —Me doy la vuelta para salir, pero me sujeta del codo antes de que abra la puerta y se inclina para atrapar mis labios.

Su lengua revolotea alrededor de la mía durante unos breves instantes en los que mi estómago no deja de dar vueltas. Él mismo frena el beso, pero sin ser tan abrupto como el domingo. Antes de separar nuestras bocas, le doy un pequeño mordisco en el labio y respiro una vez más su olor, antes de salir.

—Te veo el lunes...

—Quizá antes... —susurro, y salgo del coche con una sonrisa idiota en la boca y un poco de tembleque en las piernas.

—¿Qué pasa? Pensé que ya no llegabas... —Tengo la mala suerte de que Eric esté en la puerta hablando con un chico—. ¿Has compartido el Uber? ¿Con quién?

—Con... Con un primo de Axel que también ha ido a la exposición con nosotros.

—Ah. Venga, vamos a entrar, que Hans estará aburrido.

En cuanto pido la primera copa y me voy hacia la pista, me vibra el móvil en el bolsillo.

Magnifique:

¿El de la puerta era Eric?

Niego con la cabeza y le respondo. Sí, he cambiado el nombre de su contacto.

Yo:

Sí. No te ha visto, puedes dormir tranquilo. Y soñar conmigo.

Magnifique:

Diviértete, pero no pierdas el móvil, ni la cartera, ni nada que no hayas perdido antes.

¿Eh? ¿Eso es un juego de palabras? ¿O está diciendo lo que creo? Me quedo como un gilipollas, mirando la pantalla sin saber qué responderle.

Magnifique:

Y cuando llegues a la residencia, puedes mandarme un mensaje para decirme que estás bien.

Yo:

Estarás dormido. Pero, si prefieres, puedo ir a dormir a tu casa, y así ya te quedas más tranquilo, papá.

Magnifique:

Monsieur Delaporte para ti.

Y añade dos emoticonos para dejarme loco del todo. El primero es una peineta, lo que me deja bastante claro que se ha pasado la jerarquía profesor-alumno por el forro, porque sabe que lo estaba picando con lo de *papá*. Y el segundo es un beso, pero no el emoji, sino los labios rojos.

Pum. Ahí.

—¿Unos chupitos? —me grita Hans.

—Sí. Claro que sí.

Nuestro segundo domingo

OLIVIER

Me subo la cremallera de la cazadora y cojo las llaves y mi móvil. Cierro la puerta y llamo al ascensor. Mientras espero a que llegue, enredo con el teléfono. Anuncian tormentas a partir de las once. Una notificación del correo electrónico. Cuatro mensajes de mis padres en el grupo familiar. Y, por fin, después de tanto rodeo, entro donde realmente quería, en el chat que tengo con Teo, que el viernes recuperó su actividad. Una manera tonta de pillarme un buen calentón un frío domingo de noviembre, como es hoy.

Sonrío al releer el mensaje que me mandó cuando ya estaba metido en su cama. Y lo sé porque adjuntó foto. Menos mal que era de las que solo tienen un visionado y no se ha quedado grabada en la memoria.

T. Abad:

Ya estoy en la cama. Solo. Y muerto de calor. Lo raro es que aquí no se ha estropeado la calefacción.

En la foto aparecía desnudo y una pequeña parte de la sábana le cubría la entrepierna, el resto era todo piel. Su pecho musculado. Su estómago surcado de abdominales. Sus cuádriceps. No se le veían los ojos, pero sí esa boca que invita a dejarse llevar. Respondí escueto para no seguir traspasando la línea.

Yo:

Gracias por toda la información. Duérmete.

Pero estaba claro que él no tenía sueño, y eso que casi eran las seis de la mañana.

T. Abad:

Lo veo complicado, *monsieur* Delaporte. La habitación da vueltas, y ya he bajado un pie a la alfombra, no hace falta que me lo digas. Como puedes ver, esta no es mi primera vez... Bebiendo, digo. Tampoco mandando fotos... Pero te tengo reservadas otras.

Ahí tuve que parar, leerlo dos veces despacio y levantarme a beber agua. Casi me meto en la ducha para aliviarme, porque la erección a esas alturas ya era dolorosa. El alcohol desinhibe, pero ¿tanto?

Me meto en el ascensor y pulso el botón de la planta baja a tientas, sin apartar la vista del teléfono para seguir releendo el hilo de la conversación.

Yo:

Deja el móvil ya y descansa.

T. Abad:

No puedo. Además, me he dado cuenta de que los chupitos no son la mejor opción para olvidar, porque, si cierro los ojos, solo te veo besándome.

No supe qué más decirle. Así que, a partir de ese instante, me empezó a bombardear con emoticonos. En realidad, solo utilizó el de los labios, el mismo que le envié yo.

Y ayer sábado tuve el móvil apagado hasta que fue de noche, para evitar distracciones. Cuando cerré el portátil, cerca de las doce, lo encendí. Imaginé que Teo habría tenido una buena resaca durante todo el día y no habría hecho nada más que dormir. Antes de meterme en la cama, volvió a dar señales de vida.

T. Abad:

Buenas noches. Sigo vivo. Por si te lo estabas preguntando. Sin el martillo en la cabeza, acabo de repasar nuestra conversación. Y la respuesta es no.

Yo:

¿No a qué?

Entré al trapo, sí, porque me pudo la curiosidad.

T. Abad:

A tu pregunta sobre si me arrepiento. No. No me arrepiento de nada.

Yo:

Buenas noches, Teo.

T. Abad:

Buenas noches, Olivier.

Y así es como volví a caer en su trampa, abriendo otra foto. Esta era en el baño, con el torso mojado y la toalla anudada en la cintura, como me vio él a mí en mi casa cuando se despertó el domingo pasado.

Salgo a la calle y me guardo el móvil. La sonrisa de idiota que llevo en la cara es digna de mención. Menos mal que, a estas horas, apenas me cruzo con nadie. Antes de cambiar de acera para dejar mi manzana atrás, me vibra el teléfono.

T. Abad:

Buenos días. ¿Qué tal has dormido? ¿Has tenido felices sueños?

Me detengo y tecleo.

Yo:

Buenos días. He dormido todo lo bien que me han dejado. Y creo que no he soñado nada interesante, aunque quizá sí que haya recordado algunas cosas.

Se lo envío y sigo caminando.

Igual debería parar este juego antes de ser incapaz de controlarlo. Ah, ¿que es un juego, Olivier? A ver, un tonto, un flirteo, un jodido deseo inesperado...

T. Abad:

Cosas, ¿eh? Interesante. Yo ahora mismo también estoy recordando.

Bueno, lo que estoy haciendo es desayunar un cruasán increíble en un sitio que me recuerda mucho a ti.

¿A mí? No creo que...

Doblo la esquina y, zas, ahí está. Sentado en mi mesa al lado de la puerta, pegado a la estufa de gas. Como si me intuyera, levanta la cabeza de su taza y se topa con mi mirada para, a continuación, mostrarme su sonrisa más provocadora.

—Teo, ¿qué...? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Desayunar. Te lo acabo de decir por wasap. ¿No lo has leído?

—Justo aquí. ¿En el Malabar?

—Sí. Donde hacen los mejores cruasanes de París, no sé de qué te sorprendes —me vacila, y a duras penas atino a sentarme en la otra silla. ¿Es una pésima idea que estemos los dos aquí? Porque empieza a costarme discernir lo correcto de lo incorrecto cuando se trata de él—. Y no protestes, que me he sentado en tu mesa para que no te la quitaran.

—¿Y si no llego a venir?

—Pensaba mandarte una foto, porque he notado que con las imágenes nuestra conversación se vuelve más directa.

—Yo no te he mandado ninguna a ti.

—Pero tus silencios, entre los que incluyo la ausencia de imágenes, me hablan.

Abro la boca con la intención de replicarle cuando suena el primer trueno; es tan fuerte que los dos damos un pequeño respingo en la silla.

—Va a llover. Mucho. Han anunciado tormentas —le advierto.

Las primeras gotas empiezan a golpear sobre el asfalto y sobre los pocos coches que circulan ahora por esta zona. El rayo no tarda en hacer su aparición, iluminando los tejados de los edificios más cercanos.

—Pues dentro no hay sitio. A mí solo me falta el café, pero tú no has desayunado.

—Lo pediré para llevar.

—Yo me comería otro cruasán y, ya puestos, tomaría otro café. Hoy con uno no tengo suficiente. ¿Crees que me lo pueden poner para llevar también? —¿Eso trataba de ser una pregunta inocente? ¿O sigue vacilándome?

—Sí, el problema es que se te quedaría frío por el camino. —Sonrío y nos levantamos para entrar a pedir antes de que el reguero de agua nos alcance los pies.

—¿Y la solución? —pregunta con sorna.

—Conozco un sitio cerca de aquí donde podríamos desayunar juntos. —Ahí está, el intento de traspaso de la línea. No, no estoy seguro de nada, pero el deseo ha hablado por mí.

—¿Cerca de aquí? —Se hace el despistado, pero esa sonrisa canalla le delata—. Ah, claro. Hablas de esa buhardilla con encanto en uno de los barrios más chulos de París. —El rodeo que da para no decir mi casa me provoca risa—. Aunque lo mío sería *redesayuno*.

—*Redesayuno*, ¿eh? Entonces, ¿qué te parece? —Estoy cagado, y no es por la siguiente tanda de truenos que resquebrajan el cielo mientras estamos aquí. Es porque me da miedo su respuesta y, sobre todo, las consecuencias de seguir con esto a partir de aquí.

—*Magnifique*. Vamos a pedir y nos lo llevamos. Invito yo.

—De eso nada.

En menos de cinco minutos estamos entrando en mi casa. Nos descalzamos y nos quitamos los calcetines también, porque con la tromba de agua que nos ha caído hasta llegar aquí se nos han calado. Le pido la cazadora y la cuelgo junto a la mía en el radiador toallero del baño para que se vayan secando. Me hace gracia ver que Teo hoy se ha puesto una sudadera de manga larga, porque estoy acostumbrado a verlo siempre en manga corta.

Mientras lleva el desayuno a la barra, agita la cabeza para revolverse el pelo mojado, y sin querer, me salpica.

—Aquí hace mucho calor, ¿no?

¿Ves? Su termómetro siempre tiene un par de grados más que el mío. Se quita la sudadera y se le sube la camiseta a la vez, dejando a la vista su estómago plano. Mis ojos se desvían de su ombligo a su melena. Pierdo la concentración, porque ahora solo puedo pensar en enredar mis dedos en su pelo y probar su boca una vez más. O dos.

Basta. Tengo que bajar la intensidad de mis pensamientos o voy a pasarlo fatal.

Nos sentamos en los taburetes, uno al lado del otro, y nuestras rodillas se chocan. Yo noto la humedad del vaquero sobre mi piel y, como si fuera una madre temiendo que su hijo se resfríe, en un acto reflejo llevo mi mano al muslo de Teo para comprobar su pantalón. Podría haber dado un respingo al notar mi contacto, pero, en vez de asustarse, ha cerrado los ojos, y ha puesto la mano sobre la mía para subir ambas por su pierna unos centímetros.

—Estás mojado... —le digo, intentando justificar mi contacto.

—Sí, en más de un sentido.

—Teo. Te lo digo por el pantalón. Yo... Yo también.

—¿Cuánto? —Se muerde el labio, y durante muchas décimas de segundo mis ojos no pueden dejar de mirar ese punto exacto que me encantaría pellizcar con mis dientes.

—¡Eh! ¡Cómo...! —Vuelvo a aterrizar cuando Teo se inclina hacia mí con intención de besarme—. Quería decir que el mío también está húmedo. —Me lo toco con las manos—. El pantalón. —Parezco tonto—. Deberíamos cambiarnos de ropa y ponernos algo seco. O pillaremos una pulmonía.

—Vale, pero antes deberías besarme.

—Teo...

—O yo a ti. Me da igual quien empiece. Venga, Olivier, es justo lo que pretendías hacer un segundo, cuando te has quedado atrapado en mi boca, no lo niegues.

Estornuda. Y se ríe, porque ha sido de manera natural y no ha podido reprimirse.

—Ropa seca y desayuno. En ese orden.

—El beso antes —sentencia, y lleva sus manos a mi nuca para atacar mi boca, sin pudor y con toda la intención del mundo.

Teo y yo todavía no controlamos el tempo cuando nos besamos. Empezamos suave, aceleramos e imprimimos urgencia con los primeros remolinos de nuestras lenguas hasta que alguno de los dos recupera la consciencia y decide bajar el ritmo, hasta ponerle fin. Si nuestros besos tuvieran gráfica, estaría llena de picos de excitación. Él ahora sabe a café, y a mí me encanta saborearlo de sus jugosos labios, por eso me resulta muy difícil frenarlo. Y para colmo, no solo me ha provocado una erección acojonante con el beso, sino que me ha abierto más el apetito, si eso era posible. Sí, en todos los sentidos.

Cuando sus manos viajan de mi cuello a mi cintura e intenta colarlas por debajo del jersey, poso las mías encima y lo detengo. Separo nuestras bocas, aunque pego mi frente a la suya. El contacto visual no se pierde. Los dos leemos en el iris del otro las palabras que no nos atrevemos a pronunciar. El deseo sigue latente, arremolinado a nuestro alrededor, esperando a la siguiente señal para ser libre.

—Teo... —Respiro agitado contra su boca—. Necesito un poco de aire, ¿vale? Además, iba en serio lo de la ropa, tendríamos que cambiarnos. Y después me gustaría desayunar, yo sí que no he comido nada todavía.

—Está bien. Un poco de calma. Lo entiendo. Además, no tengo prisa. Hoy en la residencia no nos dan de comer, así que no pensaba volver hasta esta tarde.

Sonrío, porque disimular no es lo suyo. Tiene ganas de quedarse, y yo de que se quede. Aun así...

—Tengo que corregir varios trabajos de clase, Teo. Preparar un informe para Bonnet. Y mandar un correo a mi director de tesis explicándole algunos cambios que he hecho.

—¿Y?

—Pues que estaré ocupado. Seguro que tienes cosas mejores que hacer.

—No, no tengo nada pendiente. Además, tendrás que comer y descansar un rato, no puedes estar todo el día trabajando. Y, como ya sabes, soy el más adecuado para alimentarte.

—Claro, por eso no me has dejado desayunar todavía.

Niego con la cabeza y voy a mi habitación a buscar algo de ropa. Me quito el pantalón y me pongo mi chándal gris y mi camiseta blanca; paso de los calcetines, porque la calefacción hoy, afortunadamente, va perfecta. A él le llevo un pantalón negro de algodón que me queda un poco pequeño.

Cuando regreso a su lado y se lo doy, se quita el vaquero y se queda en bóxer delante de mí. Lo ignoro, o lo intento, porque es difícil pasar por alto el bulto de su entrepierna. Me siento en el taburete de nuevo y empiezo a desayunar, sin esperar a que él se siente; sí, mi vena cobarde está haciendo acto de presencia. Quizá porque me temo que el domingo no ha hecho más que empezar.

Nuestro primer intento

TEO

No quiero moverme para no despertarlo. Aunque me muero de ganas de estirar el brazo y coger mi móvil para immortalizar este momento, que no sé si se volverá a repetir. También quiero llevar mis manos a su pelo y acariciarlo. Olivier está dormido encima de mí, en su sofá. ¿Sorprendido? Seguro que sí. Porque, si había un claro candidato a echar la siesta aquí hoy, era yo. Pues, ya ves, ha sido él el único que ha caído rendido.

Ha preparado macarrones con queso; según me ha confesado, su receta estrella. Ante semejante nivel de dificultad no he podido resistirme y lo he vacilado un poquito. Después de comer, él como si no hubiera ingerido alimentos en toda la semana (que, viendo su ritmo de vida, puede ser), nos hemos sentado en el sofá. Me ha cedido el mando de la televisión para que pusiera lo que quisiera mientras él sacaba un montón de folios que tenía que leer. Pasando de un canal a otro encontré uno de deportes, donde echaban los resúmenes de los partidos de la liga española de ayer, y ahí me quedé. Se conoce que ese runrún de fondo, mezclado con lo que leía, que debía de ser algo soporífero, provocó que Morfeo se colara en la buhardilla y lo hiciera caer grogui, en una postura bastante circense. Primero ha posado la cabeza sobre el respaldo del sofá, y después, directamente sobre mi brazo derecho. He tenido que ir recolocándome para ofrecerle más espacio, hasta que ha decidido tumbarse a lo largo y apoyarse sobre mis muslos.

La pantalla de su teléfono, que está encima de la pila de folios que he conseguido quitarle antes, no deja de iluminarse, porque lo tiene en silencio. Desde aquí, he podido ver que es ese tal JP el que lo llama. No me preguntes por qué, pero me alegro de que no esté despierto, para que no se lo coja.

Olivier se da un cuarto de vuelta y me obliga a moverme rápido para adaptarnos al cambio de posición; si no, mi polla corre peligro de morir por aplastamiento. Y lo cierto es que me molaría usarla luego, a ser posible con él.

El calor que emanan nuestros cuerpos así de pegados es sofocante, y los coloretes que debo de tener son la mejor prueba de ello.

Respira profundo e intenta abrir los ojos, ubicándose. Antes de que lo haga del todo, mis manos, cansadas de contenerse, se aventuran a acariciarlo, para que su despertar sea más dulce. La izquierda va a su cabeza, a enredar con los mechones de su pelo ondulado. La derecha baja hasta su abdomen, suave y duro, que ha quedado al descubierto al girarse. Mi dedo meñique se arma de valor y se cuela por la cintura de su pantalón de chándal solo un centímetro. Olivier, supongo que un poco descolocado todavía, coge aire de nuevo, como si lo quisiera contener en sus pulmones, y abre los párpados.

—Dios, ¿de verdad que me he dormido? ¿Así? —Se frota la cara e intenta levantarse, pero ejerzo una leve presión sobre su estómago para que no tenga tanta prisa—. ¿Encima de ti?

—Digamos que te has dormido sentado y te has ido acomodando.

—Perdona. Te estoy aplastando. —Quiere incorporarse, pero vuelvo a frenarlo.

—No, qué va. Además, me gusta tenerte así. —Juego con su pelo y noto cómo se le altera la respiración. Me parece increíble poder tenerlo solo para mí.

—Jamás echo la siesta, pero es evidente que mi cuerpo lo necesitaba. Estaba agotado. ¿Se puede saber cuánto tiempo he dormido?

—Casi tres horas. —Acaricio la zona de debajo de su ombligo con las yemas de mis dedos y siento cómo se le pone la piel de gallina. Genial. Lo que también siento es la dureza de mi polla, con brinco incluido, que casi le clavo en el cogote.

—¿Tanto? ¿Y qué hora es? —Olivier posa su mano encima de la mía para detenerme, y se estira para coger el móvil de la mesa baja.

—Casi las...

—¡Por favor! Otra vez. No puede ser. —Se levanta como si huyera de un incendio, porque es obvio que ha visto las llamadas de su ex. Se aleja y va hacia la cocina.

Yo me quedo empalmado y con cara de idiota en el sofá. Pero el que está aquí soy yo, no su ex, así que no pienso irme sin intentarlo. Total, no tengo nada que perder.

Camino despacio y me acerco a él por detrás, lo rodeo con mis brazos, pego mi mejilla a su espalda y siento el calor que todavía emana su cuerpo a través de la camiseta.

—¿Estás bien?

—Sí, solo necesitaba un poco de agua. —Da un trago a la botella que ha sacado del frigorífico y se voltea para mirarme de frente. Me recoloco, pero sigoteniéndolo preso entre mis brazos.

—Pensé que él y tú ya no...

—Ya no. ¿Quieres? —Me ofrece agua, cambiando de tema. Está claro que no le apetece hablar de él.

—Gracias. —Le doy un par de tragos y la dejo sobre la encimera.

Me pongo de puntillas y pego mi boca a su cuello. Aspiro su olor, fresco y cítrico, y empiezo a dejar un reguero de besos por su piel. Asciendo por su mandíbula hasta que llego a sus labios.

—Es tarde, y debería seguir con todo lo que tengo pendiente... —me dice antes de que profundice en el beso.

—Ey, Olivier. Mírame. —Le sujeto la cara con las manos para mantener la conexión—. No te escondas de mí, por favor. Lo pillo, no quieres hablar de él. Perfecto. Todavía no me has respondido a la pregunta que te hice el viernes, aunque imagino que el que te obligó a ser invisible fue él.

—Él solo ha sido el más reciente, Teo. —Suena triste, y me jode que ese sea un tema que le duela. No me gusta verlo así—. Creo que con catorce años ya me animaron a no hacer ruido. A pasar desapercibido. A no llamar la atención. A disfrazarme de *chico normal*. A quedarme dentro de mi caparazón. A partir de ese momento siempre fue así. Esa fue una de las razones principales por las que salí de Burdeos y me vine a París. Pero, ya ves, aquí volví a cometer el mismo error.

—No sé qué decir, Olivier. Solo que lo siento, siento que te hayan hecho sentir así.

—Por eso te dije que sé de lo que hablo, Teo. Y que por nada en el mundo quiero que nadie, entre los que me incluyo, te haga sentir jamás así. ¿Lo entiendes?

—Entiendo que quieras protegerme. Entiendo que nuestra situación lo complique todo. Y entiendo tus reticencias, hasta cierto punto, Olivier. Porque... Mírame.

—No dejo de hacerlo. —Enmarca mi cara con sus manos y se muerde el labio, conteniéndose—. No dejo de hacerlo, *enfant*. Y por eso estoy así.

—Escúchame. —Tengo que coger aire para continuar, porque ese *enfant* saliendo de sus labios me ha noqueado. Suenan tan putamente bien—. No soy un niño ya, soy libre y es mi elección estar aquí. No me estás obligando a nada, porque soy plenamente consciente de lo que supone estar aquí contigo. Y, como ya has comprobado, yo tampoco puedo dejar de mirarte. —Junto las puntas de nuestras narices y me paso la lengua por el labio inferior. Olivier lleva sus manos a mi trasero y me atrae más hacia él, juntando nuestras erecciones mientras sigue debatiéndose entre dar un paso hacia atrás o hacia delante. Nos rozamos descaradamente—. Ni de tocarte. —Cuelo mi mano derecha por dentro de su pantalón y de su bóxer, y cierro el puño alrededor de su polla con precisión.

—Teo... —Inhala y exhala un par de veces antes de llevar sus labios hasta los míos para darme besos cortos, sin lengua, de momento. Tengo la sensación de que está haciendo un ejercicio enorme de contención.

Seguimos pegados a la encimera de la cocina, y sí, aunque soy más bajo que él, puede decirse que lo tengo acorralado. Me muerde el labio inferior con delicadeza mientras su mano derecha, pegada al final de mi espalda por debajo de la camiseta, me acaricia.

¿Y si no le gusta como lo hago? ¿Y si él no quiere tocarme? ¿Y si...?

Para despejarme las dudas, interna la mano por la cinturilla de mi pantalón y de mi bóxer, y me presiona una nalga, lo que me anima a seguir moviendo la mano como hasta ahora, desde la base hasta la punta húmeda, donde mi pulgar se pasea por la hendidura. Su polla es grande, acorde con su tamaño, no tenía dudas, y más gorda que la mía, de eso estoy seguro. De dureza creo que vamos empatados. Con mis yemas sigo el camino de sus venas, sin dejar de meneársela. Quiero verla. Quiero dejar de imaginármela. Sin embargo, es la primera vez que nos estamos tocando y no tengo ni idea de hasta dónde vamos a llegar. Las ansias me matan, si no lo hace el dolor de pelotas antes, obviamente.

—¿Así? ¿Te gusta así?

—¿Tú qué crees?

Sonrío y trato de controlar el maravilloso hormigueo que acaba de nacer en mi zona baja, porque, como siga así de excitado, voy a correrme como un imbécil sin necesidad de que él me toque. Porque me tocará, ¿no? ¿Querrá hacerlo? ¿O solo es de los que reciben?

Otra vez me ahogan las dudas.

—Olivier... —balbuceo su nombre cuando se inclina para llevar su boca a mi cuello y lamerme.

—Sabes igual que hueles. Deliciosamente bien, *enfant*.

Esta postura, con los dos de pie, no es la más cómoda del mundo, aun así, es como si ninguno pudiera abandonar este medio metro cuadrado de cocina. Olivier jadea junto a mi oreja cuando tiro de su piel hacia atrás e imprimo más ritmo. Espero que esos ruiditos tan poco sutiles signifiquen que le está gustando. Muevo la cabeza y me arqueo para ganar espacio y seguir masturbándolo. Y es entonces cuando él retira la mano de mi trasero y la cuela por delante, sujetándome la polla por primera vez. Firme, pero delicado.

No. Te. Corras. Teo. Por Dios. Todavía no.

Se me hincha el pecho, la saliva me pasa con dificultad por la garganta, y el deseo me recorre la espina dorsal. He soñado tanto con este momento que alguien debería pellizcarme. Olivier y yo preniéndonos, por fin.

—Joder, pensé que no ibas a tocarme —le confieso en voz alta, deshaciéndome de la incertidumbre, de los miedos, y de la poca vergüenza que me queda a estas alturas de la tarde. Me impaciento e intento desnudarlo, pero Olivier niega con la cabeza; no me asusto, porque lo hace con una sonrisa enorme en los labios.

—Calma, Teo. *Ne cours pas*.

—Cómo voy a calmarme teniéndote así.

Le muerdo el labio y él aprovecha para devorar mi boca. No sé cuánto tiempo aguantaré sin eyacular, porque el placer ya lo nubla todo. Mi visión. Mi sentido. Hasta mis tímpanos. Por eso no soy consciente del sonido incesante del timbre hasta que Olivier blasfema y se aparta de mí.

—*Merde!*

—¿Esperas a alguien?

Otro timbrazo, esta vez más largo. Y después, la voz de Arlette a lo lejos, gritando.

—Olivier, ¿estás ahí? Necesito hablar contigo. Tengo la copia de tus llaves, así que voy a entrar.

—Espera, no... —Olivier sale disparado hacia la puerta, pero es tarde, porque ella ya ha usado sus llaves para abrirla.

—¿Estás bien? Me tenías preocupada. Te he llamado un montón de veces.

—Arlette, estoy bien, es solo que... —responde nervioso.

Me muevo por fin y me recoloco todo en su sitio. Necesito agua. ¿Qué hago? ¿Va a decirle que se vaya? ¿O me escondo para que no me vea? Porque esta casa es muy pequeña y lo tengo un poco complicado.

—¿Seguro? Porque estás rojo como un tomate. ¿No tendrás fiebre?

—No, Arlette...

—¿Y por qué no me has contestado antes? —Olivier no puede detenerla, porque oigo sus pasos hacia aquí—. La he cagado con Emmanuel. A lo grande. Y si me quedaba en mi casa, me ahogaba. Él se acaba de ir y yo... —La voz se le corta cuando me ve apoyado en la barra—. Ho... Hola, Teo. Ohhh... —Se tapa los ojos con las manos, aunque estoy completamente vestido, y tampoco hay ni rastro de mi empalmada ya—. Vale, soy tonta. Lo siento. Haberme avisado —le recrimina a su colega, que me mira pidiéndome disculpas, unas que no necesito. Sé lo importante que es estar siempre para los amigos—. Me voy.

—¡No! —gritamos Olivier y yo al unísono, y nos reímos.

—Tranquila, no pasa nada. Es tarde y tengo que volver a la residencia. Recojo mis cosas, me calzo y me voy.

—De verdad, no hace falta que...

—Calla un poquito, anda —le dice Olivier, y me acompaña al baño a coger mi cazadora—. Lo siento, pero es que...

—Shhh. —Lo silencio posando mi dedo sobre sus labios gominola, y antes de volver al salón, le doy un beso y un abrazo. Me cuesta separarme, porque me quedaría a vivir pegado a su pecho—. Tu amiga te necesita, no hay nada más que añadir.

Nos sonreímos y salimos del baño. Cojo mi móvil y me despido de Arlette.

—Te veo mañana en clase, *monsieur* Delaporte.

Olivier me despide en la puerta. Tal y como me mira, soy consciente del melón enorme que acabo de abrir. Porque, sí, mañana seremos alumno y profesor, otra vez.

—Ahora suena un poco retorcido, *monsieur* Abad. ¿No cree?

Sonrío. Si ya está comiéndose la cabeza con las consecuencias de lo que hemos hecho hoy, aunque no hayamos culminado, lo disimula bastante bien, porque, antes de que llame al ascensor, me da un último beso que es gas para mi llama.

Nuestra primera semana postinterrupción

OLIVIER

Cierro mi despacho con llave y, antes de abandonar el pasillo, entro en el grupo de WhatsApp que tengo con mis amigos, «*La Vie en Rose*», para mandarles un mensaje.

Yo:

Cena en mi casa a las ocho. No os asustéis, no estoy enfermo.
Además, yo me encargo de todo. Un plan irrechazable.

Arlette:

Me preocupas, la fiebre te dura desde el domingo, deberías ir al médico.

Yo:

Fiebre no tengo. Pero luego si quieres te cuento cómo me ha subido la temperatura esta mañana en la ducha después de nadar.

Arlette:

¿Salía el agua hirviendo?

Yo:

No. Lo que me hervía era a mí la sangre después de que un chico de ojos verdes, al que doy clase, se colara en mi ducha para, inocentemente, pedirme prestado el bote de champú.

Arlette:

Vaya, va con todo, ¿eh? Quiero detalles, pero mejor cara a cara, será mucho más divertido.

Sonrío y noto cómo se me encienden las mejillas; recordar el episodio de la piscina me altera, en más de un sentido. No voy a mentir, he pasado la mayor parte del día desconcentrado, sin poder sacarme la imagen de Teo, completamente desnudo frente a mí, de la cabeza.

Me guardo el móvil en el bolsillo del abrigo. Enmanuel no es de los que vive pegado al teléfono todo el día, y menos si está en el hospital, así que seguro que tarda en responder.

Arlette y él se volvieron a enrollar el fin de semana pasado, aunque con propósitos muy diferentes. Uno solo quería un rato de sexo salvaje y la otra un encuentro que fuera la antesala de muchos más. En la cama conectan, eso me ha quedado claro, el tema es que fuera de ella tienen un grave problema de comunicación, y no sé si es porque son amigos o a pesar de serlo. Sin

duda, es un asunto delicado y complicado. El consejo que le he dado a Arlette un millón de veces es que se abra en canal con él antes de desnudarse, que es más o menos lo que hace conmigo después de pifiarla, como ocurrió el domingo.

Oigo la señal del WhatsApp cuando llego al *hall*. Saco el móvil y leo el mensaje.

Enmanuel:

Tiene pinta de ser grave, si te dura tantos días. Lo de la invitación a tu casa, digo. Respecto a lo otro, me abstengo de hacer ninguna clase de comentario, de momento. Pásate por urgencias esta noche, porque, precisamente, estaré de guardia. Y puedes traerme la cena. Será una novedad probar algo que no haya cocinado nuestra amiga.

Se me escapa una sonrisa al leer lo último, no hay que ser muy listo para darse cuenta de que eso era un dardo envenenado.

—Bonita sonrisa —mascullan a mi derecha. No necesito levantar la mirada del móvil para saber a quién pertenece esa voz—. Me recuerda a una que he visto esta mañana en la ducha.

Por Dios. No puede hacerme esto, y menos aquí. No puede recordarme el encuentro no tan fortuito que hemos tenido en la piscina, ni el numerito de después. Me tenía por un tío sensato, cabal, tranquilo, pero, por alguna razón desconocida, ahora empiezo a parecer otro. ¿Uno más feliz, Olivier? Puede. Pero asusta, porque Teo, poco a poco, se va colando dentro de mí y hace tambalear todos mis cimientos.

—*Monsieur* Abad, ¿no es un poco tarde para que ande usted por aquí? —le pregunto, metiéndome en el disfraz de profesor.

Pensé que, como es viernes, a esta hora vespertina solo quedábamos en la escuela el conserje, el personal de limpieza y yo.

—Acabo de salir de la biblioteca. Así mañana no estudio tanto y tengo la tarde libre.

—Vamos, Teo, ¿qué haces ahí parado? Todavía tenemos que cambiarnos y pillar el metro, la fiesta empieza a las ocho —vocifera Eric, que, misteriosamente, también anda por aquí a estas horas. Es cierto que el resto de profesores han comentado que este mes se ha puesto las pilas con sus asignaturas, de la mía sigue pasando.

—No te he dicho que vaya a ir.

—Claro que sí. No vas a quedarte en la residencia un viernes por la noche. Además, estará Pablo.

Magnifique. No cambies el gesto, Olivier. No seas capullo. No tienes ningún derecho. Vaya, quizá el entrecejo se me ha arrugado un poco, sin querer.

—Vámonos, chicos. —Hans completa el trío. Se abalanza sobre Teo y sobre Eric como un oso, y, con lo grande que es, casi los hace chocarse contra mí—. Feliz fin de semana, profesor Delaporte —me dice cuando se percata de que estoy aquí—. ¿Tiene algún plan especial?

¿Y ese interés por mi vida fuera de aquí? Cruzo una mirada rápida con Teo y me lee perfectamente. Esa es otra de las cosas que me aterrorizan, su capacidad para saber lo que estoy pensando en muchos momentos. Resopla con desgana y niega levemente con la cabeza. No era mi intención desconfiar de su discreción, pero es que dentro de estas cuatro paredes me vuelvo

mucho más vulnerable. Como tengo el móvil en la mano todavía, busco su contacto y tecleo todo lo rápido que puedo.

Yo:

Lo siento.

Teo saca el móvil del bolsillo de su cazadora y lo guarda con rapidez. Alza la barbilla en busca de mi mirada y me guiña un ojo. Aquí, delante de sus amigos, que menos mal que no se dan cuenta.

—Corregir sus dibujos. ¿Le parece lo suficientemente especial?

—Me parece un plan de lo más aburrido, profesor —me rebate Hans.

—La gente aburrida hace planes aburridos —sisea Eric.

—Capullo —le recrimina Teo en español.

—Disfruten de sus divertidos planes, les veo el lunes.

—A mí antes... —susurra Teo cuando pasa por la puerta de salida a la vez que lo hago yo, como cuando nos conocimos el primer día. Me entran ganas de matarlo. Cojo aire e intento disimular, pero se me curvan los labios, es inevitable. Adoro su naturalidad y cómo me la muestra, aunque también me da pánico—. Adiós, *monsieur* Delaporte.

—Adiós. —Ellos tiran hacia la derecha y yo cruzo la calle.

Le he dado muchas vueltas durante toda la semana a lo que hicimos. No solo el domingo por la noche, cuando Arlette se bajó a su casa y estuve repasando uno a uno cada paso que dimos hasta terminar masturbándonos el uno al otro en mi cocina. Los recuerdos de su mano sobre mi polla y la forma en la que me tocó, junto con sus miradas, y el sabor de sus labios, me provocaron la última erección del día. Una a la que tuve que poner remedio antes de dormir.

También me comí la cabeza el lunes, cuando nos reencontramos en clase a primera hora, sin que hubieran llegado sus compañeros. Fue raro tenerlo ahí sentado después de haberlo tenido entre mis brazos. Tuvimos que controlarnos para no echarnos a reír como dos idiotas. Y luego, mientras les hablaba de transposiciones tridimensionales, tuve que concentrarme mucho para no mirarlo.

O el mismo martes, cuando estuvimos visitando el Jardín de las Tullerías. Las miradas, los roces mal disimulados y las alusiones veladas a nuestro encuentro no hacían nada más que encender cada milímetro de mi piel. La vuelta a la escuela en el metro se volvió agobiante, sobre todo para mí, porque tenía una sensación extraña en las tripas, entre culpabilidad y debilidad, por no haber sido capaz de controlarme.

El miércoles y el jueves solo nos cruzamos en el patio, a la salida de la cafetería. Como él estaba rodeado de compañeros, no hablamos; hasta llegar a casa, claro, que lo hicimos por WhatsApp. Por esa razón Teo sabía a qué hora iba a ir a nadar hoy, y por eso he dicho antes que nuestro encuentro no ha sido tan fortuito como pretendía hacerme creer.

El viernes el tráfico en las calles de París es insufrible, así que, si puedo, evito venir a la escuela en coche. Aunque el metro a esta hora tampoco es que sea el medio de transporte más confortable. Mientras espero, aprovecho para mandarle un mensaje a Enmanuel, pero no por el grupo. Necesito conocer su versión de los hechos para ser objetivo con los dos, porque me niego a que, por unos polvos, la amistad de los tres se esfume.

Yo:

¿En serio trabajas? ¿O solo era la excusa perfecta para escaquearte?

Tarda más de diez minutos en responderme, justo cuando hago el transbordo.

Enmanuel:

¿Después de tantos años aún no me conoces? Me han cambiado la guardia y curro esta noche. De todas maneras, no sé por qué ella se empeña en salpicarte con nuestras movidas, deberías quedarte al margen.

Yo:

No seas absurdo. ¿Cómo me voy a quedar al margen? Sois mis amigos, y lo único que quiero es que lo sigamos siendo, los tres. Sin distinciones.

Enmanuel:

Pues dile a tu amiga que, si tan enamorada dice que está de mí, tendría que haber tenido los ovarios suficientes para contármelo antes.

Yo:

Vale. Estás cabreado. Lo entiendo. Tenéis un problema de comunicación. Y supongo que esa información que te ha dado ahora no sabes cómo manejarla, es comprensible. Pero también te voy a decir dos cositas. Una, has estado muy ciego. Y dos, sois amigos, y eso es lo más importante. Sea lo que sea, tienes que pensar con la cabeza, no con el pene.

Enmanuel:

¿Con la cabeza piensas tú cuando invitas a Teo a comer a tu casa? ¿O cuando le dejas que se meta contigo en la ducha?

Yo:

Golpe bajo.

Enmanuel:

Pues pásate por urgencias y te miro eso también.

Yo:

Venga, no te mosquees conmigo. Solo soy el mediador. Y quiero lo mejor para vosotros. Esta semana me llamas y quedamos.

Enmanuel:

Perfecto. Abrid la botella de Burdeos que le sustrajiste a tu padre y

bebérosela a mi salud. Esta semana te llamo sin falta.

Cuando llego al rellano de mi casa, ya tengo a mi amiga esperándome con una botella de vino blanco en la mano. Lleva puesto un pijama que perdió hace años el glamur, y una chaqueta de punto cargada de bolas encima. Menos mal que no se ha hecho un moño en lo alto de la cabeza, porque tendría que empezar a mirar centros de rehabilitación.

—¿Y este conjunto? Con esto no me pretenderías seducir, ¿verdad?

—Abre, idiota, o me la bebo a morro. Además, ¿qué quieres que me ponga? No va a venir... —musita.

—Es verdad que le han cambiado la guardia, pero, tranquila, he quedado con él esta semana. Dale tiempo.

—Tenía que haber seguido callada.

—O haber hablado antes de restregaros, Arlette.

—Demasiado tarde —afirma cabizbaja.

—Entra, anda. Y sírvete tú misma. Voy a cambiarme.

Dejo mis cosas encima de la cama, y cuando estoy sacando el pantalón y la camiseta de debajo de la almohada, porque está claro que mi pretensión de cena con amigos se va a quedar en una lacrimógena fiesta de pijamas, suena mi móvil. Teo me ha enviado una foto.

Vaquero ajustado gris oscuro y camisa vaquera del mismo color, que todavía no se ha abrochado, así que ahora mismo tengo una perspectiva fantástica de sus abdominales. Me muerdo el labio con más fuerza de la que pretendía. Está muy guapo. Aunque no hace falta que se lo diga, porque lo sabe. No sé qué quiere que le responda. Porque ahora mismo me encantaría tenerlo delante y borrarle esa sonrisa a mordiscos.

Yo:

Abrígate, por la noche desciende la temperatura.

Enfant:

La mía no.

Sí, no me juzgues, he cambiado el nombre de su contacto en mi agenda esta semana, después de que me confesara que le pone mucho que lo llame así.

Yo:

Disfruta, Teo. Y ten cuidado, ¿vale?

Lanzo el móvil contra el colchón, porque ni yo mismo me reconozco, y me pongo el pijama. Es viernes, es lógico que no se quede en casa, es más, es que no debería quedarme ni yo.

—¿Saco algo de la nevera? —me pregunta Arlette.

—Los quesos. Y una pechuga de pollo. Ahora voy.

Me entra otro wasap.

Enfant:

Vale. ¿Estás bien? ¿Quieres decirme algo?

Escribo y borro. Nada suena coherente en mi cabeza, y no quiero que se dé cuenta de que estoy perdido cuando se trata de él. Así que me manda otro mensaje, cansado de esperar.

Enfant:

Magnifique. Pero creo que nunca te he dado motivos para que desconfíes de mí.

Yo:

Tienes razón. Lo siento. Perdóname. Por lo de antes en la escuela con Hans y por lo de ahora, que, sinceramente, no sé muy bien cómo explicarlo.

Enfant:

Se me están ocurriendo algunos nombres...

Yo:

Olvidalo, por favor. Soy muy tonto, bueno, en realidad, es que tú me pones así. Tengo a Arlette aquí. Mañana hablamos, ¿vale?

Enfant:

Mañana nos vemos. Y hablamos. Y nos besamos. Y quizá terminemos lo que se nos quedó a medias. No sé, ya que estás con Arlette, igual deberías quitarle el juego de llaves de tu casa...

Yo:

Hasta mañana, *enfant*.

Como despedida, me manda otra foto, solo de su cara, guiñándome un ojo. Qué larga se me va a hacer la noche.

25

Nuestro segundo paseo por París

TEO

Cuelgo la llamada con Berta. Cada vez nos cuesta más encontrar un hueco para hablar, así que, mientras me estaba vistiendo, nos hemos puesto al día. Ella también estaba preparándose para salir. Antes de guardar el móvil, tecleo y cojo las zapatillas para calzarme.

Yo:

Salgo ya. Te veo en Ópera. A la salida de la estación del metro. Si no me pierdo en el transbordo.

Magnifique:

Estación Belleville. Línea 11. Dos paradas. Sales y vas andando hasta República. Después, línea 8. Cinco paradas hasta Ópera. Y allí estaré.

He vuelto a cambiar su nombre en mi agenda, sí.

Yo:

¿Esperándome con los brazos abiertos? Mira que está cayendo aguanieve, a ver si me lío en el metro y terminas convirtiéndote en estatua.

Magnifique:

¿Quieres dejar el móvil e ir a la estación? Así no me congelaré.

Yo:

Uy, cuánta impaciencia, ¿no? ¿Tienes ganas de verme?

Magnifique:

Tengo ganas de tomar chocolate caliente en esa librería.

Yo:

¿Solo?

Magnifique:

Contigo, Teo. Pero, en serio, a las cinco de la tarde es de noche y rondaremos los cero grados. O sales de ahí ya o no te acompañaré.

Me río abiertamente y suelto el móvil para atarme los cordones. Igual tengo que ponerme una sudadera debajo del plumífero hoy.

—¿Y esa sonrisilla? ¿A qué se debe? —me pregunta Eric, sentándose a mi lado en el sofá.

—A un vídeo que acabo de ver en TikTok.

—A ver, enséñamelo. —Echa la mano a mi teléfono.

—¡Esas manos! —Soy más rápido que él y lo intercepto.

—Ya. Ayer en la fiesta no te vi muy receptivo con Pablo. Así que supongo que no estabas wasapeando con él.

—No. No era él.

—¿Y no piensas decirme quién era? Muy bonito. Yo soy como un libro abierto para ti, y tú nada, ni un mínimo detalle. —Se lleva una mano al pecho, haciéndose el ofendido.

—Tú eres un libro abierto para todos, amigo. Y no estoy criticándote. Pero es que has paseado por aquí a todos tus rollos, así es imposible que me escondas algo. —Me levanto y me despido de él—. No sé si vendré a dormir.

—Vaya, cuánto misterio, esto cada vez se pone más interesante, nene. —Se cruza los brazos, repantingado en el sofá—. Y si digo un nombre, así, al azar... ¿Te imaginas que acierto?

—Adiós, Eric.

Cierro la puerta y no miro hacia atrás. Solo se me ocurre un nombre que podría salir de su boca, de lo que no estoy seguro es de qué cara se me quedaría al oírlo. Mejor no arriesgar. Cuando salgo a la calle, me percató de la rasca que hace, como me había adelantado Olivier. Hoy es el primer día desde que llegué que lo noto de verdad. La nariz y las orejas se me quedan heladas en lo que llego a la estación. Mientras espero el metro, me pongo los AirPods y me subo la capucha para entrar en calor.

Podía haber ido a recoger los libros de fotografía que ha encargado mi madre para regalárselos a Axel cualquier otra tarde, pero así, cuando venga mi hermano dentro de dos semanas, ya los tendré en mi poder, y se los podrá llevar él. Además, ha sido la excusa perfecta para pedirle a Olivier que me acompañara. He empezado a moverme con algo más de soltura por la ciudad, incluso ya me he puesto a dibujar mi propio mapa con mis rincones favoritos, pero, definitivamente, pasear con él es mucho mejor que hacerlo solo.

La librería está en el distrito IX, y ha sido idea de Olivier que después vayamos a otra que quiere conocer, que está a unos quince minutos andando de la Ópera Garnier, donde, además, podremos tomar chocolate caliente y merendar algo. A mí me ha parecido perfecto que podamos pasear juntos por París. *Un plan especial*, como diría Hans.

Subo el volumen de *Siberia*, de Nickzzy y Natalia Lacunza, mientras espero el último metro. Releo el mensaje de Olivier para no equivocarme con las paradas.

Cuando salgo a la calle de nuevo, ya ha anochecido. Busco a Olivier, pero no hay ni rastro de él, así que me quito los auriculares y los guardo en el bolsillo. Aprovecho para sacar el móvil y preguntarle si se ha arrepentido, pero, en ese instante, siento que alguien se pega a mi espalda y me susurra con un acento inconfundible:

—¿Estás buscando a alguien?

Me doy la vuelta y se me escapa una tímida sonrisa al verlo.

—Lo cierto es que sí, pero el tío con el que he quedado no lleva gafas.

Son de pasta negra, y le quedan muy bien, para qué mentir. Le dan un punto extra de atractivo. Muy interesante.

—Sí las lleva, cuando conduce de noche. Se me ha olvidado dejarlas en la guantera.

—¿Has venido en coche?

—Sí. Por si se nos hace tarde. Así puedo acercarte a la residencia luego.

—Estás guapo con ellas. Bueno, tú siempre estás guapo, hasta con esa ropa de señor mayor que llevas a clase. Y en la ducha, sin complementos, tampoco estás mal. Pero ahora sí que pareces un auténtico...

—Profesor —termina él la frase.

—De literatura inglesa, sin duda.

—No seas malo. Tú también estás muy mono vestido de esquimal. Es la primera vez que te veo tan abrigado.

—Es que tenía las orejas congeladas. Ya ves, el puto frío de París del que tanto me hablaron y que pensé que nunca llegaría.

—A ver si vas a estar enfermo. —Olivier se ríe de mí, obviamente.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de que te contagie?

—Digamos que tengo miedo. Pero no a contagiarme —masculla, y a pesar de la poca luz que nos rodea, veo el brillo en sus ojos—. De todas maneras, me gusta más tu versión a la salida de la piscina, sin complementos.

—¿Sí? —Me acerco un paso más a él, y el vaho que sale de nuestras bocas se entremezcla—. Pues puedo repetir esa misma versión sin haber nadado antes.

No puedo contenerme más y me abalanzo sobre sus labios. El beso es corto, porque noto la tensión de cada músculo de su cuerpo, incluso con todas esas capas, y me separo a regañadientes de su boca.

—Teo...

—Ha sido inevitable. —Zanjo el tema, antes de que se arrepienta de haber venido.

Como la librería está a pocos metros, no tardamos nada. Le enseño el número de reserva a la dependienta y, mientras ella va a buscarlos, Olivier y yo echamos un vistazo entre las estanterías. Él cae en la tentación y se compra dos. Uno sobre paisaje urbanístico sostenible en Europa. Y el otro es de Peter Lindbergh, un famoso fotógrafo de moda; me dice que es para regalárselo a su hermana Inés.

—¿Ella también estudió Arquitectura? —le pregunto cuando nos ponemos a la cola para pagar.

—No. Estudió Bellas Artes, como Arlette. Terminó el año pasado. Acaba de cumplir veintitrés. Quiere mudarse a Roma, pero mis padres la están presionando para que trabaje en el estudio con ellos.

—¿Y a ti? ¿Nunca te han propuesto que trabajes con ellos?

—Qué va. —Niega con la cabeza, pero percibo un halo de resquemor en su respuesta—. A mí me pidieron justo lo contrario. Mi padre, cuando se enteró de que quería ser arquitecto, me dejó claro que nunca había visto potencial creativo en mí, y como él es una eminencia en lo suyo, me lo tomé como una verdad absoluta. Digamos que me dejó caer de manera bastante significativa que la docencia sería mi elección más acertada.

—¿Estás hablando en serio? Pues será tu padre, pero, perdóname que te diga, tremenda tontería. No me puedo creer que te dijera eso.

—Yo sí.

Es su turno, y dejamos el tema aparcado. Mejor, porque no quiero que su mirada se siga apagando. Él paga y yo recojo mis libros.

Cuando salimos a la calle, para mi más absoluta sorpresa, es Olivier el que se acerca a mi boca y me besa. El beso es más profundo que antes, y lento, cargado de intención. Vamos, que me calienta como si estuviera pegado a un radiador.

—Ha sido inevitable —me parafrasea, excusándose—. Vamos a cruzar, es por allí.

—¿Cuánto tardamos en llegar?

—Quince minutos, más o menos, depende de las veces que nos paremos a besarnos.

—Vale, pues entre beso y beso, un test rápido.

—¿Ahora?

—Sí, es que me he dado cuenta de que apenas sé cosas de ti. Y es la mejor manera de obtener información relevante mientras paseamos por esta ciudad tan mágica. —Se lo adorno—. Pero lo divertido es responder rápido. Nada de pensar demasiado la respuesta o creeré que me estás engañando.

—Rápido. Está bien. Empiezo yo. ¿Dulce o salado?

—Dulce. Me ofendes, Olivier, ¿ya no recuerdas lo del tiramisú? Sé que tú eres más de mezclar dulce y salado. Y que te van los cítricos. Tienes que pensar mejor las preguntas, novato. Mi turno. ¿Playa o montaña?

—Playa. ¿Color favorito?

—Verde. Como mis ojos.

—El mío también.

—Oye, esa no te la he preguntado yo, así que me toca otra vez. —Frunce el ceño, como si estuviera haciéndole trampas, pero continúo—: ¿Ciudad donde te gustaría vivir que no sea París?

—Barcelona. Como sé que te gusta el fútbol, ¿Barça o Madrid?

—¡Oh, no! Típica pregunta de ignorante que te acaba de hacer caer un par de posiciones. Ninguno de los dos. Soy del Real Racing Club de Santander, el equipo de mi ciudad. El fútbol es mucho más que Barça o Madrid. Para mí, ser del Racing es un sentimiento, una pasión inexplicable. Ya te lo desarrollaré detenidamente en otro momento. ¿Canción favorita?

—Esa es muy difícil. Tengo muchas.

—Una de las que más te gusten.

—*Fix You*, de Coldplay.

—Es triste.

—Soy un tío triste.

—Mentira. Vas de triste, pero es solo fachada. Conmigo haces bromas, y curvas más de quince grados los labios cuando te ríes. —Sonríe mucho—. ¿Ves?, ahí lo tienes.

—¿Más de quince grados? Esto también deberías desarrollármelo más tarde. ¿Se puede repetir pregunta?

—Claro.

—¿Tu canción favorita?

—Una de ellas. *Adore You*, de Harry Styles.

—Guau...

—¿No te gusta?

—¿Esa es otra pregunta? —Cabecea y vuelve a sonreír. Me divierte ver que disfruta de la dinámica del juego—. Y sí que me gusta.

—¿El nombre de tu primer rollo?

—Pues como se habrán dado cuenta, la ronda de preguntas de tanteo terminó, y ahora, vamos a dar paso a las que realmente importan —dice con voz de presentador de televisión—. Khalid. ¿La chica con la que perdiste la virginidad?

—Berta. Mi mejor amiga. ¿Por qué sabes que fue con una chica?

—Llámalo intuición.

—¿Pasivo o activo?

—¡Oh, no! —me imita—. Típica pregunta de inexperto que no te hace perder ninguna posición, pero que necesita una explicación mucho más amplia que desarrollaré detenidamente.

Voy a protestar. O a lanzarme para callarle la boca, porque me ha dejado con la mía abierta, pero me señala la puerta de Book Nook.

Entramos y nos quedamos gratamente sorprendidos. En realidad, es una cafetería y una editorial, el local combina ambos negocios. Se distinguen dos zonas: la de la cafetería, donde hay bebidas calientes, bollería y un espacio donde poder charlar o leer, con sofás de cuero y de terciopelo, y mesas de estilos diferentes; y la sala de lectura, con los libros de la editorial.

—¿Nos sentamos en esa? —le pregunto. Está libre la de delante de la cristalera.

—Sí, esa está bien. ¿Qué quieres tomar?

—Chocolate. Y un gofre con helado. Como ese. —Señalo el que se está comiendo una chica en una mesa a la derecha.

—Por lo del dulce, ¿no? —sisea mientras se va a pedir.

Antes de sentarme, me quito varias capas, porque aquí hace calor, y supongo que el chocolate vendrá hirviendo. Cuando lo veo acercarse con las tazas, me levanto para ayudarlo.

Todo tiene una pinta increíble. Cojo un poco de chocolate con la cucharilla y me lo meto en la boca.

—Umm... Qué bueno —canturreo—. Además, espeso, como a mí me gusta. —Parto un trozo de gofre y lo pruebo—. Y si lo combinas con esto es la hostia.

—Esa boca, Teo. Los españoles tenéis un repertorio de tacos interminable.

—¿Sí? Y los franceses habláis como si os estuvieran metiendo algo por el... —Me doy cuenta de lo que iba a decir y me llevo las manos a la boca para callarme.

—Voy a ignorar esa parte... —masculla Olivier, pero empieza a descojonarse de mí.

Él también se ha pedido un chocolate, pero para comer ha escogido bizcocho de limón.

—Me gusta el sitio, buena elección.

—Me alegro. Espera, te has manchado —me informa, y lleva su pulgar hasta la comisura de mi boca para limpiarme.

—Y tenías que hacerlo con el dedo, ¿no? —Arqueo una ceja, sorprendido por su gesto. Y excitado, eso también.

—Era lo que tenía a mano. —Se empieza a reír de su chiste malo y se levanta para ir hasta la barra a coger más servilletas.

Debe de ser la hora punta antes de que cierren, porque no para de entrar y salir gente. Tarda unos segundos en regresar.

—Toma. —Olivier deja las servilletas encima de la mesa y se queda de pie, mirando la calle a través del cristal—. ¿Has terminado ya?

—No. Me falta el chocolate. Y a ti también te queda un poco todavía. —No hay ni rastro de la sonrisa con la que se ha levantado antes—. ¿Pasa algo? ¿Estás bien?

—Sí. Voy un segundo al baño.

Mientras espero a que vuelva, saco el móvil del bolsillo, me hago una foto bebiendo el chocolate, y la mando al grupo de familia. Enseguida recibo fotos de Sofía poniéndome caritas.

¿Olivier está tardando mucho o solo me lo parece a mí?

Cuando regresa a la mesa, tiene la mirada perdida, aunque se sienta otra vez. Lo que me desconcierta más es el silencio, sepulcral. No te voy a mentir, me estaba gustando mucho su versión charlatana de antes.

—¿Seguro que te encuentras bien? —Alargo mi mano para coger la suya por encima de la mesa y, en cuanto rozo sus dedos, la aparta bruscamente.

—¿Qué haces?! Para, no me toques —me espeta borde.

¿En serio tenía que decírmelo así? Lo que más me molesta es que sigue sin mirarme a los ojos, solo marea el contenido de su taza.

Ahora sí que estoy descolocado. ¿Ha cambiado de opinión con respecto a estar juntos aquí? Hace diez minutos no parecía tener ningún problema, es más, ha sido idea suya venir. ¿O tiene miedo de que nos vea alguien? Igual ha visto a algún alumno de la escuela, o a algún profesor. Echo un vistazo al resto de los clientes. Ahí siguen las chicas de antes. Un par de parejas tomando café con sus respectivos cochecitos de bebé, al lado de la mesa que tiene la máquina de escribir antigua, y una señora, bastante mayor, que está sentada en la butaca orejera leyendo un libro. No me suena nadie.

—Tranquilo. Lo he pillado —miento, porque ahora mismo no entiendo nada.

—¿Te falta mucho? —Se mete el último trozo de bizcocho en la boca y se gira para coger su abrigo.

—No, ya he acabado. Olivier... —lo llamo, tratando de que se dirija a mí mirándome a los ojos.

—Ponte la sudadera antes de salir, ahora hará más frío que antes.

¿Eh? ¿Ahora es mi padre? No entiendo nada.

Sin más, se levanta, se pone el abrigo, y sale a la calle. Flipando mucho, me visto y lo sigo.

—Olivier, me puedes explicar...

—Podemos dar un paseo, si quieres —me corta como si no hubiera pasado nada fuera de lo normal—. ¿Has estado en la Place de la Madeleine? Tengo el coche en un *parking* cerca de allí. Andando es un rato. La zona es bonita también.

—¿En serio? ¿Vas a hacer como si los últimos quince minutos no hubieran existido?

—Teo...

—No. No puedo obviarlo. Te has ido al baño y has vuelto a la mesa como si estuvieras muy lejos de aquí. Ese Olivier no tenía nada que ver con el que se había levantado antes de ahí. ¿No vas a explicármelo?

—Teo, no hay nada que explicar.

—Perfecto, si tú lo dices... Pero no me trates como si fuera tonto, o un maldito crío, porque ya te lo he dicho más veces, no lo soy.

—Vamos, Teo, sigamos con el paseo. Tú, yo y París. —Cambia el tono a uno menos seco, pero sigue esquivando mi mirada, y eso es una mala señal—. Vamos mejor por aquí, el camino es más corto. —Gira en la otra dirección, en vez de por donde hemos venido, y empieza a caminar.

Bufo y me muerdo la mejilla por dentro. Estoy enfadado con su actitud, y lo que más me molesta es que ahora haga como si nada. Sé lo que he visto ahí dentro, y sé cómo me he sentido, no son tonterías que me haya inventado. Aun así, lo sigo, porque, ahora mismo, estoy bastante desorientado también.

Caminamos uno al lado del otro, en silencio. Esto es surrealista. Así que voy buscando una estación de metro para volver a la residencia cuanto antes.

Menos mal. Ahí hay una. Trinité.

—Me voy, Olivier.

—¿Qué? —No sé de qué narices se sorprende si está a kilómetros de aquí, aunque camine a mi lado.

—Que me voy a coger el metro. Gracias por acompañarme.

—Teo, yo... Ven conmigo. Deja que te lleve en coche, no me cuesta nada.

—No. No es necesario, gracias. Ya nos veremos.

—Teo...

Entro en la estación sin darme la vuelta para mirarlo. Y él no me sigue. Mejor. Porque no iba a arrastrarme detrás de él ni un minuto más. Saco el móvil y busco la aplicación del metro para poder regresar a la residencia. Y también le envío un mensaje a Eric para decirle que regreso ahora, no vaya a ser que se piense que va a tener la habitación para él solo.

Eric:

Estoy con Colette en su habitación. Así que hoy es toda tuya. Puedes subir a tu amante misterioso.

Yo:

Buen intento.

Guardo el móvil, pero antes lo pongo en silencio, porque lo que menos me apetece es recibir otro mensaje de Olivier con su manido *lo siento*.

Nuestro segundo intento

OLIVIER

Cojo el móvil y miro a ver si he recibido un mensaje de Teo. Nada. Pero sí que ha leído los que le he mandado desde anoche hasta ahora.

¿Qué querías, Olivier? Te comportaste como un auténtico imbécil.

Lo sé. Y me arrepiento mucho. Sobre todo, por Teo, porque sé que lo hice sentir incómodo, y eso no es lo que pretendía. Pero, lo que más me jode, es seguir otorgándole poder sobre mí a alguien que no tiene ningún derecho. Por eso necesito hablar con Teo y contarle por qué, de repente, me convertí en un gilipollas.

Tecleo de nuevo.

Yo:

Lo siento. Es el quinto mensaje que te mando. Dime qué necesitas que haga para que me respondas y también para que me perdones.

Me quedo absorto mirando la pantalla. Nada. Por una décima de segundo me parece leer que está escribiendo, pero quizá solo me lo haya imaginado.

No desisto.

Yo:

Me gustaría verte y explicártelo cara a cara, *enfant*. ¿Te apetece venir a comer a mi casa? Prometo que te lo contaré todo, sin guardarme nada.

Dejo el móvil en el salón y enciendo el ordenador. Va a ser complicado concentrarme en algo, aun así, me servirá para pensar en otra cosa y dejar de hacerme ilusiones, porque tiene pinta de que no va a responderme.

Como lo mejor en estos casos es regodearse, abro Spotify y busco su canción favorita. Me alucinó que eligiera a Harry Styles, y este tema en particular. La pongo en bucle. La verdad es que estaba siendo una tarde increíble hasta que todo se torció.

Como si lo hubiera invocado, me llega su wasap.

Enfant:

¿A qué hora voy?

Suelto el aire, aliviado. Eso significa que tiene intención de escucharme, ¿no?

Yo:

Cuando quieras, aquí estoy.

Enfant:

En una hora.

No hace falta que te diga que esa hora de espera me parecen dos. He repasado cada rincón de la buhardilla. He encendido la vela de bergamota. He colocado tres veces los cojines del sofá, de tres maneras diferentes, como si lo importante fuera el entorno y no las palabras que van a salir de mi boca. Y me he mirado en el espejo cada vez que he pasado delante de él. La última ahora, cuando suena el timbre.

Abro la puerta y me quedo apoyado en la madera, sujetándome con fuerza, porque los nervios pesan. Cuando sale del ascensor y me ve aquí, atrincherado, se sorprende. Sonrío comedido, a ver si con un poco de suerte me devuelve la sonrisa, pero nada.

—Hola...

—Hola. —Me aparto para dejarlo pasar primero.

Se descalza y deja la cazadora en el perchero. Ha vuelto a su camiseta de manga corta, hoy morada, con una tabla de surf en la espalda y el nombre de una escuela. Debajo, un pantalón de algodón negro ancho, y el pelo revuelto, como si se lo hubiera estado atusando.

—Teo... —lo llamo, y estiro mi mano para alcanzar la suya antes de que llegue al salón. Me deja tocarlo durante unos segundos, pero la retira.

—Tú dirás.

—¿Nos sentamos?

—Estoy bien de pie.

—Por favor.

A regañadientes se sienta en el sofá y yo hago lo mismo, a su lado.

—Antes de que empieces, quiero decirte una cosa. —Me mira de frente y yo a él. Hoy no pienso esquivar su mirada. Quiero que vea la sinceridad en mis ojos como la veo yo siempre en los suyos—. Ayer me hiciste daño.

—*Enfant*... —Llevo mis manos a su cara y me inclino para juntar nuestras frentes—. Lo siento, lo siento mucho. Yo no...

—Déjame terminar. —Se separa de mí—. Me dolió que cambiaras de actitud en cuestión de minutos, pero lo que más me molestó fue que no me dijeras qué te había pasado, y me trataras como si fuera un maldito crío al que sus padres le cuentan una mentira piadosa porque no está preparado para escuchar la verdad.

—Perdóname. Lo siento mucho. Pero es que...

—Eso ya lo has dicho por wasap —me corta—. Ahora necesito algo más que una disculpa.

Cojo aire y ordeno las frases en mi cabeza antes de empezar a hablar.

—Necesitas una explicación y voy a dártela. No quiero justificar lo que hice, ¿vale? Porque no estuvo bien, y mi actitud fue solo mía, no tuvo nada que ver contigo.

—Te escucho.

—Ayer, en la cafetería, me encontré con Jean Paul. Mi ex llegó después que nosotros, con su mujer y su bebé. Cuando me levanté a coger las servilletas y los vi, colapsé. Reconozco que reaccioné mal, sobre todo contigo, que no tenías nada que ver en esa historia.

—Olivier, joder. No sabía que él... ¿Ese es el gilipollas que te escondía? ¿Por eso? ¿Porque tiene una familia?

—Sí y no. No sé si quieres que te lo cuente, entendería que...

—Por favor, desde el principio.

—Está bien. Aunque quiero dejarte clara una cosa importante. Él ya no es. Ya te lo dije, Teo, pero quiero que lo tengas presente. —Veo cómo cierra y abre los puños, nervioso—. ¿Me has escuchado? —Asiente—. Te prometo que él ya no es. Y mi comportamiento de ayer no tiene justificación. Estaba tan a gusto contigo, estaba siendo tan feliz siendo solo Olivier en París durante una tarde, que cuando lo vi con su familia, siendo el mismo falso de siempre, pero elevado a la enésima potencia, me descoliqué. Me enfadé muchísimo. Con él, por aparecer en un lugar que hasta ese instante era solo nuestro, por mirarme como si me estuviera perdonando la vida, por seguirme al baño... Aunque, siendo sincero, lo que más rabia me dio fue que, por un instante, volví a entregarle el poder, aunque solo fuera el de estropear una de las mejores tardes que había tenido en los últimos meses. Y eso me mató, porque te involucré a ti, y no te lo merecías.

—¿Te siguió al baño? —Parece que es la única pregunta que tiene, de todo lo que le he dicho—. ¿Y qué hizo? ¿Os besasteis? ¿También este se puso de rodillas...?

—Teo...

—La verdad, Olivier.

—Intentó besarme, pero no lo consiguió, porque lo aparté. Le dije que ha perdido completamente la cabeza, que volviera con su familia, y salí de allí. Te lo prometo. Y él es el que estaba de rodillas en la habitación de Arlette aquella noche.

—No me jodas. ¿Y ya era padre?

—Sí.

—Qué hijo de puta. ¿Y tú y él... Cuándo? ¿Lo sabías? Dios, Olivier...

—Conocí a Jean Paul hace tres años. —Empiezo a hablar para que se calme—. Es cirujano cardiovascular, una eminencia en su campo, y trabaja en el mismo hospital que Enmanuel, aunque también opera a veces en otras ciudades de Europa. Fui a buscar a mi amigo al hotel donde celebraban la fiesta de Navidad, y esa misma noche nos enrollamos, allí mismo, en la habitación que tiene permanente para cuando está de guardia. Pensé que se quedaría en un rollo de una noche, porque él tenía treinta y seis años y yo veintitrés. Me pidió el móvil y a las tres semanas me llamó. No me dijo que estaba casado, obviamente, y me hablaba muy poco de su vida privada, solo de lo importante que era su carrera en el hospital y de que su familia era ultraconservadora. Solo estábamos juntos en el hotel, y alguna vez en mi casa. Achacaba su falta de querer salir a cenar, al cine o a pasear por la ciudad al agotamiento y la presión por su trabajo. Cuando yo me hartaba de no hacer nada juntos, él me concedía algún fin de semana en un pueblo a las afueras de París. Y yo era idiota, aceptaba sus migajas y, encima, lo disculpaba. Fue Enmanuel el que se enteró de que estaba casado con su novia de toda la vida y me lo contó hace más o menos un año. Cuando lo enfrenté, se hizo la víctima. Me creí la mentira de que estaba pensando en dejarla, que como sus familias se conocían de toda la vida era complicado, pero que quería estar conmigo por encima de todas las cosas. Pasaron los meses, y yo cada vez me sentía peor a su lado, sin embargo, no tuve el valor de ponerle fin. En abril, fui a buscar a Enmanuel al hospital porque iba a comer con él, y mientras lo esperaba en la cafetería, oí a dos enfermeras comentar que el doctor Lambert iba a ser padre por primera vez. Ese mismo día quedé con él y le solté todo. Lo reconoció abiertamente y me dijo que era el sueño de ambos, que jamás iba a

dejarla, y mucho menos ahora, aunque él y yo podíamos seguir juntos de la misma manera, porque no tenía que ver una cosa con la otra.

—Menudo cabrón.

—Pues sí. Lo dejé ese mismo día. Tarde, pero lo hice. No volví a verlo hasta el cumpleaños de Arlette. Se presentó en su casa con la excusa de la exposición, porque es uno de sus clientes. Y ahí...

—Se puso de rodillas a comerte la polla para ver si lo perdonabas y volvías. *Magnifique*. —Se levanta resoplando y va hacia la nevera—. Necesito una Coca-Cola.

Inevitablemente sonrío. Teo no ha podido disimular que recordar ese episodio le afecta. Lo sigo. Abre una lata, dándome la espalda, da un buen trago y la posa sobre la encimera. Después, se agarra al borde con fuerza, supongo que sopesando todo lo que acabo de contarle.

—Dime algo. —Lo abrazo por detrás, arriesgándome a que me rechace o a algo peor, que se tense más. Afortunadamente, afloja sus manos y también sus músculos—. Ey, Teo, dime qué piensas. Mírame.

—No puedo...

—Sí puedes. Entiendo que quieras irte ahora que te lo he contado... —Se da la vuelta y lo acorralo contra la encimera, como hizo él conmigo la última vez que estuvo aquí. Me pierdo en el verde intenso de sus ojos, que son como dos pozos de sinceridad. Y en la punta de su lengua humedeciendo sus labios.

—No, no entiendes nada, Olivier. Estoy cabreado, muy cabreado, pero no contigo. Me parece mentira que, en este siglo, haya gente así de falsa todavía. Mi padre engañó a mi madre y fue el detonante de toda la mierda que vino después. No le deseo eso a nadie. Podía haberlo evitado poniendo fin a su relación antes.

—Teo, yo...

—No te estoy juzgando a ti. Tú no tenías pareja, pero él sí. Y dejo de lado el tema de la homosexualidad, porque no soy un experto en la materia todavía. Pero es que hoy en día, en una sociedad desarrollada, nadie te obliga a estar con una persona, y mucho menos a un tío de su nivel. Y quien diga lo contrario, miente. Por eso, ahora que me has contado todo, solo puedo pensar en lo que has tenido que pasar tú. En lo miserable que te ha hecho sentir cuando el único cerdo era él. Y en lo que me jode que te creas que eres invisible por su culpa. —Lleva sus manos a mi pecho y tira de mi camiseta para que me pegue más a él—. Yo siempre te miro, Olivier. Ayer. Hoy. Nunca dejo de mirarte.

—Yo ayer no podía mirarte, Teo. No sé por qué, pero él me removió un montón de miedos, complejos e inseguridades. Y cuando te vi marcharte hacia el metro, empecé a ser consciente del error que había cometido por no ir corriendo a buscarte. Solo espero que puedas perdonarme.

—Y yo solo espero que no vuelvas a esconderte. No de mí. —Se lanza a mi boca y lo recibo con el corazón todavía encogido, porque no sabía cómo iba a reaccionar después de enterarse de todo.

Lo que empieza como un tanteo de labios y lengua, con la velocidad justa para saborearnos poco a poco, para bebernos las palabras que no necesitamos pronunciar, y para olvidar el triste desenlace de ayer, termina con nuestras manos en busca de piel, hambrientas y omnipresentes. Las de él soltando el cordón de mi pantalón y relamiéndose. Y las mías ascendiendo por sus costillas hasta llegar a sus abultados pezones.

—*Enfant*, te... te he dicho que vinieras para hablar, porque necesitaba contártelo —jadeo contra su boca, con una erección preocupante—. Me encanta tocarte, pero, en serio, no era esto para lo que... —Su mano alrededor de mi polla me corta la respiración y el habla. Adoro la intensidad con que me la coge y cómo se muerde el labio anticipándose a lo que vendrá.

—Ya hemos hablado. Ya me lo has contado. Ya te he perdonado. Ahora quiero más, Olivier. Más de ti.

—¿Aquí? —Sonrío cuando me pellizca el labio y consigue bajarme el pantalón y el bóxer. Yo le quito la camiseta y llevo mi boca a su cuello, mientras él agacha la mirada para contemplar mi polla en todo su esplendor.

—No sé, es el mismo metro cuadrado del otro día, y ya sabes cómo terminó eso. O cómo no terminó.

—Entonces no. —Me río, poso mis manos en sus caderas, y le doy la vuelta para que apoye su trasero en la barra. Después, le bajo el pantalón. Alucino, porque no lleva nada debajo. Arqueo una ceja, esperando a que me amplíe información.

—Tenía prisa.

—Por la explicación... —lo vacilo. Es adorable la naturalidad con la que me cuenta las cosas.

Teo suelta mi erección, hasta ahora no lo había hecho, y me quita la camiseta. Aprovecho para sujetar yo las dos. La sensación es difícil de describir, pero nuestras respiraciones cada vez más aceleradas son una pequeña muestra de lo cachondos que nos estamos poniendo.

—Dios, Olivier. Es... Es...

La entonación de mi nombre está a punto de tener consecuencias. Buenas consecuencias. Sus primeras gotas se mezclan con las mías y me sirven de lubricante, aunque la piel de Teo es tan suave que no era necesario.

—¿Te gusta? —Muevo la mano frotando las dos con suavidad. Teo cierra los ojos y deja caer la cabeza hacia atrás ligeramente, dándome acceso a su cuello. Llevo mi lengua ahí y lamo su piel. Desde el lóbulo de su oreja hasta su clavícula. Luego, la paso por su pecho. Me llevo un pezón a la boca. Jadea. Gruño. Después el otro.

—Gustar no expresa todo lo que siento. Hostias. Es... es...

Me río, porque le cuesta encontrar la palabra exacta, aunque los gemidos que suelta me dan una pista de cómo se siente.

—Tienes que decirme lo que quieres. Tu placer, tu ritmo. No te sientas presionado nunca, ¿vale? Solo lo que tú quieras y cuando tú quieras. Y si cambias de idea, y quieres que pare, dímelo.

—¡Quiero que pares de hablar! —jadea de manera entrecortada, y se me escapa una carcajada—. Y quiero que sigas —me ordena, y lleva sus manos a mi cabeza. Ejerce una leve presión hacia abajo para que siga el camino descendente.

—¿Seguro? —Me yergo y pego mis labios a su boca. Le doy un beso suave, y vuelvo a buscar su aprobación con la mirada.

—Seguro. Pero no quiero que te arrodilles, Oli. Ahora no.

Ese Oli ha sonado mejor que cualquier canción. Asiento y le doy un beso mucho más profundo que antes, cargado de un sentimiento nuevo, que acaba de nacer en ese rincón intercostal donde creí que ya no volvería a haber vida. Teo, con una sola frase, ha fulminado de un plumazo cualquiera de mis reticencias.

Lo cojo de la cintura, lo impulso y lo subo a la barra por la esquina. Se acomoda, se echa hacia atrás y se apoya sobre sus codos. Hoy será mi comida. Me inclino, beso y lamo su estómago mientras tiro de sus pantalones para quitárselos del todo, también arrastro los calcetines. Hago yo lo mismo con los míos. Después, me pongo recto y durante unos segundos, nos contemplamos desnudos.

—*J'adore ton sourire.*

—Y yo que me mires así, como si fuera tu comida favorita.

—Ahora mismo vas a serla.

Sujeto su polla, que no sé por qué me parece más larga que cuando la vi en la piscina, quizá porque se ha recortado el vello, y me la llevo a la boca. Creo que Teo se tensa cuando me la voy metiendo muy despacio hasta el final de mi garganta, pero solo es hasta que se habitúa a las caricias de mi lengua sobre ella. Sabe dulce y salada. Y me excita tanto verlo disfrutar cuando acelero el ritmo que podría correrme solo con esa imagen. Sin soltar la base, se la chupo desde el principio hasta el final. Juego con su capullo, lo beso, lo succiono y vuelvo a tragármela, para después volverla a sacar y admirar cómo se retuerce de placer.

—Oli...

—¿Voy bien?

—Claro que vas bien, ya lo sabes. Yo no creo que sepa...

—Tu placer, *enfant*... El mío hoy es verte así. Concéntrate en disfrutar.

Beso sus testículos, lo que provoca que dé un pequeño brinco, porque la sensibilidad en esa zona es extrema. Después, recorro el camino de sus venas paseando mi lengua hasta su punta, donde me entretengo, como si estuviera chupando un helado. Teo se intenta erguir, sobreexcitado, pero termina tumbándose sobre la barra y llevando sus manos a mi pelo. No ejerce presión, solo acompaña mis movimientos y juega con mis mechones.

—Oli, Oli... ¿Dónde me corro? —balbucea.

—Pues dónde te vas a correr, en la cocina... —lo vacilo, sin dejar de devorarlo.

—Muy gracioso, digo que... Dios. Eso es la hostia, tu lengua ahí —jadea—. Ahí. No, no aguanto más. Así que o quitas la boca o...

No le da tiempo a terminar la frase. Siento las primeras gotas templadas contra mi paladar y a Teo sentarse para ser testigo de la mamada que le estoy haciendo. Me llena la boca mientras no para de soltar tacos en español que no alcanzo a comprender. Con su mano derecha tironea de mi pelo, pero hacia abajo, provocando que absorba el orgasmo que lo sacude.

Cuando se ha vaciado por completo, la saco, despacio. Me trago su semen, sin pensármelo, y me limpio los restos que me han quedado en los labios con el pulgar. Teo se deja caer hacia atrás, derrotado, y se tapa la cara con ambas manos.

—¡Qué desastre! ¡Qué puta vergüenza!

—¡Eh! No seas tonto. Ven aquí. —Le retiro las manos de la cara, me acerco a su boca y le doy un beso. Sigo empalmado, pero ahora lo único que me importa es que él se sienta bien con lo que ha pasado.

—No me ha dado tiempo a avisarte y...

—Y ha sido increíble sentir que te corrías en mi boca así.

—¿Lo dices en serio? —Se baja de la barra, y lo abrazo.

—¿Tú qué crees? —Cojo su mano y la llevo a mi erección—. Mira cómo estoy todavía, *enfant*. Te podría decir que me ha gustado comértela, pero, como bien sabes, gustar no expresa todo lo que sentimos —lo parafraseo.

—Podemos ducharnos juntos, y así ponemos remedio a esto —me dice antes de darme un beso.

—O podemos tumbarnos en el sofá un rato y seguir abrazándonos hasta que pidamos algo para comer. Y después, ya veremos. Sin presión, Teo.

—Está bien. Entonces, estamos como al principio.

—¿Como al principio?

—Sí. Sigo debiéndote una comida.

Vamos riéndonos hasta el sofá. Nos tumbamos, nos tapamos con la manta y nos abrazamos mientras se acompasan nuestras respiraciones.

Y ahora sí que el domingo, por fin, deja de ser frío y gris, aunque en París el sol siga ausente.

Nuestra burbuja

TEO

Sigo flotando, así que agradezco que Olivier haya sugerido que nos tumbáramos un rato en su sofá simplemente para abrazarnos. Porque, después de la maravillosa mamada que me ha hecho en su cocina, necesitamos unos segundos para que nuestras respiraciones se normalicen. Aunque dudo que lo hagan en los próximos minutos, ya que su erección sigue clavándose en mi estómago, y no pienso pasarla por alto.

—Teo, no hay prisa —me dice cuando se la sujeto. Es que es un imán y mis dedos no pueden dejar de ir hacia ella—. Ya te lo he dicho antes, no te he pedido que vinieras para eso. Sin presión, ¿vale?

Hundo mi boca en su cuello y aspiro su olor cítrico mezclado con el mío, y con el del sexo. Me excita esta combinación. Bueno, en realidad, me excita él, de pies a cabeza, y eso incluye su aroma, su forma de hablarme y la manera en la que me toca para darme placer.

—Presión la que tú tienes aquí. —Cierro el puño y lo abro. Olivier se muerde el labio y niega con la cabeza—. Y eso hay que solucionarlo.

Cuando he recibido sus últimos wasaps esta mañana, invitándome a venir, todavía tenía alguna reticencia. No me pareció ni medio normal lo que me hizo ayer y estaba enfadado con él. Ahora que me he enterado de lo que ocurrió, y de todo lo que ha pasado con su ex, me alegro de haber venido y haberlo arreglado. Lo cierto es que tampoco me apetecía llegar mañana a clase y que las cosas estuvieran raras entre nosotros.

—Si sigues así, voy a correrme sobre tu estómago.

—Vaya, tú sí lo tienes claro.

—*Enfant...* Me estás matando. —Acelero el movimiento de mi mano y sonrío al ver cómo disfruta de lo que le hago. Paseo mi pulgar por su punta y luego bajo mis dedos hasta la base.

—¿Quieres que te la coma? Podría bajar mis labios por aquí... —Deslizo mi índice desde su pecho hasta debajo de su ombligo—. Y pasarlos por aquí... —Juego con su capullo.

—Dios, Teo. Claro que podrías hacerlo, y estoy seguro de que lo bordarías, pero sería demasiado tarde. —Olivier posa su mano encima de la mía y me acompaña en los últimos movimientos antes de que su semen salga disparado entre su cuerpo y el mío. Aprieta los párpados y pronuncia mi nombre tantas veces seguidas que pierdo la cuenta. Cuando abre los ojos, se encuentra con mi sonrisa de oreja a oreja.

—¿Ves? Ahora ya estás mucho mejor.

—Sí. Y, definitivamente, ahora sí que necesitamos esa ducha.

—¿Ahora? Pero si estamos muy bien así —protesto, porque no quiero que nada ni nadie rompa esta burbuja.

—Lo sé, pero no solo olemos a sexo, sino que estamos pegajosos. Así que arriba.

Retira la manta y me hace levantarme con él.

La ducha del baño de Olivier es pequeña, porque justo pilla debajo de la parte abuhardillada del techo, así que, con su tamaño, no es que quede mucho espacio para los dos. Aun así, conseguimos dejarnos bastante limpios, sin emplear la boca, por si te lo preguntabas, aunque antes de salir del baño, cuando nos estamos secando, le recuerdo al oído que me he quedado con ganas de probar su sabor.

—¿Qué te apetece que pida para comer? —me pregunta mientras recuperamos la ropa del suelo de la cocina.

—Me da igual. ¿Tú qué quieres?

—Había pensado en pedir al japonés del barrio. ¿Te gusta? ¿O prefieres pasta?

—*Sushi* está bien, hace mucho que no lo como.

Mientras él coge su móvil para pedir, yo me acerco a la entrada, porque el mío está en la cazadora. Cuando regreso al salón, lo veo enredar con su portátil. Poso mi teléfono encima de la mesa baja y me siento a su lado.

—¿Y esa canción? ¿Es la última que habías escuchado? —Me río al ver que es la de Harry Styles, mi favorita.

—Si te digo que la he escuchado en bucle desde anoche, igual te calzas y sales corriendo por la puerta, así que, por salvaguardar mi dignidad, te mentiré y diré que acabo de ponerla.

—Ajá...

—¿Piensas que estoy muy loco?

—No. Pienso que sabías perfectamente que la habías cagado. Y que querías arreglarlo. Y quizá que te gusto un poquito. —Hago el gesto con los dedos.

Olivier se gira hacia mí y enmarca mi cara con sus manos para besarme.

—Me gustas algo más que eso. Pero, Teo...

—Olivier... —Niego con la cabeza y lo interrumpo—. No hablemos de eso ahora, por favor...

—Es que lamentablemente nuestra situación no ha cambiado. Y ya te dije lo que me molesta tener que hacerte esto, precisamente yo a ti, como si se me hubiera olvidado la mierda que supone.

—Para, por favor. —Me muevo y me siento en su regazo—. Mírame —le ordeno, porque ha bajado la cabeza—. Solo voy a decirte tres palabras. Y no quiero que volvamos a hablar de ello, porque, efectivamente, los dos sabemos que nuestra situación no ha cambiado; por lo tanto, no es necesario que me repitas lo mismo una y otra vez, ¿entendido? —Me mira a los ojos y asiente—. Pues ahí van. Confía. En. Mí.

Olivier me besa y el sonido de mi móvil nos interrumpe. Como estoy de espaldas a la mesa, es él el que se estira para dármele. Sé quién me está llamando; la canción, que él mismo escogió, es *Antiaéreo*, de Arde Bogotá. La primera frase ya hace que Olivier lo flipe mucho, pero cuando ve el nombre en la pantalla, termina de descolocarse.

—¿Tu rubio?

Cojo el móvil y cuelgo. Asier y su don de la oportunidad. Luego lo llamaré.

Olivier arquea una ceja y se mueve algo incómodo debajo de mi cuerpo. Sonríe, pero no me bajo de sus muslos.

—Tiene una explicación.

—No la necesito. Confío en ti —me parafrasea, lo que empieza a ser una práctica habitual entre los dos—. Pero ¿por qué no le respondes?

—Porque estoy contigo y no es urgente. Suele llamarme los domingos, para ponernos al día. Además, será para hablarme del viaje, dentro de dos semanas viene a visitarme con mi hermano y con Bruno, otro colega de ellos. Tengo ganas de verlos.

—Vale.

Uy, ¿ese tonito?

—¿Quieres que te hable de él? ¿O prefieres hacerte tus propias pajas mentales? —Trato de no reírme, pero es que me parece bastante gracioso que se haya puesto tan serio de repente.

—¿Fue importante?

—Es importante, Oli. En presente, pero porque es mi amigo. En realidad, lo conocí porque es uno de los amigos de mi hermano. Asier es el primer tío al que he besado, el primero que me ha hecho abrir los ojos con respecto a mi sexualidad, y el único que sabe que soy gay, además de Berta.

—¿Y tu familia?

—A ellos todavía no se lo he contado. No es que tenga miedo de su reacción ni nada por el estilo, pero he preferido esperar a tenerlo totalmente claro.

—¿Y ya lo tienes claro?

—Sí. Nítido. Cuando me enrollé con Berta y luego con otra tía sentí que algo no funcionaba, como si mi cuerpo y mi mente no estuvieran en la misma órbita. No sé cómo explicarlo mejor. Porque he estado rodeado de tíos siempre, en el fútbol, en el colegio, pero tampoco me habían despertado nada nunca. ¿Tú siempre lo tuviste claro?

—Sí. Desde los catorce, más o menos. Yo solo me fijaba en ellos, en sus manos, en sus cuerpos, jamás me fijé en los traseros de mis compañeras ni en sus tetas.

—Pues, no sé, será que mi sexualidad estaba dormida. A mí las chicas no me disgustaban, pero tampoco es que me volviera loco por ellas. Supongo que he tenido una adolescencia muy tranquila. Hace algo más de un año empecé a escuchar más a mi cuerpo, que quizá era eso lo que no había hecho. Y empecé a ser consciente de que me empezaban a gustar otras cosas.

—Pero ¿lo notaste tú solo o te empujó un poco *tu rubio*?

—¿Asier? Ni de coña. —Sonrío, porque en el fondo me encanta verlo un poco picado—. Él y yo solo hemos tonteado, tiene demasiado respeto a mi hermano y nunca quiso llegar más lejos; ya sabes, un código de honor de la amistad o algo parecido. Él sí que tiene miedo a Gael, porque mi hermano es... bastante capullo cuando quiere, de ahí que aparezca como «Tu rubio» en mi teléfono. A ver, nos gustábamos, y lo pasábamos bien juntos, sobre todo el año pasado, cuando mi hermano estuvo viviendo en Australia con su novia y no podía vernos. Asier siempre se ha portado muy bien conmigo, pero también es cierto que nunca me ha engañado. Supongo que solo sentía por mí una atracción sexual fuerte, que, puesta en un lado de la balanza contra la amistad de mi hermano, pues salía perdiendo.

—¿Y tú? ¿Estabas enamorado de él?

—Qué va. A mí me molaba mucho. Es guapo, descarado y sabía cosas de mí en las que ni yo mismo había reparado. Pero, sobre todo, me gustaba porque me sentía seguro con él y me reía muchísimo. Pero yo, Oli, nunca jamás me había enamorado. Ni de una chica. Ni de un chico.

Y antes de que no pueda salir de este hermoso jardín que estoy pisando, porque con mi confesión estoy dando por hecho que ahora sí que el amor se ha colado en mi pecho, suena el

timbre para salvarme de mí mismo por bocazas. Me levanto a abrir al repartidor con demasiado entusiasmo.

—¿Dónde lo pongo? —le pregunto cuando regreso con las bolsas del *japo*, confiando en que cambiemos de tema de conversación.

—En la mesa, delante del sofá, ¿no?

—Vale. Y podemos sentarnos en la alfombra. —Es lo que hago, lo saco de las bolsas y lo coloco en la mesa. Después cogemos los cojines pequeños del sofá y nos sentamos en el suelo—. Ya veo que tienes algunas reticencias a volver a acercarte a la barra —lo vacilo.

—Muy gracioso. ¿Tú no?

—La verdad es que no. Creo que se ha convertido en uno de mis lugares favoritos de tu casa. Y supongo que será así hasta que me lleves a tu cama.

—*Putain*, Teo. —Se lanza a mi boca y me besa con ganas. Me pilla tan de sorpresa su reacción que terminamos tirados, él encima de mí—. Tu naturalidad, ese par de ojos verdes y esa boca sin filtro empiezan a asustarme. Me da miedo que esto termine haciéndonos daño a los dos.

A mí me asusta un poco el tamaño que están adquiriendo nuestras entrepiernas otra vez, pero no se lo digo. Y que se ponga la venda antes de tener la herida.

—Deja de darle vueltas, Olivier. Además, te lo repito. Confía en mí. Y no es que quiera colgarme medallas, pero soy el mejor ahuyentando desastres.

Nuestra manera de echarnos de menos

TEO

Camino embobado mirando el móvil.

Magnifique:

Acabo de mirar mi agenda y hoy no ha pedido tutoría, *monsieur* Abad.

Yo:

Es que despejé todas mis dudas en la del viernes pasado, *monsieur* Delaporte. Es usted el mejor profesor de la escuela. ¿Se lo habían dicho ya?

Magnifique:

Con esa connotación no, *enfant*.

Yo:

Joder, me alegra oír eso.

—Yo no me pienso subir ahí. Estáis locos —protesta Gael y provoca las risas de Bruno y Asier, que vienen a su lado.

Yo me he adelantado un poco para responder a Olivier con algo de intimidad. Han pasado casi dos semanas desde que nos «reconciliáramos» en su buhardilla. Y nuestros encuentros solo han tenido lugar en la piscina y en la escuela, rodeados de gente. El último que hemos tenido a solas fue el viernes pasado, que ya no aguantaba más y pedí una tutoría para vernos sin testigos. Mi única duda era saber si tenía tantas ganas de estar conmigo como yo con él. Al principio, estaba reticente porque su despacho no era el lugar más idóneo para comernos la boca, pero enseguida se dio cuenta de que estar en un sitio tan pequeño y sin rozarnos no era una opción. Después de eso, nuestras obligaciones académicas nos han impedido quedar. Él ha estado concentrado en su tesis y yo adelantando trabajos y estudiando, que este mes con las vacaciones de Navidad se hace muy corto, y a la vuelta tendré todos los exámenes del semestre. Por eso nos hemos prometido pasar juntos el domingo, cuando Gael, Asier y Bruno se marchen de París.

—Vamos, tato. No seas cagón. No está tan alto.

—Doscientos setenta y seis metros —responde borde—. ¿Te parece poco? Lo acabo de leer en la Wikipedia.

—Alucino contigo, *bro* —afirma Bruno—. Te da respeto subir ahí, y luego coges la moto y no mides.

—Ya no corro.

—Desde que estás con Jana —comenta Bruno, y mi hermano lo fulmina con la mirada.

—¿Quieres que hablemos de lo que tú ya no haces desde que estás con Leah?

—Capullo.

—¡Ey! Relax —interviene Asier, que está flipado mirando la torre desde abajo. Se nota que es la primera vez que pisa París.

Llegaron ayer al mediodía, y nos estamos quedando a dormir todos juntos en casa de los padres de Axel, porque ellos no están. Anoche nos dio tiempo a dar un paseo por la avenida de los Campos Elíseos y terminar cenando en el Hard Rock Café. Después, ya en casa, Asier y yo nos quedamos despiertos hasta las mil, poniéndonos al día, mientras mi hermano y Bruno dormían plácidamente.

Esta mañana, yo he pasado a coger ropa por la residencia, mientras ellos han dado una vuelta solos. Ya le he dicho a Eric que el sábado deberíamos salir todos juntos y que intentara conseguir entradas para Le Club. Mi compañero se ha mostrado muy predispuesto, aunque creo que es porque tiene muchas ganas de conocer a Asier, por todo lo que me ha oído a mí hablar de él.

Hemos comido en una pizzería los cuatro, mientras me contaban que se han recorrido todas las tiendas que Asier traía apuntadas en una libreta, incluida la visita típica a las Galerías Lafayette. Más tarde quieren ir al Sacré-Coeur y a dar un paseo por Montmartre, aunque saben que en nada se hará de noche. Además, hace mucho frío, aunque no llueve, por lo que, con los plumíferos, los gorros y los guantes, parecemos cuatro esquimales paseando por París.

—Venga, tato. —Lo arrastro para que se ponga conmigo en la fila para comprar las entradas—. La foto de los cuatro desde arriba va a molar mucho. Y a Jana y a Leah les va a encantar. —Ellas les han mandado un montón desde Ericeira. Se fueron ayer con Hugo, el amigo de Jana, en su furgoneta, aprovechando que ellos venían aquí.

—Hasta el segundo piso. —Gael no cede—. No subo más, lo digo en serio.

—Por favor, Abad —se queja Asier—. Hazlo por mí.

—Sube con Teo y yo me quedo con él en el segundo piso —apunta Bruno—. Sin problema.

—Vale, entonces cogemos el billete de las escaleras hasta la segunda planta y ascensor hasta la cima para los cuatro, por si en el último minuto te animas —insiste Asier, que es el que más entusiasmado está.

Mientras subimos las escaleras vamos escuchando los exabruptos de mi hermano, que dice que tenía que haberse quedado abajo, que le tiemblan las piernas y va a morir. Las risas de nosotros tres son demasiado escandalosas para el resto de turistas que nos acompañan en el recorrido, pero nos da igual llamar la atención, porque es muy cómico ver a mi hermano, el chulo y el borde, comportarse así.

—¿Quieres darme la manita, Abad? —lo pica Asier.

—Bésame el culo.

—No me lo digas dos veces.

—Bésamelo a mí, si quieres —suelto conscientemente, y Bruno empieza a toser. Gael va tan agobiado que no se percató.

Quiero contarle a mi hermano que me gustan los tíos antes de que se vuelva a casa. Asier ya sabe que quiero sincerarme. Y Bruno se lo estará imaginando, porque la confianza que tengo con el rubio es bastante palpable, incluso las pequeñas bromas que nos hacemos delante de Gael. Lo que pasa es que no sé si decírselo sin más o ir dejándolo caer.

—Por el amor de Dios, Abad júnior. Qué poco sutil.

Cuando llegamos a la segunda planta mi hermano respira con profundidad. Me agarro a su brazo y lo llevo conmigo para admirar las vistas.

—¡Qué pasada! ¡Me *putoencanta*! —dice Asier, y sonrío.

—Haznos una foto, *bro* —pide Gael a Bruno. Asier se pega a nosotros y mi hermano lo aparta—. Solo los Abad, rubio. No te ofendas, es para mandársela a la *family*.

—Lía me adora, capullo —rebate él—. Además, podría haber sido un yerno magnífico.

Abro los ojos y sonrío. Y Bruno vuelve a toser. Siempre ha sido el más comedido de los tres. ¿Asier pretendía echarme un cable? Porque si insinúa que él y yo... Lo más probable es que mi hermano antes de preguntar le calce una hostia.

—Deja de drogarte... —masculla Gael.

Nada, la altura lo tiene aturdido.

Asier y yo cogemos el ascensor para subir a la cima. Nos dicen que no podemos estar mucho tiempo, porque van a cerrar el acceso a la última planta por el tiempo. Cuando salimos y vemos París desde aquí, Asier enmudece.

—¿Qué pasa, rubio? ¿Te ha comido la lengua el gato?

—Es... es una pasada. Mira... —Señala hacia la derecha.—. Y allí. —Se gira hacia el otro lado.

—Ven, vamos a hacernos una foto antes de que se haga de noche. —Me quito el guante y saco mi móvil. Tengo otro wasap de Olivier.

Magnifique:

Tengo ganas de domingo. Te echo de menos.

—Ohhh... —El bobo de Asier canturrea—. ¡Qué bonito!

Le respondo rápido antes de hacernos las fotos.

Yo:

Yo también te echo de menos, Oli.

Clic. Sonreímos en una. En otra sacamos la lengua. Y en la última, Asier apoya la cabeza en mi hombro, meloso. Hemos creado un grupo los cuatro por el viaje que se llama «Cántabros por París», así que las mando ahí para que nos vean Gael y Bruno.

—De noche también tiene que ser increíble —me susurra—. Y subir con alguien especial más.

—¿Te estás poniendo tierno, rubio? —Abro mis brazos y lo envuelvo con ellos.

—Puede que un poco. Recuerda que vengo de un pueblo perdido en las montañas. Y, no sé, estar ahora aquí, rodeado de inmensidad, es abrumador. Además, os veo a ti y a Gael, compartiendo cosas, y me siento algo triste. Vosotros habéis viajado con vuestra familia siempre, estáis acostumbrados a ver mundo, y a generar recuerdos bonitos. Yo con mis padres no he ido a ningún sitio nunca. Ni tan siquiera tuvieron la decencia de incentivar mi capacidad para soñar con marcharme lejos. Y qué te voy a contar de mi hermana, con la que solo comparto el blanco de los ojos. Me da pena que las cosas sean así.

—¿A ella tampoco le hubiera gustado estar aquí? ¿Dándote la mano y admirando todo esto? Seguro que sí.

Me choca verlo así. Asier siempre es el alma de la fiesta. Es el primero que hace reír a los demás, el más disfrutón, el que está dispuesto a pasar un buen rato, y el más simpático. Pensé que esa forma de ser era innata en él, sin embargo, puede que haya sido su forma de lidiar con las carencias que acaba de confesarme. La mayoría de las veces, no somos conscientes de lo importante que es tener una familia que te apoye y que mire por tu bien cada día.

—Qué va. Hay personas así, inmovilizadas dentro de su propio círculo. Uno demasiado pequeño. Por eso te digo que subir aquí con alguien especial...

—Eh. —Llevo mis manos a su cabeza y tiro de su gorro de lana, pegando nuestras frentes—. Pensé que yo era especial para ti. —Asier también llevas sus manos a mi nuca y me mira con esos ojos azules llenos de energía, que ahora están más apagados que nunca.

—Sabes que lo eres, Teo. Pero ya has entendido lo que he querido decir. ¿El profesor no te ha subido aquí?

—El profesor solo me ha subido a la barra de su cocina, de momento. Quise subirlo yo a él a la mesa de su despacho el viernes pasado, pero no me dejó.

—Dios, ¿ves? Ya sabía yo la suerte que iba a tener algún francesito contigo. Eres un diamante en bruto.

Nos abrazamos fuerte una vez más y vamos hasta el ascensor para bajar.

—Subiré aquí contigo todas las veces que haga falta, rubio —le digo, y le doy la mano. Asier se gira y me da un pequeño pico, como muestra de agradecimiento. Justo en ese instante, la puerta del ascensor se abre y pum.

—¿Qué coño estás haciendo, Asier?

—Gael... —decimos Bruno y yo al unísono.

—Calma —le pido.

—Te he preguntado a ti. —Señala a su amigo, y luego desvía la mirada a la unión de nuestras manos. Asier ha querido retirarla, pero yo no le he dejado. No estamos haciendo nada malo. Solo espero que no se crea que lo estoy utilizando para salir de esta.

—Y el que te va a responder soy yo. —Me llevo la mano de Asier a la boca y se la beso antes de soltársela. Mi hermano flipa, creo que hasta pierde tres tonos de color en la cara—. ¿Nos dais unos minutos? —les pido.

—Claro. Asier y yo os esperamos abajo, sin prisa —nos dice Bruno.

Gael se ha quedado mudo e inmóvil. Es Bruno el que le mete un pequeño empujón para que salga del ascensor y le susurra algo que no alcanzo a oír. Las puertas se cierran y ellos bajan.

—Joder —protesta—. ¿Qué parte no habéis entendido de que no quería subir hasta aquí?

—Tranquilo, no voy a obligarte a que te asomes a ver las vistas. Podemos bajar en el siguiente viaje.

—Muy bonito, Teo. ¿Y vas a contarme que tú y Asier os habéis estado riendo de mí, en mi puta cara? ¿En un ascensor? ¿Te parece el mejor sitio para hablarlo?

—No hemos hecho eso.

—Y yo me chupo el dedo. ¿Desde cuándo os estáis liando? ¿Desde que me fui?

—Vamos, tato. ¿En serio es lo único que quieres que te cuente? ¿Lo mío con Asier? ¿No prefieres que hablemos de cuándo me han empezado a gustar los tíos? ¿O de por qué no te lo había dicho?

—No. Sí. Mierda, no lo sé. En este instante, no sé lo que quiero saber y lo que prefiero ignorar. Pero cuando bajemos, voy a matarlo. Eres mi hermano pequeño, eres sagrado. Y él tiene mil tíos para elegir. No me parece ni medio normal que...

Se me escapa una carcajada. Ahora entiendo que Asier no haya querido arriesgarse nunca conmigo, porque sabía perfectamente cómo iba a reaccionar Gael.

—¿Quieres tranquilizarte?

—No me hace ni puta gracia, Teo.

—¿El qué? ¿Que sea gay?

—No digas idioteces. Eso no me importa. Bueno, sí que lo hace, pero solo porque no has tenido la confianza de contármelo antes, y me jode. Soy tu hermano, coño.

—¿Me vas a dejar hablar?

—Siempre estaré aquí para ti. Ya no soy aquel capullo que se quedó con papá tan feliz y que se distanció de ti un tiempo. Además, tus gustos son solo tuyos, tato, y yo siempre voy a respetarlos. ¿Y lo sabe mamá?

—Gael... —Lo sujeto del plumífero y lo obligo a que me mire y, lo más importante, a que me escuche. El ascensor vuelve a llenarse, y ya solo quedamos cuatro personas aquí arriba. Nos indican que tenemos que bajar en el siguiente—. Escúchame. —Asiente.

Y cuando por fin tengo su atención trato de explicárselo todo. Incluida la parte en la que Asier y yo solo hemos tonteado, sobre todo cuando hemos coincidido por ahí de fiesta. Mi hermano se va relajando a medida que me escucha. No le hablo de Olivier, pero sí que le menciono que aquí he conocido a alguien especial, y que es la primera vez que estoy ilusionado o enamorado, como prefiera.

Cuando llegamos abajo, pasamos por delante de Bruno y Asier. Le guiño un ojo al rubio, para que sepa que todo está bien, mientras Gael solo niega con la cabeza y masculla que ya hablará con él luego. Bruno, en cambio, se ríe de los tres, más relajado, porque se ha quitado un peso de encima también.

Gael y yo caminamos delante de ellos, que nos dejan espacio, y seguimos hablando; de Berta, de las otras niñas con las que me enrollé, de quién lo sabe, de cuándo me di cuenta de que me faltaba algo que no sabía identificar, de la ayuda de Asier enseñándome a gestionarlo, y de por qué había decidido esperar a contárselo a él y a nuestra familia. Cuando llegamos a la estación de metro, más o menos se lo he dejado claro.

—¿Mejor? —le pregunto.

—Sí, pero quiero que me prometas una cosa.

—Dime.

—No dejes que ningún imbécil te haga daño, ¿vale? Porque da igual que estemos en el siglo xxi, en este mundo siguen quedando un montón de retrógrados gilipollas, tato. Algunos, además, están más cerca de lo que creemos.

Asiento y nos damos un abrazo. Los dos sabemos a quién se refiere, aunque no lo digamos en voz alta.

—¿Me vas a calzar esa hostia? ¿O puedo seguir disfrutando de París sin tener un ojo morado?

—Te voy a calzar otra cosa. —Y, para sorpresa de todos los presentes, mi hermano, el borde, abraza a su amigo, que no puede disimular su alivio y su sonrisa—. Gracias, rubio. Por cuidarlo. Y por no...

—¡Gael! —me quejo antes de que termine la frase. Lo mejor de todo es que estira la mano para que me una a su abrazo.

—Dios, pero ¿qué ven mis ojos? Esto hay que immortalizarlo. —Bruno saca su móvil, se coloca detrás de nosotros y nos hace un millón de fotos a los cuatro pegados.

Cuando me llegan los avisos al wasap, cojo mi móvil del bolsillo de la cazadora para echar un vistazo a las fotos, pero lo primero que me sale es el último mensaje de Olivier.

No me jodas.

Magnifique:

Extraña forma de echarme de menos.

¿Eh? Subo para ver el hilo de la conversación y me doy con el móvil en la frente. Antes me he debido de equivocar. Le he mandado la última foto con Asier pegado a mi hombro, en vez de pasarla al grupo. *Magnifique*.

Nuestra manera de comunicarnos

OLIVIER

—El coche llega en ocho minutos —nos anuncia Arlette desde su habitación.

—¿Ves como no era tan difícil? —Miro a Enmanuel, que está llevando las copas vacías a la cocina. Mi amigo me dedica media sonrisa—. Ella, tú y yo, como siempre.

—Bueno, como siempre tampoco. ¿No la has notado más seria? —sisea para que no le oiga.

—Solo al principio. Tienes que darle algo de tiempo a ella también.

La semana pasada quedé con él para comer, los dos solos. Y aunque la mayor parte del tiempo me dediqué a escuchar lo dolido que estaba con Arlette, por haberse callado lo que sentía por él, también pude contarle cómo me empiezo a sentir con respecto a Teo, lo mucho que me gusta compartir mi tiempo con él, y el encontronazo con Jean Paul en la cafetería. Así luego no puede echarme en cara que solo le cuento mi vida a nuestra amiga. Después, me metí en mi papel de mediador, y le dije que no tenía ningún sentido que dejaran de hablarse precisamente ahora que habían sido sinceros el uno con el otro. Él no quiere nada serio con nadie y ella quiere algo serio solo si es con él. Complicado, lo sé. Pero, al menos, han sido capaces de sentarse a cenar conmigo como hacíamos antes de que todo se enturbiase. No me han contado todavía cómo han llegado a un acuerdo, pero me imagino que habrán sacado el sexo de la ecuación, para evitar males mayores.

—¿Ya tenéis todo? —Nuestra amiga se asoma por el pasillo.

—Sí. Voy a coger el móvil. —Me acerco a la mesa donde lo he dejado y, en ese instante, me entra un wasap.

—¿Qué? ¿Otra foto de Teo con su amigo, el rubio de ojos azules? —me pica Arlette y se asoma por encima de mi hombro para echar un vistazo.

—Igual esta es un *nude*. De los dos. —Mete cizaña el otro.

No me hace especial ilusión que me vacilen con ese tema, sin embargo, no puedo quejarme, porque he sido yo, mientras cenábamos, el que les ha contado lo de la foto que recibí ayer de Teo con su amigo, por error.

Después de eso, Teo y yo estuvimos wasapeando gran parte de la noche. Me contó a todos los sitios a los que los había llevado, que había hablado con su hermano de su orientación sexual, y que le había reñido por no habérselo contado antes. Le dije que me alegraba mucho por él, porque, lamentablemente, yo sé lo que es que tu propia familia no quiera hablar sobre el tema, como si fuera algo que les incumbe a ellos y no a ti. Traté de controlarme, porque de verdad que no sé de dónde me sale esta vena ultraprotectora, y no le pregunté por Asier. Con todas las horas que están pasando juntos, seguro que han hablado de ellos, o incluso de nosotros.

Cuando se metió en la cama, me mandó una foto de su boca y un audio, dándome las buenas noches y diciéndome todo lo que me había echado de menos, que me puse en bucle hasta que me dormí.

—No. No es Teo —mascullo con desgana.

—¿Jean Paul? —se interesa Enmanuel, y mi amiga asiente, porque ha visto su nombre en la pantalla.

Desde el episodio de la cafetería ha estado llamándome, casi a diario. Como no se lo he cogido, me ha mandado algún mensaje, pidiéndome vernos, a lo que solo he respondido con un NO. En mayúsculas. Está claro que ya no sabe cómo lograr su objetivo.

JP:

Te conozco. No has podido pasar página tan rápido. Y menos con alguien como él. Deja de engañarte. Necesitamos vernos.

—Menudo impresentable. Tienes que bloquearlo, Olivier —me aconseja Arlette.

—¡Pero ya! —añade Enmanuel.

—Lo sé.

Archivo el chat que tengo con él, para no ver sus mensajes, y me voy hacia la puerta para calzarme.

—¿Estás bien? —me pregunta mi amiga.

—Sí. Prometí que él no iba a volver del pasado, así que se acabó. He archivado su chat y no quiero volver a hablar de él. ¿Entendido? —Mis amigos asienten.

Cuando bajamos a la calle, ya está el Uber esperándonos. Durante el trayecto recibo una foto de Teo, esta vez sí. Está en la pista de Le Club, bajo las luces led, rodeado de gente que no conozco. No hay ni rastro del rubio, aunque tampoco me consuela, porque será el que le ha hecho la foto.

Enfant:

¿Cuándo vienes? Me gustaría presentarte a mi hermano.

—Oh... Pero qué mono es —canturrea Arlette, que ha vuelto a fisgar en mi móvil sin mi permiso—. ¿Vas a conocer a tu cuñado? ¿Ya? Esto va muy rápido —me pica.

—Eres muy tonta. Solo quiere que lo vea, así que deja de montarte películas. ¿O es que se te ha olvidado lo que somos?

—No, claro que no. Además, también está por allí Eric. Así que ten cuidado con lo que haces, amigo, porque como se te caiga la baba así en el club, van a pillarte. —Me limpia la barbilla, haciendo el cómico.

—Cállate un poco.

—No te pongas así, *mon chéri*. —Enmanuel siempre apuntillando—. ¿Vamos directos a Le Club? ¿O tomamos una antes en Greenpoint?

—Greenpoint —respondo yo.

—Cobarde —sisea Arlette.

—Vale, entonces decido yo. Primero Greenpoint. Olivier necesita tomarse una antes de enfrentarse a su familia política.

Los ignoro.

Los dos locales no están muy lejos, así que el conductor nos deja en la puerta del primer sitio. Este tiene un ambiente más tranquilo y la música está a un volumen bastante más bajo, así que

podemos hablar y escucharnos. Parece que mis amigos están menos tensos que al principio de la velada, hecho que agradezco enormemente. Nos pedimos tres vodkas con limón, y la camarera, que no deja de sonreír a nuestro amigo, nos invita a tres chupitos de tequila. Con eso y el vino de la cena, ya voy mucho más convencido a Le Club.

Cuando entramos, saltándonos la cola, como siempre, nos colocamos en la esquina de la última barra, la que tiene mejor visibilidad. Arlette le pide lo mismo para los tres al camarero, y, al primer vistazo, como si fuera un imán para mis ojos, localizo a Teo en la pista. Un tío alto y moreno, a su derecha, le posa la mano en el hombro. A su izquierda, su amigo el rubio. Este tiene una mano en su hombro y la otra probablemente en su espalda, porque no se la veo desde aquí. La boca sobre su oreja. Pegado a ellos está Eric, que se inclina para comentar algo, y todos se ríen.

—¿Aquel no es Teo? —pregunta Enmanuel.

—Eso parece.

La carcajada de Arlette al ver mi cara es algo escandalosa. Mi amigo me da un pequeño codazo para que me relaje.

—Venga, vamos a saludarlos —me anima mi amiga y se cuelga de mi brazo.

—Paso.

—No seas idiota, Olivier. Acompáñame a decir hola a mi primo, y así, de paso, saludas a Teo y sus amigos, como si nada.

—Como si todo, más bien. Míralo. —Camisa negra vaquera, cómo no, con tres botones desabrochados. El pelo revuelto. Sin dejar de reír y bailar—. ¿De verdad crees que está pensando en mí en este instante? Si hasta tu primo está embobado mirándolo.

—¿En serio, Olivier? Estás fatal. Mi primo está prendado del rubio, se le nota desde aquí. Mira cómo le habla al oído. —Vale, puede que tenga razón, pero es que tengo la sensación de que ahora mismo Teo es el que acapara todas las miradas.

—Venga, id un segundo. Yo os espero aquí.

—Muchas gracias, Enmanuel —me quejo por su nulo apoyo.

Mi amiga me arrastra con ella mientras se hace hueco entre la multitud. Teo desvía la mirada un segundo y me ve antes de que llegue a él. Sus ojos, tan expresivos como siempre, acompañan a su sonrisa. Me guiña un ojo, yo solo pestañeo, pendiente de que no lo haya visto nadie.

—Hola, chicos —saluda risueña Arlette. Eric se abalanza sobre ella para abrazarla y ella se suelta de mí, abandonándose a mi suerte.

—*Monsieur* Delaporte, qué sorpresa verle aquí. —En cuanto habla en español, el tío moreno que está bebiendo a su lado se gira para verme.

—*Monsieur* Abad. —Alzo la voz e intento no bajar la mirada de su nuez, porque la parte del pecho que deja al descubierto me está llamando.

—¿Ese no soy yo? —pregunta el alto, y Teo sonríe.

—Gael, este es *monsieur* Delaporte, mi profesor de Artes Plásticas. Este es mi hermano, Gael. —Nos presenta. Me mira de arriba abajo, y si no fuera porque Teo me ha dicho que no le ha hablado de mí, me empezaría a preocupar.

—¿Profesor, has dicho? ¿Tan joven? ¿A quién se habrá tirado? —masculla hablando para Teo, pero lo oigo perfectamente—. O es el típico hijo de papá al que han enchufado. Ah, espera, que es superdotado, ¿no?

—Venga ya, tato, no seas capullo —se queja Teo—. Tienes que aprender a cerrar esa bocaza.

—No puede —espeta el chico de rizos que está detrás de él.

—Tranquilos. Si no me entiende.

—Encantado, Gael. —Le extiende la mano y él titubea antes de dármela. Sabe que la ha cagado.

—Ups. Pensé que los franceses odiaban el español.

—Solo algunos. No sé si te lo han dicho, pero te pareces bastante a tu hermano. —Físicamente se dan un aire, pero en lo de hablar como si no fuera a entenderlos y sin filtro, son clavaditos.

—Alguna que otra vez. Será mejor que me vaya a por otra copa.

—Yo soy Bruno, encantado —se presenta el de rizos.

Sonríó y miro a Teo, pero la conexión se rompe al segundo.

—Hola, Olivier. Yo soy Asier. —El rubio me tiende la mano—. Un placer conocerte... —hace una pausa demasiado larga, como si me estudiara... en persona. Aunque tú ya me habías puesto cara a mí, ¿verdad? —Se refiere a la foto, y su tono de voz algo insolente me molesta. Además, me reta con la mirada, como si los dos compartiéramos un secreto. Teo. No me gusta su actitud, y menos cuando me suelta la mano y la lleva al estómago de Teo para acariciarlo por encima de la tela. Si solo es su amigo, no entiendo por qué tiene que tocarlo así. Ni por qué tiene que perdonarme la vida, como parece que está haciendo. Menos mal que Arlette, que ya ha saludado a todos, se hace cargo de la situación al verme bloqueado, porque Teo escucha algo que le dice su otro amigo, y no ha prestado mucha atención al comportamiento de Asier.

—Disfrutad de la noche parisina, chicos —les dice mi amiga—. Nosotros nos vamos, que está Enmanuel solo.

Con la misma, me vuelve a agarrar del brazo. Pero antes de darme la vuelta para desandar el camino recorrido, busco la mirada de Teo un segundo. Ahí está, extrañado de que mis labios no se curven ni esos quince grados que él suele decirme. Arquea una ceja, esperando a que le diga algo más, pero el DJ cambia de canción, y el rubio lo sujeta de las dos manos para bailar con él.

—Tienes que relajarte, Olivier. O disimularlo mejor.

—Pídeme otra copa.

—¿Problemas en Juvenilândia? —inquieta mi amigo.

—Júzgalo tú mismo. —Mientras espero a que me sirvan la copa, me apoyo en la barra y observo a Teo.

Se acaba de tomar unos chupitos con sus amigos, incluidos Eric y Hans. Después, Asier se lo lleva de la mano hasta la cabina del DJ. Veo cómo gesticulan y hablan, supongo que convenciéndolo para que atienda su petición.

Cuando vuelven a la pista, ya casi me he terminado la copa. Han llegado los compañeros de Enmanuel con los que nos fuimos de vacaciones en verano y apenas les estoy prestando atención. No sé qué coño me pasa.

La canción que empieza a sonar en español hace que me tense del todo. Tiene que ser esta la que han pedido. No la conozco, pero tiene un ritmo machacón más cerca del reguetón que de otro género. *Completamente loco*, dice el estribillo, justo como estoy yo ahora mismo. Alucinando con el baile que se están marcando. Yo, mis amigos y todo el maldito club. Gael se tapa la cara con las manos y a mí se me atasca la saliva en la garganta. Las manos del rubio ancladas en la nuca de Teo, las frentes pegadas, mientras sus entrepiernas se mueven

acompañadas. Así se contonean y bajan hasta el puto suelo. Cuando suben, muertos de risa, Asier se coloca detrás de él, muy pegado. Teo me busca con la mirada y me encuentra. Me sonrío gamberro, pero a mí no me hace ni pizca de gracia, porque los dedos del otro son los que se cuelan por la parte abierta de su camisa y le acarician el pecho.

Suficiente.

Se acabó.

—Me voy.

—Vamos, Olivier. —Arlette me sujeta del codo.

—Mañana hablamos.

En menos de cinco minutos, ya estoy subido en un coche de camino a mi casa. Resoplo y me paso las manos por el pelo. Esta mezcla de rabia e insensatez no son propias de mí. Bonito rodeo, Olivier, para no decir las cosas por su nombre.

Merde. Puede que sean celos, sí.

Pero es que es la primera vez en toda mi vida que me siento así. Impotente y ridículo. Todo a la vez.

Enfant:

¿Por qué te has ido sin despedirte?

Toqueteo el móvil sin escribir. Será mejor que me temple y no responda en caliente.

Teo está de fiesta con sus amigos, tiene dieciocho años, y no puedo acercarme a él como me gustaría, ni darle la mano, ni besarlo. Entonces, ¿qué pretendo? Nada.

Yo:

Estoy cansado.

Me bajo y entro en el portal. Mientras subo en el ascensor me doy con el móvil en la cabeza.

Enfant:

Mientes fatal, profesor Delaporte.

Entro en casa y me quito las zapatillas y el abrigo.

Yo:

Disfruta de la noche, Teo. Mañana nos vemos.

Cuando llego a mi habitación y me empiezo a desnudar, entra otro.

Enfant:

Ya es mañana. Ábreme.

¿Cómo que le abra? ¿Dónde está?

Suena el timbre y cabeceo. No puede ser. Vuelve a sonar de manera más insistente y voy corriendo a abrir. Me he quitado el jersey y los vaqueros, así que solo llevo puesto el bóxer negro

y una camiseta del mismo color de manga corta que llevaba debajo. Abro la puerta y me apoyo en la madera, esperando a que llegue el ascensor.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Teo, con una sonrisa triunfal, me hace un buen repaso. Después, sin decir ni una palabra, pasa delante de mí despacio. Cuando cierro la puerta, se gira y me acorrala contra ella. Apoya sus manos en la madera y se pone de puntillas para que nuestras miradas se conecten.

—Dime por qué te has marchado así.

—Ya te lo he dicho, estaba cansado.

—Venga, inténtalo de nuevo, *profesor*. —Lleva su boca a mi oreja y su mano a mi polla. Sí, puede que esté empezando a empalmarme. Sonríe, y siento una maldita descarga que me pone la piel de gallina. No me puedo creer que haya dejado a todos y haya venido detrás de mí con unas intenciones bastante claras.

—Teo...

—Asier es mi amigo y hoy estaba feliz. Solo hemos bailado y nos hemos reído mucho.

—No te he pedido explicaciones.

—Claro, porque has preferido sacar tus propias conclusiones. Y mosquearte.

—Yo no...

—Oli, no me trates como un crío. Estabas...

Estampo mi boca contra la suya, porque esos labios me estaban llamando a gritos y no quiero que termine la frase. Nuestras lenguas se enroscan haciendo espirales infinitas, y todas las partes de mi cuerpo empiezan a arder.

—Estaba celoso, sí. No podía soportar que él te tocara y yo no, *enfant*. Y sé que es absurdo, porque tú y yo no podemos estar así, y sé que no tengo derecho ni tan siquiera a pensarlo, ni a decírtelo, pero si seguía viéndote bailar con él iba a volverme completamente loco.

—Mira, como la canción... —Sonríe contra mi boca; ahora que ya le he confesado la verdad, está mucho más risueño.

—No me lo recuerdes, por favor.

—Llévame a tu cama, Oli. —Da un salto y envuelve mi cintura con sus piernas. Me da un beso en los labios, sensual, y después hunde su boca en mi cuello—. Pero no a dormir.

—*Enfant*, yo... —Las dudas se acaban de apoderar de mis movimientos. Avanzo con él por el pasillo, pero ahora mismo mis piernas parecen gelatina—. ¿Estás seguro de que eso es lo que quieres? No tenemos por qué hacerlo. No hasta el final.

—¿Tú no quieres?

—Sí. Sí quiero. Pero tú no lo has hecho nunca y...

Lleva su índice a mis labios para silenciarme. Lo poso sobre la alfombra, cerca de mi cama. Se quita la cazadora y la lanza contra la butaca, luego se descalza, y se quita los vaqueros y los calcetines. Yo le ayudo a desabrocharse la camisa, y me recreo en el suave tacto de su piel caliente.

—Quiero sentirte dentro de mí, Oli.

Y entonces, el verde intenso de sus ojos fulmina el resto de mis dudas.

30

Nuestra primera vez

TEO

—¿Tú no quieres? —pregunto con las ganas atascadas en la garganta y con un miedo atroz a su respuesta.

—Sí. Sí quiero. Pero tú no lo has hecho nunca y...

Llevo mi índice a sus labios para que no me diga más. Olivier me deja de pie sobre la alfombra, al lado de su cama. Me desnudo. Él me ayuda a desabrocharme la camisa y me quedo solo con el bóxer negro. Él se deshace de la camiseta y se queda igual que yo. Nuestras pollas pugnan por ser liberadas. Olivier me acaricia los hombros y desciende despacio por mis brazos hasta mi cintura. La electricidad que me recorre la espina dorsal es bestial.

—Quiero sentirte dentro de mí, Oli —suplico. Porque sé que va con sumo cuidado cuando se trata de mí, pero soy plenamente consciente de lo que quiero, y es a él, conmigo, aquí.

Lleva los nudillos a mi mejilla y me acaricia. Luego los baja hasta mi barbilla para alzármela. La atmósfera, su olor, el tacto de las yemas de sus dedos sobre mi piel y el deseo brillando en sus ojos avellana son los detonantes perfectos para dar el siguiente paso.

—Podemos meternos en la cama y hacer otras cosas, *enfant*. No hay prisa. Tú marcas el ritmo. Y tampoco hay reglas. La única es que solo haremos lo que tú quieras.

—¿Y tú? Tú también cuentas. No quiero que me trates con condescendencia porque no lo he hecho nunca.

—No es condescendencia. Es...

Por un momento, creo que va a decir *amor*, pero, en el último segundo, se muerde el labio y sonríe, excitado. No sé si porque mis manos están ahora sobre el final de su espalda o por mis palabras.

—Es algo de los dos. No solo mío —aduzco—. Quiero saber lo que quieres tú.

Coge aire y atrapa mi labio inferior con los suyos. Le da un leve tirón antes de susurrarme:

—Desnudarte.

Y es justo lo que hace, él tira de mi bóxer hacia abajo. Y yo, a continuación, del suyo. Damos un paso para sacárnoslos por los tobillos, y después, nos quedamos absortos admirando nuestros cuerpos.

—Estás tremendo desnudo, Oli. —Se me escapan las palabras y a él la risa más bonita del mundo al escucharlas. Atrás quedaron sus tímidos quince grados.

—¿Y cómo crees que estás tú? *Mon Dieu*, Teo. Eres perfecto. No me canso de mirarte. —Acortamos la distancia que nos separa y juntamos nuestros pechos, y, por consiguiente, nuestras pollas—. Ni de tocarte.

Nos besamos lento mientras nos restregamos, encendiendo todos los milímetros de nuestras pieles. Cuando agarramos la erección del otro, los jadeos empiezan a salirse de nuestras bocas.

Nos masturbamos despacio, aunque presiento que, si seguimos así, nos correremos enseguida, y yo hoy quiero mucho más.

—Más. —Se lo pido, sin pudor. Y tiro de él para tumbarnos en la cama, porque no sé si me seguirán respondiendo las piernas—. Todo.

Repto por el colchón hasta posar mi cabeza en la almohada, y Olivier trepa por mi cuerpo. Apoya los codos a ambos lados para no aplastarme y se inclina para susurrarme en el oído:

—*Je m'suis complètement perdu, perdu dans cet océan, enfant.*

—Completamente perdido, perdido en este océano —repito en español, y hundo mi boca en su hombro. Automáticamente, se me viene a la cabeza la letra de *Héroïne*, de Pol Granch, que es la canción que puse en su ordenador la última vez que estuve con él en su despacho, y de la que obviamente él también se está acordando.

Aprovecho que baja las defensas para girarnos y colocarme encima de él. Me siento a horcajadas y las puntas de nuestras pollas se buscan. Olivier se acomoda, colocando su brazo debajo de su cabeza para observarme mejor. Se muerde el labio con inquina cuando adivina mi intención. Me inclino y empiezo a pasear mi lengua desde su nariz hasta su ombligo. Olivier se tensa debajo de mí, cachondo. Cuando sujeto su polla y abro mi boca para comérsela, se tapa la cara con las manos.

—¿No quieres verme? ¿O no quieres que te la coma?

—Claro que quiero, *enfant. Tout.*

—Todo. —Ignoro el temblor de mis labios y me la meto en la boca, decidido. No mido y me la trago tanto que me sobreviene una arcada. Aprieto los ojos.

—*Doux.* —Claro, suave, como si fuera tan fácil. Lleva su mano derecha a mi cabeza para acompañar mis movimientos, sin ejercer presión.

La saco de mi boca entera, la admiro, y me la vuelvo a tragar con más cuidado. Por fin le pillo el ritmo, uno más lento, que me permite deshacerme de los nervios y disfrutar de darle placer. Lamo la punta, juego con ella y la succiono, con el sonido de los gemidos de Olivier de fondo. Mejoro bastante mi técnica en cada chupada; la aparto, la admiro, la meto, y lo pongo al límite. Él no deja de mascullar palabras en francés, incentivando mi excitación, si eso es físicamente posible.

—Como sigas hablándome en francés... —le advierto, y Olivier se ríe mientras enreda con mi pelo. Y me enciendo más con ese simple gesto.

Cuando me la vuelvo a meter, sin que mi mano deje de masturbarlo, arrastrando ligeramente mis dientes por su piel, Olivier se incorpora.

—Para o me correré en tu boca.

—Hazlo. No me importa.

—Pero a mí sí. Por ridículo e insensato que suene, no puedo pensar en otra cosa que no sea terminar dentro de ti. Has dinamitado mi coherencia, Teo. Me tienes loco. Muy loco. —Me coge la cara para besarme y, sin ser consciente, porque su lengua enroscada con la mía me obnubila, me da la vuelta, y se pone encima de mí.

—Tengo condones en mi pantalón.

—Calma. Antes tengo que volver a preguntártelo. —Las dudas se reflejan en sus ojos, y no quiero que precisamente se cuelen entre los dos en este instante.

—Estoy seguro, Oli. Confío en ti. —Y también estoy nervioso, pero espero que no lo haya notado.

—Pues no sé si deberías, porque hace muchísimo tiempo que yo no hago...

—Créeme, no más que yo —suelto para que él también se relaje.

—Estás muy gracioso en este momento, ¿no? —Se inclina y me besa. Y nuestra conexión despegas.

Se estira, apaga la luz de la habitación, y enciende una lámpara pequeña antes de sacar una caja de condones de su mesita. Coge uno, pero no lo abre, lo deja al lado de mi hombro derecho, después de darme un pequeño mordisco justo ahí. Cubre mi cuerpo con el suyo y mete sus manos detrás de mi nuca, para volver a asaltar mi boca, esta vez con menos delicadeza. Ahora noto la humedad de nuestras pollas sobre mi piel, y sonrío al ser consciente de que aún tengo su sabor en mi paladar.

—Oli... —El deseo hace vibrar todo mi cuerpo, incluidas mis cuerdas vocales. Entiendo que quiera ir despacio, pero esta lentitud está acabando conmigo.

—Aunque confíes en mí, tienes que hablarme, Teo. Pide. Para. Ordena. Lo que necesites. Esto no funcionará si no me guías. ¿Entendido? —Asiento—. Date la vuelta.

Obedezco, porque su tono ha sido como una puta llamada que me ha prendido. Olivier coge una de las almohadas y me la coloca debajo del estómago, antes de colocarse encima, pegando su pecho a mi espalda. Sus manos en mi cabeza. Su boca, primero, en mi oído, para susurrarme que le encanto. Después, en mi nuca, para mordisquearme y lamerme. Con su rodilla derecha separa un poco mis piernas y su tacto hace que la piel se me erice, y no precisamente por el frío. A continuación, sus labios serpentean por mi columna mientras restriega su erección.

—Tócate. —Otra vez ese tono. Dios.

Elevo el culo un poco y me recoloco la almohada para tener mejor acceso a mi polla. Cuando me la sujeto, suelto un gemido, porque Olivier ha aprovechado ese momento para llevarse el índice a la boca, humedecerlo con su saliva, separarme las nalgas y acceder a mí. Madre mía. No creo que sea capaz de describir lo que siento en este instante ni la temperatura que está adquiriendo mi cuerpo.

Cuando llega un segundo dedo, despacio, e igual de húmedo, cojo todo el aire que puedo e intento relajarme. Solo quiero sentir este placer máximo y disfrutar. En cuanto empieza a moverlos, inconscientemente contraigo los músculos y me cierro.

—¿Te molesta? ¿Te hago daño?

—No... Es que... —baluceo, porque en medio del placer se ha colocado un punto de dolor—. Lo siento... —Retira sus dedos y trepa por mi cuerpo. Ladeo la cabeza para verle los ojos—. Pero sigue, no quiero que pares.

—Sin presión, *enfant*. No tenemos prisa.

Nos perdemos en la mirada del otro y nos besamos. Olivier sigue con una pierna por encima de mi cuerpo, abrazándome. En mitad del beso, cuela sus dedos entre nuestras bocas y los impregna con nuestras salivas. Ese gesto me provoca un pinchazo de excitación en el estómago y noto cómo se me agolpa más sangre en la polla. Cuando vuelve a intentar meterme los dedos, estoy más preparado que antes.

—*Putain*. —Me come la boca mientras me estimula.

Con mi mano izquierda soy capaz de coger su polla y acariciarlo. Ventajas de un ambidiestro. Los jadeos suben de volumen y Olivier saca los dedos de mi culo para coger el condón, y es ahí cuando tengo que soltarlo. Se coloca a mi espalda con las piernas a ambos lados de mi muslo. Y frota la punta de su polla por mi entrada. Contengo todo el aire que puedo y lo suelto despacio, cuando él presiona para entrar un par de centímetros.

—¿Te molesta?

—No, todo lo contrario.

—Tienes que relajarte y disfrutar.

—Eso hago. Es... es... increíble.

Giro la cabeza para no perderme nada. Olivier se escupe en la mano y vuelve a humedecer la zona para restregar de nuevo su polla por mi ano. Cuando la excitación empieza a doler, se retira y se pone el preservativo. Se lo ajusta a la base y, sin soltársela, la lleva de nuevo hasta mi entrada.

—Iré despacio, y si te duele o quieres que pare, dímelo. ¿Entendido?

Asiento, y él vuelve a estimularme con sus dedos mojados. Después, desciende por mi cuerpo y deja besos húmedos hasta llegar a mis nalgas. Estoy tan hiperexcitado que cuando noto la punta de su lengua ahí, jugando en mi entrada, me muero del gusto. También me acojono, porque puedo correrme en décimas de segundo y sería bastante vergonzoso.

—Por favor, Oli. Te necesito ya. Por favor.

—Y yo a ti.

Cuando voy a elevar las caderas para que se decida de una vez, me sujeta de la cintura y me da la vuelta con demasiada facilidad, para eso me ha dejado como un flan hace unos segundos. Sonríe y cabecea mientras me recoloca la almohada en el final de la espalda, como si le hubiera hecho gracia ver que pensaba que lo íbamos a hacer de espaldas. Pues sí, es lo que creía que iba a pasar. Abro las piernas y él se sitúa entre ellas, de rodillas. Se inclina para besarme, y, al mismo tiempo, encaja su punta en mi entrada.

Contengo el aire. Lo araño. Y le aprieto el culo con mis manos para que entre de una vez. Mueve las caderas y avanza un centímetro más, mientras yo suelto el aire despacio, sin dejar de mirarlo. Duele. Pero es un dolor soportable, porque cuando entra un poco más, se entremezcla con el placer y todo se vuelve borroso.

—Hostias...

—¿Te duele? ¿Paro?

—No, no pares ahora. Ni se te ocurra —jadeo, y cierro los ojos, absorbiendo los billones de sensaciones.

—Entonces, mírame. —Se hunde un poco más en mí. Con una templanza envidiable.

—Lo hago, todo el rato. —Cuando traspasa el primer nudo de terminaciones nerviosas, es él el que cierra los ojos y maldice.

—Mírame tú a mí.

Abre los ojos, nos perdemos en el iris del otro, y sonreímos.

—¿Sigo? ¿Necesitas más tiempo? Dime...

—Sigue. Hasta el final.

Olivier se pasa la lengua por los labios mientras balancea la cadera con movimientos suaves, adentrándose en mí. Me besa, me pregunta si me gusta, se cuela un poco más. Le araño otra vez

la espalda, le digo que me flipa, y que puede acelerar el ritmo porque ya me he habituado a su tamaño. El placer nos envuelve a los dos. Él aprovecha para embestirme con la misma delicadeza que antes. El pequeño pinchazo de dolor se transforma en nubes de deseo.

—Teo...

—Vas bien. Dale. No vas a romperme. ¿No ves cómo estoy ya? Te quiero hasta el final.

Suspira y se deja caer encima de mí, entrando con cuidado hasta el fondo. Arqueo más la espalda para recibirlo, y él se apoya en los codos para que yo pueda seguir masturbándome a la vez que entra y sale de mí. No hay palabras. No hay adjetivos. No hay verbos. Solo nosotros. Sonido y olor a sexo, la mejor combinación. Y nuestros pulsos desbocados. Y su frente sobre la mía. Y otra embestida. Y otra algo más fuerte. Y mi semen a punto de derramarse sobre sus abdominales. Y nuestras miradas conectadas. Y calor. Y manos fugitivas. Y a cada segundo que lo tengo entre mis piernas el mundo desaparece alrededor.

—Teo...

—Oli...

No necesitamos pronunciar nada más que nuestros nombres para darles la bienvenida a nuestros respectivos orgasmos. Y no puedo describir el de él, pero sé cómo se me hincha el pecho cuando Olivier hunde su boca en mi cuello, me confiesa que ha sido brutal, y solo se preocupa por cómo me siento. Y el mío es indescriptible, porque me he corrido muchas veces, pero jamás con alguien dentro de mí, por lo que el placer se ha multiplicado por mil. Porque me he sentido completo. Porque no lloro para no asustarlo. Y porque, por fin, soy consciente de que esto sí.

Este sí que soy yo.

Nuestro primer amanecer

OLIVIER

La luz que se cuela por la claraboya me indica que ya es de día. Sin abrir los párpados, palpo la parte de la cama donde ha dormido Teo, pero solo siento el tacto de la sábana fría. Me desperezó y me incorporo.

Busco su ropa para comprobar que no se ha ido. Sonríó como un idiota al verla sobre la butaca. Sí, ya sé que debería estar analizando el error abismal que he cometido, porque a la larga lo será, seguro. Nuestras circunstancias siguen siendo las mismas, aunque quizá nosotros, después de este paso, hayamos cambiado. Sin embargo, en este instante, no me arrepiento. Ya habrá tiempo para eso. Además, me niego a hacerlo con él aquí.

No oigo ruidos, aunque sí que aprecio un leve sonido. Como si se estuviera colando el murmullo apacible de las calles desérticas parisinas los domingos.

Cuando me pongo de pie y me visto con lo primero que pillo, un pantalón de algodón negro que a veces uso para dormir, el aroma del café recién hecho se cuela por mi nariz. En cuanto llego al umbral de la puerta de mi habitación, veo a Teo en la terraza. Está sentado en la silla, con los pies cruzados a la altura de sus tobillos sobre la mesa, solo con su bóxer. Tiene los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás, absorbiendo todos los rayos de sol que le llegan. En su mano derecha, una taza humeante. No sería un hecho demasiado reseñable, si no fuera porque estamos a primeros de diciembre, y esto sigue siendo París.

Antes de ir con la manta para taparlo y decirle que es un insensato, lo observo desde aquí con el pecho más hinchado que nunca.

El sol incide sobre su piel suave, acentuando su tono canela, y otorgándole un brillo más especial, si cabe. Su pecho, sus pezones oscuros, sus abdominales... Me recreo en cada centímetro de epidermis que vislumbro desde el marco de mi puerta. Y también en el resto de su anatomía, porque Teo tiene un cuerpo perfecto, y bajo esta luz inesperada de finales de otoño, es como una droga que solo quiero consumir. Sus hombros anchos y ahora relajados. Su cuello, sin apenas vello, armónico y accesible. Y su increíble perfil, que, desde esta perspectiva, transmite un nuevo matiz. A pesar de que no ha abierto los ojos, sonrío como si supiera que lo estoy espiando desde aquí. Intuyo que lo hace porque es feliz. El cuerpo de Teo es imán y mazmorra, donde caería una y otra vez. Igual que hice anoche, dos veces. Y lo hice desde mi inconsciente conciencia, porque, cuando se presentó aquí, con toda la intención del mundo, no supe gestionar todo lo que siento por él y solo me rendí. Como hacía meses que no hacía, ignorando el taladro constante de mis pensamientos racionales. Y solo puedo decir que fue increíblemente satisfactorio. Antes; es obvio. Durante; natural, divertido y perfecto. Y después; cuando Teo cayó en coma entre mis brazos y se durmió con la boca en mi cuello. Así que no solo ha sido una novedad que yo después de tanto tiempo haya vuelto a ser el activo en una relación, sino que también lo ha sido despertarme con él así.

Para bien o para mal, hecho está. Y, ahora, solo me queda atenerme a las consecuencias.

Cojo la manta y camino a su rescate. Teo me oye y abre solo un ojo, porque el sol sigue dándole de frente.

—Estás loco. Vas a congelarte. —Le echo la manta sobre los hombros, y, antes de que pueda alejarme un paso, tira de mi muñeca para que me incline y le dé un beso. Sabe a café, y me entran ganas de tomarme uno.

—Tenía *sincio* de sol. Bueno, en realidad, lo tengo de un montón de cosas.

—¿Tenías qué?

—Uy, perdona. Nunca me acuerdo de que solo los cántabros sabemos lo que significa esta palabra. *Sincio*. Deseo o apetito muy intenso de una cosa —me aclara.

—*Sincio*... —repito—. Me gusta.

—En realidad, tengo *sincio* de un montón de cosas en este instante. Como de un paseo por la playa. Un helado de nata de Regma. Una siesta con Sofía. Un atardecer desde el faro... —No entiendo la mitad de lo que me dice, pero noto la nostalgia en el tono de su voz—. ¿Tú no tienes *sincio* de nada ahora?

—¿Ahora mismo? Sí, de un café como el tuyo, pero doble.

—Te entiendo. —Me sonrío—. Yo también lo tenía cuando me he levantado. Por eso me lo he preparado.

—¿Y por qué no me has despertado?

—Porque estabas tan guapo dormido que me ha dado pena.

—¿Y eso quiere decir que ahora no estoy guapo? —Arqueo una ceja y Teo se levanta, con la manta a modo de capa. Se la quita y nos envuelve a los dos con ella.

—Vaya, profesor Delaporte, no pensé que eras de esos.

—¿De esos?

—Sí. De los que necesitan que les refuercen el ego después del sexo.

Me muerdo el labio y cabeceo. Oír cómo pronuncia *sexo* me provoca una erección.

—No soy de esos, Teo. Solo estaba bromeando.

—Pues despierto estás muy guapo también. Y respecto a lo del sexo... —dice con tonito.

—Será mejor que vaya a por ese café. —Lo corto con un beso.

—No. Ya te lo traigo yo, tranquilo. Siéntate. —Me empuja con suavidad para que pose mi trasero en la silla.

—No hace falta, puedo ir yo.

—Relájate. Es lo menos que puedo hacer después de que estrenaras mi culo. En señal de...

—*Mon Dieu*, Teo —lo interrumpo. No sé si estoy capacitado para su alta dosis de sinceridad a estas horas de la mañana.

—Lo siento, no me hagas caso. —Se inclina y enmarca mi cara con sus manos, que están calientes—. Son palabras de Asier, que cuando quiere es muy tonto.

—¿Ya se lo has contado? —me intereso, porque no veo la necesidad de compartir esa información, y menos tan pronto.

—Sí. He cogido el móvil porque me estaba llamando mi hermana, luego mi madre me ha dicho que le pasara a Gael y me he tenido que inventar una trola y colgarle rápido. Entonces, he visto que tenía cinco llamadas perdidas de Asier y otras tantas de mi hermano. Me largué del club de repente, es lógico que estuvieran preocupados. Por eso le he mandado unos mensajes,

para decirle que estaba bien. Francamente bien. Es el único que sabe que venía a tu casa y, como comprenderás, me ha preguntado qué tal había pasado la noche. —Me da un pico rápido y se va a por mi café—. Le he dicho que ha sido la hostia —canturrea desde la cocina—. Así que relájate.

Cabeceo, y yo también me inclino hacia atrás para que me dé el sol en la cara; un poco de vitamina nunca viene mal.

—Su café, *monsieur* Delaporte. —Me lo tiende—. Y tu móvil, que la pantalla no para de iluminarse, creo que a ti también te están buscando.

Lo deja encima de la mesa y lo cojo con premura, pensando que es Jean Paul. Lo odiaría un poco más si interrumpiera este momento con Teo. Pero no es él, es mi padre. Un domingo. Extraño. Miro el chat de la familia, pero los últimos mensajes son del viernes.

—Es mi padre, luego lo llamo. Ven aquí, que te vas a helar. —Me coloco la capa por los hombros y siento a Teo en mi regazo para cubrirlo con mi cuerpo y con la manta. La sonrisa se le hace más ancha cuando paso mi nariz por detrás de su oreja y aspiro su olor.

—Sé que te prometí el domingo, pero han retrasado el vuelo de los chicos y, como no me he despedido, les he dicho que comeré con ellos.

—No pasa nada.

—Sí que pasa. Porque mañana es lunes, vuelven las clases y faltan solo dos semanas para las vacaciones de Navidad. Y quiero pasar contigo todos los días que pueda antes de marcharme. Pero tengo que estudiar. Entregar dos trabajos...

—Shhh. —Lo silencio con un beso—. Yo también voy a estar ocupado entre semana, pero el viernes puedes venir y quedarte hasta el domingo.

—¿Lo dices en serio?

—Lo digo como un auténtico loco y como un inconsciente, que es lo que soy ahora mismo. ¿Qué me has hecho, *enfant*? —Cojo la taza y le doy un trago largo al café mientras Teo me observa sonriente, demasiado.

—Verte, Oli. Mirarte y verte. Escucharte. Quizá provocarte, aunque solo un poquito. Y, ahora también, sentirte. Quería darte las gracias por eso también.

—Teo...

—Gracias por lo de anoche, te lo digo de verdad. No sé cómo fue tu primera vez, pero la mía ha sido una puta pasada.

—Esa boca, *enfant*.

—Me encantó.

—Y a mí. Lo cierto es que tú me gustas bastante —le confieso.

—*Magnifique*. ¿Crees que podremos repetir antes de que me vaya? ¿Y crees que algún día yo podría ser el que...? —Eleva las cejas con picardía, y se me escapa una carcajada.

—*Putain*, Teo. ¿Ves? Me haces blasfemar hasta a mí.

Las carcajadas se entremezclan con los besos y los sorbos de café. La pantalla de mi móvil se vuelve a iluminar. Es mi padre otra vez. Voy a cogérselo.

Muevo a Teo para que se quite de encima de mí, cojo el teléfono y antes de responder le pido que no hable.

—*Allô*... —Me apoyo en la barandilla, mirando a la calle.

La voz de mi padre, más áspera que nunca, se cuela por mi tímpano y me tensa. Aprieto la mandíbula, cierro los párpados y cojo aire, conteniéndome. Ni *hola*, ni *qué tal estás, hijo*, ni el más mínimo interés en mí. Lo primero que hace es reñirme por no responder a la primera a su llamada, para acto seguido sacar sus propias conclusiones sobre ese mismo hecho. Y cuando ya se queda medio a gusto, me informa de que mañana por la tarde llegarán a París, él y mi hermano; tienen una reunión muy importante con un posible cliente.

—Nos alojaremos en el hotel de siempre. Ya he reservado para cenar mañana los tres, a las nueve, en Le Cinq. No llegues tarde. Y el miércoles he aceptado impartir la charla en la escuela que tanto me ha pedido el director Bonnet, así que confío en que tu vida privada en París siga completamente al margen de tu vida académica. Ya sabes que odio las sorpresas, y más las desagradables.

Me muevo como un pájaro encerrado en una jaula en este metro cuadrado de terraza, porque si me quedo quieto, enfermaré. Me doy cuenta de que Teo es consciente de mi incomodidad, porque no deja de observarme con el ceño fruncido.

—Puedes estar tranquilo, papá. ¿Algo más?

—No. Mañana a la hora de la cena nos vemos. No llegues tarde —insiste.

Le digo adiós y cuelgo. Suelto el teléfono, derrotado, encima de la mesa, y me froto la cara con las manos, cansado de que siempre sea lo mismo.

—Ey... —Teo se levanta y se acerca a mí. Me retira las manos de la cara y se las lleva a su pecho, sin soltármelas. El calor que emite su piel se propaga por las yemas de mis dedos hasta debajo de mis costillas—. Respira, Oli. Estoy aquí.

Bajo la mirada y me encuentro con el color intenso de sus ojos.

—Lo siento, era...

—Tu padre. ¿Y siempre que hablas con él te sientes así?

Asiento con la cabeza y me inclino para juntar nuestras frentes. Teo me abraza con fuerza y me besa despacio.

—Pues me cuesta mucho entenderlo, Oli. Porque eres increíble; mírate, a punto de acabar tu tesis, dando clases... Tendría que sentirse orgulloso de ti.

—Él solo quería que sus dos hijos fueran como él, que siguieran con su legado, pero solo mi hermano entra dentro de sus cánones. Por eso me instigó a dejar Burdeos y venir a estudiar a París. Su reputación no podía verse manchada con un hijo arquitecto como él, pero gay.

—Menudo imbécil. Y siento hablar así de tu padre, aunque del mío probablemente tendré que decir algo parecido. Me duele mucho verte así. Encerrado. Oculto. Otro que te obligó a ser invisible.

—Más o menos. Solo me pedía que pasara desapercibido. Y lo intenté, con todas mis fuerzas; visto está que no lo conseguí.

—Dios. Eso es mezquino. Quiso pulirte en vez de amarte. Y eclipsó tu sol. Porque solo hay que mirarte ocho segundos a esos ojos avellana para apreciar el calor y la luz que guardas en tu interior. —Lleva nuestras manos entrelazadas de su pecho al mío, y a mí se me aceleran los latidos. Teo es lo mejor que me ha pasado en meses, y tenerlo ahora aquí, así, me hace querer levantar la cabeza y dejar de ser un cobarde—. Y que te empeñas en esconder al mundo, Oli.

—Gracias, *enfant*. —Lo beso una vez. Y otra. Y una más—. Tú sí que irradian luz. Y no quiero que nunca se te apague. Ojalá tu sol...

—Nuestro —me interrumpe—. Recuerda que el tuyo también existe, solo que ha estado eclipsado.

—Ojalá nuestro sol... —inicio la frase de nuevo.

—Prenda el mundo —termina él por mí.

—Ojalá nuestro sol prenda el mundo —repito, y los dos nos bebemos la sonrisa en la boca del otro.

—Porque nadie merece vivir a oscuras en un lugar, cuando la luz la apagaron otros.

Y el mundo no sé, pero, en este instante, te puedo asegurar que París sí que se prende.

Nuestras miradas

TEO

Me he sentado con Hans y Silvie en la tercera fila para escuchar la charla TED sobre el concepto de evolución arquitectónica de Vincent Delaporte. En la cual está explicando, básicamente, cómo un edificio puede no funcionar en un contexto determinado o en un país, pero sí puede hacerlo en otros. Lo que dice suena interesante, y no soy nadie para cuestionarlo como profesional, pero la idea que me he hecho de él ya en la cabeza, gracias a todo lo que me ha contado su hijo, me incapacita para ser objetivo y separar al ilustre arquitecto del padre capullo y retrógrado que no deja que su hijo brille. Así que lo miro sin un atisbo de admiración, no como hace mi amigo el berlinés en este instante.

Tiene que estar a punto de acabar, porque hace ya más de media hora que ha entrado al anfiteatro, escoltado por el director Bonnet, y por sus dos hijos. Olivier se ha sentado en el último asiento de la primera fila, al lado de su hermano, pegado a la salida. He visto sus ojos antes de que tomara asiento, bastante más apagados que ayer, cuando nuestras miradas silenciosas no paraban de buscarse mientras prestaba atención a sus explicaciones. Y, por supuesto, tampoco sus labios muestran ni una pequeña curva, como la que me regaló el lunes nada más entrar en el taller, cuando me vio ya colocado delante del primer caballete, como siempre.

Como mis compañeros parecen estar superconcentrados, saco mi móvil y tecleo.

Yo:

¿Tú también te estás durmiendo?

Observo desde la distancia como se revuelve en el asiento cuando le vibra el móvil, porque dentro de la escuela siempre lo lleva en silencio. No hace amago de echarle ni un vistazo. Tendrá miedo a que lo pille su padre distraído. Además, quedaría un poco mal que su hijo fuera el primero en no prestar atención, ¿no? Aunque quizá no se note, porque esto está hasta los topes. La charla ha congregado a casi todos los profesores y a la mayoría de los alumnos, hay gente de pie al fondo y en las escaleras. Eric se la está perdiendo, porque tiene un gripazo tremendo; parece ser que él y Asier, después de salir del club el sábado, se dieron una vuelta por el Sena. Más tarde, mi compañero lo acompañó a casa de los padres de Axel. Me da que el rubio tiene cositas que contarme, pero está tan entusiasmado con mi historia con Olivier que cada vez que le pregunto desvía la conversación hacia mí. Estoy pensando en preguntarle directamente a Eric, pero será mejor hacerlo cuando no tenga fiebre, no vaya a ser que le vuelva a subir. Solo espero que no me pegue el virus, porque, aunque todavía es miércoles, yo solo puedo pensar en que llegue el viernes. Olivier me ha prometido que pasaremos juntos el fin de semana, y encima, me ha dicho que me ha preparado una sorpresa, así que por nada en el mundo quiero ponerme enfermo y perdérmela.

Su padre se gusta hablando, no hay duda. Es de los que se escuchan a sí mismos y no disimulan su regocijo. No sé si habrá reservado unos minutos para responder preguntas, pero no pienso intervenir. Acaba de hacer referencia a un concurso vigente para la reforma y conversión en cien por cien sostenible de un hotel en Ámsterdam; sé de lo que habla, porque, precisamente, la semana pasada Axel me mencionó la posibilidad de concurrir.

Yo:

Ese concurso no lo va a ganar, pero déjalo vivir con la ilusión. ¿No tiene que coger un tren o cualquier otro tipo de transporte?

Sigue sin responderme, pero yo sigo.

Yo:

Por cierto, te pareces algo a tu hermano, pero tú estás infinitamente más bueno que él. Y te quedan mejor los trajes. Aunque como más me pones es desnudo encima de mí. O debajo. Lo que me queda clarísimo es que los dos os parecéis a vuestra madre, no a él. Quiero que sea viernes.

Veo cómo Olivier saca el móvil del bolsillo de su chaqueta, supondrá que hay un fuego que necesita apagar.

Magnifique:

Presta atención a su eminencia. Porque Cécile suele meter una pregunta en su examen de las charlas del semestre. ¿El estudio de Axel va a presentarse a ese concurso?

Yo:

Sí. Y lo va a ganar. No tengo pruebas, pero tampoco dudas.

Por fin, esa curvita de labios que tanto había echado en falta. Gira la cabeza disimuladamente para mirarme. Adoro todo lo que nos decimos con los ojos.

Magnifique:

Me alegraría. Y ahora, deja de distraerme, *enfant*. Yo también quiero que sea viernes.

Cuando su padre empieza a dar por finalizado el monólogo, porque no ha admitido ronda de preguntas, veo a Olivier levantarse apresurado e ir hacia la puerta. Intercambia unas palabras con un señor que acaba de entrar, de pelo corto y canoso. Me fijo en el gesto del padre, mosqueado, porque su hijo se ha levantado antes de que él termine. Olivier empieza a caminar y sale junto al otro del anfiteatro. Los aplausos de los asistentes y el codazo de Hans, porque debo de ser el único que no ha juntado las palmas, me devuelven al presente.

—Vaya con el padre del profesor Delaporte. Me ha encantado escucharlo.

—Y a mí. Da gusto oírlo hablar —añade Silvie muy entusiasmada—. Y mira, ese es su otro hijo, que también es arquitecto y trabaja con él. Está bueno.

—¿No lo dirás en serio? —Hans se indigna. Lleva todo el curso intentando enrollarse con ella.

—Pues sí. A ver, no es tan guapo como nuestro profe. —Abro los ojos, incrédulo. No pensé que también le molaba Olivier—. Pero no me importaría que me enseñara todos sus *conocimientos*... Y estoy pensando, ¿por qué nuestro profesor no trabaja con ellos?

Porque su padre es imbécil.

—Preferirá la enseñanza —cavila Hans—. Por cierto, tengo que entregarle a Delaporte un trabajo pendiente. ¿No estaba ahí sentado?

—Estaba, pero se ha ido. —Mierda, Teo, controla ese tono.

—Vale, pues pasaré por su despacho ahora, a ver si está allí. ¿Me acompañas? —le pide a Silvie.

—No, tengo que ir a la biblioteca, que he dejado allí mi mochila.

—Ya te acompaño yo. —Y así, de paso, veo a Olivier otra vez, aunque sea con Hans delante.

Esperamos a que salgan los demás, para no levantar a toda la fila. La mayoría se marchan porque es la hora de la comida, aunque algunos rezagados se quedan para saludar en persona a Vincent. Salimos a la vez que el hermano de Olivier, que va con el móvil pegado a la oreja, y Silvie le hace un buen repaso.

—Lo que me faltaba —sisea Hans, y nos despedimos de ella.

En el pasillo que nos lleva hasta su despacho, nos cruzamos con dos chicos de segundo que comparten algunas asignaturas con Eric, y nos saludan. Justo detrás de ellos, pegado a la pared de la izquierda, viene de frente el mismo tío que ha irrumpido antes en la charla y que se ha marchado con Olivier. No me fijo mucho en él, porque Hans camina con prisa, pero él sí que se me ha quedado mirando, ha sido bastante descarado. ¿Quién coño es ese tío? ¿Acabará de salir de su despacho?

La puerta está cerrada y mi amigo llama con los nudillos. No se oye que le dé paso, así que vuelve a intentarlo, pero antes de que toque la madera, Olivier abre la puerta con cara de pocos amigos, aunque cambia el gesto en cuanto nos ve aquí plantados.

—Hola. —Saluda Hans—. Vengo a entregarte el trabajo.

—Hola —repito yo, y me fijo en cómo tamborilea los dedos contra su muslo, nervioso.

—Pasad. —Modula el tono de voz a uno más ambiguo y nos da la espalda para sentarse en su mesa. Lo miro preocupado, pero él solo coge lo que le entrega Hans sin levantar la cabeza de su escritorio.

—Con esto ya estoy al día —comenta mi amigo.

—Perfecto. —Eleva la barbilla, y por fin sus ojos se posan en los míos un segundo. Sé que trata de decirme algo, pero la conexión se rompe enseguida, porque unas voces que provienen de la puerta lo hacen desviar la mirada a esa dirección.

—Perdón, pensábamos que estabas solo, veníamos a buscarte para invitarte a comer. —Su padre y su hermano se quedan en el umbral, esperando a que termine con nosotros.

—No, nosotros ya nos íbamos, pueden pasar —dice diligente Hans.

Olivier se levanta de sopetón y noto cómo aprieta el puño. Vale, algo le pasa. Espero que solo sea la tensión que acumula por estar con su padre.

—Estos son mis alumnos, Hans y Teo —nos presenta—. A él ya le conocéis —nos dice—. Y este es mi hermano Pierre.

Nos estrechan las manos cordialmente y mi amigo aprovecha para hacerle la pelota a Vincent.

—Ha sido un auténtico placer escucharle, señor.

Vincent hace un leve asentimiento de cabeza y pone una sonrisa estudiada. Después, se fija en mí, que lo miro impasible.

—¿Y a usted? ¿No le ha gustado mi charla? ¿O es de esa generación que solo hace caso si recibe información a través de una pantalla?

Magnífico. Un prejuicio gratuito más.

—A ratos. He de confesar que en otros he desconectado. Lo cierto es que estoy bastante familiarizado con muchos temas que ha tocado, como el concurso del hotel sostenible en Ámsterdam —espeto, y siento su mirada cargada de arrogancia, además de las caras de pensar que me he drogado de las otras tres personas que están en este mismo espacio.

—Si eres su alumno, estarás en primero, ¿no? Es raro que estés al tanto de temas que no te competen todavía —mete baza Pierre, salvaguardando la dignidad de su padre.

Si algo he aprendido de Gael es que sacarse la chorra delante de los capullos es mejor que hacerse pequeñito, y aunque suene muy vulgar, es lo que estoy haciendo en este momento, me da igual que sea su padre.

—Pero le competen a un miembro de mi familia. Y nosotros somos una piña. Estoy orgulloso de ellos. Así que suerte con ese concurso, señor, la va a necesitar. Disfruten de su estancia en París. Profesor Delaporte —me despido también de Olivier—, hasta el viernes.

Me doy la vuelta antes de salir por la puerta para comprobar cómo se lo ha tomado Olivier. Suspiro aliviado cuando veo de nuevo el brillo en su mirada. Encima, en unas décimas de segundo, me da tiempo a leer el montón de cosas bonitas que me dicen sus ojos. Así que sonrío feliz ante la cara de estupefacción de Hans.

—¿A ti se te ha ido la olla? Es el padre del profesor, ¿cómo le has hablado así?

—Alguien tenía que bajarle dos peldaños.

—Claro, y has decidido hacerlo tú, ¿no? Muy fuerte, Teo. ¿Y si Delaporte te suspende por eso? Estás loco. Bueno, espero que le pidas disculpas y lo arregles en la tutoría del viernes.

Cabeceo y lo miro. Me he perdido algo.

—¿Qué tutoría?

—¿No has dicho que lo ves el viernes? Pues será que tienes tutoría con él, ¿no?

Me muerdo la mejilla para no reírme delante de mi amigo. En realidad, Hans, no tengo tutoría, tengo una clase particular con él. Muy particular. Con sorpresa incluida.

—Sí, efectivamente.

Nuestro primer viaje juntos

OLIVIER

Teo enreda con el volumen de la radio. Ha terminado una canción de L'Impératrice, que sorprendentemente le ha gustado, y ahora suena *Summer Days*, de Rhye. Cuando se balancea en el asiento siguiendo el ritmo, mis labios se curvan; espero que eso signifique que el enfado de ayer va desapareciendo poco a poco.

Le había prometido pasar con él todo el fin de semana, desde el viernes. Sin embargo, el jueves, Leclerc, mi director de tesis, me dio una invitación para que lo acompañara a una entrega de premios, así que por mucho que me apeteciera poner una excusa para no ir, no me quedó más remedio que asistir y posponer mi primer viaje con Teo, solos, porque Milán no cuenta.

—¿Cuándo llegamos?

—¿En serio? Es la segunda vez que me lo preguntas en la última media hora.

—Vale, olvídalo. He sonado igual que mi hermana Sofía. Por cierto, esta noche tengo que leerle un cuento, porque esta semana ha sido imposible, así que tendrás que darme quince o veinte minutos para hacer una videollamada con ella.

—Tranquilo, me encantará ser testigo en la sombra de ese momento.

—Moriré de vergüenza.

Y yo de amor. ¿Acabo de pensar eso? Por favor, esto es más grave de lo que imaginaba.

—¿Tú? Imposible. Recuerda que te he visto enfrentarte al mismísimo Vincent Delaporte. Después de eso, puedes con cualquier cosa.

—Oh, calla. ¿Puedes olvidar eso también? No es que me sienta especialmente orgulloso, no deja de ser tu padre. Lo que pasa es que, después de todo lo que me habías contado de él, lo vi desprender toda esa arrogancia por la boca, y fue imposible quedarme callado.

—Ya te dije que no me importó. Tranquilo. Se merece que alguien le baje los humos más a menudo —afirmo, y sonrío al recordar la cara de indignación de mi padre después de que Teo le hablara así. Por supuesto, en cuanto salió de mi despacho, me preguntó de quién era hijo; cuando le dije que de Axel Rivas, no hizo ninguna alusión más.

—Solo espero que Hans no esté en lo cierto y me suspenda, *monsieur* Delaporte —suelta haciendo un puchero y, a los dos segundos, se empieza a reír. Yo solo puedo imitarlo.

—Tendrá que esperar a enero para saberlo, *monsieur* Abad.

—No me hables de ese mes, que me pongo de los nervios.

—Solo es el primer semestre, Teo. No te presiones tanto.

—Claro, y me lo va a decir don Estudioso, ¿no?

—Vas muy bien, me consta. —Noto cómo empieza a mover la rodilla—. Te quieres relajar... —Poso mi mano encima de su muslo y él coloca la suya encima.

—Es que estoy nervioso. Además, no sé adónde vamos. Y no tener toda la información me desespera.

—Quedan diez minutos. —Con la otra mano coge el móvil, y lo veo trastear con Google Maps. Será impaciente—. Deja el teléfono, anda.

—Con esta canción... —Canturrea parte del estribillo—. Me están entrando muchas ganas de verano. Sol, mar, días con luz infinita... —divaga, cerrando los ojos.

Yo desvío un segundo la mirada de la carretera para observarlo, está demasiado guapo. Cuando entrecruzamos nuestros dedos, me estremezco. Es tan nueva esta sensación que, a veces, cuando tengo a Teo tan cerca, siento una pequeña opresión en el pecho. Hace días que soy consciente de la magnitud de mis sentimientos hacia él, sin embargo, después de su cara a cara con mi padre, es como si la conexión entre ambos hubiera subido a un nivel superior. Quizá porque ninguna de mis parejas había compartido conversación y espacio con mi familia aún, aunque ellos no tengan ni idea de que lo han hecho. Y te aseguro que lo que se cuece ahora en mis tripas no puede compararse a lo que sentí en el pasado. Me niego a pronunciar su nombre, ni tan siquiera en mis pensamientos, porque el impresentable no se va a colar en este viaje también, como hizo en la charla de mi padre el otro día, exigiendo una atención que no se merece.

—He aquí nuestro destino —digo ceremonioso, y pongo el intermitente.

—Provins... —lee Teo en la señal.

El día está gris y la temperatura exterior no llegará a los ocho grados. Pero es que este pueblo medieval es uno de los más bonitos que hay a las afueras de París, tan solo hemos tardado en coche una hora y media. Me pareció perfecto para una escapada rápida, aunque sea diciembre.

—¿No me digas que ya habías estado aquí?

—Qué va. Me encanta, Oli. Es como de cuento. Y, además, mira cómo está de bonito. —Pega su nariz a la ventanilla—. Con todos los adornos de Navidad. Muy buena elección. ¿Y tú? ¿Ya habías estado?

—Estuve...

—Espera —me corta—. Si fue con él, prefiero que no me lo digas.

Sus palabras me acarician el pecho. Teo tiene ese poder, el de sanar cicatrices que creí curadas, porque es franco, va de frente y nunca se calla lo que siente. Lo que más rabia me da es tener que seguir escondiéndolo.

—Estuve en primavera con mi hermana —lo informo, y oigo cómo deja escapar un suspiro.

Vamos en coche hasta el B&B. Una casa de piedra maravillosa con unos jardines increíbles, en el mismo pueblo. Teo se baja del coche con la boca abierta. Me gusta ver que lo he sorprendido y que he acertado trayéndolo aquí.

—Puedes cerrar la boca... —lo vacilo—. Todavía no has visto el interior.

Me saca la lengua y se va a abrir el maletero para sacar nuestras mochilas.

Nos registramos y la pareja propietaria nos regala una pequeña guía, hecha por ellos, para que podamos ver lo más interesante del pueblo en un día. Nos dicen que también hay un pequeño mercadillo navideño y, además, me facilitan las entradas, que ya les pedí por teléfono, para visitar una zona subterránea.

Después de explicarnos nuestra reserva, que incluye el desayuno mañana, nos dan la llave de nuestra habitación. Teo va fijándose en todos los detalles del edificio; la piedra, los techos, las maderas antiguas, con esas vigas vistas impresionantes, y el espectacular suelo.

Cuando abro la puerta y entramos a nuestra habitación con chimenea, Teo lanza su mochila, y salta encima de mí, enroscando sus piernas a mi cintura.

—Joder, Oli. Esto es una pasada. —Choca sus labios contra los míos—. Quiero ver el pueblo, y pasear contigo, y comprar algunos regalos, pero también quiero tirarme ahí —me indica con los ojos la alfombra en tonos granates y dorados que hay delante del hogar— y disfrutar de cada centímetro de ti.

Ahora el pinchazo lo siento debajo del ombligo. Y no, no quiero empalmarme ya, pero las manos de Teo en mi nuca me complican la continencia.

—¿En la alfombra? ¿Seguro? Pero ¿no has visto la cama?

Grande. Antigua. En madera oscura con balaustres. Y con la ropa de cama blanca, impoluta. Y, a los pies, una manta de pelo gris. Cargo con él y nos dejo caer sobre ella. Además, es cómoda. Comienza una sesión de besos que se alarga más de lo esperado.

—Oli... —La mirada de Teo es incendiaria, y me pone muchísimo verlo así, pero no puedo sucumbir. Si lo hago, cuando queramos salir de aquí, estará anocheciendo.

—Hay que salir de aquí —confirmando y le doy un beso antes de levantarme.

Sacamos los neceseres de nuestras mochilas, los dejamos en el baño, con la consiguiente sarta de insinuaciones de Teo al descubrir que hay un plato de ducha y una bañera con patas, y después, dejamos la habitación, al fin.

Como es más de la una, lo primero que hacemos es comer en un restaurante pequeño, que nos han recomendado los anfitriones. No nos entretenemos mucho, porque queremos visitar la muralla con luz. Y eso hacemos, sacamos la guía que nos han dado y seguimos el mismo orden. La ciudad está dividida en parte alta y parte baja, y es patrimonio de la Unesco desde 2001, así que además de sus fortificaciones medievales, allá por donde mires, encontrarás algo que llame tu atención.

Cuando llegamos a la Torre del César, subimos a lo alto del torreón, y disfrutamos de las diferentes salas y de las bonitas vistas de toda la ciudad alta, con la Plaza du Chantel a un lado y la Colegiata de Saint-Quiriace al otro. Como si no me gustaran suficientes cosas de Teo, también adoro oírlo hablar sobre arquitectura. La pasión que muestra y que compartimos. La satisfacción que le produce estar delante de los edificios que otros construyeron. O, simplemente, la emoción que destilan sus ojos cuando yo opino sobre los diferentes estilos de cada época o le cuento curiosidades, como si de verdad admirara mi capacidad de enseñar. Todo el conjunto me motiva muchísimo.

Con el tiempo justo, porque Teo ha agotado la memoria de su móvil haciendo fotos a todo (y ahí estamos incluidos nosotros), llegamos a los sótanos del antiguo Palacio de las Condesas, donde tenemos reservada la visita guiada. El *tour* es en inglés y recorre las galerías subterráneas del Hotel Dieu, que ocupó las dependencias de este palacio en el siglo xii, para ser convertido en centro de acogida y hospital para mendigos. Aquí abajo, la temperatura es menor, así que Teo cuela su mano en el bolsillo de mi abrigo junto a la mía y me acaricia. Estoy tan acostumbrado a evitar las muestras de cariño en público, y a no llamar la atención, que todavía estoy aprendiendo a gestionar todo lo que bulle en mi interior cada vez que él me roza o me besa delante del mundo, porque hoy se ha propuesto desgastarme los labios.

A la salida nos damos cuenta de que ya ha anochecido. Así que callejemos en busca del mercadillo, porque Teo está convencido de que encontrará algún detalle diferente para regalar a su familia en Navidad.

—Es por ahí. —Tira de mi mano y acelera el paso.

—¿Tienes prisa?

—Un poco, sí. Hace rato que solo pienso en cómo se reflejará el fuego en tu piel cuando te desnude.

—*Enfant*.

No hay muchos puestos, pero Teo fisga en todos. Unos jabones artesanales. Una muñeca de trapo. Una pulsera de plata. Un llavero. Unos pendientes con piedras verdes. Y un par de cuentos infantiles. Por último, una petaca forrada de cuero donde el artesano graba las iniciales de Axel: A.R.

—Uf, no me puedo creer que el próximo domingo regrese de nuevo a mi casa. Aunque tampoco quiero pensarlo ahora. —Me da un beso lento y cargado de algo que me asusta. ¿Eso significa que va a echarme de menos? Porque yo a él sí—. ¿Tú no tienes que comprar nada?

—¿Tú has visto a mi padre y a mi hermano? Pues mi madre es casi igual que ellos. Se ha mimetizado con los años. Solo se salva Inés.

—Pues es una pena. Para mí lo importante es el detalle, no el valor monetario del regalo. Además, lo bonito de la Navidad son las comidas interminables, los guisos de Axel, ver a Gael medio pedo cenando, mi madre brillando, las pullas que van en cualquier dirección, las risas escandalosas, y la cara de mi hermana abriendo los regalos.

—Suenan bonito —siseo, y el tono me delata.

Teo se da cuenta de la diferencia abismal que hay entre su familia y la mía, y cambia de tema.

—Ya tengo todo. Vámonos.

Veinte minutos después, entramos en la habitación. Los sábados puedes reservar la cena, así que hemos pedido que luego nos la traigan, porque ya no tenemos ninguna intención de salir.

Nos descalzamos y nos quitamos los abrigos. Teo es el encargado de encender el fuego, mientras yo saco nuestros pijamas de las mochilas, aunque creo que no vamos a utilizarlos. También pongo los dos móviles a cargar. Lo he tenido en vibración desde que salí de casa esta mañana, así que ahora veo las tres llamadas perdidas de Jean Paul. Debería haber bloqueado sus llamadas también, porque lo más seguro es que haya estado mandándome mensajes, pero como archivé su chat, no los he visto. ¿No piensa parar nunca? Porque empieza a preocuparme su actitud obsesiva. El miércoles, lo último que me dijo es que iba a solucionar el tema con su mujer, como si eso todavía me importara.

—A la primera. —Teo se jacta de que ha conseguido encender el fuego sin mucho esfuerzo y se levanta para acercarse a mí—. ¿Y esto? —Al lado de una mesa auxiliar hay una cubitera con una botella de champán y dos copas junto a una tarjeta.

—*Joyeux samedi. E y A* —leo en voz alta—. Vaya par. La próxima vez mantendré la boca cerrada.

Mis amigos están bastante entusiasmados con mi historia con Teo, quizá es porque me ven feliz.

—¿Por qué? A mí me parece un detallazo.

Abro la botella y lo sirvo en las copas para brindar.

—Por nosotros.

—¿Ya está? Qué soso, profesor Delaporte. Prueba a hacerlo un poquito mejor.

—Por el primer viaje de muchos otros.

—Esa ya te la has currado más. Por ti y por mí. —Chocamos las copas antes de llevárnoslas a la boca—. Y por esta noche solo nuestra.

Bebemos un sorbo pequeño y Teo se lanza a mis labios. Nuestras lenguas se enredan al igual que lo hacen nuestras manos en busca de piel. Nos deshacemos de las capas de ropa. Yo siempre llevo más que él. Y nos quedamos solo con el bóxer. El de él, amarillo y negro. El mío solo negro.

Antes de que pueda empujarlo hacia la cama, él coge la botella, pasando de las copas, y me lleva hasta la alfombra.

—Espera. —Sujeto la manta que estaba sobre la cama y me la pongo por encima.

—Te prometo que no vas a tener frío, Oli.

Sonrío y me siento enfrente del fuego sobre la alfombra. Abro las piernas para que Teo se coloque delante de mí. Da un trago directamente de la botella y pongo los ojos en blanco cuando me la ofrece a mí.

—Si se entera Arlette de que nos la vamos a beber así...

—Pues a Asier le... —Le sujeto la cabeza para ladearla y alcanzar sus labios para sellárselos.

El beso se descontrola al tercer segundo. Teo aleja un poco la botella, y yo lo tumbo y me coloco encima.

—Esta noche es solo nuestra —susurro en su oído.

Siento cómo un espasmo lo sacude. Pasa su lengua por mi cuello y, en un determinado punto, se detiene para succionarme con sus labios mientras cuela su mano por el elástico de mi bóxer. Me muevo para que pueda bajármelo y para poder quitarle el suyo.

—Estás buenísimo desnudo, Oli. Y llevo toda la puta semana imaginándote así. —Se muerde el labio—. Haciéndome de todo. Encima de mí.

—¿Te has masturbado pensando en mí? —Sujeto nuestras erecciones con mi mano y empiezo a mover mi muñeca.

—Obvio.

—Enséñame cómo. —Se la suelto, y entonces lleva su mano para cogérsela. Me coloco de rodillas, entre sus piernas, para observarlo desde esta posición mientras yo también me masturbo —. *Mon Dieu, enfant*. Eres perfecto. Si te vieras desde aquí... —Se me escapa el deseo en forma de gemido. Teo alarga la otra mano para tocar mi abdomen mientras sigue masturbándose para mí.

—Acércamela a la boca —me pide, y el calor empieza a agolparse en cada rincón de mi cuerpo.

—No. Tu boca me pierde y no quiero correrme ya.

Protesta y me inclino para besarlo.

—¿Quieres que sea yo el que...? —No termina la pregunta, pero sé a lo que se refiere.

—Teo, prefiero ser yo...

—¿Es por él? —Deja de tocarse y lleva sus manos a mi nuca, ahora su aliento acaricia mis labios—. Puedes contármelo...

Me tumbo encima de él, cubriéndolo. También llevo mis manos a su pelo para jugar con sus mechones más largos.

—Es por mí, Teo. Todavía no estoy preparado para volver a eso... Hacía mucho tiempo que no era yo el que llevaba el control y necesito seguir haciéndolo. ¿Quieres que paremos? Podemos

ponernos el pijama y esperar a que traigan la cena, no tardarán.

—No, Oli. No quiero parar. ¿Estás loco? —Acaricia mis mejillas y me pasea el pulgar por la comisura de la boca, llevando mi excitación al límite—. Solo te lo he preguntado. Ya sabes que no controlo todavía los roles. Prefiero ser directo, y quiero que tú y yo podamos hablar de todo.

—Y podemos, Teo. Podemos, de verdad.

—Pues prométeme que, cuando estés preparado, me lo dirás.

—Cuando lo esté, lo sabrás. Te lo prometo.

El beso pone punto y seguido a la conversación, y da paso al placer infinito.

No dejamos ni un solo centímetro de piel sin acariciar. No dejamos ni un solo beso por dar. No dejamos ni un solo jadeo por expulsar de nuestras gargantas.

Solo me separo de Teo para coger un condón del neceser; cuando regreso, veo que se ha tendido boca abajo sobre la manta, dejándome claro cuál es su deseo. Lo admiro desde aquí, me pongo el preservativo, y contengo todos los sentimientos que me provoca, porque amenazan con expandirse. El sonido del fuego crepitando, el resplandor ígneo sobre su culo y sobre su espalda, y el movimiento de sus labios pidiéndome que entre en él, me prenden desde los pies hasta la cabeza, lo mismo que quiere que hagamos los dos con el mundo.

—No puedo decir que eres un puto sueño hecho realidad, *enfant*, porque ni en mis mejores noches te hubiera imaginado.

—Esa boca, *monsieur* Delaporte —me riñe, y ladea la cabeza para ver cómo entro en él.

Despacio. Con mimo.

Cuando estoy dentro del todo, me dejo caer con suavidad, cubriéndolo. Le sujeto las manos con las mías por encima de su cabeza y pego mi boca a su nuca para que no quede un solo hueco entre los dos.

—Esta boca no se sacia de ti. —Empiezo a balancearme lento, y Teo gime contra su hombro.

—Deseo que no lo haga nunca.

El ritmo aumenta solo cuando él me lo pide. Y entonces, la habitación se hace más pequeña, y el fuego ya no está solo en la chimenea. Me aferro a Teo con piernas y brazos. Él pronuncia mi nombre y blasfema. Y yo el suyo y jadeo. Me vacío. Y él también, girándose con dificultad para no manchar la manta en el último segundo. Todo me da vueltas, incluido el orgasmo, que también me desarma.

Nuestra conexión

TEO

Olivier sale de mí y me ayuda a girarme para mirarme a los ojos. La curva de sus labios es amplia y preciosa.

—Estás muy guapo después de follar —susurro contra su mentón mientras me envuelve entre sus brazos. Oigo su pulso errático, acompasado con mi respiración arrítmica.

Las yemas de sus dedos zigzaguean por mi espalda y su boca busca la mía.

—No es por ponerme tiquismiquis, pero creo que no hemos follado.

—¿Ah, no? —Arqueo una ceja.

—No del todo, *enfant*.

—Ajá... —Me muerdo el labio, y él lleva su pulgar a mi boca para impedírmelo—. ¿Lo dices porque no has dejado de susurrarme guarradas bonitas al oído todo el rato?

—Lo digo porque cuando te tengo desnudo delante y te toco, me cuesta un triunfo no correrme al tercer segundo. Y quiero verte disfrutar, y por el camino, habitar todos tus rincones, sin perderme ninguno, y quedarme a vivir en ellos, si es posible. Por eso voy más despacio. —Lo miro como si fuera un tiramisú, y, aunque no me veo en un espejo, sé que estoy sonriendo como un idiota—. No me mires así, Teo. Ya sé que suena muy moñas y muy loco. Pero eres el culpable de que, por primera vez, me sienta así. Y no debería...

—Oli... —Odio que le pesen las dudas.

—No digas nada, por favor —me pide. Consciente de que la conexión que tenemos me permite leer casi todos sus pensamientos.

—Para empezar, no es moñas —apunto—. Y para continuar, me gustas tanto que abrazo esta locura contigo. No lo olvides, conscientes somos los dos. —No quiero que compare otra vez lo nuestro con lo que tuvo—. Y, en cuanto al ritmo, me encanta haber empezado así, es como si estuviera pasando mi periodo de adaptación. No necesito que sea rápido, salvaje y contra una pared... De momento. —Lo atraigo por la nuca y le doy un beso efusivo.

—*Putain*, Teo. No puedes decirme eso cuando todavía tengo el condón puesto. Porque, que no lo haya hecho hasta ahora, no quiere decir que no tenga ganas de hacerlo. —Me pellizca el costado y me río mientras protesto. Se levanta para irse al baño cuando oímos unos nudillos llamando a la puerta—. *Merde*. La cena.

—*Une seconde s'il vous plait*.

Recojo la manta del suelo y la botella de champán, que tiene que estar ya caliente, y me pongo el pantalón del pijama que Olivier ha dejado encima del colchón. Abro la puerta y arrastro el carrito con la cena, que huele de maravilla, por cierto.

—*Bon appétit*.

—*Merci*.

No destapo los platos para que no se enfríen, y me voy al baño para darme una ducha rápida, como debe de estar haciendo Olivier, porque escucho el agua correr.

Diez minutos después, y a regañadientes, porque yo me hubiera quedado más rato esparciendo jabón por su cuerpo (sí, me he vuelto bastante insaciable cuando se trata de él), nos sentamos a cenar.

El menú es sencillo, pero todo es casero y preparado con mimo. Revuelto de setas y ajetes. Y un surtido de crepes salados. De postre han traído *mousse* de limón, así que Olivier sonríe encantado.

—¿En Navidad cocina tu madre? —me intereso, porque apenas me habla de ella.

—No. Cocina el servicio. —Abro los ojos con exageración, y Olivier cabecea—. Lo sé, ha sonado fatal, podría haberte dado el nombre de la cocinera, pero cada año es una nueva. No las culpo, no todo el mundo soporta las exigencias de los Delaporte. Además, las vacaciones las pasamos en el *château* familiar y aquello es bastante grande. Hay una bodega, las caballerizas, y suele trabajar personal todo el año para que no se deteriore. Así que nos sentamos todos, incluidos los dos hermanos de mis padres y sus respectivas familias, a una mesa larga e impersonal, y nos sirven.

—Vaya. —No sé qué más decir, porque es que cada vez que saco el tema de su familia la lío.

—¿Y en tu casa quién cocina? —Se lleva una cucharada del *mousse* a la boca y pone los ojos en blanco; eso quiere decir que está bueno, tendré que probarlo.

—Axel. Es increíble lo bien que se le da. Y ahora yo con él. Me gusta ayudarlo, porque disfrutamos de todo el proceso; además, en Navidad es como nuestra costumbre, él y yo mano a mano. Su plato estrella es el pato al horno. Salivo solo de pensarlo.

Dejamos todo recogido en el carrito y nos acomodamos en el sofá de dos plazas que hay al lado de la chimenea. Olivier se levanta para echar un último tronco y que el fuego todavía no se apague. Cuando regresa, me recuesto sobre su lado derecho, y él pasa su brazo por encima de mi estómago. En ese instante, suena mi móvil. Me lo saco del bolsillo del pijama y acepto la videollamada de Sofía.

—Hola, enana. ¿Ya estás en la cama? —Su cara pecosa ocupa toda la pantalla, y cuando veo lo que capta mi cámara, en vez de preocuparme, se me escapa una sonrisa. Sofía no se ha percatado, seguro. Tengo la cabeza sobre el pecho de Olivier, y él se intenta mover mientras masculla que estoy loco. Me incorporo un poco, pero sigo apoyado en su brazo.

—Hola, tato. ¿Dónde estás? ¿En Isla Sofía? Jo, qué suerte.

—Eh... ¿Qué dices, enana? —Me descoloca—. Cómo voy a estar en Isla Sofía. Ya sabes que estoy en París.

—¿Y hace calor en París? Porque aquí hace frío, y tú estás desnudo.

Me descojono. Ahora sin reprimirme. Y yo pensando que no se enteraría de nada.

—Estoy sin camiseta, porque la calefacción está muy alta.

—Ah. ¿Y tu amigo? ¿También tiene calor?

—¿Qué amigo? —Me hago el despistado.

—¿Amigo? —pregunta Axel—. No me jodas, Teo. No pretenderás leerle el cuento a tu hermana en medio de una fiesta de estudiantes.

Noto cómo Olivier se tensa al escuchar su voz. Sé que ahora mismo solo quiere huir, pero con la mano con que no sostengo el móvil lo sujeto de la muñeca. Axel no sale en la pantalla; estará

en la habitación, pero el teléfono lo tiene mi hermana delante de su cara, no tiene de qué preocuparse.

—Mamá, papá ha dicho un taco.

—Ahora lo castigo —grita mi madre por detrás, y yo me debato entre morirme de la risa o de la vergüenza, porque Olivier va a flipar con este sainete.

—Quiero un buen par de azotes...

—Por favor, Axel. No era necesario... —me quejo.

—Tenéis diez minutos. En lo que voy a discutir el castigo con vuestra madre. Y saluda a tu amigo de mi parte.

Olivier definitivamente flipa.

—Adiós... —le chillo—. Enana, ¿me habéis mandado el cuento?

—No, hoy toca que te lo inventes.

—Vale, pues dame las tres palabras.

Vuelvo a acomodarme sobre el estómago de Olivier, que parece que se ha relajado un poco, y me pego bien la pantalla a la cara, para que el plano sea más corto.

—Amigo. —Será cabrona—. París.

—Muy bien, y te falta una.

—Pedo.

A Olivier se le escapa la risa y la vibración de su estómago me mueve la cabeza.

—Vamos, Sof, siempre eliges pedo o caca. ¿Estás segura de que no quieres cambiar?

—Venga, cambio a culo.

—Amigo, París y culo. Tiene que ser una puta coña —mascullo esto último, apartando el móvil y mirando por el rabillo del ojo a Olivier, que está muriéndose de la risa.

Vuelvo a enfocarme y empiezo.

—Allá voy, pero tumbate y deja solo encendida la luz pequeña.

—Valeee...

—Eustaquio...

—Ja, ja, ja. Eustaquio es un nombre horrible —se parte de risa mi hermana.

—Teo, se trata de que se duerma, no de que se active. —Genial, esa es mi madre. Solo espero que no se acerque a menos de un metro.

—Enana, deja de reírte y de chillar, o te cortarán la videollamada antes.

—Sigue, Estuquio.

—*Eustaquio acababa de mudarse a París para estudiar la carrera de sus sueños. Estaba ilusionado y feliz, pero después de los primeros días empezó a sentirse triste...*

—¿Tu amigo también va a dormirse? —me interrumpe mi hermana.

—No lo sé, ¿quieres que se lo preguntemos?

—Sííí.

—Pero me tienes que prometer que no le contarás a nadie que lo has visto, ¿vale? Será nuestro secreto. Hasta que vaya yo el domingo a casa.

—Te lo prometo. Será nuestro secreto.

—¿Has perdido la cabeza? —sisea Olivier.

Me muevo para sentarme erguido al lado de él y estiro el brazo para que nos vea a los dos, solo la cara.

—Hola, amigo de Teo.

—Hola, hermana de Teo.

Vale, ¿puede salirse un corazón por la boca en un instante? Porque el mío está a punto.

—Me llamo Sofía.

—Y yo Olivier.

—¿Vas a escuchar el cuento de mi hermano?

—Claro. Estoy deseando saber qué pasa con Eustaquio.

La sonrisa de mi hermana vuelve a salir en la pantalla, solo que esta vez se ríe en silencio.

—¿Y vas a dormirte?

—Creo que sí, porque estoy muy cansado. —Finge un bostezo, y mi hermana lo imita.

—Yo también.

—Pues dejadme seguir, pesados.

—Somos todo oídos.

—*Eustaquio era de una ciudad pequeñita y en París todo le parecía muy grande. Así que solo iba de su casa a la escuela y de la escuela a su casa. Le costaba relacionarse, porque todos hablaban un idioma muy raro; francés, creo que era, y pronunciaban las palabras como con la boca de piñón, y eran todos muy serios y estirados; vamos, que parecía que les habían metido un palo...*

—Teo, *mon Dieu*.

—Por el culo —añade mi hermana. Sabía que lo haría.

—Exacto. Y dile a Gael que mamá va a matarlo por enseñarte esas cosas.

Durante los siguientes cuatro minutos sigo contando las aventuras y desventuras de Eustaquio por París, desvariando un poco, ante la mirada alucinada de Olivier. Conozco a mi hermana y sé que está a punto de caer. Y entonces, me dispongo a terminar.

—*Pero un día, cuando estaba a punto de hacer las maletas para volver a su casa, se cruzó en la puerta de la universidad con un chico alto, moreno, con el pelo ondulado, nariz ancha y unos ojos avellana muy bonitos, y sin saber cómo, de repente, ambos se sonrieron mucho...*

—Mentira —apuntilla Olivier, cabeceando.

—*Y a partir de ese momento, se hicieron mejores amigos.*

El móvil de mi madre se precipita sobre el colchón de Sofía y todo se ve negro. Cuelgo, porque sé que se ha dormido.

—Teo...

—Shhh. —Llevo mi índice a sus labios—. No me echas la bronca. Entiendo que lo hayas flipado mucho, pero así somos; y, no sé, como no vamos a pasar juntos las Navidades, me apetecía compartir un poquito de mi otro yo contigo.

—Iba a decirte que, aunque se te haya ido la cabeza por completo y le hayas colado unas cuantas mentiras a tu hermana, me ha encantado compartir ese momento contigo, Eustaquio.

—Enmarca mi cara con sus manos y me besa para dejarme mucho más tranquilo.

Un minuto después, estamos desnudos y enredados dentro de la cama.

Con Olivier relajado y feliz, y lo más importante, solo para mí.

Cómo voy a querer volver a París mañana.

Nuestra despedida

OLIVIER

Dejo las bolsas de la compra sobre la encimera y voy a cambiarme de ropa. Está lloviendo, y me he calado los bajos de los vaqueros. Cuando me estoy desnudando, me vienen a la cabeza las imágenes de aquel domingo tormentoso que me encontré a Teo en el Malabar, y que terminó con los dos desayunando juntos aquí, en mi buhardilla. Me parece mentira que hayan pasado casi dos meses desde aquel día.

Entre semana seguimos guardando las formas, aunque cada día nos tenemos que esforzar más para que no se nos note. Sobre todo, estos días, después de nuestra primera escapada solos, de la que no dejo de recordar momentos con una sonrisa enorme en la boca. Nos hemos visto en la piscina y en la escuela, rodeados de gente, y ha sido un suplicio mantener todo el rato nuestro papel de profesor y alumno. Teo ha estado muy volcado en sus clases y en sus trabajos, para dejar todo acabado antes de las vacaciones, que nos han dado hoy. Y yo he estado cerrando los temarios pendientes de este semestre. Aun así, el tiempo que pasamos juntos y a solas es tan bonito y fructífero que me lo tomo como un curso intensivo de conocimiento y autoconocimiento. Porque Teo me enseña cada día un poco más de él, de su familia y de sus sueños, pero, a su lado, yo también estoy conociendo a este nuevo Olivier; uno muy diferente al que empezó a dar clase este curso. Ahora mismo, soy una versión de mí mismo que jamás imaginé. Una que siente, pero que también se respeta.

Aunque Teo multiplica cada sensación y cada sentimiento, difumina la delgada línea que marcan nuestras circunstancias y me hace querer prender el mundo con él, no puedo negar que la nube negra, como la mayoría de las que cubren el cielo hoy, no se aleja del todo de nuestras cabezas. O, mejor dicho, de mi cabeza.

Como el domingo regresa a su casa para pasar la Navidad con su familia y yo me voy a Burdeos, le he dicho que venga a cenar y que se quede conmigo hoy y mañana. Así podremos despedirnos a solas hasta que volvamos a vernos en enero.

Saco el móvil para buscar algún vídeo con la receta de pato que quiero prepararle. Sí, así estoy, a punto de hacer la cena un viernes por la noche.

En ese instante, él me escribe.

Enfant:

Salgo ya a coger el metro. ¿Necesitas algo?

Yo:

Solo a ti.

Enfant:

Corrección: Salgo ya empalmado a coger el metro.

Cabeceo y se me escapa una carcajada. Menos mal que Arlette no vive justo debajo, porque si no me habría escuchado.

Preparo todos los ingredientes sobre el granito, abro una botella de vino tinto y me sirvo una copa para empezar a ver la videoreceta. Trasteo en busca de una fuente de cristal y, cuando ya lo tengo más o menos claro, me concentro en seguir los pasos.

Cuando lo tengo todo listo para meter al horno, suena el timbre. Así que voy hasta la entrada para abrir el portal, y ya dejo abierta la puerta de arriba para regresar y seguir con la cena.

—Estoy en la cocina —alzo la voz cuando escucho el sonido de la puerta.

—Olivier...

Estoy a punto de quemarme con el horno después de meter el pato. Porque esa voz, con esa entonación tan francesa, no es la de Teo. Cierro los ojos con fuerza y me giro para mantener un cara a cara con Jean Paul, confiando en que este, definitivamente, sea el último.

—¿Qué estás haciendo aquí? No puedes presentarte en mi casa, así, sin más. Pensé que te había dejado claro que no quiero volver a verte, la semana pasada, cuando irrumpiste en mi trabajo.

Me hace un repaso de arriba abajo y se detiene en mi cara. Mi gesto serio no debe de darle una pista de lo poco que quiero que esté aquí, porque sonrío orgulloso y avanza para acercarse a mí.

—He venido porque tenemos que hablar, Olivier.

—No —espeto firme—. Tú y yo ya no tenemos nada que decirnos. Ya no.

Me doy la vuelta para coger mi copa y llevármela a los labios. Quiero demostrarle que estoy tranquilo, aunque no del todo. Necesito que sepa que su presencia aquí no me intimida. Y que, por supuesto, me importa muy poco lo que haya venido a decirme.

—¿Estás cocinando? —Se pega a mi espalda y echa un vistazo por encima de mi hombro, observando el despliegue que queda sobre la encimera—. ¿Para él?

Ignoro su pregunta y me doy la vuelta para esquivarlo y que no me acorrale aquí. Lo conozco, y sé que cuando está cerca se cree que tiene derecho a tocarme.

—Tienes que irte, Jean Paul. —La rabia empieza a burbujearme en la garganta.

—Tienes que escucharme antes. Te he mandado millones de mensajes...

Ahí está, mirándome, impasible. Como si estos meses no hubiéramos estado separados. Como si nada se hubiera roto entre nosotros. Yo también me fijo en él. Barba arreglada, mirada gris, el pelo recién cortado, y ese aire de ser superior del que nunca se desprende, aunque muestra evidentes signos de cansancio. Pantalón *beige*, jersey naranja y cazadora marrón, que ya trae en la mano y que deja sobre el taburete alto.

—No los he leído, porque hace días que archivé tu chat —me sincero mientras camino hasta el salón—. En realidad, no me interesa lo que tengas que decirme. ¿Cuándo vas a entenderlo?

—¿Y las llamadas? ¿O también me has bloqueado? —Me sigue y se coloca justo enfrente de mí; no me siento, porque no quiero que se acomode, solo quiero que se vaya.

—Todavía no. Pensé que al ver que no te había respondido a ninguna, tú solito entenderías que era una absoluta pérdida de tiempo insistir. Tienes que parar, Jean Paul, esto no tiene sentido. Y no es sano.

—Olivier. —Acorta la distancia y lleva sus manos a mi cara. Me quedo quieto durante un segundo, comprobando que ya no me transmiten ni frío ni calor, solo indiferencia. Después, se las retiro, porque no quiero que me toque.

—Tienes que irte.

—Escúchame, por favor. —Baja el tono—. Te he echado de menos. No dejo de pensar en ti. En lo nuestro. En lo bonito que fue.

—¿Bonito? Sería para ti, Jean Paul. Yo nunca podría definirlo así.

—Vamos, Olivier. No me creo que te hayas olvidado de lo nuestro. De la conexión que tuvimos desde el momento en que nos conocimos, que fue increíble. Ni de las noches compartiendo vino, sexo y conversación. Tuvimos momentos muy buenos. No puedes quedarte solo con los malos.

—¿Tú te escuchas? Hazme un favor, Jean Paul, deja de edulcorar lo que tuvimos. Porque aquello fue una mentira, no una relación.

—Encajábamos muy bien —insiste, y vuelve a rozarme, esta vez intentando sujetar mi mano—. Y sé que podemos arreglarlo y volver a estar juntos.

—¿Qué parte de que no quiero nada contigo no has entendido? No hay nada que arreglar, porque no hay nada.

—Sé que te dolió enterarte de todo, ¿vale? Pero quiero que sepas que, desde que se quedó embarazada, no hemos vuelto a tener relaciones. No las he tenido ni con ella ni con nadie.

—¿Y crees que ese dato me interesa?

—Pero quiero que lo sepas, que después de ti no ha habido nadie. Y también quiero contarte que he hablado con mi mujer, y estamos a punto de llegar a un acuerdo sobre nuestra relación. Seguiremos casados y siendo una familia, por nuestro hijo y por nuestros padres. —¿Se está escuchando? ¿En serio a él le suena coherente algo de lo que dice?—. Sin embargo, ella y yo haremos vidas separadas en la intimidad. Eso significa que tú y yo podremos...

—¡Tú y yo no podremos nada! —grito, porque me parece surrealista que se le pase por la cabeza que existe una posibilidad para nosotros—. ¿Tú te oyes? Tu planteamiento me pone los pelos de punta. ¿No te das cuenta de que es absurdo lo que me propones? Es la misma mierda que antes, pero con tu conciencia más tranquila.

—Por favor, Olivier. Te necesito —insiste—. Mírame, estoy aquí. Haré las cosas mejor esta vez, te lo prometo. Necesito volver a tenerte. Necesito saber que estarás ahí, para mí. —Bufo y me llevo las manos al pelo. Suena tan patético como parece—. Ya he reconocido que me porté mal...

—¡Para! —Se vuelve a pegar a mí, y esta vez su pulgar roza mis labios. Me alejo, aunque es difícil en este espacio minúsculo.

—¿Por qué? ¿Es por él?

No, por ahí no paso. No quiero que meta a Teo en esto.

—Es por mí. Tú y yo ya no somos ni seremos, básicamente, porque nunca fuimos. Lo nuestro nunca tuvo sentido, aunque me haya costado comprenderlo. Tienes que aceptarlo. Yo no quiero estar contigo. Sé consecuente, deja de insistir y acéptalo. Yo no quiero aquello, no quiero volver a vivir así. No quiero.

—¿Estás seguro, Olivier?

—Muy seguro.

—¿Por qué no quieres volver a intentarlo?

—Te lo acabo de decir. No quiero volver a vivir así nunca más. Quiero luz y sinceridad. No mentiras y oscuridad.

—Luz y sinceridad, ¿eh? ¿Tú? ¿Tú con él? Muy bonito el discurso, aunque no te tenía por un maldito hipócrita. Por favor, deja de engañarte —masculla y, de repente, cambia el gesto, como si acabara de quitarse una careta.

—¿Qué dices?

—Lo que has oído. No te hagas el tonto conmigo. Ni me des lecciones de moral —escupe con inquina. Y a mí me da un vuelco el estómago, porque eso puede significar que sabe que...—. ¿Crees que él va a poder darte lo mismo que yo?

—No sé de lo que estás hablando.

—Te estás follando a tu alumno —afirma con desprecio.

Cómo he sido tan idiota. Por eso está aquí, porque quería soltármelo en la cara. ¿Y cómo narices lo sabe?

—Eso no es de tu incumbencia. —Cojo su cazadora y se la estampo contra el pecho—. Y ahora que ya te he escuchado, quiero que te largues de mi casa. —La coge y sonríe con falsedad.

—¿Con un maldito crío? Pensé que te iban los hombres, no los niños. Pero si no tendréis nada en común. Y, para colmo, eres su profesor. Muy fuerte. Encima, tienes las narices de decir que no quieres vivir como lo hacías conmigo. ¿Sabes tus compañeros que te lo tiras? ¿Lo saben tus otros alumnos? O acaso te acuestas con todos. ¿Qué pensará el director sobre el asunto? ¿Crees que querrán que formes parte del claustro sabiendo que te gustan tus alumnos más jóvenes? —Resopla y me encara—. ¿Piensas que conseguirás una plaza de profesor ahí? Vamos, Olivier, recapacita. Vuelve conmigo y podrás tener todo por lo que has luchado, pero, si sigues con él, y se enteran, te arriesgas a perderlo. Yo mismo podría contárselo. —Su amenaza velada me deja en *shock*. ¿Tan lejos va a llegar?—. ¿Qué tal quedará en tu expediente esa expulsión?

—¡Vete de mi casa! Ya.

Cada palabra que ha salido de su boca ha sido un dardo envenenado y certero contra mi pecho. Porque, pese a que él está hablando desde el más absoluto despecho, no está diciendo ninguna mentira. Y todas esas preguntas ya estaban dentro de mí, pero ha tenido que venir él a pronunciarlas en voz alta, para que cojan textura y forma. Y para que me pesen como toneladas de hormigón.

—Tranquilo, ya me voy. Tú sabrás lo que haces. Piénsalo unos días. Pero piénsalo bien. Y la próxima vez que te llame, cógeme el teléfono.

Cuando oigo la puerta cerrarse, me dejo caer en el sofá, completamente derrotado. Cierro los ojos, me llevo las manos a la cabeza y trato de mantener a raya mi respiración. Me cuesta llenar de aire mis pulmones, me duele el pecho, me hormiguean los dedos y siento como si todo mi sistema nervioso se debilitara a cada segundo. Y entonces, la herida se llena de dudas, porque las dudas han salido de su escondite en tromba. Porque estaban ahí, acechando. Y en este silencio demoledor empiezo a entenderlo todo. Jean Paul tiene razón, no puedo ser un maldito hipócrita. No puedo darle la espalda a lo que Teo y yo somos. No puedo tirar por la borda todo lo que he logrado hasta llegar aquí. Y no, no puedo arriesgarme a perderlo todo, aunque me destruya perderlo a él.

No sé cuántos minutos después, el sonido incesante del timbre se cuele por mi tímpano y me saca del trance. Tiene que ser Teo. Me aprieto los lagrimales antes de que empiecen a funcionar y arrastro los pies como un fantasma por el pasillo, mientras suena otro timbrado, este más largo.

Cojo aire y lo expulso lento. Me autoconvenzo de que la única solución para los dos es esta, mientras giro el pomo y abro la puerta.

—Hola...

—Dime que ese tío con el que me he cruzado en el portal no era tu ex.

—Teo... —Trato de mantener la calma, pero esos ojos verdes llenos de dudas posados en los míos me matan. No puedo mentirle, con eso no. Asiento con la cabeza.

—Joder. Lo sabía. Ese puto jersey naranja de ochos horrendo no podía ser de nadie más. Y la mirada que me ha echado, el muy imbécil, como si me estuviera perdonando la vida. —Pasa por delante de mí como un obús. Cierro la puerta y voy tras él—. ¿Habéis follado? —me pregunta con los brazos cruzados sobre el pecho, plantado delante del sofá.

—Teo...

No sé qué decirle, no sé cómo coño hacer esto para que duela menos. Porque no hay una manera bonita y otra fea de hacer daño. Porque el daño en sí ya escuece.

—Te he hecho una pregunta.

—No, Teo. No lo hemos hecho.

—Ya... —duda—. Este tío es el que se coló en la charla de tu padre, ¿no? Y luego tú te fuiste con él. Lo vi cerca de tu despacho cuando fui con Hans. Cómo he sido tan tonto. ¿Has estado viéndolo todo este tiempo? Dímelo.

—No lo he visto, en serio.

Vale, Jean Paul se cruzó con él en la escuela y lo reconoció como el mismo chico que vio en la cafetería. Ahí tengo mi respuesta.

—Dios... —Se frota la cara, y me acerco para retirar sus manos. Tocarlos me incendia la piel—. Dime la verdad, por favor.

—Te estoy diciendo la verdad. Te lo prometo.

—¿Y por qué no me contaste que estuviste con él? Igual que me lo dijiste después de lo de la cafetería. No lo entiendo. Si no pasó nada, ¿por qué te lo callaste?

—Porque no quise darle importancia, Teo. El otro día no tenía ni idea de que iba a ir a la escuela, ya viste que lo saqué de allí; y sí, fuimos a mi despacho, porque quería dejarle claro el tema, pero no pasó nada más. Pensé que lo había entendido. Hoy se ha presentado aquí y he abierto sin mirar, pensando que eras tú. —Suelto sus manos y retrocedo un paso; si sigo estando tan cerca de él, no voy a ser capaz de pensar con la cabeza.

—Vale. Está bien. —Parece que me cree.

—Pero, Teo...

—¿Pero? ¿Teo? ¿Ya no soy *enfant*? Dime qué pasa. —Acorta el paso que nos separa y busca mis manos. Me las meto en los bolsillos para reprimir las malditas ganas de tocarlo. Él no cede y las posa sobre mi pecho—. Me estás poniendo nervioso. —Agacho la mirada—. Mierda. Si ni tan siquiera puedes mirarme. Oli...

—Esto no está bien.

—¿Qué? ¿Qué no está bien? —balbucea, y el miedo ahora se le desborda por las retinas. Solo quiero darle cobijo entre mis brazos, sin embargo, esto es por su bien. Se merece brillar del todo y delante de todos, no solo a medias y en la intimidad.

—Nosotros. Tú y yo. Te mereces mucho más de lo que puedo darte.

—No hagas esto, Oli. No. No decidas por mí.

—Teo...

—Por favor, mírame. —Me levanta la barbilla para que nuestros ojos se conecten, y su maravilloso olor me impregna, para hacerlo todo más difícil—. ¿Qué ha pasado? Cuéntamelo. ¿Qué te ha dicho?

—Nada que yo no supiera —mascullo.

—¿Vas a volver con él? ¿Es eso? ¿Qué te ha prometido? ¿Dejar de esconderte? Me das la patada porque vas a volver a estar con él —afirma mientras aprieta los puños sobre la tela de mi camiseta—. Aunque te mintiera.

—No. Esto no tiene nada que ver con él. Tiene que ver conmigo. Contigo y conmigo. No podemos ser, y punto.

—¿Por qué me cuesta tanto creerte? Estábamos bien, estábamos de lujo, y curiosamente aparece y todo cambia.

—No es así.

—Mientes. Dime qué te ha dicho.

—No es lo que me ha dicho él, Teo. Es lo que yo ya sabía, pero he estado ignorando porque... porque soy débil. Eres mi alumno. Estoy a punto de terminar el doctorado. Mi carrera está en juego. Esto ha sido una locura. —Niega con la cabeza, como si no creyera ni una sola de mis palabras—. Y me siento una mierda por arrastrarte a vivir en la oscuridad conmigo. No te mereces eso. Esto ha sido un error desde el primer día y lo mejor es poner el punto final ahora, antes de que sea demasiado tarde.

—Y una mierda. Mírame, Oli. Mírame, por favor. —Se le resquebraja la voz y tira de mí hacia él. Nuestras frentes se rozan—. No nos hagas esto. No me dejes. No te das cuenta de que le estás dando poder a ese hijo de puta, otra vez. En algo que solo nos incumbe a ti y a mí. Yo sé lo que soy para ti, yo tengo toda la información, y yo conscientemente elijo estar aquí.

Teo, una vez más, partiéndome el alma con su dosis de sinceridad. Brutalmente natural. Y tiene razón, pero esto terminará siendo un desastre si no lo dejamos aquí.

—Será mejor que te vayas.... —Me clavo las uñas en mis propias palmas, porque tengo que mitigar el dolor interno con uno externo. Creo que hasta me hago sangrar. Ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida, aunque en este instante no pueda decírselo—. Esto es un error —repito—. Un grave error.

—Un grave error, ¿eh? Mientes. Y lo sabes. Mientes, joder. Te he sentido dentro de mí. Y entre nuestros cuerpos no cabían las mentiras. Sé cómo me has cuidado, cómo me has mimado y cómo me has guiado en cada pequeño paso. He visto tu sol sin eclipse, Oli. Yo sí. El problema es que tú sigues ciego. Sé que te hicieron daño, lo sé, pero es que ahora me lo estás haciendo tú a mí. Por eso no lo entiendo. Soy incapaz de entenderlo.

—No hagas que esto sea más difícil... —Empiezo a convertirme en un ser inerte, pero no por dejar de sentir, sino por todo lo contrario, porque estoy quedándome exhausto por exceso de sentimientos. Quiero a Teo como no he querido a nadie, aunque me lo guarde solo para mí.

—No me dejes así, Oli... —Teo se limpia una lágrima sin separarse de mí. Y yo, frente a frente, me hago añicos.

Saco las manos de mis bolsillos y lo aparto de mi cuerpo con suavidad. No sé qué más puedo decir, pero espero que mi silencio sea la respuesta.

En la punta de la lengua se me atascan millones de palabras cuando él camina de espaldas para irse hacia la puerta, sin dejar de mirarme, esperando una reacción por mi parte. No me mires así, esto me duele igual que a ti. En cuanto llega a la esquina para enfilarse al pasillo y ve que no me he movido ni un ápice, se da la vuelta y acelera el paso para marcharse.

Y el sonido de la puerta al cerrarse se acompaña con el pitido del horno, recordándome que hoy había cocinado para nosotros dos. Me dejo caer sobre la pared, me abrazo las rodillas, y dejo que todas las lágrimas que he estado reprimiendo comiencen a salir.

Ojalá algún día sepa perdonarme.

36

Mi corazón herido

TEO

—¿Seguro que estás bien? —me pregunta Axel por tercera vez. Acaba de recogerme en el aeropuerto y vamos de camino a casa.

—Sí. Solo estoy agotado. —Y roto. Y dolido. Y exhausto, porque llevo casi cuarenta y ocho horas sin dormir, desde que salí el viernes de la buhardilla de Olivier con el corazón hecho trizas.

No he comido, apenas he bebido líquidos, y solo he sido capaz de levantarme de la cama para lo estrictamente necesario; ir al baño y luego marcharme al aeropuerto para coger el avión. He tenido suerte, porque la residencia estaba casi vacía. La mayoría ya habían regresado a sus casas para pasar las fiestas con sus familias, incluidos Eric y Hans, que se fueron el mismo viernes. Así que he podido regocijarme en mis dramas solo, sin testigos. Y, lo más importante, sin tener que darles explicaciones. No creo que se me hubiera ocurrido ninguna excusa creíble a mi estado de ánimo.

Pues por amor, Teo. Por iluso. Por gilipollas.

Cierro los ojos y todas las imágenes de los momentos que he compartido con Olivier se cuelan masivamente en mi cabeza y se mezclan con sus frases dejándome. *Esto no está bien. Ha sido un grave error. Tienes que irte...*

Noto cómo la vena de mi sien se hincha, y vuelve el dolor en el pecho. Es que todavía no me creo que esto haya pasado, que, después de las últimas semanas, donde todo parecía fluir, estemos ahora así. A miles de kilómetros, y no solo físicos. No sé, hay algo que sigue sin cuadrarme.

—¿Qué pasa? Lo diste todo en la fiesta de Navidad de la residencia, ¿no? Porque tienes los ojos resacosos aún.

—Más o menos —miento. La fiesta fue el jueves, sí, pero no fue tan desmadre como se suponía. Obviamente, no estoy así por eso.

En lo que resta de trayecto será mejor que cierre el pico y mire por la ventanilla, para que Axel no analice mi cara y me pille. Aunque, como siga así, se va a dar cuenta; él y todos, porque estoy a punto de entrar por la puerta de mi casa tres meses después, y tendría que estar feliz y hablador, no mudo y cadavérico.

Cinco minutos después, dejamos el coche en el garaje y subimos a casa.

La primera en lanzarse hacia mí nada más abrir la puerta es Sofía. Me agacho para cogerla y estrujarla entre mis brazos. Aspiro su olor dulzón y lo guardo en mi interior durante unos cuantos segundos, siendo consciente de que he llegado a mi refugio y que aquí todo dolerá menos.

—Enana, has crecido un montón. —Le como la cara a besos y le provocho muchas cosquillas. Su risa es un bálsamo. No veo a nadie más, qué raro—. Te he echado de menos.

—Y yo a ti. ¿No ha venido tu amigo? El que se reía bonito.

Magnifique, enana. Tenías que acordarte de él. Joder. Se reía muy bonito, sí. Basta. Tengo que dejar de pensar en francés. En mi profesor. Y en cada recuerdo que ha grabado en mi piel, si no quiero ponerme a llorar desconsoladamente delante de todos.

—No, Sofía. Pero recuerda que eso era un secreto. —Trago saliva con cierta dificultad y dejo a mi hermana en el suelo.

—Secreto —repite, y sonrío achinando los ojos.

—¿Y el resto? ¿Nadie va a salir a recibirme?

—Están en el *loft*, creo que quieren darte una sorpresa, pero Sofía no ha podido resistirse a venir a recibirte. Venga, ya dejo yo tu maleta en la habitación; pero, Teo, haz el favor de poner cara de que no tienes ni puta idea o me echarán la bronca —me dice Axel casi en un susurro para que mi hermana no lo oiga.

—Dame la mano, vamos al *loft*. —Sofía me lleva con ella.

Cuando abrimos la puerta todos gritan: *Bienvenido, Teo*.

La primera que viene a abrazarme es mi madre. Me aprieta tanto que debe de notar mis huesos.

—Teo, cariño. —Enmarca mi cara con sus manos y me besa en la mejilla repetidas veces, haciendo mucho ruido—. Por fin estás aquí. ¿Cuándo fue la última vez que comiste? Estás más delgado...

—Mamá, un poco de tregua, que acabo de llegar.

—No tienes muy buena cara. ¿Te encuentras bien? ¿Qué te ha pasado?

Y ese sexto o séptimo u octavo sentido que tienen todas las madres sale a relucir.

—Ya te vale, mamá. No me seas abuela. Déjalo aterrizar —protesta mi hermano, y se acerca para apartar a mi madre. Menudo salvavidas. Me da un abrazo enorme, que incluye un par de palmadas en la espalda. No voy a mentir, me vienen bien para recomponerme—. Espero que esa cara sea la consecuencia de un pedo épico y no de un bajonazo por desamor —me susurra en el oído, antes de separarse de mí para que pueda saludar a Jana.

Vaya, mi hermano captando señales y hablando de sentimientos. No tendría que ser algo excepcional, lo sé, solo es que me sigue flipando un poco todo lo que ha cambiado en este último año y medio.

—Hola, guapa. ¿Qué tal estás? ¿Te ha dado mucha guerra mi familia en mi ausencia?

—Qué va. —Sofía se cuela entre nuestras piernas y Jana es la que se agacha a cogerla, le da un beso en la cabeza y mi hermana se acurruca en su cuello—. Estas vacaciones te los dejo enteritos para ti.

Jana ha estado viviendo con mi hermano en el *loft*, porque para ir a la universidad es más cómodo estar aquí, pero va a pasar la Navidad en el Salitre con su familia.

—Qué feo ha sonado eso, *casi fea* —se queja mi hermano, y se acerca a Jana y a Sofía para achucharlas.

El timbre del *loft* suena, y es mi madre la que va a abrir.

—¿Esperáis a alguien más? —Todos me ignoran, hasta que la puerta de arriba se abre y veo a Berta. Soy yo el que se lanza a abrazarla antes de que consiga entrar.

—Teo...

Nos quedamos pegados un rato. Está guapa, tiene el pelo más largo y algo más oscuro. Sus ojos azules me escrutan cuando nos separamos. Vaya, ¿tan transparente soy? O quizá es que ahora mismo estoy con las personas que mejor me conocen del mundo.

—¿Tú no tenías cena hoy?

—Sí, en media hora. Pero antes me apetecía verte.

Berta saluda a mi familia y todos le preguntan qué tal le va por Madrid.

—¿Puede alguien poner la mesa? —grita Axel desde el otro lado—. Que casi está la cena.

—Yo la pongo, papi.

—Espera, que te ayudamos —se ofrece Jana, y todos se van al comedor y me dejan a solas con Berta.

—Te he echado de menos. —Vuelvo a abrazarla.

—Y yo a ti. Tengo mil cosas que contarte. Madrid es un infierno, aunque mi nuevo compañero de piso hace que sea un infierno agradable. —Me saca una sonrisa con su comentario; quiero que sea feliz, siempre—. ¿Y París?

—París era un infierno agradable, pero ahora solo es un infierno.

—Vale, esos ojitos me ocultan datos. Tengo que irme. Mañana he quedado con Héctor y los de clase para tomar algo antes de la cena. ¿Pasas por mi casa y vamos juntos?

—No sé si tendré humor para...

—Para salir conmigo y los chicos sí. Porque ningún gabacho va a amargarte las fiestas, ¿entendido?

—Sí, perfectamente.

—Así me gusta. —Nos despedimos en la puerta y quedamos en vernos mañana.

Mientras voy hacia el comedor, no puedo dejar de pensar en Olivier. En cómo habrá llegado a Burdeos. En lo diferentes que serán sus Navidades. En cómo afrontará él nuestra separación. En si estará pensando en mí tanto como yo en él. En si le dolerá. O si ya me habrá olvidado. Y en si habrá vuelto con su ex, por mucho que él me dijera que dejarlo conmigo no tenía nada que ver con ellos.

La risa escandalosa de mi hermana, por una chorrada que le ha dicho Gael, y mi madre intentando poner mesura a ese jolgorio me devuelven al presente. A mi refugio. A mi familia. Y, aunque por dentro siga hecho pedazos, estar alrededor de esta mesa junto a los míos mitiga parte de ese dolor.

Las preguntas sobre mi estancia en París no cesan. Las de Axel, más centradas en la arquitectura, son las que mejor respondo. Además, aprovecho para preguntarle por todos los proyectos que tiene entre manos. Me dice que la semana que viene quiere que lo acompañe al estudio para enseñármelos. Las otras, las que solo tienen que ver con cómo he vivido y cómo me he sentido, las esquivo como puedo. A ratos desconecto. A ratos muestro una sonrisa que no me llega a los ojos. Y a ratos hago un esfuerzo sobrehumano para no derrumbarme aquí. Apenas como, porque no tengo mucho apetito.

Gael y Jana son los primeros en irse; mi madre les ha pedido que se queden a dormir en el *loft*, porque no son horas de coger la moto para ir hasta Somo, pero se han negado. Aunque mi hermano haya cambiado en los últimos meses, hay cosas con las que es imposible luchar, y su pasión por la moto, sin importar el día del año, es una de ellas. Además, a cabezón no le gana nadie, así que se van. Sofía se ha quedado dormida en mis brazos, y me levanto para ir a acostarla.

Lo cierto es que yo también necesito dormir, aunque antes voy a ayudar a mi madre a recoger los restos de la cena.

—Deja eso. Ya lo hacemos nosotros.

—Tranquila, así terminamos antes. —Le acerco las copas y cojo el estropajo para lavarlas a mano mientras ella mete lo demás al lavavajillas.

—Teo, cariño. —Cierra el grifo cuando ve que llevo varios segundos aclarando la misma copa, y me la quita de la mano—. Soy tu madre. —Como si esa premisa ya encerrara el poder de la sabiduría universal, que quizá sí lo haga—. Puedes contármelo. —Me sujeta las manos y me aparta del fregadero—. Has mareado la comida en el plato. Has estado más tiempo con la mirada perdida que disfrutando de nosotros. Y esos ojitos están demasiado apagados. Puedes estar cansado del viaje, pero a mí no puedes engañarme.

Metó aire en mis pulmones, y, antes de expulsarlo, un par de lágrimas empiezan a descender por mis mejillas. En ese instante, entra Axel en la cocina con los últimos platos.

—Vaya. Lo siento. Dejo esto y me voy.

—No, quédate —le digo. No hay nada que él no pueda saber.

—¿Quién te ha roto el corazón, cariño? —me pregunta mi madre.

Y me pone en bandeja abrirme a ellos, sin esperar un minuto más. Porque, hasta este instante, no les había hablado de lo que sentía con respecto a los chicos; no por miedo o vergüenza, qué va, solo porque, como ya dije antes de irme a París, necesitaba entenderme a mí mismo primero. Cerciorarme de lo que me gustaba. Saber cómo quería vivir, y, lo más importante, cómo quería sentir. Y ya lo sé, gracias a él, lo sé. Sé lo que me llena y lo que me deja vacío. Sé lo que me sube a una montaña rusa y lo que me hace caer en un pozo. Sé lo que mi cuerpo anhela, lo que me da placer, lo que hace que mi mirada no pierda el brillo. Y sé que nada de lo que experimenté antes tenía el mismo sentido.

Por eso respondo con el corazón en la mano, aunque esté hecho pedacitos.

—Olivier. Ha sido Olivier.

Las lágrimas se vuelven descontroladas cuando Axel y mi madre me envuelven entre sus brazos a la vez, achuchándome con fuerza. Supongo que las preguntas llegarán más tarde, sin embargo, en este instante, su respuesta silenciosa es la mejor sutura para mi corazón herido.

37

Mi nudo

OLIVIER

Mi padre se pone de pie y se aclara la garganta antes de empezar con el brindis.

—Por Pierre y su prometida...

—Giselle —masculla mi madre a su lado.

—Por Pierre y Giselle —rectifica mi padre y levanta su copa—. Espero que seáis muy felices y, por supuesto, que vuestro matrimonio perpetúe mi legado —añade socarrón, pero los que lo conocemos de verdad sabemos que lo ha dicho con toda la intención del mundo.

Mi hermana, que está sentada a mi derecha, me mira de reojo, y noto cómo se aguanta la risa. Tengo que apretarle el muslo por debajo del mantel para que se comporte. Y es que la escena es, cuanto menos, cómica. Y sí, a mí también me dan ganas de reírme. Pese al humor de perros que arrastro desde el viernes, y que, como podrás imaginar, desde que puse un pie aquí el domingo, solo ha empeorado.

Giselle sonríe enseñando todos los dientes al resto de comensales y entrelaza su brazo con el de mi hermano para beber de sus copas a la vez. Muy de película todo. Pierre ha aprovechado la cena de Nochebuena para anunciar la fecha de su boda a toda la familia, y así se ha convertido una vez más en el centro de atención. Lo gracioso ha sido ver a mi padre, con su particular egocentrismo, intentar recordar el nombre de su futura nuera sin éxito, y eso que hace más de dos años que mi hermano sale con ella.

—Esto hay que celebrarlo, hijo. —Le pasa una mano por el hombro y me mira a mí, con los ojos llenos de orgullo. Supongo que intentará decirme que me fije en mi hermano, que él sí va por el buen camino.

No te esfuerces, papá. Hace tiempo que entendí que mi forma de amar jamás entrará a formar parte de un itinerario digno para un hijo tuyo. Y, afortunadamente, cada día que pasa, me duele menos. Ya no me preocupa entrar en la estrechez de sus convencionalismos, aunque sigue irritándome que no sea capaz de ver más allá de su propio ombligo.

—Gracias, papá. —Le devuelve el gesto mi hermano apretando su mano.

—Olivier, trae los puros que tengo en mi despacho, por favor. Esto hay que celebrarlo.

Yo también necesito un cigarro. O dos. Aunque ya he fumado uno antes de cenar a escondidas, en el jardín, con mi hermana, mientras le contaba mis últimos días en París y la sensación de vacío que se me ha quedado en el pecho después de cortar con Teo. Inés es la única que está al día de mi vida privada.

—Sí, eso. Y trae el *whisky* que esconde tu padre allí, el de malta —vocifera mi tío, y uno de mis primos aplaude como si estuviera en el circo. Lo de bailarle el agua a mi padre debe de ser cuestión de sangre.

Me levanto, sin rechistar, poso la servilleta encima de la mesa, y me dirijo a su despacho.

Podría haber protestado su orden, o haberme negado, sin embargo, me vendrá bien dar un pequeño paseo por el *château* para despejarme. Porque, aunque mi buhardilla quepa en este salón, aquí, en estos cientos de metros cuadrados, siempre termina por faltarme el aire.

Es raro que esté abierto.

En cuanto entro y enciendo la luz, el olor a tabaco y a madera se cuela por mis fosas nasales. Echo un vistazo a toda la estancia. Está como la última vez que la vi. Ordenada. Limpia. Impoluta. En las paredes, los cuadros con las fachadas de los primeros proyectos llevados a cabo por mi padre. La vitrina con sus premios. Y algunos artículos también enmarcados sobre el aparador de caoba. Me sorprende ver sobre su mesa de dibujo varios planos. Me acerco y ojeo el diseño de la estructura; no tiene ninguna acotación, ni tan siquiera un nombre.

Lo cierto es que atesoro bonitos recuerdos dentro de estas cuatro paredes. Cuando éramos unos críos y pasábamos las vacaciones aquí, mi padre solía trabajar muchas tardes. Las lluviosas, como no podíamos jugar en el jardín, nos dejaba colarnos en su despacho y acompañarlo. Pierre y yo nos tirábamos en la alfombra, usábamos sus pinturas y quemábamos las horas dibujando, dando rienda suelta a nuestra imaginación. Cuando su carrera despegó y su estudio fue ganando prestigio, dejó de llevarse el trabajo a casa. Supongo que profesionalizó su vena creativa al máximo y dejó de mostrarnos sus ideas y de compartirlas. Tuvieron que pasar varios años para volver a ver a Vincent Delaporte, el arquitecto, enfrascado en su trabajo. Y solo fue fruto de la conciliación; mi hermano y yo nos pasábamos por su estudio, dos días a la semana, cuando salíamos del instituto, porque mi madre tenía que recoger a mi hermana en su colegio.

Irremediablemente me vuelvo a acordar de Teo. Y no solo porque desde esta mañana me lo estoy imaginando rodeado de su familia, cocinando y riendo (espero que al menos él lo esté consiguiendo), sino porque, también, he recordado lo que me contó sobre Axel y cómo lo involucró en todos sus proyectos desde que era un adolescente, sin importar que a esa edad no entendiera ni la mitad de los conceptos; porque a mí me hubiera gustado mucho que mi padre hubiera seguido compartiendo sus inquietudes y su trabajo con nosotros. Pero, lamentablemente, solo lo hizo más tarde con Pierre.

Busco en el segundo cajón de su escritorio, donde solía guardar la purera, y no está. Así que abro y cierro los demás hasta que doy con ella.

—¿Necesitas ayuda? —Inés irrumpe en el despacho.

—No, ya la he encontrado. ¿Coges tú la botella?

Me acerco de nuevo a la mesa de dibujo y vuelvo a inmiscuirme en los planos.

—Sí, tendrá que estar en ese mueble bajo. ¿Qué miras con tanto interés?

—Esto. Me parece raro que se haya traído el trabajo aquí. ¿Tú sabes en qué anda metido?

—Ni idea. Pero esos son de Pierre, el sábado estuvo encerrado aquí. Papá ya le ha dicho que puede quedarse con este despacho, porque él no lo utiliza nunca.

—Ajá. —Asiento y bajo la mirada a la alfombra.

—Ey... Levanta esa cabeza, hermanito. Los dos sabemos que papá ha moldeado a Pierre a su imagen y semejanza, para que sea su clon, pero con treinta años menos. Y tú eres especial, sensible, cariñoso, divertido cuando no te rompen el corazón o cuando no lo rompes. —Me saca media sonrisa con el apunte—. Es obvio que contigo no ha podido.

—¿Estás segura? Porque yo empiezo a dudarlo. —Y un pensamiento que llevo días masticando se apodera de todas mis neuronas.

—¿Qué quieres decir? —Inés saca la botella del mueble y la posa sobre la mesa para sujetarme las manos.

—Pues que siempre he pensado que mi vocación era ser docente, impartir conocimiento y, lo más importante, motivar a los demás para que quieran impregnarse de ello, inculcarles las ganas de aprender. Sin embargo, ya sabes que yo siempre he amado dibujar, que soy muy creativo, que me gusta experimentar y que sentarme en mi mesa de dibujo delante de un A3 en blanco y tirar líneas me relaja.

—Lo sé. He visto muchos bocetos tuyos, Olivier. Y son increíbles. Yo nunca he dudado de tu talento.

—Quizá nuestro padre solo me haya hecho creer firmemente en que debería ser profesor porque no iba a tener nunca hueco en su estudio, Inés. Sabemos que para él sería un golpe muy bajo que probara suerte en algún otro. El prestigioso Vincent Delaporte no quiere tener bajo su ala a su hijo homosexual, y su ego, del tamaño de Notre Dame, tampoco le permite que su hijo gay trabaje para cualquier otro estudio de arquitectura. Por eso, desde que comencé la carrera, se ha encargado de hacerme creer que mi único lugar en el mundo de la arquitectura está en la docencia. Lejos de él o de una posible competencia contra sus intereses.

—¿Tú crees? Y ya sé que cuando quiere es un cretino y que su tufillo conservador apesta, sobre todo a estas alturas, cuando nadie debería sentirse excluido por amar. No sé, yo te he visto feliz invirtiendo tu tiempo en el doctorado. Porque a ti te gusta dar clase, ¿no? Además, hay algún alumno con el que, además, te involucras al máximo y compartes con él todos tus conocimientos extraescolares. —Arquea una ceja y se le escapa una sonrisa.

Tenía que haberle hablado de Teo sin mencionarle que era mi alumno, pero claro, la ruptura no hubiera tenido mucho sentido entonces.

—No seas mala, anda. No dejo de pensar en él y tú no paras de recordármelo cada segundo. No sé para qué te conté nada.

—Te lo hubiera sacado igual, no seas bobo. Normalmente, cuando vienes a vernos no traes muy buena cara, lo que pasa es que la del domingo era preocupante. Mamá casi llama al médico de la familia para que viniera a verte.

¿Qué querían? Si desde el viernes no soy persona, solo un despojo humano que recrea las imágenes de Teo suplicándome que no le hiciera daño una y otra vez, sin necesidad de cerrar los ojos. Su mirada triste. Sus labios formando una fina línea. Sus manos temblorosas aferradas a mi cuerpo. Y sus palabras cargadas de realismo y dolor. Y yo, mientras tanto, intentando autoconvencerme de que la decisión que había tomado era la mejor.

—Mamá se cree que el médico de la familia es un superhéroe que nos salvará de cualquier mal, y ha olvidado que somos adultos, y, por lo tanto, nos enfrentamos a problemas de adultos, no a mocos y fiebre.

—Yo no llego ni a la edad infantil, para ella siempre seré su bebé, así que no te quejes. Y, respecto a Teo, no puedo decirte si con el paso de los días dolerá menos, pero si te sigue sangrando esa herida dentro de un tiempo y no puedes sacártelo de dentro, quizá signifique que cometiste un error de manual y que jamás debiste sacarlo de tu vida, Olivier. Espero que cuando te des cuenta de eso no sea tarde para vosotros, porque, aunque solo lo conozco a través de ti, ya me tiene en el bote.

—Es muy complicado, Inés. Y ahora solo puedo lidiar con el nudo que tengo afincado en el pecho, no puedo intentar deshacerlo, porque tengo muchos temas pendientes que gestionar, y porque si he tomado esta decisión es para que el golpe no sea más grande. Y no, odio ser un egoísta y comportarme con él como otros lo han hecho conmigo. Teo brilla y necesita la luz del sol como el comer, no puedo arrastrarlo al pozo de oscuridad conmigo.

—Mira que eres melodramático, hermanito.

—Eso ya me lo dice Enmanuel, aunque gracias por recordármelo. Y lo que intentaba decirte, antes de que me distrajeras con mi alumno, es que he empezado a darles muchas vueltas a mis deseos, y, si me lo propongo, en un futuro, quizá pueda compaginar las clases con otro trabajo fuera de la universidad. Las dos facetas no están reñidas. Solo tendría que probar en lo otro, sin cerrarme ninguna puerta.

—Pues no te las cierres, Olivier. Nadie mejor que tú sabe lo que necesita para ser feliz. No le des a papá ese poder sobre ti.

Poder, un verbo que no deja de rondarme últimamente. El poder que Teo dice que le sigo concediendo a Jean Paul. El poder que Inés cree que puedo conceder a nuestro padre. El poder tendría que ser propio, solo mío. Porque significa tener la capacidad o facultad de hacer determinada cosa, no ceder.

Mi deseo de Año Nuevo

TEO

Gael y yo acabamos de salir de casa después de comer las uvas, sin apenas despedirnos. Hemos tenido que irnos a hurtadillas para que no nos viera Sofía, que, aunque ha estado toda la noche ejerciendo de anfitriona marimandona con sus primos, en cuanto se ha percatado de que nos estábamos preparando para salir, se ha mosqueado, porque quería venirse con nosotros. Menos mal que Axel y mi madre se han puesto a bailar con ella para despistarla, mientras Julia interpretaba la canción como si estuviera en un escenario, y entonces, nos hemos podido marchar por el *loft*.

Vamos de camino al cotillón que han organizado Asier y el primo de Berta en un local del centro. No es que tenga muchas ganas de fiesta, sin embargo, dar la bienvenida al año poniéndome el pijama y metiéndome en la cama tampoco era la mejor opción. Gael me ha estado dando la chapa durante toda la cena para que dejara el drama y fuera con él, además, como si no confiara en sus palabras, en cuanto me despistaba, me servía más vino en la copa de la Coca-Cola para terminar de animarme. Cree que el alcohol me hará más llevadera la tristeza, pero, como todos sabemos, la mayoría de las veces, en estos casos, emborracharse produce el efecto rebote, es decir, justo el contrario al que deseas.

Y eso que estos días con ellos me han sentado bien. Después de abrirme con mi madre y con Axel, contándoles todo lo que había vivido y sentido en París (paso de decir eso de salir del armario, porque, realmente, yo no me he sentido nunca dentro de uno), he estado más tranquilo. Dejándome mimar, deshaciéndome del estrés antes de los exámenes, y siendo consciente de la suerte que tengo de tenerlos en mi vida, a todos. Esas charlas interminables con Berta en las que siempre nos sabemos escuchar. Reencontrarme con mis excompañeros, y estar seguro de que, aunque hayamos empezado a caminar por rutas diferentes, siempre tendremos muchas cosas en común. Las risas y los abrazos de Sofía a cualquier hora del día. Y hasta las borderías mezcladas con las faltadas de Gael sobre mi nuevo gusto por determinados alimentos fálicos. Él es así, y tenemos que quererlo.

Que lo sobrelleve no quiere decir que cuando pienso en Olivier no me siga quemando.

Gael y yo nos sacamos el móvil del bolsillo, porque nos ha sonado a la vez.

—Precioso —espeta él.

—*Magnifique* —suelto yo.

Nuestro padre nos acaba de mandar una foto desde Tenerife. Tiene unas gafas rojas con los números del año que comienza y una nueva chica sentada sobre su regazo. Muy suya la manera de felicitarnos el año.

—¿Has hablado en francés? Estás mucho peor de lo que creía. Tienes que dejar de pensar en él.

—Claro, igual que hiciste tú cuando Jana se marchó a Australia, ¿no?

—Eso fue distinto. Ella no se despidió. Y no sabía qué coño había hecho mal. Pero el capullo de tu profesor sí. Te dijo: *Au revoir*. Con todas las letras. Y, por cierto, todavía sigo cabreado contigo por no habérmelo contado allí y por colarme aquella trola al día siguiente de largarte del club tras él. Que lo supiera Asier y yo no ha estado muy feo, tato. —Asiento—. Cambia esa cara ya, estamos celebrando el año nuevo, no quiero verte triste, que le den.

—No es tan fácil. Y deja de decir Olivier y profesor, porque antes casi se te escapa en la cena, y mamá no sabe ese detalle, solo Axel.

Después de pasar con él un día entero en su estudio, con la clara intención de distraerme y hablarme de todos los proyectos que tienen entre manos, incluido el del hotel sostenible, saqué el apellido Delaporte a la palestra, porque debo de ser de los de regodearme. Entonces, le conté a Axel que Olivier era el hijo de Vincent, y que, además, era mi profesor. Fue él, sabiamente, el que me dijo que mejor le ahorrábamos a mi madre ese matiz.

—Tranquilo. No volveré a mencionarlo, aunque tú deja de pensar en el franchute, al menos hoy. —Me ajusta las solapas del traje que me he puesto y yo hago lo mismo con las del suyo.

En ese instante, la puerta del local se abre y los gritos inundan la calle.

—¡Qué suerte la mía! Los hermanos Abad. Mis dos hermanos favoritos. —Asier se lanza a abrazarnos con ímpetu.

—Eso ha sonado pervertido hasta para ti, rubio —se mofa mi hermano.

—Tus oídos, que son perversos —se excusa él.

—Eso lo que ha sonado es a mentira —lo vacilo—. Tú tienes un claro favorito.

—Joder, necesito alcohol, mucho. Y veros luego en todo momento. Incluidas esas manitas.

—Gael señala las de Asier, que siguen sobre mi espalda—. No me jodáis. —Abre la puerta y entra.

—¿Qué tal estás, *mon petit*?

—Por favor, Asier, ¿era necesario?

—¡Mierda! —Se tapa la boca con la mano—. Se me ha escapado. Lo siento. ¿Te ha llamado? ¿Has hablado con él?

—No. He estado tentado de escribirle mil veces o dos mil, pero, al final, no me he atrevido.

—Dame tu móvil.

—¿Mi móvil? ¿Para qué?

—Para guardártelo. Escúchame, porque ahora hablo con la voz de la experiencia. Hoy es el día más propicio para que la cagues mandándole un mensaje del que luego te vas a arrepentir. Y créeme, no quieres hacerlo para después morirte de vergüenza.

—Tranquilo. Sabré mantenerme alejado del teclado. Él me ha dejado muy claro que hemos sido un error, así que poco más puedo decirle.

—A ver, no me voy a poner de su parte, aunque entiendo que tenga miedo de perder su puesto en la universidad si os pillan y eso. Sin embargo, en mi opinión, solo ha sido un cobarde. Porque él ya sabía el riesgo que corría contigo desde el primer día que os enrollasteis, y, aun así, no se detuvo; por eso es algo extraño que le haya entrado el miedo de repente. A no ser que siempre hubiera estado ahí, latente, y que algo lo encendiera.

—Su ex. No es lógico que justo me deje cuando el otro acaba de salir de su casa, ¿no crees? Pienso que solo ha estado conmigo porque no podía estar con él. He sido su pasatiempo, vamos, un imbécil.

—Oye, no se te ocurra decir eso; en todo caso, el único imbécil que existe es él. Y el huevón de su ex, obviamente. —Asier me abre la puerta y me tiende la mano para que entre con él, se la doy.

Una vez dentro, el calor humano y la música consiguen que me deshaga un poco del malestar interior y del frío que estaba empezando a calar mis huesos.

Berta me localiza en un segundo. Coge una botella de tequifresa de la barra, y viene hacia mí, abriéndose paso con ese vestido negro transparente que hace caer alguna mandíbula y con una sonrisa radiante. Imposible negarle nada hoy.

—¡Feliz Año Nuevo, pibón!

—De pibón a pibón, ¿no? Es el traje, amiga. ¡Feliz Año Nuevo! Estás preciosa —le susurro en el oído mientras nos abrazamos.

Cuando nos separamos, me arrastra hasta una mesa a por dos vasos, porque beber a morro no es una opción, aunque no la descarto para más tarde.

Un chupito. Dos. Tres. Una canción. Dos. Tres. Bailamos en la pista, pegados en la barra, y mientras hacemos cola en el baño la primera vez.

Gael me da su copa, ron con naranja, se la sujeto, y sin ser demasiado consciente le doy algún que otro trago de manera distraída. Vale, tengo muchas papeletas de acabar como un piojo hoy.

Jana ha venido con Hugo, su hermano y Lidia. Los saludo desde aquí, mientras me fijo en cómo bailan los tres muy pegados, medio ocultándose detrás de una columna.

—¿Y eso de ahí? —le pregunto a mi hermano cuando vuelve a por su copa.

—Limando las últimas asperezas, supongo. No quiero decir nada, que Jana se mosquea conmigo.

—¿Yo? ¿Por qué? ¿Porque como Silvia ya no tiene novio te escribes por Instagram otra vez? —nos interrumpe ella, y se coloca la melena por delante de los hombros.

—Eh... —Miro a mi hermano y luego a ella. Vaya, eso no me lo había contado. Aunque Jana no tiene de qué preocuparse, solo hay que ver cómo está mi hermano de colado por ella.

—Me gustas, *casi fea*. Celosa también —la pica él.

—No son celos. Pero es que es muy pesada. A ver si se echa otro novio pronto.

—Con suerte hoy mismo —les digo para rebajar la tensión, y señalo hacia la puerta, donde está ella con un chico, muy acaramelada—. Lo siento, cuñi, he sido yo el que le ha preguntado por tu hermano y... —Sonrío, y Jana cabecea; no es tonta, y sabe que esos tres siempre han creado expectación.

—Ya. Me enfado porque tu hermano dice que quizá ahora podría salir bien. Y yo no quiero volver a pasar por todo aquello, me mataría que volvieran a distanciarse.

—Pues ahora distancia no es que haya mucha.

—¿Quién coño pone esta música? ¡Asier! Déjame pinchar —se queja Bruno, que acaba de acercarse a nosotros. Leah le tapa las orejas por detrás y él sonríe. Menuda parejaza esta, también.

—Déjame pinchar —repito Asier, que aparece por mi izquierda—. Voy a hacerme una camiseta con esa frase.

—Como si tuvieras esa necesidad... —murmullo.

—¡Esas manos! —chilla Gael—. Donde yo las vea.

—Déjalos en paz, amigo —masculla Leah, y le mete un pequeño codazo.

—¿Aquí te parece bien, Abad? —Asier se adelanta hacia él y se las posa en su culo, mi hermano da un pequeño brinco cuando le pellizca, y, a continuación, no lo mata, solo se parte de risa.

—Capullos.

—¡Otra ronda de tequifresa! —grita Berta mientras empieza a servir los chupitos.

—Eso es veneno —protesta mi hermano.

—Pues yo me bebo el tuyo y tú lo bebes de mis labios —suelta Jana, y creo que todos nos giramos a mirarla con las cejas pegadas al nacimiento del pelo.

—Joder, pues sí que es verdad eso de que todo se pega —siseo.

—Pregúntale a Bruno, que ahora solo toma helado de fresamenta. De mi boca y de otros sitios.

—Maravilloso, yo también quiero de eso que os haya echado Asier en las bebidas —comenta Mía, y viene a darme un abrazo—. Estás muy guapo, Teo. Hacía mucho que no te veía. Te sienta bien París.

—Tú también estás muy guapa. —Y no miento, se la ve feliz.

Berta hace los honores, nos reparte los vasos y recita el brindis.

—Porque todos vuestros deseos de Año Nuevo se cumplan.

Chocamos y bebemos. Mi deseo tiene nombre y apellido. Y en cuanto el líquido dulzón me atraviesa la garganta, me obligo a apartarlo de mi mente, aunque me cueste un triunfo.

Las chicas y Asier nos obligan a ir a la pista. Las luces indirectas que salen del suelo nos convierten a todos en siluetas amorfas que se balancean sin mucha precisión, pero, cuando empieza a sonar *Sejodiotó*, de Karol G, Asier se hace el dueño y señor del cotillón. Estoy bastante más perjudicado que antes, y menos consciente, así que me pego a él, por su espalda, y bailo como si los dos estuviéramos grabando un maldito videoclip. Asier no necesita girarse para saber que soy yo, solo tiene que mirar al frente y ver a mi hermano taparse los ojos. La canción coge su punto álgido y nuestros movimientos también. Mi pelvis pegada a su trasero. Sus manos en mi nuca. Un giro. Una sonrisa. Un guiño. Mi mano en su mejilla. Otra sonrisa. Asier se pellizca el labio antes de ladear la cabeza y dejar que mi boca se haga un hueco en su cuello. Lo beso ahí, despacio, y noto cómo se le eriza la piel cuando deslizo la punta de mi lengua hasta el lóbulo de su oreja.

—Vámonos... —susurro sin pensarlo. Porque el alcohol ha hablado por mí. Porque la pena igual se va así, estando con otro. Y porque estoy convencido de que Asier es el más indicado.

—¿Adónde, Abad júnior? —Asier pone las manos en mi pecho y aprovecha que termina la canción para poner algo de distancia entre nuestros cuerpos.

—Donde sea, a la calle, al *loft*, al baño...

—¿Te estás meando?

—No, rubio. —Llevo mi pulgar a su labio—. Lo que estoy es un poco...

—No me hagas esto —me corta.

—¿El qué?

—Usarme para olvidarlo.

—Yo... —Me froto la cara.

Tiene razón. Mi petición es muy egoísta, aunque creí que los dos podíamos seguir jugando sin darle muchas vueltas más, ahora que Gael está al tanto.

—Tú solo piensas en él y no sabes cómo sacártelo de dentro, Teo. Pero jodiendo conmigo no lo conseguirás. Además, Gael siempre será tu hermano. Eso no ha cambiado ni lo hará. Lo único que conseguirías es estropear lo nuestro. ¿Es eso lo que quieres?

Asier me encierra la cara entre sus manos y me mira a los ojos, esperando a que le responda. Sé que todos nos están mirando, pero él solo está concentrado en mí.

—No. Tienes razón. Lo siento, no dejo de cagarla. Perdóname.

—Estás perdonado. —Me da un beso en la frente—. Y deja el tequifresa, por favor, porque me costaría un puto mundo rechazarte dos veces, aunque después me corte el pajarito tu hermano.

Se me escapa una carcajada, porque solo Asier sabe ponerme los pies en el suelo y subirme el ánimo en una misma frase.

Decido salir a tomar el aire. Y mientras varias personas fuman en la acera, yo paseo de un lado al otro, con las manos metidas en los bolsillos. Error. Porque de ese momento a apoyarme en un coche pasa un segundo. Y de apoyarme ahí a sacar el móvil solo pasa otro. Encontrar su contacto y escribir en mitad de mi pedo me lleva alguno más.

Yo:

Feliz Año Nuevo. No tendría que decírtelo, pero te he pedido como deseo. Los valientes somos así de idiotas. Y encima, nos colgamos de los cobardes.

Lo envío sin releerlo. Y apago el móvil para alejarme de la tentación.

Total, la cagada ya está hecha. Una más, para empezar el año a lo grande.

39

Mi línea

OLIVIER

—¿Estás completamente seguro, Olivier?

—Sí, lo estoy. He tenido tiempo para pensarlo y creo que es lo mejor —respondo a Bonnet.

—Está bien —interviene Leclerc, que está sentado a mi derecha, en el despacho del director—. Si la decisión es firme, hablaré con el tribunal.

Hoy hemos regresado a la escuela después de las vacaciones, aunque ya no se imparten clases regulares, solo tutorías para resolver dudas antes de los exámenes. La mayoría de los alumnos están en la biblioteca, estudiando a destajo, o en los talleres, terminando sus trabajos. Así que cuando he visto a mi director de tesis y al director charlando en la sala de profesores, les he dicho que necesitaba reunirme con ellos, para comunicárselo.

—Si quieres, puedes meditarlo unos días más —insiste el director—. Faltan aún dos semanas para que termine el semestre.

—Lo sé. A lo largo de esta semana recogeré los portafolios de mis alumnos, y cerraré la evaluación para centrarme en la tesis.

—Esta tarde les presentaré tu solicitud de cambio de fecha —apunta Leclerc—. Y si no tienen ninguna objeción, en unos días te lo confirmaré.

—Muchas gracias.

—Una vez oí que, como humanos que somos, aceptar con humildad el error nos sirve para, con inteligencia, aprender de él —sentencia Bonnet.

—Espero que así sea. Muchísimas gracias por todo, a los dos. —Me levanto, les doy la mano y salgo del despacho.

Me suena el móvil dentro del bolsillo interior del abrigo. Durante una décima de segundo pienso que puede ser Teo. Su último mensaje, el día de Año Nuevo, todavía me tira de las costuras. Me llamó cobarde, y su verdad no solo me explotó entre las manos, sino que también lo hizo dentro de mi caja torácica. Las dos botellas de champán que me tomé con Arlette no fueron suficientes para quitarme esa sensación punzante del pecho. Y menos cuando el único deseo que había pedido yo un rato antes había sido él.

Lo saco y leo.

Enmanuel:

En media hora en la cafetería del hospital. Así comemos juntos. ¿Te da tiempo?

Me ajusto la cartera sobre el hombro antes de teclear un sí. Me alegro de que el pasillo tenga menos trasiego que de costumbre, porque así no tengo que preocuparme de cruzarme con nadie. ¿Con nadie, Olivier? Un poco de sinceridad a estas alturas no estaría mal. Vale, con él. Porque no estoy preparado todavía para enfrentarme a Teo.

Cuando salgo por la puerta principal, guardo el móvil y busco las llaves de mi coche en los otros bolsillos. Como llevo la cabeza agachada, al salir por la verja exterior, mi hombro se choca contra algo. Mejor dicho, contra alguien.

—*Pardon* —me disculpo, y levanto la mirada para ver con quién me he tropezado.

Magnifique.

Déjà vu.

Si antes digo que no estaba preparado para tenerlo delante, zas, en mitad de la frente.

Teo solo me aguanta la mirada tres segundos. No me da tiempo a leer sus iris verdes en esta ocasión, no obstante, el pecho se me llena de conjeturas de igual forma. No consigo descifrar si me mira con rencor, con dolor, con condescendencia o, simplemente, con total indiferencia. Su boca, tan apetecible como siempre, a pesar de la ausencia de sonrisa, es en lo siguiente en que me fijo. Y, por último, observo la reacción de su cuerpo, que rezuma tensión; lo noto por cómo se aferra a las asas de su mochila, con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos. Cuando mueve la cabeza para apartarse un mechón de pelo que le cae por la frente, me doy cuenta de que lleva puestos los AirPods. ¿Qué estará escuchando? ¿A Harry? ¿O a Coldplay? Nuestra imagen paseando por París mientras respondíamos aquel test rápido añade un centímetro más al diámetro del agujero que ya habita en mi interior.

—Teo, mira por dónde vas, casi matas al profesor Delaporte —comenta Hans, que viene unos pasos por detrás con Eric, devolviéndome al presente.

Es un alivio que estén ellos, porque, si nos hubiéramos cruzado estando solos, no sé si habría podido contenerme.

Tengo que ser prudente y pensar con la cabeza. Me muero de ganas de pedirle perdón como se merece. Quiero responder a ese mensaje, aunque sea demasiado tarde, con la sinceridad por bandera. Pero no negaré que me hormiguea la sangre y con ella las yemas de mis dedos. Me matan las ganas de tocarlo. Abrir mis brazos y pegarlo a mi pecho, para que él mismo escuche cómo me late el corazón todavía cuando respiramos a esta distancia. Sin embargo, no hago nada. Me mantengo firme y alejado, porque no puedo seguir desestabilizándolo. Teo tiene por delante todos los exámenes del semestre y no se merece que llegue yo ahora, con mis idas y venidas, para desordenarlo. Sería un error por mi parte. Otro más. Y creo que estoy empezando a perder la cuenta.

Teo ni se inmuta, probablemente lleve puesta la música tan alta que no ha escuchado a Hans, por eso avanza hacia la entrada, dejándonos atrás.

—Discúlpalo. No sé qué le habrá pasado en España, ha vuelto un poquito insoportable —afirma Eric.

Y, sin pretenderlo, enciende todas mis alarmas. ¿De España? ¿Y eso? ¿Será por volver a París? ¿Por tener que verme a mí? ¿O porque en Navidades le ha pasado algo más? Debería mandarle un mensaje y preguntarle. Porque una cosa no quita la otra. Y yo solo quiero que esté bien y que sea feliz. Aunque sea sin mí. Solo quiero que sea feliz.

Me meto en el coche y durante el camino al hospital no dejo de darle vueltas, ¿debería contactar con él? ¿O no?

No, Olivier. Todavía no.

Pillo a Enmanuel fumando a la salida del *parking*. Nos damos un abrazo, y entramos en la cafetería del hospital. Pedimos dos sándwiches de pollo y dos botellines de agua, y nos sentamos

en una mesa cerca de la ventana.

—¿Qué tal la vuelta a la escuela?

—Bien. Ya he hablado con el director y con Leclerc —le comento; él y Arlette fueron los primeros en conocer mi decisión. Mi amiga me apoyó, incondicionalmente. Y mi amigo me hizo trescientas preguntas, que probablemente yo no me habría hecho en la vida, para confirmar si lo que había decidido tenía pies y cabeza o solo era fruto de un calentón por empacho familiar navideño—. Y luego mal. Acabo de cruzarme con Teo cuando salía.

—A ver, ¿y qué esperabas? Sigue siendo tu alumno. ¿Pensabas que se había quedado en España?

—No. Pero es que, verlo, ahí, ha sido... —Me llevo las manos al pelo y tiro ligeramente de él—. Jodido. Ni me ha mirado. Vamos, ni tan siquiera me ha saludado. Odio verlo así. Y odio que sea por mi culpa.

—Ya, amigo. Lamentarte ahora resulta inútil. La situación ya era delicada antes de que Jean Paul te lanzara aquella amenaza velada. Ahora solo tienes que atenerte a las consecuencias. Estar tranquilo, cerrar todos los frentes que tienes abiertos, y seguir por la línea que te has marcado; que, si me lo permites, es la que tenías que haber escogido hace demasiado tiempo, porque yo también odio verte así.

—¿Cuándo has ganado tanta sabiduría, amigo?

—Ni puta idea. Quizá anoche, cuando cené con Arlette en mi casa y fui consciente de que el único amor de mi vida sigue loco por mí, aunque, como soy imbécil y cobarde, prefiero huir hacia ninguna parte en vez de corresponderlo.

—¿En serio, Enmanuel? —Pestañeo. La confesión me ha dejado en *shock*. Si es que a veces es una pérdida de tiempo ponerle barreras al destino—. Tienes que hablar con ella, cuanto antes mejor, y dejar de tirarte a todo el hospital, eso también estaría bien. Tienes que ser valiente.

Valiente. Suena demasiado bien.

—Muy listo. Es fácil decirlo.

—Y hacerlo. Intentalo. Tú acabas de decirme a mí algo parecido, ¿no? Marca una línea y síguela.

—Lo sé. Pero antes no me has dejado acabar; iba a decirte que, aunque eres ateo, deberías rezar para que tu plan siga teniendo validez dentro de unas semanas.

—Capullo.

—Lo mismo digo. Oh... —Hace una pausa—. Qué mala suerte. —Cuadra los hombros, e inevitablemente busco el foco de su tensión.

Jean Paul viene con otros dos médicos, porque los tres traen puestas sus respectivas batas blancas.

—Doctor Diop, me alegro de verle. Enhorabuena por su primer trasplante de pulmón, me han comentado que fue un éxito. —El mayor de los tres es el que se ha acercado a la mesa. Mi ex y el otro se quedan rezagados, unos metros por detrás. No me pasa desapercibida la mirada de hielo que me dedica Jean Paul. Vaya, en su entorno ya no saca tanto pecho, ¿no?

—Muchas gracias.

—Siga así. El doctor Vicco está buscando a alguien con su frescura para su equipo. Pase por mi despacho a finales de mes y hablemos, ¿le parece?

—Por supuesto. Muchas gracias.

Los tres se sientan a dos mesas de distancia. Yo observo la cara de mi amigo cuando nos quedamos solos de nuevo; la cara de gilipollas, claro.

—Intuyo que eso era una buena noticia.

—La mejor. Ese es el jefe de la unidad de trasplantes del hospital. El otro era el director médico, un jefazo. Y al tercero en discordia ya lo conoces. El doctor Vicco, del que ha hablado, es una eminencia en su campo, sería un lujo estar en su equipo.

—Pues me alegro mucho, sin embargo, con agua no vamos a brindar, así que llama a Arlette y el viernes lo celebramos en su casa. Ya bajo yo las tres botellas de Château Canon 2017.

—¿Tres le has mangado a Vincent?

—Seis. Las otras tres me las reservo.

—Claro, por si tú también tienes que celebrar algo más adelante. Aunque sea mezclándolo con Coca-Cola.

A Enmanuel le suena el móvil, y me dice que tiene que irse, que lo reclama su jefe, así se ahorra la pulla con la que iba a contraatacarlo.

—Vete, no te preocupes. Yo me termino esto y me voy también.

—El viernes te veo, entonces.

—Espero que ya tengas la línea nítida —lo chincho.

—Sin presión.

Doy el último bocado al sándwich, y al levantar la mirada me topo con la de Jean Paul, que la desvía con premura para volver a concentrarse en sus colegas.

No lo veía desde aquel viernes que se presentó en mi casa para abrirme los ojos, o cerrármelos, según se mire. Y tampoco se ha vuelto a poner en contacto conmigo; ni llamadas ni mensajes ni *mails*, hubo un tiempo en el que se aficionó a ellos también. Me imagino que durante las vacaciones habrá estado centrado en su farsa de familia. Y lo cierto es que, desde que volví a París, estaba esperando a tener señales de él. Porque, dentro de esa línea que he trazado, también estaba él, o más bien, la manera de hacerlo desaparecer, a él y a su rastro.

No lo medito mucho. Me levanto, cojo mi abrigo y me acerco hasta su mesa.

—Hola. —Educación, lo primero—. ¿Podemos hablar un minuto?

Frunce el ceño, más que de costumbre, y se revuelve incómodo en la silla. Lo que más me revienta es que me mira como si no me conociera. Pedazo de hipócrita.

—Disculpe... —Vale, va a fingir que soy un extraño, muy fuerte.

—Vale, ¿quieres hacerlo así? Está bien, como deseas, Jean Paul —comento con calma—. Pensé que preferirías salir al pasillo a hablar unos minutos, tú y yo a solas, pero si te da igual que hablemos aquí, por mí no hay problema.

Sus colegas lo miran, esperando una reacción por su parte. No sé, quizá llamen a seguridad, si me toman por un loco que lo está importunando. Entiendo que estén descolocados, solo hay que verlo a él. Sin responderme, arrastra la silla haciendo demasiado ruido, y se pone de pie con un enfado evidente.

—Disculpadme, vuelvo en un segundo. —Me muevo hacia la salida y él me sigue, hasta que me detengo en el primer pasillo—. ¿Se puede saber qué coño estás haciendo, Olivier?

Cojo aire, no tiene que ser tan difícil, en mi cabeza esta conversación ya ha ocurrido antes. Solo tengo que ser sincero, no guardarme nada, y dejarle clarísimo que hoy ponemos punto y final a lo que un día tuvimos, para siempre.

—Pensé que me llamarías —dejo caer con toda la sorna del mundo. Su sonrisa de suficiencia me repatea el hígado, pero me encantará ver su cara después.

Suave, Jean Paul, no te adelantes.

—Vaya, me gusta que hayas recapacitado y quieras volver a lo de antes. Ese crío solo te iba a dar problemas. Aunque no tenías que haberte presentado aquí así. Ya sabes que no me gusta mezclar. —Será patético—. Podías haberme llamado. Hoy tengo guardia. Ya que estás aquí, vamos a mi despacho, y te doy una copia de la llave de la habitación del hotel. Puedes esperarme allí, no creo que tarde mucho.

—Por favor. Es increíble cómo tu ego sigue ocupando todo tu campo de visión —siseo y niego con la cabeza. Él no se da por aludido—. Solo he venido a comer con mi amigo, pero ha sido una casualidad perfecta haberme encontrado contigo.

El juego de palabras lo alienta, lo noto en el brillo de sus ojos.

—Yo también estoy deseando estar contigo. Ven, vamos mejor por otro ascensor, que llegamos antes. —Me indica la dirección y comienza a caminar, se gira en cuanto ve que no me he movido—. ¿Qué pasa?

—No has entendido nada. —Cabeceo—. Quería hablar contigo para despedirme. Y esta vez es para siempre. Así que abre bien los ojos y los oídos. Estoy harto de esconderme, estoy cansado de que muevan los hilos de mi vida por mí, y de ceder el poder a los demás. Un poder que no se regala ni se vende. Un poder que solo me pertenece a mí. Se acabó, Jean Paul. —Saco mi teléfono, entro en su contacto y lo bloqueo, delante de su cara—. No vuelvas a llamarme ni a ponerte en contacto conmigo. Ni tan siquiera me pienses. Y, lo más importante, que no se te pase por la cabeza creer que puedes amenazarme con mi carrera como docente; es mi vida y no te incumbe. Los dos sabemos que eso sería caer demasiado bajo hasta para ti. Además, me imagino que, si has salido a hablar conmigo aquí, es porque tú también querrás seguir manteniendo esa fachada de falso heterosexual dentro de este edificio, ¿verdad?

—Olivier... —masculla, y mira a ambos lados; estamos algo lejos de la puerta de la cafetería, aun así, el personal del hospital no para de pasar por delante de nosotros.

—Se acabó. Y si te lo repito es para que seas de una maldita vez consciente. Y hazte un favor: si tienes algo de amor propio, y eres tan inteligente como alardeas, deja de esconderte. Ni tu familia ni tu carrera ni tus colegas son razones suficientes para vivir bajo ese disfraz eternamente.

Los ojos se le inyectan en sangre y le tiemblan las manos. Cuando creo que me va a saltar a la yugular con otra amenaza o con otra súplica, pronuncia un nombre, aunque no es el mío.

—Nadine... —Apenas le sale la voz—. ¿Qué haces aquí?

—El niño, tiene algo de fiebre, y como hoy no vas a ir a dormir, prefería venir antes de que sea de noche.

Me giro, porque ha llegado el momento de salir de aquí y de alejarme de él para siempre. Ella me mira cuando me tiene de frente, lleva al niño en su regazo, en un portabebés. Tengo la sensación de que sabe quién soy, porque me hace un barrido de arriba abajo rápido y luego desvía la mirada a su marido.

—Espero que no sea nada —digo sincero. Ya no hay inquina ni desidia, solo paz, una interior que anhelaba—. Adiós, Jean Paul. Cuídate. Y cuida de tu familia.

Camino y no miro hacia atrás. Sonrío. Por fuera y por dentro. Porque no voy a ocultar mis sentimientos nunca más. Bueno, algunos todavía sí. No voy a esconder lo bien que me siento después de soltar toda esa carga.

Si tuviera melena, y esto fuera una película, estaría bajando las escaleras de la salida del hospital agitándola al viento.

40

Mi ¿qué?

tEO

He estado a punto de entregar el examen de geometría llorando. No porque me haya parecido complicado, estoy casi seguro de que voy a aprobar, sino porque ha sido el último del semestre. La liberación que he sentido al acabarlo ha sido tan bestial que, ahora, mientras cruzo el pasillo para largarme, mis pies no tocan el suelo, solo flotan, gracias al peso que me he quitado de encima.

Ojalá fuera tan fácil liberar otro tipo de carga interna. No sé, quizá escribiendo todas las palabras en un folio en blanco, vomitándolas para que dejen de centrifugar en mis tripas, y después, coger un mechero y quemarlas, hasta que solo sean cenizas, como las que quedaron en la chimenea a la mañana siguiente en Provins. Para, Teo. No sigas por ahí. O quizá sea mejor solo gritarlas al viento helador que sopla en este momento en París para que se vayan lejos.

La vuelta a la universidad ha sido un puto suplicio. No voy a mentir. Y no solo por todas las horas que he tenido que meter estudiando y terminando todos los proyectos, sino porque sabía que compartir espacio con Olivier iba a ser muy duro para mí. Y sí, no me equivoqué, así ha sido. Menos mal que las clases ya habían terminado y tampoco he coincidido mucho con él por el edificio. Sin embargo, los dos encuentros que hemos tenido no han dejado de perseguirme cada noche cuando apagaba la luz e intentaba dormirme. Y no porque me dieran miedo, sino porque me sumían en una nube de pena.

El primero fue nada más regresar. Nos chocamos en la verja de la entrada, casi como el día que lo conocí. Solo que, en esta ocasión, él salía y yo entraba. No fui capaz de mirarlo más de tres segundos a los ojos, pero fueron suficientes para que me diera la impresión de que él no parecía tan infeliz como yo, lo que me llevó a caer en un bucle mental sobre lo insignificante que había sido para él, y del que me tuve que obligar a salir para centrarme en mi carrera. Gracias a él no he podido volver a escuchar *Cuando Me Mirabas*, de Soge Culebra, Walls y Pol Granch; sí, es que es increíble que justo fuera ese tema el que sonaba por mis AirPods en ese instante, será cosa del de los hilos también.

Y la segunda vez fue a finales de esa misma semana, cuando tuve que ir a entregarle el portafolio. Después de meditarlo mucho, me vi incapaz de compartir un espacio tan reducido con él a solas, así que como nos había dejado muy claro que lo teníamos que entregar personalmente en mano, decidí ir con Eric, que apuró hasta el último día del plazo de entrega. Parecía su sombra; sabía que con el primo de su amiga delante iba a mantener las formas. Y no solo él, sino también yo. Salí temblando como una hoja; su mirada profunda, un atisbo de sonrisa que me pareció intuir, sus manos grandes recogiendo mis dibujos, que no podía dejar de imaginarme sobre mi piel, su puto olor a recién duchado, flotando en el ambiente, y su voz grave, diciéndome adiós. Los cinco minutos que estuvimos allí volvieron a partirme de nuevo. Eric notó la tensión

que acumuló mi cuerpo, aunque lo achacó al estrés que según él me autoinflijo por querer aprobar todas.

Tengo que dejar de pensar en Olivier de una maldita vez.

La lágrima que me cae por la mejilla es consecuencia del aire gélido que me acaba de dar en la cara al salir por la puerta. O eso quiero creer. Saco el móvil de mi mochila, porque lo he tenido en silencio hasta ahora, y veo que ya tengo un mensaje de mi compañero.

Eric:

¿Te falta mucho?

Yo:

Dos minutos y llego.

Espero que me deje darme una ducha y cambiarme antes de salir para Le Club. La asociación de estudiantes, a la cual pertenece Hans, ha alquilado el club esta noche solo para los alumnos de la escuela; por lo que nos ha contado Eric, las fiestas de fin de semestre suelen ser épicas. Así que, aunque estoy agotado, no pienso quedarme en la residencia.

Eric me espera con la puerta abierta de la habitación, y Hans se cuela en cuanto me oye discutir con él porque quiero ducharme.

Casi me frota él la espalda para terminar antes. Ellos van con vaqueros, camisa y jersey. Es verdad que hace bastante rasca, ya lo he dicho, pero allí dentro hará calor, así que ignoro sus advertencias y me pongo la camisa vaquera gris marengo, aunque debajo me meto una camiseta blanca sin mangas, esas interiores de toda la vida, que jamás uso. Paso de sudadera y de jersey, con el plumífero no tendré frío hasta llegar allí.

—Esperad un segundo —les pido antes de que Eric cierre la puerta.

—No seas pesado —se queja.

Me toco los bolsillos para comprobar que llevo móvil, batería portátil, cartera y llaves. Desde aquella vez, que no quiero recordar y que irremediablemente hago, me gusta comprobar que llevo todo tres o cuatro veces antes de salir. Aunque, siendo sincero, aquella vez la cosa no terminó tan mal como imaginé, ¿verdad?

—¿Qué te falta ahora? —inquire Hans.

—El toque. —Entro en el baño y me rocío sin medida con Armani Code.

Cuando nos metemos en el ascensor, mis amigos se tapan la nariz, fingiendo que mi olor es insoportable.

Media hora más tarde atravesamos la puerta de Le Club. Depositamos nuestras cazadoras en el guardarropa y, antes de bajar las tres escaleras de acceso a la zona donde está la primera barra, dos alumnos de segundo nos interceptan y nos obligan a beber los primeros chupitos de... Arg, creo que es coñac. Estos franceses no tienen ni idea, donde esté el tequifresa...

La última vez que salí de fiesta fue hace casi un mes, en Nochevieja. Ya ni me acuerdo, así que solo quiero olvidarme de todo y disfrutar de nuevo, aunque he rechazado el segundo chupito que me ha acercado Hans, porque si no bajo un poco el ritmo, no llego a las doce.

Hoy la música que suena es demasiado electrónica para mi gusto, aun así, bailo en la pista, o más bien, me balanceo, y comento con Eric lo tonto que se pone Hans mientras mete fichas a

Silvie; quizá a final de curso haya conseguido algún avance.

—¿Tú no volviste a quedar con Pablo? —se interesa mi amigo.

—No. Él ha intentado quedar un par de veces, pero no me he animado.

—Eso es porque no te motiva, obviamente. Hecho que me tiene muy despistado, porque cuando estuvo tu amigo Asier aquí, pensé que él y tú os enrollaríais, y eso tampoco sucedió.

—Claro, porque quien acabó enrollándose con él fuiste tú.

—Solo fue un tonto, no te pongas celosón. Aquella noche, tú te largaste de aquí. Y si no has vuelto a ver a Pablo...

—Voy a por una copa decente. —Lo ignoro y me intento escaquear—. Que los chupitos que nos están repartiendo saben a jarabe para la tos.

No me apetece recordar aquella noche ni las siguientes ni ninguna que tenga que ver con un tío moreno y alto, que me sigue gustando mucho, muchísimo, aunque me joda reconocerlo.

Me abro hueco entre la muchedumbre, porque esto está hasta arriba. Hans ve que he conseguido llegar a la barra y se acerca para pedir también. Ron con naranja, que sabe infinitamente mejor.

—¿Hay avances? —le pregunto, y se me escapa una sonrisa al ver su cara.

—Creo que se está enrollando con Hiro.

—¿El de segundo?

—Sí. Me ha dicho cuatro veces que lo está esperando. Así que he desistido.

—Pues nada, tendrás que buscar a otra candidata para darle amorcito.

—Colette. La última vez me dijo que podíamos repetir cuando quisiera.

—¿Perdón? ¿La misma Colette de Eric? —Abro mucho la boca.

—Sí. No se lo he contado a él todavía, ¿crees que se mosqueará?

—Ni de coña. Estate tranquilo. Eric y la palabra exclusividad no hacen buenas migas. Aunque deberías decírselo antes de que se entere por otros.

Me siento raro dando a mi amigo consejos que yo no me aplico. Aunque realmente importa muy poco ya, porque no tengo nada que confesarles.

Con las copas en la mano, volvemos a la pista, y nos colocamos al lado de Eric, que, precisamente, está hablando con Colette y su amiga; la cara de Hans pierde un tono. Le meto un codazo para que recupere el color. A ver, que tampoco es necesario que se lo cuente en este instante.

Maldigo por dentro cuando empieza a sonar el último tema de L'Impératrice y Cuco, *Heartquake*, en inglés y español, para más coña. Canción de la que estoy al tanto solo porque Spotify también me mortifica con su algoritmo.

—¿Ese de ahí no es el profesor Delaporte? —pregunta Hans.

—Será una puta broma, ¿no? —mascullo en un tono inaudible, y lo busco entre los estudiantes.

Con su altura es fácil dar con él, o, al menos, con su pelo ondulado, su nariz ancha y su boca de... De nada, Teo. De nada. ¿Qué se supone que está haciendo aquí? Esto es una fiesta organizada por los estudiantes para los alumnos, no un maldito baile de instituto con profesores haciendo de carabina.

—¿Ese no es...? —Eric arruga la frente y se mueve para comprobar lo que es un hecho, y es que Olivier viene caminando hacia aquí.

—Sí. Joder, sí. —Vale, pues me salvo porque la música está alta, porque el tono seco no he podido controlarlo.

Olivier sonríe como pocas veces le he visto hacerlo. ¿Qué significa esto? ¿Ha venido hasta aquí para restregarme su felicidad absoluta? Además, es como si sonriera a diestro y siniestro, repartiendo buen rollo. A algunos les palmea el hombro, y a un par de alumnas hasta les planta dos besos. Entierro mi boca en la copa y le doy un trago interminable. Cuando dejo de beber, la dejo encima de una mesa alta, y me cruzo de brazos, porque ya lo tengo aquí, a dos metros de mí.

Vaquero ancho, jersey fino de lana, verde botella, marcando pectorales, a juego con sus Adidas Gazelle. A mí, de repente, me sobra la camisa, así que me la quito, me la ato a la cintura y me quedo solo con la camiseta blanca sin mangas. La mirada que le dedica a mis bíceps solo consigue disparar mi termómetro, y como si estuviera abducido, el muy capullo, lo hace sin dejar de sonreír. ¿Qué tipo de problema tiene? ¿Él o tú, Teo? Yo qué sé... Los dos, probablemente.

—Hola, profesor Delaporte —lo saluda Eric cuando ya está a un metro de mí—. Menuda sorpresa verlo por aquí. No sé si lo sabe, pero esta es una fiesta solo para alumnos.

—Hola... —*Fue un placer conocerte...* Esa es la frase que suena ahora, sí, tócate los huevos. Olivier amplía su sonrisa, no pienso confesar que puede que me haya pillado tarareando una canción de su grupo favorito—. Sí, lo sé. He pasado por exalumno. Porque ya no soy el profesor Delaporte.

¿Qué acaba de decir?

—¿Cómo? —inquire Hans, que está flipando mucho, aunque no tanto como yo—. ¿No es profesor, entonces?

—No. Ya no. —Otra sonrisa enorme, aunque esta es de las nerviosas; he visto el ligero tembleque de su labio inferior. Sería un cerdo si te dijera lo que me tiembla en este instante a mí, pero es que, a pesar de estar rodeados de gente, con su correspondiente olor a humanidad, el aroma de Olivier acaba de internarse por mi nariz, y lo ha activado todo—. Ahora soy Olivier.

Olivier. Olivier. Olivier. Maldito y adorado Olivier.

—Vaya... —sisea Eric, y yo me quedo embobado en la intensidad y en el brillo de su mirada mientras acorta la poca distancia que lo separa de mí.

—También soy Oli, el novio de Teo. —Las puntas de sus pies se juntan a las mías y sus manos van directas a mis caderas. Su contacto me quema. Pega mi cuerpo al suyo, y me cuesta un triunfo mantenerme en posición vertical. Aunque todo lo que está a nuestro alrededor se convierte en una nebulosa, me puedo imaginar las mandíbulas de mis colegas rozando el suelo. Un zumbido anida en mi oído. Y todo me empieza a dar vueltas. ¿En serio ha dicho lo que acabo de escuchar?

—Mi ¿qué?

Nuestra explosión

OLIVIER

—Mi ¿qué? —Los ojos de Teo clavados en los míos en busca de respuestas me asustan.

Y es que, aunque parezca que desbordo valentía desde que he puesto un pie en el club, el nudo de nervios late con fuerza por dentro. Teo echa los hombros hacia atrás, intentando despegarse de mi cuerpo; supongo que cuando me imaginé este momento de locura transitoria en mi cabeza, lo idealicé demasiado. Vamos, que él se lanzaba a mi boca como en las películas, sin más preguntas.

—Teo...

—¿Cómo? —chilla Eric.

—Ahora no —masculla Teo, y levanta el dedo para que su amigo no intervenga.

—Pedazo de zorro —continúa él—. Pero qué callado te lo tenías...

—*Ficken*. —El *joder* de Hans en alemán suena por encima de la música.

Me da igual estar rodeado de sus amigos y de algunos de mis alumnos. Me da igual que el calor ahora mismo sea asfixiante. Y también me da igual que la música esté tan alta. Estoy decidido a salir de aquí con él, así que si me tengo que desgañitar o implorar para que me escuche, eso es lo que haré. Porque estas tres semanas guardando las formas ya han sido más que suficientes.

—Olivier, ¿qué...?, ¿qué significa todo eso que acabas de decir? —tartamudea, y a mí se me sigue partiendo un poco más el alma, porque no quiero que sufra de nuevo.

Mis manos se posan en sus mejillas y me inclino para pegar nuestras frentes. Damos un par de pasos hacia atrás juntos, para conseguir un hueco que nos proporcione algo de intimidad.

—He venido hasta aquí a buscarte, Teo. Porque tenías razón. El error no fue lo nuestro. El error fue solo mío, por meterte en mi vida sin solucionar mis mierdas antes.

—Olivier... —Sus manos viajan hasta mi pecho y sus ojos oscilan por decenas de tonalidades de verdes. Esperanza es uno de esos tonos, el único en el que quiero concentrarme—. He estado muy jodido por tu culpa. Y ahora, te presentas aquí, y me hablas de nosotros dos y... No sé si es una alucinación. O si esto es real, porque yo... yo hasta hace un segundo seguía roto y...

—Lo sé, y lo siento mucho.

—Yo más. Fuiste tú el que terminó con lo que teníamos.

—Perdóname, por favor. Pero es que los cobardes también somos idiotas, aunque, por suerte, nos colgamos de los valientes. —Juego con las palabras de su mensaje de Año Nuevo y consigo sacarle una sonrisa tímida y preciosa, como él, y rezo por dentro para que no se desvanezca—. Por eso no podía seguir ocultándome, ni haciendo lo mismo contigo. Se acabó. Se acabó ser invisible. Te prometo que, a partir de hoy, voy a hacerlo mucho mejor. Puedo ser Oli, tu novio, si tú quieres, *enfant*. Solo si tú quieres.

Cierra los puños sobre la tela de mi jersey, aferrándose a mí. Eso es buena señal, ¿no? Aunque luego parpadea y se muerde el labio. Se lo piensa. Se lo piensa durante muchos segundos, demasiados.

—Olivier...

—Solo si tú quieres —repito.

—Sí quiero. Por supuesto que sí quiero —responde al fin.

—*Magnifique*. —Muevo mis manos hasta su nuca y me quedo a un milímetro de sus labios, a punto de comerme su sonrisa—. Voy a besarte.

—¿Aquí? —Arquea una ceja, dudoso todavía.

—Aquí. En la calle. En mi buhardilla...

Nuestros labios se pegan con fuerza, y cuando nuestras lenguas se encuentran todo lo que nos rodea desaparece, aunque escuchemos los silbidos de los compañeros de Teo de fondo y los aplausos del resto de mis alumnos. Estamos ofreciendo un bonito espectáculo, aunque no nos importa en absoluto. Sentir a Teo entre mis brazos, un mes y pico después de la última vez, hace que la vida que me he propuesto vivir comience a tener sentido para mí.

—Oli...

—Teo, deberíamos... —Es prácticamente imposible abandonar su boca, porque cuando quiero parar el beso, Teo succiona mi labio inferior y me da un pequeño pico. Y luego otro. Y, al segundo, otro más.

—Deberíamos salir de aquí —termina la frase por mí—. ¿Juntos?

—Por supuesto que juntos. —Le tiendo mi mano y él me la coge, entrelazando nuestros dedos.

Los dos siguientes minutos hasta que llegamos al guardarropa son bastante bochornosos, porque Eric, Hans y algún alumno más de primero nos han dejado hueco, haciéndonos una especie de pasillo mientras nos jaleaban, como si hubiéramos ganado alguna competición. Teo se ha limitado a esconder su sonrisa contra mi hombro, y yo a guiarlo lo más rápido posible.

Con su plumífero y mi abrigo, nos subimos en el primer taxi libre. Cuando le doy mi dirección al conductor, por el rabillo del ojo veo a Teo hacer una pequeña mueca.

—¿No quieres venir a mi casa? ¿Quieres que vayamos a tu residencia? Ya te he dicho que he venido a por ti, Teo. Solo quiero estar contigo, donde tú quieras. El lugar no me importa.

—Sí, lo que pasa es que no guardo un bonito recuerdo de la última vez que estuve allí. Sin embargo, la opción de la residencia tampoco me motiva. Aunque sería gracioso poner la camiseta en la puerta para que Eric por fin duerma en el maldito sofá una noche. —Él solo se ríe pensándolo y empieza a relajarse—. Pero necesito tenerte solo para mí. Tienes que explicarme muchas cosas, tengo preguntas, muchas, y no quiero interrupciones. Además, también tengo bonitos recuerdos en tu buhardilla, muy bonitos. Y lo cierto es que se me está ocurriendo alguna que otra manera de revertir el último... —Se muerde el labio y lleva su mano izquierda a la zona alta de mi muslo, con el meñique se acerca peligrosamente a mi paquete.

Lo miro con todo el deseo que acumulo, y me encanta ver que sus ojos reflejan lo mismo que los míos.

—Ven aquí. —Le paso el brazo por los hombros para apretujarlo contra mi costado. Teo inclina su cabeza y se deja caer sobre mí.

El taxista nos mira por el espejo retrovisor, cotilleando sin disimulo. Porque como hablamos en español no creo que se esté enterando de nada. Le hago un gesto con la ceja, para que sepa

que le he pillado y se concentre en conducir.

Cuando llegamos, le pago y nos bajamos delante del portal. Teo me agarra de la cintura mientras intento abrir la puerta y cuelo las manos por el hueco entre los botones de mi abrigo. El trayecto en el ascensor se me hace corto, porque su boca jugando detrás de mi oreja me hace perder la noción del tiempo y del espacio también.

—Tenemos que hablar, Oli.

—Lo sé, por eso deberías de dejar las manos quietas. Y la lengua.

—Es que no va a ser ahora. —Suen a amenaza—. Las palabras pueden esperar.

En el primer intento para abrir la puerta de casa se me caen las llaves. Quizá porque Teo se ha colado entre la madera y mi cuerpo para desabotonarme el abrigo. Su lengua alrededor de mis labios me dificulta la tarea.

—*Enfant*, ¿qué quieres? ¿Follarme en el descansillo? —le pregunto con las manos temblorosas. Estoy demasiado excitado para mantener la calma. Él también, aunque no se le ha escapado el matiz de mi pregunta.

—Joder, Oli... —Consigo abrir la puerta y nos deshacemos de la mitad de la ropa, las zapatillas y los calcetines nada más cerrarla, en la misma entrada—. ¿Es eso lo que quieres? —Sus manos vuelan a los botones de mi pantalón, después de desabrocharse el suyo.

Las prisas nos ganan. Camina de espaldas hacia el salón, sacándose el pantalón y tirando de la cintura de mi bóxer, con una sonrisa canalla en los labios que solo augura cosas buenas. Buenas y deliciosas. Le quito la camiseta cuando la parte de atrás de sus rodillas roza el sofá. La mía y el jersey no han llegado hasta este punto. Teo se sienta y me sujeta por las caderas, para que me coloque delante de él. Mis manos van directas a los mechones de su pelo, más largos e igual de suaves. Me deja totalmente desnudo, y con un hambre voraz se mete mi polla en la boca.

—Oh, por favor... —Protesto por la intensidad del placer y porque pasa con suavidad sus dientes por mis venas antes de lamerme la punta con deseo. La imagen es un orgasmo en sí misma, por eso tengo que cerrar los ojos o le llenaré la boca.

—Mírame, Oli. Mírame.

Obedezco, y me muerdo el labio con inquina cuando me deja al borde del clímax, porque Teo deja de comérmela para ponerse de pie y besarme. Nuestras pollas ahora se chocan, y cuelo la mano entre los dos para masturbarnos. Me encanta sujetar las dos enfrentadas y friccionarlas.

—Te he echado de menos —le confieso.

—Seguro que no tanto como yo a ti. Te pedí de deseo, ¿te acuerdas?

—Pues deseo concedido. Puede que no me creas, pero yo también te pedí de deseo. En Año Nuevo, y anoche, cuando soplé las velas de mi tarta.

—Mierda, Oli. Es verdad. He estado tan concentrado en los exámenes que se me olvidó que era tu cumpleaños.

—No pasa nada. Además, estabas enfadado, no era el momento de felicitarme.

—Tienes razón. Aunque igual te hubiera mandado otro mensaje con pulla de esos míos.

—Me encantan tus mensajes, siempre. Hasta cuando me rompen. —Lo beso con más profundidad.

—Felicidades. Aunque sea con retraso. Y ya ves. —Se señala—. Tu deseo también se ha cumplido —susurra pegando su boca a mi oído. Sus dedos acarician mi abdomen y con

movimientos lentos bordea mi cuerpo. Su boca en mi nuca, su erección frotándose por mi culo, sus manos serpenteando mi uve.

Poso mis manos encima de las suyas y las llevo a mi polla mientras avanzo un par de pasos. Me pongo de rodillas sobre el sofá y me inclino un poco hacia el respaldo, dándole total acceso a mí.

—Dios, Oli. —Teo se coreografía conmigo y me sigue, se acopla a mí con movimientos decididos, aunque noto cómo su respiración se vuelve más trabajosa cuando empieza a masturbarse en mi entrada.

—Tengo un condón en el bolsillo del pantalón.

—Déjame sentirte un poco así.

Lame mi nuca, me muerde y luego me besa para aliviar la quemazón. Desciende por mi columna. Se ancla a mis costados. Me ordena que me toque. Teo se hace con el control enseguida, y no puedo estar más feliz por habérselo cedido hoy a él. Oigo como coge el preservativo. Y él y todo el vecindario escuchan mis gemidos cuando su lengua recorre mi entrada una y otra vez, hasta que siento que todo se nubla cuando me mete la punta.

—¿Voy bien?

—Vas mejor que bien, así que deberías ponerte el condón.

—Uf. Sentirte así es... es. No sé ni cómo definirlo... —Se adentra otro centímetro y le chupo los dedos de la mano derecha, que están anclados en mi hombro.

—O te pones el preservativo ya o me follas, pero este limbo está acabando conmigo. Agonizo.

—Agonizar de placer, me gusta. —La carcajada de Teo se mezcla con uno de sus jadeos cuando entra un poco más. Solo le falta un pequeño empujón y llegará al fondo—. ¿Quieres que la saque ahora? —Araña con suavidad mi espalda—. ¿Seguro?

—Dime que no has estado con nadie. Y acaba con este suplicio. Porque yo solo he estado contigo.

—No he estado con nadie —afirma, y con un golpe seco de cadera entra hasta el final.

Todo lo que ocurre a partir de ese instante será imborrable. Porque Teo no solo fulmina de mi memoria cualquier otro recuerdo decepcionante, sino que graba a fuego en mis neuronas que el amor se fundamenta en un placer compartido, a ratos suave y a ratos salvaje, que hace que todos los sentimientos giren en la misma órbita a nuestro alrededor. Deseo. Complicidad. Intensidad. Pasión. Porque con él no se puede separar el sexo del amor. Porque con él no se puede diferenciar un orgasmo demoledor de la explosión de sentimientos dentro del pecho. Porque con Teo a mi lado, sé que todos los días saldrá el sol.

42

Nuestro sol

TEO

Unos tímidos rayos de sol se cuelan por la ventana de la habitación de Olivier y me despiertan. 1 de febrero, París. Cielos despejados. Bajas temperaturas. Solo en el exterior. Sonrío como un imbécil. ¿Quién me iba a decir a mí que cinco meses después de haber llegado estaría aquí con él? Sinceramente, si alguien me lo hubiera dicho ayer por la mañana, tampoco le habría creído.

Abro los párpados y observo cómo inciden directamente sobre su espalda desnuda. Como si fuéramos dos imanes que no dejan de atraerse, mis dedos viajan hasta los lunares que motean su piel, que son muy pocos. Deslizo las yemas trazando rectas de punto a punto. Sin reglas. Olivier tiene la cara orientada hacia mí, entre la almohada y su hombro, en una postura perturbadoramente sexi, como cualquiera que implique su cuerpo sin ropa, me da igual si es en horizontal o en vertical. Gracias a su bonita forma de dormir, tengo la suerte de ser testigo directo de la sonrisa perezosa que se le dibuja en los labios; rojos y algo hinchados todavía, porque la noche ha sido especial y... dura. Se puede decir que no llegamos a saciarnos del todo, aunque terminamos sucumbiendo al sueño por puro agotamiento. Después del sofá tocó la cama. Y después de la cama, la ducha. Y después de la ducha, la cama otra vez; para reírnos de cómo nos habíamos puesto de cerdos, a pesar del cansancio, y, a continuación, dormirnos abrazados.

—No te lo tomes como algo personal, *enfant*. Pero tienes que darme un poco de tregua y alimentarme.

—Claro, porque ya tienes una edad, ¿no? Veintisiete son muchos, *monsieur* Delaporte... —Lo destapo y le palmeo el trasero. Olivier se revuelve y se coloca sobre mí, sujetándome las muñecas por encima de mi cabeza.

—Eso ha sonado horrible. Sin embargo, si esa era tu manera de provocarme, no pienso caer.

—No, claramente no has caído. —Me río hasta que él asalta mi boca. El beso es largo y parece que es el preámbulo de algo más, sin embargo, en el último segundo, Olivier se contiene, me da un pico suave con una sonrisa traviesa, me suelta las manos y se levanta para salir de aquí.

—Muy bonito...

—¿Mi culo?

—No te lo estaba mirando. —Porque me lo sé de memoria. Gracias a la *masterclass* de ayer. Y me gustó tanto que no puedo recrear esa imagen ahora o me pondré contento.

—Ya, habrá sido una ilusión mía. —Se parte de risa—. Iba en serio con lo que te he dicho antes, me muero de hambre. ¿Vamos al Malabar a desayunar?

—Uf, ¿no tienes nada en la nevera? Puedo preparar algo para los dos. No me importa. Es que no quiero salir de aquí —musito, y mi voz debe de encender la alarma de Olivier, porque regresa a la habitación a buscarme, ya con su pantalón de algodón puesto.

—Teo... —Se sienta en el borde del colchón y yo me incorporo para mirarnos a los ojos—. ¿Qué pasa?

—Nada...

—Venga, cuéntamelo.

—Vas a pensar que soy tonto...

—Nunca.

—Es que me acojona salir de aquí y romper esta burbuja.

—Eso no va a pasar. Te lo dije ayer, estoy muy seguro de lo que siento por ti y por eso fui a buscarte. Quiero estar contigo.

—Yo también quiero estar contigo.

—Entonces, vamos a desayunar y hablamos. Teníamos que haberlo hecho ayer, pero soy débil, y haces lo que quieres conmigo.

—No oí tus quejas anoche —lo pico.

—No, oíste otro tipo de sonidos —susurra contra mis labios—. No quiero que vuelvas a dudar de mí, Teo. ¿Ya no tienes preguntas?

—Miles.

—Pues levántate y vístete, venga. En el primer cajón hay ropa, coge lo que quieras. Desnudo anulas mi capacidad de concentración. —Me acaricia la mejilla con los nudillos y la piel se me pone de gallina, él lo nota y me señala su antebrazo con el vello erizado, para que vea que causo el mismo efecto en su cuerpo—. Tú preparas lo que te apetezca con lo que encuentres en el frigorífico mientras yo hago el café. ¿Te parece?

—Está bien.

Me pongo un pantalón de pijama gris y negro, y le doy unas vueltas a la cintura. Rescato mi móvil del salón y lo enciendo, seguro que tengo un montón de notificaciones.

Cuando abro la nevera silbo, porque hay bastante donde elegir.

—¿Sorprendido?

—Gratamente. ¿Esperabas a alguien?

—Qué va —afirma. Le doy un pequeño codazo cuando me cruzo con él para poner una sartén al fuego—. Vale, puede que quizá, desde que volví de Burdeos, haya cambiado algunos hábitos en mi vida.

—¿Algunos? —Sonríe, y Olivier pone los ojos en blanco. Me encanta que quiera contarme cómo se ha sentido este tiempo que hemos estado separados, por eso lo pico, para que siga abriéndose a mí.

—O mi vida entera, directamente —comenta, y saca dos tazas del armario y dos manteles individuales que coloca encima de la barra.

El olor a café se expande por la buhardilla mientras despliego todo mi arte, incluido el culinario. Huevos revueltos. Tostadas de aguacate y salmón. Y, por último, algo dulce. Machaco dos plátanos y, con avena, cacao y huevo, preparo un *brownie* en el microondas en tres minutos que huele increíble.

Cuando pongo todo en la barra, Olivier no puede disimular su sonrisa, que evidentemente me contagia. Sí, parecemos dos idiotas que no pueden dejar de sonreír. ¿Hasta cuándo? Pues ni idea, solo espero que la conversación que tenemos pendiente no suponga el fin de este viaje.

Olivier empieza a devorar la tostada y a hacer unos ruidos muy graciosos, me alegro de que le guste.

—Está muy buena.

Yo echo un vistazo al móvil mientras doy el primer trago al café, y a punto estoy de atragantarme.

—Será cabrón.

—¿Qué ocurre? ¿Todo bien?

Le enseño la pantalla para que vea el mensaje que he recibido de Asier. Es un *gif*. Un maldito *gif* de mi beso con Olivier en Le Club. Me voy a cagar en Eric. Aunque lo mejor es el texto.

Tu rubio:

Toma ahí, bien de *filet mignon*. Pensé que la tortilla española seguía siendo tu preferida, mi Abad favorito. No me digas más, de postre cayó *banane*, ¿no?

Observo la reacción de Olivier, algo indeciso. Quizá no había sopesado las consecuencias de haberse enrollado conmigo delante de la mayoría de los alumnos de la escuela en la era digital y ahora se esté arrepintiendo.

—*Magnifique*. Cuando tenga a Eric delante, voy a matarlo —sentencia—. Y con *tu rubio* quizá también tenga que tener una conversación.

—El *gif* seguro que es cosa de Asier, Eric le habrá mandado el vídeo. Al rubio le encanta utilizar el humor para todo. Además, ¿qué pretendías? —Trato de no reírme de esa vena celosa que le sale cuando Asier pulula en el ambiente—. Dimos un bonito espectáculo. Y que tú fueras el actor principal les impactó más. ¿O no te acuerdas de los aplausos? —Se lleva las manos a la cara y se cubre—. ¿Te arrepientes? —pregunto con algo de miedo.

—No, *enfant*. No me arrepiento ni lo más mínimo. —Se eleva por encima de la barra y me besa, después vuelve a colocarse en su taburete.

—Fue un momentazo, aunque se te fue un poco la olla. Jamás imaginé que pudieras hacer algo parecido.

—Lo sé. Yo tampoco me creí capaz. Sin embargo, no fue un acto tan impulsivo como crees, llevaba muchos días planeándolo.

—¿Desde cuándo?

—¿Ya ha empezado la batería de preguntas? —Coge un trozo de *brownie* y se lo lleva a la boca. Yo hago lo mismo.

—Sí. Mientras nos terminamos esto. Con chocolate todo sabe mejor.

—¿Me puedo servir otro café antes?

—Sí, te espero en la terraza.

—¿Estás loco? Hace mucho frío. Y no tienes camiseta.

—Pero ha salido el sol, eso tiene que ser una señal. Cojo la manta, tranquilo.

—Tú y tu termómetro.

Me pongo la manta a modo de capa y salgo a la terraza. El aire frío me da en la cara, pero también los rayos del sol. La sensación es muy agradable.

Cuando Olivier sale con la taza de café, abro los brazos para acurrucarlo contra mi pecho. Estamos un rato abrazados, hasta que él se sienta y yo me coloco en su regazo. Antes de que le repita la primera pregunta que le hice en la cocina, Olivier empieza a responderme, desde el principio.

—Cuando te fuiste de mi casa aquel viernes antes de Navidad, me sentí muy mal. Te hice daño y no te lo merecías. Eras lo único bueno que había tenido en meses. Y decirte que lo nuestro había sido un error fue cruel.

—Y mentira. Una mentira que no me creí. —Junto las manos para pedirle perdón por interrumpirlo—. Lo siento, sigue.

—Puedes preguntarme o interrumpirme cuando quieras. —Asiento para que continúe—. Jean Paul descubrió que eras mi alumno cuando se cruzó contigo en el pasillo de la escuela. Supongo que se había quedado con tu cara el día de la cafetería. Se presentó aquí porque llevaba varios días llamándome y yo no le respondía. Además, hacía tiempo que había archivado su wasap, por lo que tampoco leía sus mensajes. Me amenazó.

—Qué hijo de puta.

—Me amenazó a su manera. Me dijo que, si seguía contigo, podía perder todo lo que había logrado. Luego me dijo muchas cosas que no quiero repetir. Lo que más me molestó, porque era cierto, es que me llamó hipócrita. Comentó que estaba haciendo contigo lo mismo que hizo él conmigo, lo que tanto me molestaba.

—No era lo mismo, Oli. Ya te lo dije. Yo sabía cuál era nuestra situación. No me estabas engañando. Tú no tenías ningún tipo de información cuando te liaste con él. Al menos al principio.

—Eres un maldito regalo, *enfant*. —Me acaricia la mejilla—. No sé cómo he tenido tanta suerte de que te cruzaras conmigo.

—Yo también he tenido suerte contigo. Y, pese a las últimas semanas, repetiría cada paso que hemos dado hasta llegar aquí. Porque yo tenía clarísimo que no éramos ni somos un error, y tú también, aunque me dijeras lo contrario.

—Tienes razón, pero, en el fondo, todas esas dudas que él dijo en voz alta ya se estaban cocinando en mi interior. Tenía mucho que gestionar y no tenía ni idea de cómo hacerlo para que nadie saliera herido. Así que ya sabes lo que ocurrió. Después, me fui a Burdeos. Aquel ya no es mi hogar, Teo. Y mi padre, una vez más, volvió a dejarme claro que no me quiere cerca.

—Le llamaría hijo de puta a él también, aunque solo es un pobre narcisista ciego, que no es capaz de apreciar la bondad, el esfuerzo y el talento de su propio hijo.

—Teo...

—Hablo en serio. Te he visto dejándote la piel en la escuela y con la tesis. ¿Y crees que no me he dado cuenta de cómo ocultas tus bocetos cuando me acerco a tu mesa? Sé que llevas años menospreciando tu vena creativa por él.

—Así es, pero se acabó. ¿Querías saber cuándo decidí que tenía que salir del escondite donde estaba? Pues fue justo en ese instante. Cuando mi padre me mandó a su despacho a coger unos puros; entonces, recordé cómo, siendo un crío, me pasaba horas y horas en la alfombra tirando líneas y creando. Ese fue el punto de inflexión. Los días siguientes solo pude pensar en cómo estarías tú pasando las fiestas con tu familia, y en lo que me hubiera gustado estar sentado en una mesa con vosotros.

—Oli... —Le quito la taza de las manos y lo abrazo.

—Regresé a París para Nochevieja y, por primera vez, pronuncié en voz alta mi epifanía.

—Podías haberme llamado para contármelo.

—Me moría de ganas. Se lo conté a Arlette y a Enmanuel; ella me aplaudió y él me interrogó. Pero ninguno me hizo cambiar de opinión, porque ya había vivido en el pozo demasiado tiempo. Así que, en cuanto volví a clase, hablé con Bonnet y con Leclerc, les comuniqué que quería adelantar la presentación de mi tesis, que finalizaría la evaluación y que, después, me desvincularía de la escuela.

—Por eso dijiste ayer que no eras ya profesor... —musito, comprendiéndolo todo.

—Exacto. Ya no soy profesor, Teo. No en la PB, al menos. Pero ya tengo mi doctorado, por fin. Presenté la tesis hace tres días.

—Enhorabuena. Ahora mismo estoy muy orgulloso de ti.

—Muchas gracias.

—Eso también podías habérmelo contado. Joder, me da rabia que hayas pasado solo por todo eso. Tenías mi móvil. Podías haberme mandado un mensaje.

—Quería responderte desde Año Nuevo. Me quemaba el móvil en los dedos cada vez que lo intentaba. Pero tuve que pensar en frío, porque tú tenías que terminar el semestre y ya te había descentrado bastante. Cuando me crucé contigo, ese primer día en la puerta, salía de comunicárselo al director. Me rompí del todo cuando ni tan siquiera me miraste.

—Porque no podía, era como un puto *déjà vu*, tú y yo ahí, aunque sin mancha de café. Necesitaba concentrarme en los exámenes.

—Lo sé. Y luego en el despacho... Estaba esperando con ansias que vinieras a entregarme el portafolio. Pero fuiste con Eric. Pensé que irías solo; cuando te vi con él, me decepcioné un poco, me costó un esfuerzo sobrehumano no pedirte que te quedaras conmigo a solas después.

—No pude ir solo. De verdad que fui incapaz. Ya notarías que lo pospuse hasta el último día, porque todo lo que sentía por ti...

—¿En pasado?

—Sentía y siento, Oli. Todo lo que bullía en mi pecho me quitaba el aire, y sabía que, si me quedaba a solas contigo un minuto, sin poder tocarte, sería un infierno para mí. Y mi único objetivo tenían que ser los exámenes.

—Tuve que contenerme mucho ese día, porque, en mi interior, sabía que necesitaba arreglar lo nuestro también. Por alguna bonita razón, tú eres una pieza muy importante en el presente que imagino, Teo.

—Quiero estar en tu presente, Oli.

—Y yo quiero que estés, por eso fui a buscarte. Y por eso no voy a soltarte.

La pausa en mitad de esta conversación intensa nos la damos comiéndonos la boca y susurrándonos en los labios.

Olivier me cuenta que ese día había quedado con Enmanuel en el hospital y que, fortuitamente, se encontró con su ex. Dice que por fin tuvo el valor para cerrar ese capítulo de su vida para siempre. Vuelvo a besarlo. Y a pegarme más a su pecho.

—¿Estás seguro de que se acabó?

—Absolutamente. Y después, pues me enteré de que ibais todos a Le Club, y pensé que era el lugar perfecto para demostrarte que este Oli sí es el que te mereces, no el otro.

—Este Oli. —Llevo mis manos a su pecho y siento el ritmo de sus latidos vibrar en mis palmas—. Tiene la misma luz que el otro, una preciosa, como un rayo de sol en una terraza de

París en febrero, solo que había dado espacio a demasiados gilipollas en su vida que lo habían eclipsado. Pero nunca fuiste invisible a mis ojos, *monsieur* Delaporte.

—Te quiero, Teo. Te quiero como nunca he querido a nadie. Y también te lo digo, como nunca se lo he dicho a nadie.

—Yo también te quiero. Y sabes que es la primera vez que quiero y siento así. —Sellamos lo que parece una promesa con más besos que nos calientan igual que los rayos del sol, aunque sea invierno—. ¿Y ahora? ¿Qué quieres hacer? —me intereso.

—Todavía no lo sé, pero llevo muchos años sin darme una pequeña tregua, así que, ahora, no quiero presionarme. Tengo unos meses por delante para pensar en el siguiente paso, sin agobiarme.

—¿Y me dejarás acompañarte?

—Nunca has dejado de hacerlo. ¿No te das cuenta de que en ningún momento has salido de aquí? —Posa sus manos encima de las mías, sobre su pecho desnudo. El color avellana de sus ojos se vuelve más ámbar por la claridad, y eso me permite ver mi cara de felicidad reflejada en su mirada—. Ni cuando hemos estado lejos. Cada palabra, cada sonrisa, cada beso, hasta los que te negué al principio, me han perseguido día y noche, en mis desvelos y en cada uno de mis sueños. Porque su sol, *monsieur* Abad... —El guiño de volver a tratarme de usted me devuelve de golpe y porrazo a aquellos días en los que ya intuí que él era especial, aunque jamás pensé que iba a serlo tanto para mí.

—Nuestro. Nuestro sol. Tuyo y mío, Oli. De los dos. Míralo. Míranos.

—Juntos.

—Tú y yo juntos. Nuestro sol y el mundo —repito, y le doy el pie, a ver si se acuerda de mi frase. Con nuestros labios a punto de silenciarse, me susurra:

—Ojalá nuestro sol prenda el mundo.

—Solo el nuestro. Siempre.

Epílogo 1

Cinco meses después...

OLIVIER

—¿Estas son las últimas?

—Sí —me responde Enmanuel, y cerramos el maletero de su coche entre los dos.

Cuando nos metemos en el ascensor para subir, y nos colocamos uno enfrente del otro con las cajas en las manos, me empiezo a reír.

—No seas capullo —se pica—. ¿O has olvidado que en unos días te tocará a ti? Porque pienso sentarme en el balcón a comer palomitas mientras observo cómo llenas de cajas el camión de la mudanza.

—No, no se me ha olvidado, tranquilo. ¿Vas a sentarte en el balcón de la casa de tu novia a verme? Qué enternecedor. —Me divierte mucho ver su cara de querer cerrarme la boca—. ¿Crees que seguiréis viviendo juntos para entonces?

—Qué gracioso. Pues sí que te ha cambiado el humor en los últimos meses, ¿no? ¿Eso también es culpa de Teo? Porque no hay ni rastro de aquel halo melodramático tan tuyo.

—Ni de tu pavor al compromiso —contraataco.

—¡Oh, cállate! Que todavía estoy alucinando. Y no solo por lo mío. Barcelona, tío. —Me da un pequeño codazo cuando salimos del ascensor.

—Barcelona. —Paladeo cada sílaba, porque yo tampoco me lo termino de creer—. Muy fuerte.

—Siempre dijiste que, si no vivieras en París, te gustaría hacerlo allí.

—Lo sé. Lo que nunca imaginé es que fuera a ser tan pronto.

—A ver, tirarse al hijastro de un prestigioso arquitecto que, por casualidad, va a abrir un nuevo estudio allí, te ha dado un buen empujoncito, no vamos a negar lo evidente.

—Serás imbécil. Axel me quiere en su equipo por mis ideas —afirmo, y Enmanuel se lo pasa en grande viendo como entro al trapo—. No porque salga con su hijastro. Anda, empuja tú la puerta de tu nueva casa antes de que Arlette se lo piense y te mande con las cajas de vuelta a tu humilde morada.

Abre con el pie y dejamos las dos cajas en la habitación del medio, junto al resto. *Une Belle Histoire*, de Eva sur Seine, suena por los altavoces del salón, y por encima, escuchamos las carcajadas de Arlette y Teo, que deben de estar en la cocina.

Mientras vamos hacia allí, pienso en la versión resumida que ha hecho mi amigo sobre nuestro futuro más cercano, que todavía estoy asimilando.

Él se muda a casa de Arlette hoy. Por fin hablaron seriamente y llegaron a la conclusión de que lo que sentían el uno por el otro era demasiado importante para ignorarlo o para camuflarlo en una amistad especial hasta la eternidad. Como ya han perdido bastante tiempo, han decidido volver a vivir juntos, como pareja y, en esta ocasión, sin tenerme a mí de compañero de piso. Sé que les va a costar adaptarse, porque, no vamos a engañarnos, a vivir solos nos acostumbramos

enseguida; pero estoy seguro de que Arlette, que lo espera con los brazos abiertos desde hace meses, se lo pondrá fácil.

Y yo, como ha dicho mi amigo, me mudaré a Barcelona dentro de unos días, con Teo. Y será la primera vez que vivamos juntos. Aunque eso es solo una verdad a medias, porque, desde que monté aquel numerito para recuperarlo en Le Club, solo hemos dormido separados de lunes a jueves, que ha sido cuando él se ha quedado en la residencia, hasta hace unos días, que finalizó el curso. Todavía me cuesta asimilar todos los cambios que he experimentado en tan poco tiempo y los que me quedan. Compartir cada paso con Teo ha sido increíble, además, gracias al intensivo que hemos hecho desde febrero hasta hoy, hemos podido conocernos mucho más. Ahora ya sabemos cuándo necesitamos compartir espacio y silencio; cuándo debemos hablar de cómo nos sentimos respecto a temas que nos atañen a los dos, en vez de callárnoslo, como hacíamos al principio. Y también, cuándo, con una sola mirada, leemos el deseo o la necesidad del otro. También estamos al corriente en temas más mundanos propios de la convivencia, como su manía de dejar la pasta de dientes abierta, o la mía de no colocar el bote del ketchup del revés. Y algunas que ya sabíamos, como que su termómetro corporal es diferente al mío, que mi nariz grande es directamente proporcional a mi olfato y distingo su olor a mucha distancia, que mis pies casi siempre están fríos o que él se puede pasar horas con los dedos entre los mechones de mi pelo. Como novedades hemos introducido que los sábados y los domingos cada uno se traga el partido que elija el otro, uno de *rugby* y el otro de fútbol; que como nos sigue gustando ir a nadar, ahora vamos juntos; y que Teo ha querido recorrer de mi mano cada lugar secreto de mi París, uno alejado del turismo, para terminar ese mapa precioso que nos llevaremos con nosotros cuando nos marchemos. Y aunque con él todo es mejor, llevo unos días intentando gestionar esta mezcla de nervios y miedo. Voy a comenzar de cero mi carrera como arquitecto, lejos de la docencia, lejos de mi pequeño círculo, con la opinión en contra de mi padre, obviamente, y, además, lo haré en un nuevo estudio y en un país diferente. Solo espero estar a la altura del reto.

En abril fuimos a Santander, aprovechando las vacaciones de Teo, para asistir a la fiesta de cumpleaños de Axel. Cuando lo conocí y me comentó que estaba estudiando la posibilidad de abrir en Barcelona un estudio, no pensé, ni remotamente, que fuera a tenerme en consideración para esa nueva andadura. No te voy a mentir, conocer a su familia tan pronto no entraba en mis planes, sin embargo, Teo tiene la capacidad de hacer que me sienta cómodo con cada paso que damos juntos. Es como si su naturalidad y su manera de enfrentarse al mundo, o su manera de prenderlo, mejor dicho, fuera contagiosa. En ningún momento me sentí incómodo o fuera de lugar, el único que se hizo de rogar dos días fue Gael, hasta que se dio cuenta de que conmigo no tiene que cubrir a su hermano con su superescudo protector todo el rato, porque ya lo estropeé una vez y no tengo ninguna intención de volver a hacerlo. Y sé que las comparaciones son odiosas, pero me sentí mejor que con mi propia familia, a la que tendría que visitar antes de irme a Barcelona, por cierto. Teo quiere acompañarme, pero me da pánico que sea testigo de la relación fría que tengo con ellos, excepto con Inés.

—¿De qué os estáis riendo? —pregunto al entrar en la cocina.

Mi amiga está cortando queso y colocándolo en una tabla de madera mientras Teo está apoyado en la isla, con los pies cruzados a la altura del tobillo, y con una Coca-Cola en la mano, en esa postura tan suya.

Podría decir que está guapo, pero no sería justo, porque está mucho más que eso. Cuando me pillá mirándolo, se humedece los labios, y yo niego con la cabeza ante su provocación. Me sigue sorprendiendo lo camaleónico que es, y cómo alterna los ratos suaves con los salvajes, con ese amor del bueno al que tan enganchado me tiene. Teo me gusta, me gusta demasiado, eso es una verdad como un templo, en cualquiera de sus versiones.

—De la foto que nos ha mandado Eric subiéndose al avión —nos informa Arlette.

—Que tiemble Tailandia —apuntilla Enmanuel.

—Y la cartera de mi tío —masculla ella.

Al final, y como todo su entorno esperaba, Eric ha dejado los estudios, rompiendo la promesa que le hizo a su madre. De momento, quiere viajar y buscarse la vida como pueda y donde pueda, así que no tiene billete de vuelta a París.

Cuando abro el armario para sacar unas copas de vino, escucho a Teo cuchichear con mi amigo y veo cómo Arlette se aguanta la risa. A mí estos tres no me engañan. Me doy la vuelta e intento coger la lata de refresco que sigue teniendo Teo en la mano.

—¿Qué haces? —Se aparta.

—¿No me das un trago?

—No, es que ya no queda nada.

—Cógete una de la nevera, no seas pesado —espeta mi amigo, el muy traidor.

—Así que no queda, ¿eh? —Arqueo una ceja, y Teo, que disimula fatal, empieza a reírse. Le borro la sonrisa con mi boca y saboreo el regusto del vino en sus labios—. Qué sabor tan raro tiene ahora la Coca-Cola, ¿no?

—¿Sí? Pues ni idea, me la ha dado Enmanuel.

—Qué bonito, chivato. —Mi amigo coge la botella y delante de mis narices, sin cortarse, le echa un poco más en la lata.

—¿Hace falta que os recuerde lo que cuesta esa botella? ¿Y el ictus que le daría a mi padre si os viera?

—No eres él, Oli —me recuerda Teo y me guiña un ojo. No es la primera vez que me anima a dejar de preocuparme de lo que pensaría o dejaría de pensar él. Estoy trabajando en ello, en creermé que ya no tiene el poder, aunque en ocasiones me resulta complejo deshacerme de sus cadenas.

—Aunque tuvo una época, no hace mucho, en la que vestían igual —me vacila mi colega.

—Tú tuviste una época, no hace mucho, en que preferías...

—Se acabó —nos corta Arlette—. Basta de pullas. Ayúdame con esto —le pide a su novio, y nos dejan solos en la cocina.

Llevo mis manos al borde de la isla y acorralo a Teo con mi cuerpo para después besarle con mucha más intención que antes. Nuestras lenguas se enganchan en un bucle infinito y nuestras respiraciones empiezan a acelerarse. Besar a Teo es adictivo, y terminar con mi boca detrás de su oreja más.

—No puedo despegarme de ti, *enfant...*

—Ni yo de ti.

—¿Y tiene cura esta enfermedad?

—Qué va, pero lo que sí tiene es tratamiento. —Teo posa la lata sobre el mármol y lleva sus manos a mi trasero, para que nuestras pelvis encajen.

—¿No venís? —nos grita mi amiga.

Teo me da un pico antes de despegarse de mí y entrelaza sus dedos con los míos para ir hasta el salón de la mano.

—Creo que deberíais cenar solos —comenta—. Oficialmente, es vuestra primera noche aquí, no nos necesitáis.

—Podéis quedaros —afirma Enmanuel.

—No seas cagón, doctor —lo chincho—. Mi amiga no muerde, solo cuando posas una copa sobre una de sus mesas restauradas y se queda el cerco, así que ten cuidado. Y tampoco le toques sus pinturas.

—Idiota.

—Bromas aparte, Teo tiene razón —afirmo.

—Vale, lo captamos —dice mi amiga—. Los que queréis estar solos sois vosotros. Está bien, largaos. Pero mañana vamos a desayunar al Malabar los cuatro, ¿entendido?

—Perfectamente —añade Teo.

Nos despedimos y subimos por las escaleras hasta la buhardilla. Teo me abraza por detrás mientras abro la puerta, dejándome claras sus intenciones.

Nos descalzamos y vamos hasta la habitación a quitarnos la ropa.

—Voy a echarlos de menos —le confieso.

—Es lógico. Ellos han sido tu familia aquí. Habéis compartido años muy buenos e irrepetibles, pero piensa que esto solo es el comienzo de algo nuevo, y que, aunque la distancia se interponga entre vosotros, siempre estarán contigo aquí. —Lleva su mano a mi pecho y yo pongo la mía encima.

—En el hueco que tú dejas libre, *enfant*. Porque cada día lo llenas todo más. Y más. Y más. —Lo abrazo. Teo decide apartar la melancolía de mis ojos empezando a desnudarme.

—Yo también voy a echar en falta esta buhardilla, me encanta. No se lo digas al inquilino, pero he pasado los mejores fines de semana de mi vida aquí.

—Tranquilo, no se lo diré. Teo, todavía estás a tiempo de cambiar de opinión. Si hablo con Bonnet, la matrícula no será un problema. Si quieres, puedes quedarte aquí. No tendrías que volver a la residencia.

Cuando Axel me ofreció el contrato para trabajar con él hace un mes, te prometo que no pensé que Teo se vendría conmigo. Creí que su sueño era terminar la carrera en París, y aunque me mataba pensar que podría perderlo si aceptaba el trabajo, tenía muy claro que no iba a pedirle que se fuera conmigo. Por supuesto, lo subestimé, porque cuando su padrastro habló conmigo, él ya estaba al corriente de todo y ya había mirado todos los trámites para el cambio de universidad.

—¿Tengo que volver a repetírtelo? —Asiento—. Mi sueño es ser arquitecto, me da igual la universidad y el rincón del planeta donde esté ubicada. Perseguir un sueño y renunciar a ser feliz no tiene ningún sentido. No para mí. Y mi felicidad no es ciudad, es persona. —Me hunde el dedo en el pecho—. Mi felicidad no es París. Ni Barcelona. Ni Santander. Mi felicidad, en este instante, es Olivier. ¿Te ha quedado claro? —Asiento, y me pierdo en la intensidad de sus ojos verdes que multiplican la inmensidad de sus palabras—. París será especial siempre, porque fue el lugar en el que nos conocimos, pero no olvides que tenemos un mundo que prender ahí afuera. Y te prometo que jamás voy a renunciar a mi sueño, ni tampoco tengo intención de renunciar a ti.

—Yo tampoco voy a renunciar a ti. Y he pensado que voy a hacerle una oferta al dueño para comprar esta buhardilla, que nunca dejará de oler a nosotros; así, siempre que nos apetezca —lo empujo sobre el colchón con suavidad y me coloco encima de él, cubriéndolo con todo mi cuerpo—, regresaremos y arderá París.

—Y arderá París.

Epílogo 2

Cuatro años después...

Brooklyn (NY)

TEO

—Literalmente, ahora estoy chupándosela a mi jefe, ¿no?

—*Putain, enfant...* —Los jadeos de Olivier se entrecortan cuando abro la boca y la engullo hasta el fondo—. Eso ha sonado fatal...

Estoy de rodillas en la ducha del baño de nuestra nueva habitación, situada en la última planta de esta casa de ladrillo tan bonita en Carroll Gardens. Me he colado aquí con dos objetivos. El primero, aliviarle la tensión, al menos durante un rato, a ver si deja de pensarlo. Y el segundo, disfrutar de él a solas antes de que lleguen todos.

—Tienes razón, pero está claro que las relaciones prohibidas son lo nuestro. Aunque esta solo es un rol y no nos obliga a escondernos. Así que disfruta, *mon amour*.

Dentro de dos días será la inauguración de su primer proyecto internacional; un antiguo almacén de frutas reconvertido en escuela y centro de arte, aquí, en Nueva York, ni más ni menos. Y yo he estado a sus órdenes desde el minuto uno, cuando Axel le cedió el encargo que le hizo la fundación Coté, y a él le surgió la primera idea. Supongo que el jefe supremo pensó que trabajar codo con codo con él, me ayudaría a soltarme de cara a liderar, en un futuro próximo, algún proyecto en solitario. Antes de terminar la carrera, empecé a ayudarlos en el estudio a diario con las labores propias de un becario. Sin embargo, hasta este momento, no había estado bajo la supervisión única de Olivier. Ser su mano derecha en esto ha sido esclarecedor y agotador, porque el nivel de perfección que persigue Olivier es difícil de conseguir. Es exigente, concienzudo y adora su trabajo, igual que yo, así que me he esforzado todo lo que he podido para que no tuviera quejas de mí. Porque, sorprendentemente, he comprobado que es mucho menos comprensivo ante cualquier fallo en esta nueva etapa laboral que cuando era docente. No mentiré, a ratos pensé que había sido una idea pésima trabajar juntos, pero, en realidad, nos hemos compenetrado bastante bien. Igual que hacemos ahora cuando Olivier me sujeta de la barbilla y me pide que me levante. Saborea su sabor en mis labios y, casi sin darme cuenta, se hace con el control de mi cuerpo para ponerme mirando a los azulejos negros de la pared. Me tiene completamente a su merced.

—Oli...

—Podría pasarme horas y horas venerando tu cuerpo, lamiéndote, besándote... Libre, desnudo, firmando con mi saliva nuestro propio tratado...

—¿Follándome?

—Haciéndote el amor, Teo. Porque hace años que es lo que hago, da igual que te venere debajo de las sábanas o te folle contra una pared.

Como en este instante. Entra en mí con un movimiento deliberadamente lento, muerde mi nuca para acallar su propio gemido mientras me ayuda a masturbarme. Las cotas de placer con Olivier han adquirido unos niveles desorbitados. Y no, no he estado con nadie más, porque nosotros estamos cómodos y felices con nuestra monogamia, así que no tengo con qué compararlo, pero tengo amigos que me hablan de sus relaciones y de las desilusiones cuando las expectativas son muy altas. Yo solo puedo afirmar que la intimidad, el deseo y las ganas de complacernos el uno al otro han sido la semilla necesaria para que todo lo demás crezca, que es precisamente eso lo que hemos hecho nosotros desde que nos conocimos. Crecer juntos.

Diez minutos después, mucho más relajados, aunque no del todo, nos estamos vistiendo en nuestra habitación.

—¿Preparado? —le pregunto, y me estiro para alcanzar sus labios antes de salir de aquí.

—Contigo siempre.

—Tato, venga —me grita Sofía—. Que ya están llegando.

Cuando abre la puerta, nos ve con los labios todavía pegados. La enana, que ya no lo es tanto, resopla y viene a dar la mano a Olivier, porque es su claro favorito (todos creemos que está coladita por él).

—Estás muy guapo, profesor Delaporte —suelta, y mi novio se parte de risa, porque no podemos con ella. La enana es así, una mezcla explosiva de las mejores personalidades de la familia; tiene el carisma de Axel, el descaro de Gael, la bondad de mi madre y mi empatía. Y todos sabemos que dentro de cuatro o cinco años vamos a tener que quitarle a los niños de encima, porque es preciosa y una lianta—. Pero deja ya de besar a mi hermano, que le vas a borrar los labios.

Mientras bajamos las escaleras nos cuenta que, como hace bueno, han salido al jardín. A Leah y a Bruno los vimos cuando llegamos hace unos días. Ellos están viviendo aquí desde septiembre del año pasado, y todavía no han podido ir a España ni para pasar unos días de vacaciones. Viven en un apartamento en la calle Smith, cerquita de aquí. Cuando terminaron sus carreras, estuvieron buscando trabajo cerca de casa; él lo consiguió, ella no, y eso que tiene un doble grado, así que siguió formándose, sacó un máster más y, por fin, a través de un contacto de uno de sus profesores, consiguió una oferta para trabajar en la sede de la ONU, como siempre había soñado. Entonces fue Bruno el que tuvo que mover todos los hilos posibles para conseguir entrar en ese curso especial en Juilliard. Sin creérselo todavía, pudo optar a cubrir una vacante de profesor de piano cuando terminó, y ha tenido la suerte de conseguirla, al menos para este nuevo curso. Así que están sumamente felices, aunque reconocen que vivir aquí es mucho más complicado de lo que habían imaginado, sobre todo, porque echan mucho en falta nuestro país.

—No me lo puedo creer. ¿Ese rubio de ahí es...? —pregunta Olivier cuando baja el último escalón y ve a mi amigo, hablando con mi madre.

—Asier, el que quería ser novio de Teo. Os lo iba a decir antes, pero como estabais ahí, besándoos... —comenta mi hermana, y me puedo imaginar la cara de Olivier.

Salgo corriendo para abrazarlo. Menuda sorpresa, a él sí que no esperaba verlo aquí.

—Mi Abad favorito. Déjame tocarte. —Palpa con sus manos primero mi cara y después mi espalda y mi pecho. Sí, para qué va a decir *déjame mirarte*, si cuando Olivier está cerca, picarlo es su pasatiempo favorito.

—¿Quieres tocarme a mí también? —Sí, ese es el saludo de mi novio.

—A ver, me sigo quedando con el producto nacional. Aunque si lo que quieres es cumplir una fantasía, podemos apañarnos los tres...

—Joder, rubio...

Olivier se va a hablar con Bruno, que están los dos un poco pesados con recuperar un equipo de sonido viejo que estaba en esta casa, ahora que vamos a estar aquí, e ignora a Asier intencionadamente.

—Estás cada día más guapo, Teo.

—¿Qué haces tú aquí? ¿No estabas haciendo la Ruta 66?

—Estaba, pero todavía tengo unos días de vacaciones y me apetecía ver a Leah y a Bruno, ya que estaba a este lado del charco. Así también podré ir a la inauguración y poner más nervioso a tu novio.

—No seas capullo.

—No lo fui lo suficiente. —Abre sus brazos y me estruja entre ellos. Asier siempre estará en mi vida, y a pesar de que le encante picar a Olivier, en el fondo, los dos saben que ambos son importantes para mí.

—¿Has visto qué sorpresa? —Se acerca Leah y nos da dos cervezas.

El jardín de la casa no es muy grande, pero hay un porche al lado de la tapia que linda con los vecinos, con una mesa de madera y dos bancos corridos, además de un columpio colgando de un árbol, donde Sofía es feliz.

—Pues sí. No tenía ni idea de que iba a venir, y eso que nos mensajeamos casi a diario.

Asier consiguió trabajo como auditor de cuentas en una empresa de ámbito internacional, y aunque la sede está en Santander, trabaja por todo el mundo. Él dice que no es el empleo de sus sueños, pero que, de momento, le sirve para pagar su vivienda y sus caprichos, como este último viaje que se ha hecho con Bosco y algunos amigos más. Por las noches, cuando está fuera de casa, es cuando aprovecha para ponerse al día conmigo, y a mí me encanta seguir sabiendo de él, eso es innegable.

—¿Y esa sorpresa de ahí? Menudo bombón. —Asier dirige la mirada a la tapia que separa nuestro jardín del de los vecinos. Mi madre y mi hermana están charlando con Gaby, y con un chico alto y moreno, que ha llamado la atención de mi amigo.

—Es nuestra vecina, tiene una academia de baile cerca de aquí, puede que él sea un bailarín.

—Maravilloso, en esta vida es importantísimo saber moverse, y él tiene pinta de ser un experto, mira esos brazos... ¿Dónde puedo apuntarme a sus clases?

—Pero si te vas en seis días —apunta Leah descojonándose.

—Un par de ellas intensivas me sirven. ¿Tú no lo ves? Mira qué boca y qué ojazos...

—Relaja, rubio —intervengo yo—. Gaby y su marido Nicola son además nuestros clientes, y el centro de arte que inauguraremos es un proyecto de su fundación. No es bueno mezclar...

—Claro, y me lo dice el que pasó de tirarse a su profesor a tirarse a su jefe, ¿no?

—Otro con lo mismo —se queja Olivier, que se acaba de acercar con Bruno.

—A ver, no es que yo quiera darle la razón a Asier, pero en este caso...

—¡En este caso la tengo!

—¿Qué tienes? —La voz de mi hermano resuena por todo el jardín. Acaba de entrar y ya está siendo el centro de atención con sus gritos—. No me digas que la polla más bonita del mundo,

porque ya sabes que... Auch. —Se lleva la mano a la nuca, porque Jana le ha metido un buen collejón.

—¡Ya estamos aquí! —grita Axel, que es el último en acceder al jardín por la puerta de la cocina. Había ido él a buscarlos al aeropuerto.

—Hola, chicos... —Jana viene eufórica a abrazarnos. Para ella Olivier y yo somos sus favoritos, absolutamente.

Besos, abrazos, más besos y más manotazos en la espalda.

—¿Mucho *jet lag*, tato? —Trae cara de agotado.

—Un poco. Pero a la tercera cerveza me entonaré.

—¿Nervioso por la inauguración?

—Menos que Olivier.

—Seguro que todo va a salir de puta madre, tenéis talento, y aunque me parecéis muy moñas los dos, se os ve felices.

—Lo somos, tato. ¿Y tú?

—Yo también. —Alarga el brazo para coger por la cintura a Jana. Me encanta ver cómo la mira, igual que cuando me la presentó en La Luna, o más bien cuando le vacilé con ella sin saber que la tenía delante. Me gustan los cambios, pero tengo que reconocer que también me gusta que ciertas cosas sean imperturbables—. Y ahora, con todos aquí juntos, estoy mucho mejor. Encima, por fin hemos cogido un avión a un destino donde no se pueden coger olas. ¿Qué más puedo pedir? —Eso solo lo dice para picarla.

—¿Quién dice que no se pueden coger olas aquí? —Jana saca el móvil de su bolsillo y le enseña algo que ha buscado—. A una hora, más o menos, y sigue siendo estado de Nueva York, así que el domingo ya sabes dónde vamos a ir.

—Zasca. En toda la boca, por bocazas —espeta Asier.

—¿Y vosotros? —Arquea las cejas, mirando a sus dos mejores amigos—. Tenéis alguna novedad que contarnos, porque hace un mes estuvo Mía aquí, ¿no?

—Por favor, da igual los años que pasen —se queja Leah, con razón—. Nunca vas a dejar de pensar con...

—¿Con esta preciosidad?

—Con esa misma. Mía estuvo aquí de visita con su novio, y antes de que te hagas pajas mentales, tampoco hicimos intercambio de parejas ni un cuarteto —protesta ahora Bruno. Siempre que pueden hacen alusión a una vez en la que Bruno, su ex y Leah casi hacen un trío; yo me apiado de su mejor amigo, porque mi hermano cuando quiere es muy machacón—. No sé por qué fui tan idiota de contártelo, *bro*.

—Porque me quieres —se mofa él.

—Porque te quiero. Así que, por favor, para ya y deja de recordármelo.

—Suerte con eso, Gael tiene memorión —argumenta Asier—. Pero si lo que queréis es un buen salseo, os diré que igual se forma otro trío, más cerca de lo que creéis... —Y el muy tonto mira a Olivier, y luego a mí. A mi hermano se le borra la sonrisa de golpe.

—No me jodas, rubio.

—Ni en un universo paralelo —concede Olivier y me estrecha entre sus brazos, con un pelín de posesión. No me queda más remedio que unir mi boca a la suya, delante de todos. Está mono con ese punto celoso que solo le sale si Asier está cerca.

—Serás cabrón —apunta Bruno.

—Puedes volver a respirar —añade Leah, y se parte de risa del careto de mi hermano.

—Aborrezco la palabra *trío* —afirma Jana, y ahora todos nos reímos.

—Necesito una cerveza ya; mejor que sean dos —comenta Gael.

Bruno y él se van a por ellas y repiten abrazo (el primero no fue tan íntimo) mientras Jana y Leah los observan desde aquí. Asier me rescata de los brazos de Olivier, con el correspondiente gruñido de mi novio, y me lleva con los chicos.

—Por cierto, ¿qué haces aquí, rubio?

—¿Cómo se dice? —interviene Olivier, que nos ha seguido—. Ah, sí, ha venido a tocarme los huevos a mí.

—Ay, francesito, ¿ves cómo al final soy el dueño de tus fantasías...? —Asier intenta abrazarlo, pero Olivier se pega a mi espalda y me abraza solo a mí.

—Yo también quiero una cerveza —nos dice Axel, que viene con Sofía colgada como un monito a su espalda. Mi madre, Jana y Leah también se han acercado al porche, porque además de bebida hay picoteo—. Estoy sediento, ¿queréis algo?

—Yo bebo vino con Olivier.

Mi madre y Olivier comparten pasión por el vino, por el vino bueno, y yo sigo mezclándolo con la Coca-Cola; me da igual el valor del caldo, aunque cuando tenemos alguna cena íntima, bebemos blanco, que, de momento, es el único que puedo apreciar.

—Solo agua —responde Jana.

—¿Agua? ¿No estarás...? —Axel la mira a ella, luego a Gael y después a mi madre.

—¿Sí? ¿En serio? —se interesa mi madre.

—¡No! —nos aclara Jana, y se empieza a reír—. Soy la nueva propietaria del Salitre, así que con eso ya tengo más que suficiente para un tiempo, y con *casi guapo* ya tengo un niño pequeño, para qué quiero más.

Todos le damos la enhorabuena, porque es algo que sabíamos que estaba a punto de conseguir, pero Marga quería hacer el traspaso bien, con la temporada estival ya terminada. Ha dicho que ahora quiere viajar y ver mundo. Hugo y Leo siguen con la escuela de surf, además, Lidia está embarazada de nuevo, esta vez de Hugo, pero es mejor no preguntarle a mi cuñada por ese tema, porque ella está convencida de que esa relación a tres no va a salir bien, de ahí que no quiera oír hablar de tríos. Jana quería asegurar su futuro, sin depender de nadie, así que ha invertido todos sus ahorros, algunos de los de mi hermano, y una pequeña cantidad que les ha prestado mi madre, aunque piensa devolvérsela, para hacerse con el hostel. Además, Gael empezará a dar clases de educación física en nuestro colegio en el segundo trimestre del nuevo curso; así que sí, los dos están exultantes, y yo más, si los veo felices.

—¿Brindamos? —pregunta Axel.

—Yo también quiero. —Sofía se baja de encima de su padre y se echa refresco en una copa.

—Por el amor del bueno. —Levanta la copa mi madre.

—Por los ratos suaves y los salvajes —añade Axel, y el morreo que le mete a mi madre con restregón incluido, tan de ellos, delante de todos, es digno de abucheo y de aplausos.

—Y por la familia, incluida la que se elige —anota mi hermano—. Ojalá siempre podamos encontrar tiempo para reunirnos, sin importar en qué rincón habitado o deshabitado del mundo sea.

—Ojalá —repetimos todos.

Mi mirada se concentra en los ojos de Olivier, en el brillo ámbar con el que me mira, en la sonrisa tímida que me dedica y en todo lo que nos decimos. Sé lo que está pensando, y sé que a él le encantaría haber tenido la suerte de formar parte de una familia como la mía, pero hay personas que es mejor tener alejadas, y llenar su vacío con otras que aportan más. Calidad, no cantidad. No me han dejado decírselo, porque quieren que sea una sorpresa, pero mañana llegarán Arlette, Enmanuel y su hermana Inés con su madre, a la que he tenido que convencer yo, a tiempo para asistir a la inauguración. Su padre ha puesto una excusa bastante lamentable para no venir, y su hermano está a punto de ser padre. Lo cierto es que de Vincent, el puto arrogante, yo no espero nada.

Mientras todos brindan de nuevo y ríen, le doy la mano a Olivier y nos alejamos del tumulto, buscando algo de intimidad detrás de un árbol.

—Oli...

—Estoy bien.

—Lo sé, pero esa pequeña sombra de síndrome del impostor que desprende tu mirada no me gusta. Tienes algo dentro increíble, y yo lo veo brillar, cada segundo de cada minuto de cada hora del día, como nuestro sol. —Los dos miramos al cielo y nos empapamos de los rayos que caen ahora mismo sobre el jardín, después roza su nariz con la mía y lleva sus manos a mi nuca—. Así que créetelo, *mon amour*. Porque pasado mañana prenderemos Nueva York, pero el año que viene será cualquier otro lugar del mundo, porque nuestra luz no tiene límites ni nadie que nos los ponga. Así que tienes que prometerme que se acabó, que solo vas a disfrutar del momento, del éxito, de todo el amor que te rodea. Y además vas a hacerlo de mi mano, ¿entendido?

—Entendido, *enfant*. Todavía no sé cómo pude tener tanta suerte...

—Porque llegar tarde a un sitio el primer día no siempre es tan malo. Ni enrollarse con tu alumno favorito, ni follar con tu adjunto en un proyecto...

Sonreímos, y es mi boca sobre la suya la que le despeja las dudas, si es que todavía le quedaba alguna, y es su boca sobre la mía la que rubrica de nuevo con un beso incendiario nuestro pacto de seguir prendiendo el mundo con nuestro sol.

Y como no hay dos sin tres...

Un año después...

Isla Sofía

—No me lo puedo creer, ¿de verdad estás llorando, tato?

—Es la puta brisa caribeña esta, que se me ha metido en el ojo.

—Venga, que está todo el mundo espe... —Bruno entra en la habitación y se queda loco al ver a mi hermano emocionado—. Joder, necesito inmortalizar este momento, *bro*. ¡Estás llorando! El mítico Gael Abad llorando.

—Besadme el culo, capullos.

Bruno nos apunta con la cámara del móvil y nos saca un montón de fotos, Gael se resiste e intenta taparse la cara, pero se lo impido. Le doy besos por donde pillo piel y Bruno se guarda el teléfono y viene a abrazarnos. Las risas y estar entre sus brazos son un lugar seguro.

La ventana está abierta y nos llegan los murmullos de los invitados desde la orilla de la playa; no puedo mirar, aunque sé que son solo unos pocos los elegidos, es lo que tiene celebrar una boda en una isla en mitad del Caribe, que te aseguras cierta intimidad. Aun así, si veo a mi futuro marido esperándome en la pérgola que él mismo ha construido, me voy a poner a llorar, y los dos Abad al mismo tiempo sería excesivo.

—Basta ya. —Mi hermano se recompone—. Y que esas fotos no rulen, porque tengo una reputación que mantener.

—¿Reputación? —Me río.

—Pero si la perdiste el mismo día que atropellaste a Tubo —lo pica Bruno.

—Muy agradecidos. Venga, vamos al lío, que a Olivier le va a dar una insolación si te sigue esperando ahí.

—Las madrinas están abajo —nos informa Bruno.

Mi madre e Inés han sido las elegidas. Axel también se había ofrecido a ser nuestro padrino, pero al final la hermana de Olivier ha dicho que le encantaría ser ella. Sofía nos entregará los anillos, como no podía ser de otra manera.

Gael me desabrocha un botón de la camisa blanca de lino, para que se me vea más el pecho, y Bruno me da un beso en la frente, a modo de bendición. Con el paso de los años los quiero más, a los dos. A mi hermano por lo evidente y a Bruno porque siempre me ha ayudado cuando lo he necesitado; y, además, nuestra estancia en Nueva York se alargó unos meses más de lo esperado, y hemos compartido muchos momentos.

Gael y Bruno se van a ocupar su lugar.

Asier me espera al final de la escalera, con un chupito de tequifresa que no sé de dónde habrá sacado en la mano.

—Toma. —Me obliga a beber—. ¿Ves cómo acerté?

—¿Con qué?

—Con la suerte que iba a tener algún francés estirado y buenorro. El más enano de los Abad casándose el primero, ¿estás seguro?

—Absolutamente.

Lo digo con el corazón. Fue un impulso entre risas y bromas. Olivier me lo pidió el día de mi cumpleaños el año pasado, y yo, sin pensármelo ni un poquito, le dije que sí. Nunca habíamos hablado sobre ello, ni lo habíamos insinuado, sin embargo, surgió y los dos nos dimos cuenta de que las cosas bonitas a veces suceden así, sin darles vueltas previas. Y por eso estamos aquí.

—Te adoro, Abad júnior. Y te deseo lo mejor.

—Yo también te adoro a ti, mi rubio. Y ese chico que te espera ahí afuera también tiene muchísima suerte, que no se te olvide jamás.

Nos abrazamos hasta que nos reclama mi madre. Está radiante, con los ojos cargados de emoción, y preciosa. Y no solo lo digo yo, lo han dicho Gael, Sofía, Jana, Berta, Leah, y Axel, unos trescientos millones de veces. Este último se lo ha dicho persiguiéndola por la cocina, la habitación, el baño... Por cierto, de ahí han tardado bastante tiempo en salir, así que me puedo imaginar a lo que se han dedicado. Yo solo pido desear a Olivier con la misma intensidad que lo hacen ellos cuando llegue a los cuarenta que tiene Axel (mi madre ha cumplido cincuenta, recuerda esa década de diferencia).

—Estás guapísimo, cariño. Y sé que vais a ser muy felices. Te quiero.

—Y yo a ti.

Asier es el encargado de poner la canción que me llevará hasta Olivier del brazo de mi madre. *Following El Sol*, de Neeka, Super-Hi y Carlos Sadness, suena mientras caminamos descalzos por la arena.

Hay ausencias, evidentemente, pero si no están aquí no se merecen ni el recuerdo de sus nombres. Mi padre me ha mandado un mensaje esta mañana, deseándome un bonito día, y recordándome que tampoco era necesario hacer esto con lo joven que soy. No le he prestado mucha atención, porque hace demasiado tiempo que dejó de preocuparme su opinión.

Sonrío nervioso sin poder apartar la mirada de mi futuro marido. Está impresionante, y más vestido de blanco, igual que yo. Cuando desvía la mirada hacia la piel que llevo al descubierto, no puede disimular su sonrisa más descarada. Hay cosas que no cambian, y me encanta. Axel se levanta para darme un abrazo eterno y dar un beso casto a mi madre; la primera lágrima ya ha caído, a los dos. También abraza a Olivier, al que me consta que ha cogido mucho cariño. Beso a Inés y, por último, con manos temblorosas me acerco a Olivier, entrelazamos nuestros dedos y rozamos las puntas de nuestras narices.

—Vuelo... —me susurra.

—Y yo contigo.

Oficia la boda el Mayor de la isla, habla del amor, de la comunicación, de la empatía... Lo escuchamos, pero nuestras miradas, una vez más, tienen todas las respuestas. La maravillosa luz del atardecer desde este punto geográfico nos permite vernos reflejados en el mar mientras pronunciamos nuestros votos.

—Prometo estar a tu lado, Teo. Amarte, respetarte y coger tu mano cada día desde que amanezca hasta que te duermas entre mis brazos, mientras mi corazón siga latiendo.

Cojo aire, porque las últimas palabras le han salido entrecortadas. Me acerco y lo beso varias veces, con los aplausos y los silbidos de fondo.

—Prometo estar a tu lado, Olivier. Amarte, respetarte y darte mi mano cada día desde que abras los párpados hasta que te duermas con mi boca enterrada en tu cuello, mientras mi corazón siga latiendo.

—Ojalá nuestro sol prenda el mundo —susurramos boca contra boca.

Y en este instante, nuestros labios y nuestras lenguas tienen el superpoder de detener el tiempo.

Aquí.

Aquí y ahora.

Ojalá pueda ser eterno.

Ojalá.

Fin

Agradecimientos

Mi última novela New Adult ya es vuestra, y como me ocurre siempre que llego a esta página, no sé por dónde empezar a dar las gracias. Solo espero no olvidarme de nadie.

En primer lugar, gracias a mis tres corazones.

Gracias a mis lectoras cero, por su apoyo diario e incondicional. En esta ocasión, el *Gracias de Honor* es para Yesenia, Helena y Triana, que no me han soltado la mano durante todo el proceso de escritura y que han sentido conmigo todas y cada una de las emociones que he intentado transmitir. Gracias también, como siempre, a Anaís, Ana y Taira, que me siguen apoyando y animando.

Quiero darle las gracias también a mi compañera de letras Carmen Arteaga, @entremiticoylamentable, que leyó los primeros capítulos cuando necesitaba un buen empujón. Gracias por ser sincera y objetiva, y por dedicarme tu tiempo.

Por primera vez he contado con la ayuda de un lector cero para algunas escenas. Gracias, Gonzalo, por formar parte de esto, y por esas explicaciones tan realistas de lo que viene siendo la mecánica en cuestión. Adoro fuerte. El cruce de mensajes por Instagram me ha dado años de vida.

Gracias también a todas las *bookstagrammers* que dais visibilidad a mi trabajo. Gracias por compartir mis publicaciones y por reseñar mis novelas.

Y, por último, quiero darte las gracias a ti, que estás sosteniendo en tus manos esta historia. Gracias por leerme. Gracias por valorar mi trabajo. Y gracias por todo el cariño y respeto con el que tratas a mis novelas. Espero que la hayas disfrutado y que te haya hecho sentir.

Si acabas de conocerme, te animo a que sigas leyendo mi universo de #amordelbueno.

Recuerda que me puedes encontrar en las redes sociales como @lacadelo y que me encantará conocer tu opinión sobre mis libros.

Mil millones de gracias, de corazón.